Óscar Martínez

Juan José Martínez

El Niño de Hollywood

¿De qué está hecho un sicario de la Mara Salvatrucha?



Índice

A Edin, con amor y agradecimiento.
Dijiste que éramos extensiones tuyas.
Así que este libro es, en parte, de tu autoría.
Seguís viviendo en nosotros, papá.
A Marisa, el lugar más bueno,
el mejor lugar del mundo.
Todas nuestras letras son tuyas, mamá.

PRÓLOGO DE LOS AUTORES

La Mara Salvatrucha 13 ya no es lo que fue. Al menos no en El Salvador.

La pandilla más grande del mundo, que llegó desde California a Centroamérica a finales de los años ochenta, cuando las guerras civiles languidecían, la pandilla a la que Donald Trump describía como «animales» sin entenderla ni un poco, está en extinción. Al menos en El Salvador, el país que fue su bastión más fuerte durante todo este siglo.

Tras sostener un pacto de tres años con el actual gobierno salvadoreño, la MS-13 se sintió traicionada cuando las autoridades arrestaron a algunos de sus miembros, que se dirigían en un carro del Estado hacia la frontera de Guatemala. La pandilla reaccionó como ya había reaccionado en otras múltiples ocasiones en las que había percibido una deslealtad de los políticos: masacró. Ochenta y siete salvadoreños fueron asesinados en un solo fin de semana de marzo de 2022. El sábado 26 de ese mes, la pandilla mató a sesenta y dos personas. Fue el día más violento desde que en 1992 firmamos el fin de la guerra en esta sociedad que después tuvo una muy violenta paz.

El presidente salvadoreño Nayib Bukele instauró desde entonces un régimen de excepción que resta derechos civiles a todos los salvadoreños. Cualquier soldado o policía puede arrestar a alguien en este pequeño país de Centroamérica si considera que ese alguien mostró nerviosismo, como consta en decenas de expedientes judiciales. Cientos de salvadoreños han muerto en las cárceles del régimen sin haber llegado nunca a juicio. En varios de esos cuerpos había signos de tortura, un procedimiento que ya se ha institucionalizado en las prisiones. El Salvador, con casi el dos por ciento de su población encarcelada es el país del mundo con la mayor tasa carcelaria. La narrativa de buenos y malos ha regresado. El debido proceso no significa ya nada en las cortes. Por otro lado, la pandilla ha perdido su estructura jerárquica. Cada quien vela por sí mismo. Muchos han sido arrestados. Algunos han huido del país y se han instalado en México, Guatemala, Honduras, Estados Unidos. Su red de extorsión está casi desmantelada.

Lo dicho: la Mara Salvatrucha 13 ya no es lo que fue. Al menos no en El Salvador.

Este es un libro sobre lo que fue la Mara Salvatrucha 13 en El

Salvador, sobre cómo se inició en Estados Unidos, cómo se nutrió de muchachos que huyeron hasta California buscando dejar una guerra y encontrando otra muy distinta.

Este es un libro que cuenta cómo la MS-13 llegó a ser lo que fue en El Salvador. ¿Qué tuvo que ver la Guerra Fría con la creación de esta pandilla de más de cien mil miembros en el mundo? ¿Qué tuvo que ver un expresidente estadounidense como Ronald Reagan y la política de deportaciones con la internacionalización de la pandilla? ¿Por qué es importante entender los guetos de California de los años setenta y ochenta para explicar miles de asesinatos en Centroamérica en este siglo?

Para contar todo esto investigamos durante seis años lo que están a punto de leer. Escogimos ver desde dos distancias. Dicho de forma sencilla: escogimos el telescopio y la lupa.

El telescopio: un capítulo, por ejemplo, describe cómo los experimentos en Londres de un joven químico en 1850 terminarían por desmantelar todo el modelo de agroexportación salvadoreño y conminarían a miles de indígenas a volver a condiciones de esclavitud para cultivar el café. Y cómo aquello, con las décadas, sería un eslabón de una historia que terminaría entre otras cosas con jóvenes asesinos con los rostros tatuados con letras y números: MS-13. Otros capítulos describen la larga marcha de los exiliados de las últimas guerras de la Guerra Fría que se pelearon en Centroamérica o el ecosistema criminal de la California de los años cincuenta.

La lupa: la historia está contada a partir de la vida de un hombre, Miguel Ángel Tobar, el Niño de la clica Hollywood Locos Salvatrucha de la Mara Salvatrucha 13. Un hombre al que conocimos en 2012, cuando era testigo protegido del Estado salvadoreño, y cuyo cadáver vimos apenas horas después de que fuera asesinado en 2014 por esa misma pandilla. El Niño fue un asesino. Él mismo aseguraba haber matado a cincuenta y seis personas en nombre de su organización. Fue el victimario de tantos. El Niño fue una víctima también. Lo fue, por ejemplo, cuando a los diez años veía por los tablones de la cuadra del cafetal donde su padre trabajaba cómo el capataz violaba a su hermana de catorce años cada vez que se emborrachaba con guaro de caña. Lo fue cuando el Estado salvadoreño lo dejó solo enfrentando la ira de la pandilla a la que traicionó con su testimonio.

El Niño nunca estuvo en Estados Unidos ni supo quién era Reagan ni podía pronunciar correctamente la palabra «Hollywood» –«Jaliwó», decía–. Y sin embargo el Niño era producto de todos esos nombres y lugares lejanos que confluyeron en la parte más angosta del continente. Y de otros muchos más cercanos. El Niño también era

producto de las decisiones corruptas o incompetentes de cientos de políticos salvadoreños. Cuando fue asesinado en noviembre de 2014, la primera tregua documentada entre gobernantes y mareros se estaba desmoronando y la guerra sin cuartel volvía a las calles. El Niño terminó siendo un traidor en el peor momento: cuando al gobierno no le importaba un comino, cuando la pandilla volvía a su estado más salvaje.

Creemos que el momento de mayor poderío de la Mara Salvatrucha 13 en El Salvador ya es pasado. Creemos que la pandilla venía mutando desde hacía muchos años, convirtiéndose en una mafia con intereses políticos y económicos que sustituían paulatinamente a todos los rituales pandilleros que antes eran su ADN. Pactar con gobernantes terminó siendo la estrategia central de una pandilla que en sus inicios se conformó de jovencitos indocumentados en las calles de Los Ángeles que se juntaban en las esquinas a escuchar Iron Maiden sin entender las letras de sus canciones.

Creemos con total convicción que la historia de cómo pasó todo este estropicio debe ser contada. Creemos que al ver la fotografía general de cómo ocurrió esta barbarie pueden encontrarse claves útiles para leer la historia y para prevenir. Con claves queremos decir procesos, actores, ausencias, políticas, instituciones. Creemos que al ver la vida del Niño todo encaja mejor, todo es más evidente, porque la entera humanidad de aquel sicario menudo y moreno rezumaba la esencia de una historia que nunca tuvo que haber ocurrido. Que nunca tendría que volver a ocurrir. Ni esa. Ni ninguna parecida.

HERMANOS MARTÍNEZ D'AUBUISSON,
San Salvador, marzo de 2024

Parte I

1. EL FINAL

Miguel Ángel Tobar no tendrá paz ni siquiera muerto.

Siete hombres intentan meterlo bajo tierra este domingo 23 de noviembre de 2014. Son las doce del mediodía en el cementerio de Atiquizaya, en el occidente de El Salvador, el pequeño país centroamericano. El sol pega directo en la coronilla y no hace falta moverse para sudar.

La madre de Miguel Ángel Tobar, una viejita minúscula y canosa, estuvo tranquila mientras el suegro y los hermanos del muerto cavaron la tumba. Ahora que su hijo desciende dentro del ataúd de teca, la viejita se hinca en el suelo, grita, pregunta por qué, por qué tan joven. Por qué otra vez. Por qué otro hijo. Por qué otro asesinato.

El ataúd, donado por la alcaldía, no tiene ninguna mirilla. En muchos casos eso ocurre por respeto a los familiares, que no quieren quedarse con el recuerdo de un cuerpo desfigurado. En el caso de Miguel Ángel Tobar, no es esa la razón. Sus asesinos no eran tan hábiles como él con las pistolas y tuvieron que vaciar sus cargadores para asestarle seis disparos mientras corría. Los tres que le perforaron la cabeza lo hicieron en lugares discretos, como atrás de la oreja. Las balas fueron amables con él.

Podría decirse que el entierro de Miguel Ángel Tobar son estos cinco minutos.

El resto de horas fueron para cavar, para analizar el agujero y seguir cavando. El resto de horas no fueron horas solemnes. Parecía como si un grupo de familiares se hubiera reunido para abrir un pozo. Los hombres, goteando sudor, discutían sobre su profundidad y anchura, como obreros que levantan una casa ajena. Las mujeres, con susurros, callaban el llanto de los niños y miraban a sus hombres cavar.

Pero una vez que lazaron el ataúd y empezaron a bajarlo entre siete hombres, la escena desechable se convirtió abruptamente en esto: el entierro de alguien a quien quisieron.

La madre grita durante los cinco minutos. Amaga desmayo. La mujer de Miguel Ángel Tobar, una muchacha de dieciocho años curtida por la mala vida, se permite una lágrima. Las mujeres sobreponen sus voces al llanto de sus hijos y cantan coros evangélicos a todo pulmón. Gritan letras que hablan de un recinto celestial y también de un lago infernal. Los hombres, empapados, no lloran porque no son de llorar, pero bajan sus miradas a la tierra.

Cinco tumbas más allá, cuatro pandilleros chivean con dados.

El cementerio está controlado por la Mara Salvatrucha 13 y eso no es un secreto. Lo sabe el enterrador, que ahora solo ve como otros entierran a Miguel Ángel Tobar. Lo sabe el vigilante municipal del cementerio que, ante la pregunta «¿Quiénes son ellos?», responde con naturalidad: «Los que controlan aquí».

El entierro de un pandillero, sin importar de qué pandilla es, suele ser un espacio de tregua no escrita en ningún manual. A quien querían matar le permiten estar muerto en paz. Pero hoy esa trémula regla fue olvidada.

Dos pandilleros más salen de los pasajes de casitas minúsculas que flanquean un lado del cementerio y se unen a los cuatro que lanzaban dados sobre la tumba. Dejan de jugar y se paran a observar. Uno más aparece y se pasea a pocos metros del grupo de deudos. Es un muchacho flaco y pálido que parece haberse puesto su atuendo pandillero de gala: un sombrero a lo Chaplin, redondo y negro; una camiseta blanca y holgada que le marca cintura por dentro de unos pantalones de tela negros y flojos, ajustados con un lazo; unos tenis blancos, de alguna marca apócrifa, que pretenden ser unos Domba. El flaco escupe a los pies del círculo de gente y busca retador los ojos de alguien. No encuentra los de nadie.

Un pandillero flanquea el otro lado del entierro de Miguel Ángel Tobar. Aparece desde un barranco y se queda ahí, al borde. El entierro está rodeado. De un lado las casitas; de otro, los de la tumba; allá, el flaco; allá, el barranco.

Los familiares de Miguel Ángel Tobar se saben rodeados. El suegro, con la mirada perdida, murmura: «Esto está feo». Caen las últimas paladas. No da tiempo para apelmazar el montículo. La tumba de Miguel Ángel Tobar es una panza de la tierra. Sin mausoleo ni cruz ni epitafio.

Un hombre corta con un machete una rama de izote, la flor nacional de El Salvador, y la clava sobre el montículo.

Una pequeña procesión de pobres abandona con prisa el cementerio. A su paso, otros pandilleros salen de las casitas y exigen a la gente que se detenga. La gente se apura. Todos salen. Se dispersan.

Miguel Ángel Tobar, el sicario de la clica Hollywood Locos Salvatrucha de la Mara Salvatrucha, el pandillero que traicionó a su pandilla, fue despedido en consonancia con su vida.

En un país como este no hay paz para un hombre como Miguel Ángel Tobar, el Niño de Hollywood.

Miguel Ángel Tobar fue miembro de la Mara Salvatrucha 13.

Fue un miembro sanguinario de lo que a estas alturas es la pandilla más grande y temida del mundo, la única pandilla a la que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos mantiene en una lista negra junto a los Zetas mexicanos o la Yakuza japonesa. Es la pandilla que durante dos años seguidos –2015 y 2016– ha condenado a El Salvador a ser el país más homicida del mundo. Para ponerlo en perspectiva: si en 2015, el México de los carteles, el Chapo Guzmán y los Zetas se escandalizó al rondar una tasa de dieciocho homicidios por cada cien mil habitantes, El Salvador tuvo una tasa de ciento tres. Ni hablemos de Estados Unidos. Su tasa está alrededor de cinco. Más de diez por cada cien mil habitantes representa, según Naciones Unidas, una epidemia.

La epidemia de muerte es furiosa en este pequeño país del centro de América.

Probablemente, Miguel Ángel Tobar hubiese sido de todas maneras un asesino despiadado; quizá de todos modos habría terminado enterrado sin lápida en medio de hombres que no lloran y mujeres que se desmayan en un cementerio polvoriento en el occidente salvadoreño. Es posible que todo eso hubiese sucedido con Miguel Ángel Tobar de no conocer a la MS-13. Sin embargo, no fue así.

Estaban hechos la una para el otro. Se parecían tanto…

Antes de ser el Niño de Hollywood, Miguel Ángel Tobar era un niño perdido y semihuérfano al final de una guerra que se lo llevó todo. Cuando finalizó la gran masacre de más de doce años, con los restos de muertos aún humeantes, llegaron expulsados desde Estados Unidos cientos de hombres con una nueva propuesta.

Los deportados, los primeros apóstoles de La Bestia –como el Niño de Hollywood llamaba a su pandilla– le propusieron a Miguel Ángel Tobar, y a cientos de miles como él, un nuevo destino. Una nueva guerra. Una nueva causa. La guerra contra las chavalas, los uno caca, los diecihoyos. Un enemigo-espejo que los reflejaba y los agredía: los pandilleros del Barrio 18. Miguel Ángel Tobar entró de lleno a una familia que sustituyó al grupo disfuncional del que su sangre lo hizo parte. Esta nueva familia de rudos miembros le propuso una razón para seguir viviendo. Esa razón era la muerte misma. La guerra.

Pero esa guerra entre chicos-espejo empezó mucho antes del nacimiento de Miguel Ángel Tobar, a miles de kilómetros del cementerio polvoso y olvidado de Atiquizaya.

En los años setenta, los salvadoreños llegaron en masa al sur de

California.

No ocurrió como una migración paulatina, uno a uno, familia por familia. Fueron montones tras montones. Los salvadoreños huían, no migraban, y eso se hace así. Con lo poco que podés coger en una noche y sin saber exactamente a dónde llegarás. No era tan importante llegar, sino dejar de estar.

Casi ninguno de los miles de salvadoreños que llegaron en el segundo lustro de los años setenta hablaba inglés. Eran pocos los que tenían familia allá. La mayoría se concentró en el sector de Pico-Union, donde había apartamentos baratos. Se apretujaron hasta cuatro familias en cajas de fósforos.

Muchos de esos migrantes eran chicos muy jóvenes que ya habían conocido la guerra en persona. Los procesos de reclutamiento en El Salvador no tenían que ver con una carta que llegaba a tu casa el día que cumplías la mayoría de edad, como les sucedió a los chicos norteamericanos durante la guerra de Vietnam. No. En El Salvador era una cacería. Los camiones del Ejército entraban a los barrios pobres y una jauría de soldados con lazos atrapaba a niños y adolescentes que luego eran rapados, entrenados brevemente y enviados a matar y morir en las montañas.

En esas montañas vivía la guerrilla. Una guerrilla muy entrenada que también reclutaba a los niños y adolescentes. Un buen número de estos jóvenes guerreros, luego de ver la muerte de cerca, escaparon hacia California. Una red de recién llegados se fue creando en ese estado. Unos empezaban a atraer a otros. La masa convirtió a California en la tierra prometida.

–Huíamos de una guerra. No queríamos más guerra. Pero ahí encontramos otro montón de problemas –dijo un miembro veterano del Barrio 18 que llegó a California en los ochenta, después de más de un año de combatir a la guerrilla en las montañas salvadoreñas.

Los Ángeles, la ciudad a la que llegó la mayoría, era todo menos un sitio pacífico donde echar raíces tranquilamente. Otra guerra se libraba ahí, una que casualmente la peleaban también los jóvenes.

Los chicos salvadoreños que entraron a las escuelas vivieron el infierno.

No hablaban inglés y fueron casi todos puestos en clases especiales que pretendían nivelarles. Pero no era solo el idioma el problema. Probablemente estos chicos podrían armar un M-16 sin dificultad, o diferenciar el sonido de un helicóptero de rescate del de uno de combate en la lejanía y el eco de la montaña. Pero no tenían idea de quién fue Abraham Lincoln ni qué sucedió en el Álamo en 1836. Sabían el secreto de las raíces que podés comer si se terminó tu ración

y seguís en combate, pero no sabían nada de una raíz cuadrada.

Si las clases ya eran un tormento para los confundidos salvadoreños, los recreos fueron una verdadera pesadilla. Los chicos jugaban béisbol, fútbol americano o *four corners*, juegos que ellos no entendían. Otros –algunos de migraciones anteriores, como los mexicanos– se organizaban en grupos, peleaban y tenían un complicado sistema de símbolos con las manos. Eran miembros de algo hasta ese momento desconocido para los salvadoreños: pandillas. Las había de todo género. La mayoría estaban formadas por mexicanos o descendientes, y sin embargo se agredían todo el tiempo como una especie extraña de juego serio en donde algunos terminaban muertos. Los baños y los pasillos de las escuelas estaban tatuados con símbolos indescifrables que marcaban la presencia de tal o cual pandilla. La salida de las escuelas, el regreso a casa, era un caos. Debían saber por dónde caminar o podrían pasar por un espacio prohibido y ganarse una paliza. Estos pandilleros vieron en los recién llegados a las víctimas perfectas. No estaban organizados, eran muy pobres y representaban ante todo una competencia innecesaria. Suficiente era tener que lidiar con los negros y sus pandillas para tener que preocuparse por esos salvajes. Los salvadoreños llegaron a disputar la hegemonía del término «hispano» y nunca, absolutamente nunca en la historia de la humanidad, los encuentros entre culturas dispares han salido bien. No al menos para los más débiles de la ecuación.

–Los mexicanos nos asaltaban camino a la escuela, nos quitaban nuestras cosas. Jodían a las bichas, nos miraban de menos, pues. Querían meternos a la fuerza a sus pandillas –dijo un pandillero veterano en un bar del centro de San Salvador, casi 20 años después de que Estados Unidos lo vomitara como a una comida tóxica. No lo dice con el tono de las víctimas. Sabe que a estas alturas no le calza.

Sin duda fue la fuerza del rechazo y de la violencia la que hizo que se juntaran los recién llegados. Caminaban juntos. No entendían L. A. y la ciudad no los entendía a ellos. Sin embargo, guardaba un secreto que los deslumbraría.

AC/DC, Slayer, Black Sabbath... Heavy metal. Música fuerte, dura, tan distinta a las rancheras y las baladas que sonaban en los pueblos salvadoreños. Aquellas irreverentes tonadas sonaban en los barrios bajos de los migrantes y, aunque no siempre sus letras, los jóvenes entendían la euforia que se desprendía de los bajos afinados en su más grave expresión. Por fin entendieron algo dentro del gran caos que para ellos significó Estados Unidos. En esos decibeles frenéticos y oscuros del heavy metal encontraron una forma de desahogo. Entendieron al fin uno de los lenguajes que la ciudad hablaba.

Todo vale madres cuando frente a un escenario, o frente a un radio viejo en un callejón de Pico-Union, te podés entregar a la pasión y reventarte en un torbellino de patadas y pescozones. El movimiento metalero, sobre todo ese con letras oscuras, con narrativas satanistas, fue arrasador entre la comunidad de salvadoreños jóvenes. Por fin empezaron a identificarse con algo. Los pelos largos, las cadenas de metal, las botas negras se volvieron signos de identificación. Sin embargo, fue un detalle, uno pequeño, casi imperceptible en la historia de las bandas de rock, lo que permitió que los rudos refugiados tuvieran por fin un símbolo de identidad alrededor del cual reunirse e identificarse.

En 1969, un grupo de roqueros ingleses llamado Earth ensayaba en un garaje. Los músicos discutían un cambio de nombre, ya que solían confundirlos con un grupo homónimo que sí era exitoso. Uno de ellos notó que en la acera de enfrente muchas personas hacían una larga fila para ver la película de terror *I tre volti della paura.* En español fue traducida como *Las tres caras del miedo*. Los músicos quedaron fascinados con el éxito del film y decidieron que esa había sido una epifanía del destino. Desde ese momento, la banda se llamaría igual que la traducción inglesa del film: Black Sabbath. El vocalista de la nueva banda, Ozzy Osbourne, se volvió ícono de este nuevo género que rompía con cuanto esquema musical se encontraba. Su símbolo emblemático, un resabio de las épocas hippies, fue siempre el índice y el medio formando una V, signo del amor y la paz. Sin embargo, Osbourne se tomó la noche muy en serio. El alcohol y las drogas hicieron que no pudiera seguir con la banda. Entonces llegó un nuevo músico, Ronnie James Dio, de origen italiano. Este nuevo vocalista sustituyó muchas cosas en la banda; entre ellas, el símbolo *peace and love,* que durante años había identificado a Osbourne. Dio utilizó un viejo signo de su abuela. Según sus propias palabras era una especie de amuleto que su abuela utilizaba para curar «el mal de ojo» o simplemente espantar la mala fortuna. La mano *cornuta* le llamaban. Se hace con los dedos índice y meñique levantados y los demás apuñados en el centro. Ese gesto se convirtió en ícono del heavy metal.

Entre los chicos salvadoreños en L. A., el signo fue conocido como la garra salvatrucha. Aún hoy, los *homies* salvatruchos de todo el mundo lo usan con veneración.

Para 1979, entre los salvadoreños se había consolidado una gran cantidad de grupos que giraban en torno al heavy metal y el satanismo. Se les conocía como *stoners*. En realidad era todo un movimiento. Muchos grupos se hacían llamar *stoners*.

Los salvadoreños, para diferenciarse de una vez por todas de cualquier otro grupo, confeccionaron un nombre. La Mara Salvatrucha Stoner o MSS.

El nombre nos remite de nuevo a la gran farándula. En los sesenta llegó a Centroamérica una película llamada *Cuando ruge la marabunta*. El film lo protagonizó Charlton Heston. Es la adaptación de un cuento alemán de Carl Stephenson, escrito en 1938. La historia trata sobre un hacendado cuyo patrimonio en el Amazonas es devorado por millones de hormigas furiosas. El éxito de la película fue grande y caló hondo en una sociedad salvadoreña en extremo provinciana, en donde estas pequeñas ventanas al verdadero occidente marcaban época. Caló tan fuerte que creó lenguaje. El salvadoreñismo «majada», que hacía referencia coloquial a cualquier grupo de personas, fue sustituido por «marabunta» o solamente por «la mara». Al principio, no tenía ninguna connotación criminal. El apellido «salvatrucha» fue un gentilicio acuñado para los salvadoreños en 1855, durante la guerra de los centroamericanos contra los filibusteros del estadounidense William Walker.

La Mara Salvatrucha Stoner era todo menos un grupo organizado.

Se trataba de pequeñas células autónomas, con algún grado muy bajo de relación entre sí. Pero, a diferencia de los demás grupos juveniles *stoners*, nunca fueron inocentes. Se volvieron fanáticos de las letras satanistas de los grupos de heavy y black metal. El juego adolescente fue tomado en serio. Se reunían en cementerios para tener sus pactos con La Bestia. En esos años de finales de los setenta, no era descabellado encontrar a los mareros *stoners* partiendo gatos, haciendo pactos de sangre e invocando a satanás sobre las tumbas de los cementerios públicos de la zona de Pico-Union.

En estos primeros años nació la idea de La Bestia. Al principio, provino de algunos títulos del heavy metal, como *The Number of the Beast*, de Iron Maiden, y estaba ligada al fanatismo musical. Pero luego aquello se volvió polisémico, significó mucho más. La Bestia pasó a ser para los primeros mareros sinónimo de la pandilla misma, pero también era donde habitaban los pandilleros caídos en combate y aquellos que eran asesinados por la pandilla. Como el Valhalla de los antiguos vikingos, La Bestia es una especie de morada para almas guerreras. Y, como el Huitzilopoxtli de los mexicas, es un ente que pide sangre.

Pasó de ser la bestia a ser La Bestia.

Es difícil hablar con los pandilleros veteranos sobre estos años de transición, cuando pasaron de ser víctimas a ser matones. Sus recuerdos son borrosos. Ocurrió sin que nadie le prestara mucha

atención, como un cambio natural. Como crecer.

Incluso los historiadores de la pandilla, aquellos que le han dedicado años a entender este grupo, como el profesor Tom Ward de la Universidad de California o el académico mexicano Carlos García, no terminan de comprender ese corto espacio. Probablemente nunca fueron del todo pasivos. Quizá les tomó solo un par de años darse cuenta de que conocían una violencia más brutal que la que practicaban sus agresores.

Sin embargo, algo es bastante claro: a finales de los setenta, los miembros de la Mara Salvatrucha Stoner dejaron de ser víctimas. Los tiempos en que los refugiados salvadoreños padecían a las pandillas mexicanas o chicanas en las escuelas empezaban a difuminarse. Los miembros de la MSS se convertían en matones y esperaban ansiosos las provocaciones. La unión los hizo fuertes.

La música era el alma del barrio bajo de la ciudad. Surgieron grupos, cuasi pandillas llamadas *party gangs*. Se trataba de chicos fanáticos de cierto tipo de música. Uno de esos grupos era los Drifters. Se vestían al estilo de John Travolta en *Grease* y escuchaban día y noche música disco. Además, buscaban camorra con otras *party gangs*. Era un reto. La Mara Salvatrucha Stoner lo aceptó.

–Ellos, allá en California, pensaban que sabían lo que era la violencia. *Fuck, no!* Nosotros les enseñamos lo que era la violencia –recuerda un viejo miembro de la MSS sentado en un café del centro de San Salvador. Dos décadas después de haber sido deportado de Estados Unidos, aún recuerda vívidamente cómo irrumpieron, con pasos de animal grande, los *homies* salvatruchos en las calles angelinas. Los salvadoreños sabían de guerra. Habían huido de una y no tuvieron ningún reparo en meterse a otra.

En los años setenta El Salvador era una olla de presión.

Dentro se cocinaba a llama alta una guerra. Los grupos clandestinos de izquierda llegaban a su madurez, y comenzaban a organizarse más seriamente.

No se trataba de un movimiento unificado, eran varios grupos de distintas tendencias políticas. Los jóvenes de clase media, con una formación católica, se organizaban en torno a la idea de una lucha popular armada, influenciada por el modelo comunista asiático. Ejército Revolucionario del Pueblo, o ERP, se hicieron llamar. Otros, escindidos del Partido Comunista Salvadoreño, aglutinaron a un buen número de obreros y campesinos en una de las mayores organizaciones guerrilleras de América Latina: Fuerzas Populares de

Liberación (FPL). Los grupos insurgentes brotaban desde muchos flancos, y la idea de lucha armada se volvía cada vez más popular entre las masas.

En el otro extremo, el gobierno, compuesto por militares golpistas de la ultraderecha, defendía el poder con todo el sadismo que dio fama a los militares latinoamericanos. Su principal arma era la Guardia Nacional, y evocarla aún hace que los salvadoreños se estremezcan. Era un cuerpo poco tecnificado. Operaba más bien como los matones del Estado y de una pequeña élite cafetalera. Para los setenta, sus métodos de recolección de información todavía consistían, por ejemplo, en colgar baldes de agua en los testículos de los interrogados o apalearlos hasta que confesaran en dónde habían escondido la vaca robada o la cadena de oro arrebatada. Eran métodos muy eficaces para aterrorizar a los bandidos de esos años y a los sindicalistas desarmados, pero poco útiles para repeler a unas guerrillas en franca evolución. Estas eran mucho más versátiles en su forma de combatir que la pesada y obsoleta maquinaria estatal.

Para 1975, las balas sonaban seguido y en ambas direcciones. Las guerrillas se abastecían secuestrando a importantes empresarios y pagando armas con sus rescates. Generaron una retaguardia donde menos lo indicaban los manuales marxistas: las comunidades campesinas más aisladas. Ahí surgieron los primeros campamentos y se engrosaron con campesinos hartos de la represión militar.

En 1979, todo cambió en Centroamérica. Las tres guerrillas nicaragüenses se unificaron y derrotaron al régimen de Anastasio Somoza Debayle, el tercero de una dinastía que pretendía perpetuarse. Fue la luz que esperaban las guerrillas salvadoreñas. Era posible llegar a un gobierno socialista a través de las balas. Los combates arreciaron. Las retaguardias campesinas se consolidaron en El Salvador. El gobierno de Estados Unidos, temeroso de perder todo ese traspatio, incrementó su apoyo al régimen militar salvadoreño, tanto en dinero como en asesoría. Para finales de ese año ya estaba consolidado un departamento de inteligencia estatal y un grupo de infiltración conocido como Orden. Por el otro lado, Cuba y la nueva Nicaragua socialista se abocaron presurosos a apoyar la insurgencia salvadoreña con recursos y adiestramiento.

Todos estos esfuerzos y todas estas armas necesitaban brazos que las dispararan. En un país donde más del sesenta por ciento de la población eran niños, el resultado era esperable. Miles de chicos menores de quince años fueron reclutados por ambos bandos.

La guerra es una bestia que necesita ser alimentada con carne joven.

El Salvador, un paisito que cabe veinte veces en California, con sus

ejércitos adolescentes, se lanzó al agujero del que saldría en 1992 ya con más de setenta y cinco mil muertos e incontables desplazados.

Con muchachos salidos de aquella locura quisieron los chicos disco de Los Ángeles, imitadores de Travolta, medir su pulso... Creyeron que podía ser divertido.

La vela

Miguel Ángel Tobar está muerto en casa de su madre. Afuera hay fiesta.

En el cantón Las Pozas, del occidente salvadoreño, hay una fiesta. Es sábado 22 de noviembre de 2014 y ayer mataron a Miguel Ángel Tobar. La gente celebra la fundación del cantón, y la Alcaldía de San Lorenzo ha organizado un baile. Una carpa plástica separa a los que han pagado cincuenta centavos de los que no. El reguetón suena fuerte a través de unos parlantes destartalados que distorsionan los sonidos. Las luces y la bulla del pequeño cantón destacan en medio de la oscuridad absoluta de los potreros y las milpas que lo rodean. Corre un viento fuerte. Es, dentro de los parámetros salvadoreños, una noche fría. No se suda.

Ayer mataron a Miguel Ángel Tobar. Hoy, al ritmo de coros evangélicos que sucumben ante el reguetón, lo velan en la casa en la que nació. Siendo honestos con los decibeles, lo velan a ritmo de reguetón.

Son las diez de la noche y los hombres ya están borrachos en el baile. Miran a los ojos con esperanza de encontrar pleito. Se tambalean con una mano en el sombrero y otra en la botella de cuarto de litro de guaro Cuatro Ases, ese licor sin ninguna denominación: no es ron, no es vodka, es guaro.

Cuatro soldados se refugian en la oscuridad de uno de los costados del escenario. No se meterán a menos de que alguien saque un machete, una pistola, una escopeta. No se meterán por dos borrachos a trompadas.

Este es un cantón de tierra. Las calles son de tierra, las casas son de tierra y la tierra, cuando se seca, se convierte en un cernido de polvo. Cuando eso pasa, el polvo, implacable para aterrizar, busca las comisuras de la cara, las arrugas del cuello, el pelo, el sudor donde adherirse. Pero esta noche amable no se suda.

En uno de los callejones, casi frente a la escuela del cantón, yace Miguel Ángel Tobar metido en su caja de teca. Alrededor, unas mujeres mayores recitan murmurantes y ariscas. Son los rezos

funerarios de rigor. Frente a la caja, en un espacio solitario, la madre entierra los ojos en el suelo. Es una mujer pequeña, pero el peso de un segundo hijo asesinado parece reducirla a su mínima expresión en esa silla de plástico. Morirá de cáncer meses después.

La madre del muerto no llora. Es la segunda vela que organiza para uno de sus hijos. Es la segunda vez que es madre de un hijo asesinado.

El piso de la casa es también de tierra. El portón que da a la calle es de lámina y las paredes son de ladrillo visto. La casa es un cuartón techado donde hay tres camas. Entre cama y cama, cobijas que separan cada espacio. Impiden ver la otra cama, pero no escuchar. En una cama, la madre. El padre no está. Se ahorcó hace menos de un año. No pudo superar el recuerdo de una masacre donde la MS-13 mató a cuatro de sus familiares. Hay cosas que solo pueden decirse así, como quien dice llueve. La pandilla del hijo le mató cuatro familiares al padre. O sea, al hijo también. En otra cama duermen la hermana mayor de Miguel Ángel Tobar y su marido. Aunque ahora mismo su marido está preso por haber traído marihuana desde Guatemala. En la otra cama dormían Miguel Ángel Tobar, su mujer-niña y sus hijas de tres años y de tres meses. La cocina de la casa es cualquier lugar donde se puedan quemar unas ramas. El baño es un hoyo en la tierra del traspatio, cubierto por palos y tablones.

En el traspatio están los hombres, unos diez hombres tomando el café y el pan dulce que reparten las señoras. El pan dulce no llega a repostería: pan con azúcar encima. Las catorce señoras cantan y aplauden: el poder de Dios ya está aquí, el poder de Dios ya está aquí. Eso es una vela aquí en lo rural: un griterío de señoras pobres que cantan rezos evangélicos, café de sobre, pan, azúcar y un pastor que pronto gritará también un salmo.

Es una vela miserable. Carece del dramatismo de los velorios de los pandilleros, donde decenas de chicos hacen ofrendas a las familias y fila para despedirse de su *homeboy* con lágrimas y gritos de venganza. Nada de eso, la de Miguel Ángel Tobar es la despedida de un apestado. Ninguno de sus antiguos compañeros de pandilla puede estar acá ofreciendo sus respetos. A unos los asesinó y otros están presos por su culpa.

Un hombre se asoma a la puerta y pregunta lo que es una obviedad: «¿Aquí es el finadito?»

Se trata de un pastor evangélico. Es moreno y muy chaparro. Sus ropas de gala son pobres y sus zapatos están llenos de polvo. Ha caminado casi dos horas desde su cantón. Lo acompañan dos mujeres ataviadas con velos en la cabeza. El pastor comienza a hablar de un más allá. No da detalles de ese más allá, no sabe cómo es, pero dice

con convicción que es mejor que esta vida. Toma la Biblia y dirige una oración que las mujeres siguen con los ojos cerrados murmurando palabras incomprensibles. La mujer-niña de Miguel Ángel Tobar está nerviosa, apartada del resto. Ha recibido mensajes de muerte en su teléfono. Teme que las balas que atrajo su pareja la sigan ahora a ella. El pastor termina su prédica. Recoge unos cuantos dólares entre los deudos y visitantes. Es una práctica común entre pastores que no tienen el salario del que gozan los curas. Sin embargo, este hace algo distinto. Busca a la mujer-niña de Miguel Ángel Tobar y le entrega todo lo recogido. «De algo le va ayudar, mamá», le dice y desaparece entre la oscuridad de los potreros con sus dos acompañantes.

Afuera, el reguetón. Hay fiesta en el cantón. La familia de Miguel Ángel Tobar pidió a los organizadores retrasar un día el evento, porque la casa queda a menos de cien metros de la tarima donde hay música en vivo. Fue una ingenuidad. Nadie iba a retrasar veinticuatro horas un baile por la muerte de Miguel Ángel Tobar.

Miguel Ángel Tobar está semidesnudo dentro de una bolsa blanca de plástico, sobre una palangana de metal.

Del agujero de bala en el centro de su cuello aún le brota sangre viscosa. Está tan fresco el cadáver que no toda se ha secado. Los forenses de las oficinas de Santa Ana lo han dejado en bóxer luego de hacer la autopsia. El bóxer es azul, viejo, y dice *elegant* en su elástico. De sus cuatro tatuajes, solo el deforme yin-yang del muslo derecho se salvó de salpicaduras de sangre. Las incomprensibles letras de su pecho quedaron entre los dos agujeros del cuello y el que está debajo de su pezón derecho. En su antebrazo izquierdo, entre puntitos de sangre fresca, aún se lee: mi vida loca.

A la derecha de su rostro, como surcos de sangre seca que van desde su frente y mejilla hasta el cabello, cuatro líneas. Si no se supiera que murió a balazos, podría pensarse que una bestia le arañó la cara.

Murió con los ojos abiertos y el gesto anodino de quien ve algo que le aburre.

Miguel Ángel Tobar, en un acto de estupidez ante cualquiera que no haya vivido toda su vida con la muerte a centímetros, había regresado a su casa familiar cinco meses antes de que lo dejaran cadáver. Salió del cañaveral donde se había ocultado por meses. Se hartó de vivir como nómada. Necesitaba alimentar a sus dos hijas. Sabía que una banda de asesinos lo buscaba para vengar su traición. Los conocía muy bien. Fueron sus *homies*. Sabía que, desde la cárcel, altos mandos de la Mara Salvatrucha pedían su cabeza. Algunos de ellos eran fundadores de la pandilla en los años de aquel salvaje sur californiano de los ochenta. Querían escucharlo morir. Sufrir. Le dijeron que lo

dejarían oliendo a pino, en referencia al ataúd en el que lo meterían. No sabían que la envoltura de Miguel Ángel Tobar sería aún más barata: teca. Aun así, Miguel Ángel Tobar había vuelto al cantón Las Pozas.

El cantón Las Pozas. Tierra, una escuela, un amate enorme, una cantina, una cancha de fútbol terrosa, monte, calor.

Las Pozas era su plan de retiro luego de su prolongada traición.

Nunca permitió que los adolescentes problemáticos del cantón entraran a la MS-13. No lo permitió ni cuando él mismo era sicario de la pandilla. Miguel Ángel Tobar llamaba a sus vecinos los ganyeros. «Mis ganyeros», decía. Eran unos ocho muchachitos a los que la marihuana que Miguel Ángel Tobar traía desde Guatemala les parecía una novedad; y, venderla en pequeñas porciones, toda una actividad criminal sofisticada.

Cada mes, Miguel Ángel Tobar cruzaba la frontera, a solo un par de kilómetros de su casa. Caminaba por montes y potreros, cruzaba un río y compraba dos, tres o cinco onzas de marihuana. Fumaba un poco con sus ganyeros y les daba para que vendieran y se repartieran las miserables ganancias. A veces, él mismo iba hasta Guatemala a comprar marihuana para otros, a pueblitos que no aparecen en el mapa: El Escarbadero, El Regate. A cambio, pedía a quien ponía la plata para la compra que le obsequiara un poco para fumar.

Miguel Ángel Tobar, aun cuando era un soldado fiel de la MS-13, entendió que no hay que destruir el lugar donde se vive. Y la MS-13 destruye.

Los ganyeros montaban guardia para él. Cuidaban por las noches. Hacían turnos de vigilancia en la entrada del callejón de tierra que conduce a su casa familiar. Le marcaban por teléfono si algo pasaba. En un par de ocasiones, Miguel Ángel Tobar tuvo que salir con un trabuco, una escopeta artesanal, para amedrentar merodeadores.

Las Pozas es el final. De un municipio, de un departamento, de un país. Después de Las Pozas es otro país. Allá es Guatemala.

Miguel Ángel Tobar sabía que para llegar a él, sus matadores tenían que cruzar el cantón frente a los ojos de sus fieles ganyeros. Tendrían que enfrentarse a él, y él se había ganado el respeto de matador entre matadores. Por eso, trataba de salir poco del lugar: un día a trabajar una tarea de milpa por cinco dólares; otro día, a traer marihuana; otro, a asaltar un camión de chucherías.

El viernes 21 de noviembre de 2014, Miguel Ángel Tobar decidió salir de Las Pozas por una razón especial. Luego de tres meses de nacida, él consideró que su segunda hija necesitaba un nombre y un apellido. Hasta ese día, él se refería a ella como burrita.

Miguel Ángel Tobar, justo al mediodía, dejó el cantón por veredas peatonales y pedaleó su bicicleta una media hora hasta llegar al municipio de San Lorenzo, al que pertenece Las Pozas. Entró a San Lorenzo por atrás, por la calle conocida como calle al Portillo, un camino asfaltado donde caben dos carros, y que termina en el río San Lorenzo.

San Lorenzo era un lunar en El Salvador. Era, ya no es.

El Salvador es un país violento. Lo ha sido desde hace décadas. Para la gente de la generación de Miguel Ángel Tobar, El Salvador ha sido un país violento desde siempre, desde que chillaron la primera vez al salir de su mamá. Las Naciones Unidas dice que si un país supera los diez homicidios por cada cien mil habitantes, lo que se experimenta es una epidemia de muerte. El promedio más bajo en todo el siglo en El Salvador fue de 36,2 en 2002. Ese promedio supera incluso al México más violento, pero en El Salvador eso es paz. En 2009, El Salvador llegó a la cima más deshonrosa: el país más homicida, con un promedio de 71. En 2014, el promedio andaba cerca: 61,1. Hoy en día este país se sigue desangrándose como uno en plena guerra: 103 homicidios por cada cien mil habitantes en 2015: uno de cada 972 salvadoreños asesinado; 81 homicidios por cada cien mil habitantes en 2016. Haciendo el jueguito de las cifras: para igualar la tasa salvadoreña del bienio 2015-2016, en Estados Unidos tendrían que haber sido asesinadas 593.000 personas en esos años.

Pero San Lorenzo era un lunar. En 2013 no tuvo ningún homicidio. Ni uno. Cero. El Salvador se acerca al cero en muchas cosas: fútbol, crecimiento económico, pero en raro lugar en homicidios. En 2014, hasta el día 21 de noviembre cuando Miguel Ángel Tobar decidió escabullirse de Las Pozas para nombrar a su hija, tampoco había ocurrido ningún homicidio en San Lorenzo. Dos años sin muerte violenta.

Y Miguel Ángel Tobar entró en la alcaldía, frente al parque. Lo vio entrar un viejo barrendero. Lo vio entrar una mujer llamada Esperanza, que cobraba el peaje municipal a los buses que salen de San Lorenzo. Lo vio entrar un mototaxista. Lo recuerdan salir nervioso, rápido, girando la nuca. Lo vieron.

Salió tras una hora. Eran casi las dos de la tarde.

La niñita ya tenía nombre. Se llama Jennifer Liset. Y, el día que su papá la reconoció como suya, ella quedó huérfana de padre.

Ese día, Miguel Ángel Tobar apenas se detuvo a saludar. Montó su bicicleta e intentó desandar el camino. Se alejó tres cuadras de la alcaldía. Retomó la calle al Portillo. Vio venir una mototaxi.

Es de noche. Miguel Ángel Tobar fue asesinado hace siete horas. El charco de sangre que salió de su cabeza está a treinta pasos de las primeras gotas de sangre.

Después de haber matado a tantos, hoy lo mataron a él. Tras casi dos décadas de asesinar, fue asesinado. Cuando a Miguel Ángel se le preguntaba a cuánta gente mató, él contestaba con la serenidad de quien hace cálculos mentales para determinar una fecha:

–Me he quebrado… Me he quebrado cincuenta y seis. Como seis mujeres y cincuenta hombres. Entre los hombres incluyo los culeros [gais], porque he matado dos culeros.

Lo decía sin alarde, como si todos los hombres del mundo tuviéramos un número para responder a esa interrogante.

El parte policial de su muerte dice esto: una mototaxi apareció con dos hombres gordos, rapados y de unos cuarenta años. Lo embistieron. Su bicicleta quedó tirada. Corrió. El primer tiro de los seis le entró por la espalda. (Las primeras gotas rojas sobre el pavimento están apenas a un metro de la bicicleta.) Avanzó mientras le asestaron otros dos tiros, uno en la cabeza, atrás de una oreja y otro al costado. (Las gotitas se hacen más frecuentes a los quince pasos largos.) Dio quince pasos más. Cayó bocabajo. Se volteó hacia arriba para pelear. Los victimarios se acercaron y le metieron tres tiros más. Cabeza y pecho. (Las vainillas de las balas están ahí, a la par del charco de sangre pintado en el pavimento, esparcido, como si un animal herido se hubiera arrastrado.)

Peleó.

Los asesinos no se largaron hacia el monte, sino hacia el pueblo de San Lorenzo en una de esas mototaxis que hacen un estruendoso ruido. Como si una lámina fuera arrastrada por el viento. La escena está a unos cincuenta metros del puesto policial. Los policías llegaron como veinte minutos después del hecho. No hubo operativo de búsqueda ni nada por el estilo.

A las dos de la tarde de un caluroso 21 de noviembre de 2014, en el municipio de San Lorenzo, el testigo protegido del Estado salvadoreño identificado como Liebre o Yogui, el pandillero de treinta y un años, responsable de haber encarcelado a cuarenta y seis miembros de la Mara Salvatrucha 13, fue baleado hasta la muerte.

Miguel Ángel Tobar, el Niño de la clica Hollywood Locos Salvatrucha, cumplió su pronóstico y murió asesinado.

2. EL COMIENZO

Un niño de once años se escondió en unos arbustos de café para ver a dos hombres emborracharse con guaro de caña.

Era 24 de diciembre de 1994 y ese día había fiestas en ese pueblo occidental al que le habían concedido el título de ciudad, Atiquizaya. Los hombres tragaron el aguardiente de varias botellas hasta que sobre ellos, implacable como una tarde calurosa, fue cayendo ese sueño pesado y balbuceante que produce ese destilado de caña. Uno de los hombres, un jornalero de una finca de café, cayó doblado a pesar de las órdenes del otro, su capataz, de mantenerse erguido, tomando. El niño lo veía todo desde las ramas, entre el follaje espeso del café. Esperaba, paciente, que el guaro hiciera su parte. Tras vaciar lo último de las botellas, ya sin trago ni compañía, el capataz enfiló hacia su casa.

El niño, sigiloso, lo siguió.

En una vereda de tierra que conectaba con la calle asfaltada que conduce hacia la cabecera departamental, Ahuachapán, el niño pensó que era el momento. Salió de entre las ramas y le encajó al capataz un garrotazo en la cabeza. El leñazo tumbó al hombre. Ya en el suelo, el niño intentó cumplir su cometido. Le dejó caer sobre la cabeza y la nuca varias piedras grandes. Grandes como la piedra que un niño desnutrido de once años pueda levantar.

El niño quiso cerciorarse de que había matado. Volvió a la vereda que partía el cafetal. Veló el cuerpo del capataz. Amaneció el día 25.

Bajo los primeros rayos del sol, un pequeño camión repartidor que hacía ruta se topó, sobre la vereda polvosa, con el cuerpo de un hombre ensangrentado y con la ropa hecha jirones. Los tripulantes del camión descubrieron que aquel andrajo aún respiraba. Lo cargaron en una hamaca, de esas que los camioneros llevan para descansar en cualquier lado donde haya dos árboles. Lo llevaron hacia el hospital de Ahuachapán.

El niño, desde la maleza, se lamentaba. Sus fuerzas no le habían permitido matar.

Aquel 24 de diciembre de 1994, en su primer intento en aquel cafetal, Miguel Ángel Tobar falló en lo que luego tan bien haría.

Todos nacimos medio muertos en 1932.

Para ese año, la gente estaba loca por el café en El Salvador. Las primeras semillas llegaron desde India luego del desastre económico de 1850 por la caída en el precio del añil, el tinte natural que constituía la principal fuente de ingresos para El Salvador.

La debacle tuvo que ver con un hecho aislado, un experimento en un patio trasero de una casa de Londres, en un laboratorio personal de un joven aprendiz de químico. William Henry Perkin, aprendiz de dieciocho años del doctor August Wilhelm von Hofmann, que había sido director de la primera escuela de química de Londres, experimentaba con varios compuestos. La misión de su mentor, y por ende la suya, era descubrir un sustituto sintético para la quinina, el medicamento contra la malaria que tanto aquejaba a los agentes coloniales del imperio británico.

Aquella tarde de abril, el joven Perkin mezcló el contenido de un frasco con el de otro. Calentó algo. Revolvió. Agitó. Definitivamente el resultado no tenía nada que ver con la quinina, pero hacía algo maravilloso. Poco a poco, el líquido se volvía púrpura.

Al joven Perkin le pareció curioso y, sin mucha importancia, lo escribió en su bitácora. Cuando su mentor vio lo que había hecho se dio cuenta de que estaba frente a un gran descubrimiento: el primer colorante.

Hasta ese día, casi todos los tintes con que se pintaban las cosas eran de origen natural. Insectos molidos o resinas de árboles tropicales. El añil, extraído del fruto de la mata del jiquilite, fue usado durante cientos de años por los indígenas y luego a gran escala por los europeos. El accidente de Perkin ahorraba una gran cantidad de dinero. Podían teñir, al menos de azul y celeste, lo que hiciera falta sin necesidad del engorroso proceso de embarque y todo lo que conllevaba la exportación por aquellos años. Perkin se hizo famoso y rico, recibió cuatro medallas a la excelencia en la química y al menos ocho doctorados honoris causa. Creó una gran industria química y en 1906, un año antes de morir de pulmonía y apendicitis, fue nombrado sir.

Mientras las industrias Perkin se enriquecían con su descubrimiento, al otro lado del mundo, el país más pequeño de América vivía su crisis económica más dura.

Poco a poco las frondosas matas de jiquilite fueron muriendo. Las haciendas añileras quedaron en desuso y la hambruna y la pobreza atacaron al recién fundado El Salvador. Las élites y el Estado lo habían apostado todo a la exportación de los frutos de esas matas que ahora agonizaban, secas y macilentas. Cuando se apuesta todo a una sola

forma de producir, cambiar es difícil.

Gerardo Barrios, el primer presidente salvadoreño, el centroamericanista que terminó fusilado, tuvo una idea: usar todo el sistema de agroexportación que ya existía para exportar otra cosa. Café. Fue justo ahí donde todos comenzaron a volverse locos en El Salvador.

El café es caprichoso. Es una mata de mediano tamaño que se niega a dar sus frutos si no está a cierta altura. Necesita una cantidad abundante de agua y no convive con ningún otro cultivo. Si tiene mucha sombra, muere. Si le da por mucho tiempo el sol, muere. Pero, sobre todo, es una mata que requiere mucha atención. A diferencia del rudo jiquilite, esta mata, y el procesamiento de sus frutos, necesita de una gran cantidad de trabajadores.

Las élites salvadoreñas tenían el capital, tenían los insumos técnicos y la maquinaria de última generación para producir. Solo les faltaban dos cosas: las tierras para sembrar y las manos para cosechar.

Justo en ese momento, los ojos de todas las élites se posaron en quienes habían sido ignorados durante más de doscientos años: los indígenas.

El régimen colonial español había dado a los indígenas, como una forma de protegerlos, tierras comunitarias en los cerros y las laderas. Las tierras altas. Las tierras malas en el momento en que se las dieron. Y, básicamente, se les dejó al margen de la construcción del Estado salvadoreño. Pero ahora, sus tierras y sus manos eran necesarias.

Durante la presidencia de Rafael Zaldívar, en la última década del siglo XIX, se firmó un decreto. Las tierras comunales, o sea donde los indios vivían, sembraban y se resguardaban de un gobierno mestizo, fueron borradas como figura jurídica de un plumazo. La mayoría pasaron al Estado y este las vendió a quienes podían cultivarlas.

El problema de las tierras había sido resuelto.

Sin embargo, seguían faltando brazos.

Muchos de esos indígenas sin tierra tuvieron que emplearse en las haciendas cafetaleras con salarios miserables. Pero el café pedía más.

Se firmó una ley que básicamente prohibía estar desempleado. La «ley contra la vagancia» permitía que te encarcelaran y te hicieran trabajar de gratis, como un esclavo, si después de los doce años de edad no demostrabas trabajar en una hacienda.

Las tierras fueron puestas en manos de los nuevos terratenientes y los indígenas también.

El occidente salvadoreño de principios del siglo XX, que fue donde más se cultivó café y donde proliferaron la mayoría de las haciendas, se llenó de gente de todo El Salvador. Buscaban trabajo en las

haciendas. Multitudes de desarrapados y hambrientos que quedaron sin tierra después de los decretos liberales de Zaldívar.

Esta enorme masa humana nunca fue como la trató de pintar la cultura oficial: alegres trabajadores, indígenas felices que cantaban y lucían sus trajes típicos mientras desgranaban los cafetos. No. Era un ejército de desamparados que rumiaba odio. Odio contra los ladinos: capataces, administradores, hacendados y otros campesinos un poco menos miserables que ellos, a quienes los indios consideraban culpables del gran robo de tierras.

Pasaron las décadas y esa miseria y ese odio llegaron al punto de ebullición.

En 1932 la furia indígena no pudo ser contenida. Algunos dirigentes comunistas hábilmente quisieron montarse en el descontento y volver aquello una gesta política. Pero el rencor indígena por cuarenta años de vejaciones, de tener que plantar esa mata extraña en donde antes crecían sus milpas y ayotales, de ser violados, maltratados y esclavizados, no pudo contenerse más.

El misionero religioso estadounidense Roy McNaught se despertó sobresaltado a las doce de la noche del 23 de enero de 1932 en un pueblo del occidente salvadoreño. En su relato cuenta que cientos de indígenas asaltaban el puesto de la Guardia Nacional, el telégrafo y la alcaldía. Otro centenar botaban a garrotazos y pedradas las enormes puertas de madera de cedro de la casa del señor Redaelli, el rico cafetalero del pueblo. Los rebeldes andaban con algunas armas de fuego, pistolas y rifles viejos de casería, y dispararon a quemarropa a Redaelli. Luego hicieron lo mismo con su mujer y sus hijas. Acto seguido atacaron el estanco. Se bebieron el licor y siguieron con su furia hacia otros pueblos.

Al menos seis localidades del occidente salvadoreño fueron tomadas por los rebeldes. En casi todas, la tónica fue la misma. Asaltar el puesto de guardias, asaltar el telégrafo, el estanco, y atacar las casas de los cafetaleros ricos que durante años se habían burlado de ellos. Sin embargo, la sangre corrió poco. Según el historiador estadounidense Erick Chin, quizás el hombre más docto en este tema, los indígenas apenas asesinaron a alrededor de cien personas en el levantamiento.

Tomaron por sorpresa al Estado. Lo que pasó en las siguientes semanas ha quedado como el periodo más sangriento en la historia de El Salvador. Eso, dicho en El Salvador, es decir mucho.

El presidente golpista, el general Maximiliano Hernández Martínez, llamó a su ministro de guerra, el general Calderón. La orden fue clara: aplaste la rebelión y encárguese de que no vuelva a pasar.

En una fotografía amarillenta, unos hombres con vestimenta de cacería posan al lado de una carreta llena de cadáveres de indígenas. En otra, un hombre joven mira con horror una tendalada de cuerpos sin vida. Todos indios. En otra, un sacerdote lee a Francisco Sánchez, uno de los indígenas que lideraron el movimiento, un libro negro. En la siguiente, Sánchez mira fijamente a la cámara, bravo como era, minutos antes de ser fusilado. En otra fotografía, Feliciano Ama aparece descalzo y con los pulgares atados. Ama era el líder indígena de la ciudad de Izalco, dirigente de una de las más importantes cofradías indígenas del occidente y uno de los líderes de la insurrección. En otra, Feliciano Ama pende de una cuerda en el árbol central de la ciudad de Izalco, como una piñata macabra en una fiesta muy triste. Lo dejaron ahí hasta que se pudrió, como muestra de lo que les pasaba a los indios cuando no obedecían. Cuando no cortaban café.

Como un recordatorio de los cimientos sangrientos de este país, décadas después, desde 1982 hasta la actualidad, el partido de derecha Arena celebra en Izalco, sobre la fosa común de cientos de cadáveres de indígenas, su arranque de campaña electoral. Dicen que ahí inició su lucha contra el comunismo. Desde ahí cantan con mucho fervor la estrofa más polémica de su himno: «El Salvador será la tumba donde los rojos terminarán».

Al menos quince mil personas, hombres jóvenes en su mayoría, fueron asesinados en el occidente salvadoreño en pocos meses de 1932. Muchos más fueron ejecutados en lo que quedó del año. Ninguna de estas muertes fue registrada en los índices de homicidios formales.

El más célebre poeta salvadoreño, Roque Dalton, miembro de la organización insurgente Ejército Revolucionario del Pueblo en los años setenta, asesinado por órdenes de los líderes de esa misma organización bajo el cargo de rebeldía, escribió al respecto de la masacre de indígenas el poema «Todos»:

> Todos nacimos medio muertos en 1932
> sobrevivimos pero medio vivos
> cada uno con una cuenta de treinta mil muertos enteros
> que se puso a engordar sus intereses
> sus réditos
> y que hoy alcanza para untar de muerte a los que siguen
> naciendo
> medio muertos
> medio vivos
>
> Todos nacimos medio muertos en 1932

Ser salvadoreño es ser medio muerto
eso que se mueve
es la mitad de la vida que nos dejaron…

Las haciendas siguieron cultivando y cosechando aquella planta. Exportando y sumando, siempre sumando. Esos lugares se volvieron pequeños feudos. Incluso tenían su propia moneda, su propia tienda de abastos o tienda de «raya» y sus propias reglas. Y, como El Salvador de esos años, tenían también sus propios dictadores. Los capataces se volvieron semidioses. Tomaban lo que querían, aun si esto estaba entre las piernas de una cortadora. Y, si alguien se mostraba muy rebelde, solía amanecer degollado en alguna zanja.

Los ricos se volvieron muy ricos en las décadas siguientes al 32. Los pobres no podían serlo más.

Los indios decían que el café es una planta maldita, que prospera con la sangre. Por eso, decían, sus granos son rojos.

El niño –que luego sería el Niño de Hollywood– huyó decepcionado de sí mismo entre las veredas de aquel cafetal. Sin embargo, consigo llevaba algo invaluable para su futuro. En el cinto del hombre al que apedreó encontró un revólver .38.

El arma fue un premio de poco consuelo. Miguel Ángel no logró vengar la honra de su hermana ni la crueldad del capataz. Miguel Ángel no logró redimir lo que su miserable padre permitía una y otra vez.

La familia de Miguel Ángel era, por aquellos años de cafetal, pedazos de otras familias.

La madre, doña Rosa, había abandonado a otra familia. De esa familia, sobrevivían una hija y dos hijos. Dos hijos más habían muerto antes de cumplir cinco años. Cuando se pregunta a los que conocieron a esa familia de qué murieron esos niños dan respuestas vagas que pretenden justificar con pocas palabras una vida humana que acabó. Murieron de sarampión. Murieron por un aire. Murieron de un soplo en el estómago. Murieron porque se les bajó la mollera. Nadie sabe de qué murieron, pero morir de niño es normal en ese mundo.

Doña Rosa conoció a finales de los setenta, cuando la guerra estaba a punto y los señores cafetaleros veían su reino tambalear por la competencia internacional, al miquero de una hacienda.

Don Jorge era miquero. Ser miquero implica, como bien describe la palabra, hacer el trabajo de un animal. El trabajo de un mico. Los miqueros se encargaban de talar las ramas altas de los árboles de

sombra. El árbol de sombra tiene que ser de una buena altura y competir lo menos posible por los nutrientes de la tierra con el cafeto. El miquero se encarama, sin arnés ni guantes, con solo su corvo y un lazo, hasta la copa de los bálsamos, marañones japoneses, sunzas, matazanos, arrayanes, nances, caimitos o laureles, y poda. Estiliza el árbol para que dé sombra, pero no tanta; para que deje pasar los rayos del sol, pero no tantos.

Si el miquero cae, tal cual si fuera un mico, es su problema.

Doña Rosa conoció a un miquero que cayó. Todo tronó cuando don Jorge aterrizó. Lo llevaron a su choza en la hacienda y ahí con reposo y aguas de hierbas se recuperó como pudo. Y pudo mal. Su brazo izquierdo quedó torcido e inútil. Los pedazos de sus huesos quebrados pegaron mal, tan mal que ni estirar el músculo podía. Su columna también quedó torcida. Dolía.

El miquero se hizo jornalero de tierra. Un jornalero de un solo brazo, recogiendo los granos que crecían gracias a la sombra y el sol que él procuró hasta partirse el cuerpo.

Pasaron años de hacienda en hacienda pidiendo trabajo de lo que fuera.

Doña Rosa y don Jorge tuvieron cuatro hijos. Sandra, la mayor, que nació allá por 1979. Jorge, que nació en 1981. Miguel Ángel, que nació un 4 de enero de 1984. Y una niña de la que nadie recuerda el nombre, que murió cuando tenía año y medio. Murió de sarampión.

Doña Rosa, la madre de Miguel Ángel, era también madre de tres niños muertos.

Don Jorge, el padre de Miguel Ángel, era heredero de los indios asesinados.

De esos indios heredó el miserable trabajo, la vida en hacienda y la mano dura de los capataces.

Anduvieron de hacienda en hacienda hasta que, ya a principios de los noventa, los dejaron quedarse de colonos en una. La hacienda estaba en Atiquizaya, en una zona conocida –como si se tratara de una burla– como El Paraíso.

Don Jorge era alcohólico y la mente de doña Rosa se deformaba poco a poco hasta llevarla a ser, con los años, una anciana desquiciada. Los hijos se criaban más bien solos.

El capataz dio trabajo a un campesino estropeado y con una familia numerosa. Incluso les permitió vivir dentro de la hacienda. Pero el capataz tuvo una exigencia que hizo a don Jorge durante una de sus borracheras con guaro de caña: el capataz le pidió a su hija mayor. No la quería de esposa, pues el capataz ya tenía una. La quería para que lo complaciera por las tardes después del trabajo en el cafetal.

Don Jorge aceptó. Dio permiso a su capataz para violar a su hija Sandra cuantas veces quisiera.

Durante varios meses, el hombre llegaba por las tardes a desfogarse con la niña de quince años. Luego sacaba las botellas de Cuatro Ases y se emborrachaba con el padre.

El capataz obligaba a los hermanos de Sandra a irse mientras la violaba. Pero Miguel Ángel, en varias ocasiones, no hizo caso. Se escondió en el café y vio entre los tablones de madera cómo el amo de su padre penetraba a su hermana mayor.

Miguel Ángel se hartó de la crueldad del capataz. Era la noche del 24 de diciembre de 1994 y Atiquizaya estaba de fiesta cuando Miguel Ángel decidió, por primera vez, matar.

Era apenas un niño de diez años cuando se escondió en unos arbustos de café para ver a dos hombres emborracharse con guaro de caña.

3. EL ORIGEN

El 24 de marzo de 1980, a la seis de la tarde, un hombre joven, alto y barbado, llegó a bordo de un Volkswagen rojo de dos puertas a la capilla de un hospital para cancerosos en la colonia clasemediera Miramonte, en la capital salvadoreña. Llevaba un rifle de precisión y, dentro, la bala explosiva calibre .22 que lo cambiaría todo en El Salvador.

En el país ya había combates antes de 1980. Todas las guerrillas habían crecido y se entrenaban dentro y fuera del país en el último lustro de la década de los setenta. Sin embargo, todavía había mucha descoordinación en ellas. Aparte del poderoso FPL, al mando del comandante Cayetano Carpio, en su momento la guerrilla más poderosa del país, las demás organizaciones estaban conformadas por universitarios, poetas, pensadores y, en general, por jóvenes entusiastas y románticos revolucionarios. Les faltaba determinación y les faltaban años.

El gobierno tampoco era un ente homogéneo. La poderosa élite terrateniente e industrial se sentía vulnerable ante las masas y las nuevas ideas revolucionarias que, semana no, semana sí, detenían su producción con sus huelgas y toma de calles. Habían dejado de confiar en los militares, y la política internacional del presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, a esta élite le parecía poco menos que comunista.

Había una única figura en donde coincidía el respeto de militares, cafetaleros, industriales y hasta la clase política: el general José Alberto *Chele* Medrano. Era un militar de la vieja escuela. Matón, irreverente y violento. Todo lo que se esperaba del hombre salvadoreño. Había sido director de la Guardia Nacional, y se había ganado su enorme prestigio comandando a los temibles guardias en su invasión a Honduras, en 1969, en la penosísima última guerra entre centroamericanos. Se trató de una serie de escaramuzas fronterizas entre El Salvador y Honduras que duraron apenas cien horas. Este conflicto fue bautizado por el célebre periodista Ryszard Kapuściński como *La guerra del fútbol*. Todo porque lo que terminó de derramar un enorme vaso de conflictos fueron los tres partidos de eliminatoria para el Mundial de México 70. El Salvador ganó dos de las tres justas y fue a su primer mundial en la historia. Perdieron todos los partidos y no anotaron un solo gol.

Ser director de la Guardia Nacional en esos años era muy similar a ser director de la Gestapo en la Alemania nazi. La institución fue creada en 1912 para unificar la fuerza estatal y, desde ese momento, se volvieron temidos en todo el territorio nacional. Eran una policía militar en toda regla y, aunque posteriormente se creó la Policía Nacional y la supertemida Policía de Hacienda, la Guardia siguió siendo la figura de poder por excelencia del Estado salvadoreño. Justamente por eso, cuando las tensiones entre Honduras y El Salvador llegaron a su clímax en el último año de los convulsos sesenta, fue el general Chele Medrano quien se encargó de los preparativos. Viajó de incógnito a Europa para comprar, con oro recaudado de forma secreta por los cafetaleros, baterías antiaéreas, fusiles modernos y granadas para hacer frente al Ejército hondureño. Los enfrentamientos fueron pírricos. El Ejército salvadoreño mató más vacas que personas, y la tropa se dedicó a robar y destruir haciendas hondureñas durante la invasión. Fue la guerra de los miserables. Como dos boxeadores desnutridos que tratan de hacerse daño, pero las fuerzas los traicionan.

No importó. Lo pírrico de los enfrentamientos no influyó en los festejos con que Medrano y sus guardias nacionales fueron recibidos en San Salvador después de que la Organización de Estados Americanos (OEA), como una madre molesta con sus chiquillos, pusiera fin a las hostilidades de un plumazo. Él mismo iba al frente con su uniforme de gala y su fúsil, sobre una mula negra. A su honor y al de sus hombres fue bautizada esa calle del desfile con el pomposo nombre que aún tiene: bulevar de Los Héroes. Una de las arterias más importantes de la capital salvadoreña.

Desde ese momento, el general Chele Medrano se volvió el hombre fuerte de los militares y el gran protector de los cafetaleros. Fue él quien modernizó la represión y constituyó el principal escudo contrainsurgente. Los guardias y policías ya sabían de torturas. De esa forma habían luchado durante décadas contra el hampa común. Eran expertos en apretar a bandidos, asesinos y ladronzuelos. Patadas, capucha con cal en cara y, por supuesto, el temido balde de agua colgando de los testículos, eran sus métodos.

Pero estos mecanismos se quedaban cortos para combatir a los grupos insurgentes de los setenta. Medrano lo sabía, había estado en cursos con militares estadounidenses en Asia y había aprendido cosas.

Fue él quien fundó el primer organismo serio de inteligencia militar: la Agencia Nacional de Seguridad Salvadoreña (Ansesal). Y también la estructura de campesinos informantes, conocidos como los orejas del Ejército: Organización Democrática Nacionalista (Orden). Al frente del

nuevo organismo de inteligencia colocó a su hombre de confianza, un joven oficial que había viajado y luchado con él en la guerra desnutrida contra los hondureños, y que destacaba por su inteligencia y gran capacidad para la violencia. Se trataba del militar treintañero Roberto d'Aubuisson.

Juntos combatieron a las incipientes guerrillas. A través de la información de Ansesal se dio con el paradero de cientos de campesinos organizados y catequistas de las comunidades eclesiales de base, modelo de la nueva teología prorrevolucionaria en boga en toda América Latina, dirigentes sindicales e ideólogos de la izquierda. Luego aparecían asesinados en los caminos, desollados, violados, con los canales respiratorios atascados con la mierda y orines en los que fueron ahogados. La misión del general Chele Medrano, y por ende de las Fuerzas Armadas, era, en palabras de un guerrillero de esos años, «matar al niño en la cuna». Entendiendo por niño al proceso revolucionario; y, por «matar», pues justamente eso. Pero ese niño creció y empezó a irse para las montañas cargando fusiles.

Para marzo de 1980 había una tenue esperanza de un desenlace político. Un conjunto de militares jóvenes había dado golpe de Estado un año atrás, y se instaló una Junta Revolucionaria de Gobierno conformada por economistas, doctores, políticos y militares. El entonces arzobispo de San Salvador, monseñor Óscar Arnulfo Romero, pedía calma a las masas. Había depositado su confianza en esta junta cívico-militar. Y las masas habían puesto su confianza en ese arzobispo extraño que caminaba con ellos en cantones y caseríos, y denunciaba los atropellos estatales desde el púlpito de la Catedral metropolitana

Pero El Salvador es un país de giros bruscos. Si fuese una carretera, sería una llena de baches y curvas cerradas que hacen dar golpes de timón. Uno de estos giros inesperados fue el del propio Chele Medrano. Se terminó enamorando de una hippie. Una niña rica y hermosa que se paseaba, cigarro de marihuana en mano, en su Mercedes Benz descapotable por las calles de San Salvador. Era hija de Ernesto Interiano, un famoso bandolero de los años treinta, asesinado por el régimen del general Maximiliano Hernández Martínez, el mismo que asesinó a los indígenas sublevados en el occidente. Se llamaba Miriam Interiano. El general dejó el Ejército, se entregó a la vida bohemia y a Miriam Interiano, y terminó siendo asesinado en una emboscada sencilla de la guerrilla frente a su casa en San Salvador. Así acabaron los caminos sinuosos del temible general, pero no su legado.

La responsabilidad de organizar la contrainsurgencia quedó de

forma natural en el alumno aventajado del general Chele Medrano, Roberto d’Aubuisson. Renunció a su carrera como militar siendo apenas mayor, un grado intermedio en la escala de mando. Después del golpe de Estado y de la instauración de la junta cívico-militar en 1979, quedó convencido de que todo aquello era una conjura de los comunistas para tomar el poder. De hecho, en esos años, casi todo, incluyendo algunas políticas de Estados Unidos, olían a comunismo para el mayor d’Aubuisson. Una figura en particular se relacionaba con el avance salvaje de las huestes comunistas en la mente febril de d’Aubuisson: el arzobispo Romero.

Después de que esa bala saliera del rifle de aquel tirador la tarde del 24 de marzo de 1980, durante la misa por la muerte de doña Sara Meardi, la esperanza de una salida negociada al evidente conflicto político social quedó cerrada. Romero fue asesinado mientras levantaba la hostia sobre su cabeza y decía: «Que este cuerpo inmolado y esta sangre sacrificada por los hombres nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo: no para sí, sino para dar conceptos de justicia y paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente, en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros». Sonó el disparo.

Luego, como sello final de la declaratoria de guerra, en plena misa fúnebre, las fuerzas del Estado dispararon sin piedad contra los miles de dolientes que se concentraron frente a la catedral metropolitana. La guerra había empezado. Se terminó el amago. Los salvadoreños estaban en pie de lucha.

El Salvador se lanzó al abismo.

Al igual que el asesinato del archiduque de Austria, Francisco Fernando, a manos de un radical en 1914, desató la primera gran guerra europea, el asesinato de monseñor Romero, ordenado por el paladín de la derecha, Roberto d’Aubuisson, desató el desastre en El Salvador. Las guerrillas dejaron en segundo plano sus diferencias y se agruparon en un frente común: el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). El Estado, con la ayuda de la nueva administración Reagan, se aperó de armas y le apostó a la creación de cinco batallones élite, entrenados directamente por asesores estadounidenses. Máquinas de matar. Hombres que dejarían en ridículo a Rambo a la hora de usar la violencia.

El trabajo de inteligencia y la represión política continuó en manos de la Guardia Nacional y las dos policías, pero el verdadero combate

militar lo asumió por primera vez el Ejército salvadoreño.

La parte norte del minúsculo país se volvió, casi por completo, retaguardia de la guerrilla. La parte paracentral se mantenía en constante disputa. Solo el occidente, el adolorido y sangriento occidente salvadoreño de los hacendados, se mantuvo casi al margen del conflicto. El trauma social que quedó luego de la masacre de indígenas en los años treinta alcanzó a untar de miedo a las nuevas generaciones.

En 1980, El Salvador, ya sin un monseñor Romero que frenara el conflicto y la matanza, se lanzó a la guerra total, una vorágine de violencia tan desmesurada que tomaría doce años en apaciguarse. Dos meses antes de ser asesinado, monseñor Romero advirtió a la oligarquía salvadoreña lo que vendría. Como si fuera un profeta, les dijo durante una misa en San Salvador: «El que no quiere soltar los anillos se expone a que le corten la mano; y el que no quiere dar por amor y por justicia social se expone a que se lo arrebaten por la violencia». Desde 1980 hasta 1992 se cortaron muchas manos en El Salvador, cayeron muchos anillos, se derramó mucha sangre; la de monseñor Romero, el obispo profeta, fue quizá la muerte más difícil de olvidar.

La Mara Salvatrucha 13 contó, en los primeros años de los ochenta, con padrinos. Dos padrinos rudos. A la distancia de la historia todo parece inverosímil, extraño. Estos padrinos no saben que lo fueron y se asombrarían ahora mismo de ver el monstruo que formaron. El primero se llamó Ronald Wilson Reagan. El segundo, 18th Street Gang o Barrio 18.

En 1981, tras un año de desatada la guerra salvadoreña, llegó Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos. Era un exguapetón de Hollywood que se hizo famoso en su juventud por romper corazones y lidiar con violentos vaqueros en el cine dramático de los años treinta y cuarenta de la Warner Bros. Creció en Los Ángeles y fue gobernador del frondoso y rico estado de California. Se esperaba fuerza en su periodo presidencial. Su antecesor, el demócrata Jimmy Carter, fue acusado de tener una política exterior muy floja con respecto al avance del comunismo en América Latina. Así que Reagan planeaba comportarse como su personaje George Custer en *Santa Fe Trail*, barriendo la escoria que amenazaba el estilo de vida del norteamericano común, tanto fuera como dentro de las fronteras del país. Con Centroamérica fue especial. Llenó de armas y asesoría militar al general Efraín Ríos Montt, el dictador guatemalteco acusado

de decenas de masacres a indígenas. En El Salvador, a pesar del magnicidio de Romero, apoyó el régimen militar enviando armamento y financiando la creación de los cinco batallones élite que pelearían contra la guerrilla. Fue como lanzarle un cigarro a una bola de heno seco. Apocalipsis. La guerra llegó a una intensidad tal en El Salvador que terminó expulsando a miles hacia fuera. La mayoría huyó hacia Los Ángeles, California, a incrementar la masa humana de salvadoreños que ya había salido del país en el último lustro de los setenta, cuando la guerra estaba en el horizonte próximo.

Carne nueva y agresiva para engordar a la Mara Salvatrucha, La Bestia.

Esta masa de nuevos refugiados y desertores se topó con el segundo pilar de la presidencia Reagan en su política interior: «las drogas son el enemigo número uno», solía repetir en sus discursos. Esto tomaría más fuerza en California, donde gobernó durante cinco años.

Para 1982, las bandas y pandillas latinas dedicadas al narcomenudeo fueron perseguidas como prioridad. De remate, se avecinaban los Juegos Olímpicos de 1984 en Los Ángeles, una oportunidad más para lucirse en esa disputa velada entre las dos grandes potencias mundiales de la Guerra Fría. Las calles debían estar limpias de escoria, y la escoria debería permanecer en los penales.

Cientos de líderes pandilleros fueron apresados. Pandillas enteras fueron desarticuladas. El ecosistema complejo de las grandes fieras pandilleras se vio trastocado por la nueva política estatal. La Mara Salvatrucha Stoner, los roqueros que se hacían pandilla, aprovechó este hueco. Reagan les abrió un espacio. Por un lado abrió un flujo constante de miembros, cada vez más fieros y adiestrados que llegaba desde El Salvador; por el otro, les apartó enemigos más poderosos de las calles. Con un padrino tan dadivoso, crecer fue cuestión de tiempo para La Bestia.

Pero los mareros de la MSS aún eran muy salvajes. Si bien habían entendido el *soundtrack*, aun no entendían la trama y el argumento de la ciudad.

Eran una hueste sin ley. Tomaban lo que querían, caminaban cruzando territorio enemigo, confiando en los machetes y las hachas que llevaban debajo de los pantalones abultados. Desafiaban a quien fuera. Cada cierto tiempo, llegaba huyendo de El Salvador algún joven desertor, de la guerrilla o el Ejército, y era recibido con alegría, como un héroe. Estos les enseñaban formas nuevas de pelear, de emboscar a los enemigos. Conocieron de estrategia y eran rudos como pocos hombres en el mundo, como ningún pandillero chicano podía serlo en aquellos años. El entrenamiento contrainsurgente que Reagan

patrocinó a las fuerzas militares de El Salvador terminó enriqueciendo las habilidades de la MSS.

Pero seguían sin entender la ciudad. La complejísima guerra que libraban los chicanos o mexicoamericanos entre sí era un misterio no revelado para los mareros. Hasta cierto punto era comprensible la lucha contra las pandillas de negros, las prodigiosas confederaciones pandilleriles Bloods y Crips. Los mareros entendían por qué los chicanos peleaban con los negros. Eran diferentes, y esa era una razón suficiente en la fiesta de la violencia. Entendían por qué ellos, centroamericanos llegados a un territorio ya conquistado, eran repelidos por los chicanos, pero no comprendían por qué estos se machacaban entre sí, para luego unirse, separarse y volver a unirse en un frenesí de alianzas y enfrentamientos de apariencia caótica. Igual que el béisbol y el intrincado juego de *four corners*, este juego era un profundo secreto que la ciudad aún se negaba a revelarles. Eran todavía lo que está entre una pandilla californiana y un grupo de amigos violentos.

En su obra, el antropólogo Abner Cohen retoma un proverbio de campesinos árabes para explicar el sistema de alianzas y agresiones, resumiendo todo en una frase que bien puede aplicarse para entender el sistema de las pandillas hispanas de un siglo después: «Yo contra mi hermano; mi hermano y yo contra mi primo; mi primo, mi hermano y yo contra el extraño».

Así fue. Así es. Las pandillas chicanas pueden pelear entre sí de forma muy violenta. Sin embargo, cuando llegan al sistema penitenciario, donde habitan las poderosas pandillas de negros, asiáticos y blancos, se unifican en un frente común al que llaman El Sur. Pero este sistema necesita una guía, y esa guía se llama Mexican Mafia. Este grupo selecto de pandilleros es una especie de comité central de todas las pandillas chicanas del sur de California. Es una pandilla de pandillas. Se forma con líderes de las pandillas más emblemáticas del sur californiano. Son cientos de pandillas las que conforman El Sur, pero solo unas pocas tienen un representante en la Mexican Mafia o La Eme, como le llaman en las calles los que se atreven a nombrarla.

Este grupo es por definición una estructura carcelaria. Desde las cárceles orientan el *deber ser* de las pandillas chicanas. Ponen reglas, establecen códigos: no matarás desde un vehículo, no atacarás a un pandillero que va con su familia, no rechazarás una pelea a puños, usarás el color azul, nunca el rojo. Tributarás a La Eme de la forma que te lo pida.

Si algún pandillero incumple, La Eme le cobra a toda su pandilla. Si

la ofensa es muy grande, pueden incluso decretar «luz verde», pena de muerte callejera. Desde ese momento, todas las pandillas del sistema sureño deben atacar a esa pandilla. Varias estructuras han sido destruidas por los dientes de El Sur al haber cometido afrentas severas al código callejero impuesto por La Eme.

Richard, un expandillero del Barrio 18, recuerda los ochenta mientras toma un jugo natural en El Basurero, un comedor popular ubicado en la colonia Dina, uno de los barrios más bravos de San Salvador.

«Cuando yo llegué a Los Ángeles, con la primera pandilla que me topé fue con la MS de la zona de Lafayette Park. Pero no me gustó. No sé… Andaban todos peludos, sucios, bolos [borrachos]. Andaban todos con camisas de Black Sabbath, Metallica, y eso a mí no me gustaba. "Vaya, venite aquí con nosotros, unite. Acá nosotros te vamos a defender", me dijeron, pero no me gustaba. Andaban siempre drogados, fumando crack», recuerda este hombre cincuentón años después de aquellas vivencias.

Richard llegó a la ciudad angelina a principios de los ochenta. Perteneció a los Comandos Urbanos de la guerrilla, pero el asesinato de Romero, la intensificación de la guerra y los cinco batallones creados por la administración Reagan terminaron por asustarle. Apenas era un chico de diecisiete años. Se fue siguiendo los pasos de sus tíos y primos hacia el norte. Allá, luego de la decepción que se llevó con los mareros de la MSS, buscó un nuevo palo al que arrimarse. Lo encontró rápido. En la zona de Shatto Park estaba ese gran roble que dio sombra a su vida durante más de viente años: los *homeboys* del Barrio 18.

4. BIENVENIDOS AL SUR

La ciudad de Los Ángeles en los años ochenta era un lugar complejo. Transitaba entre el exuberante y anglosajón Beverly Hills y la violencia del barrio bajo de los negros y los latinos. Una mezcla entre la tranquilidad de un brunch al sol y la sangre y suciedad de un combate a machetazos en cualquier callejón.

Los salvadoreños seguían llegando. Cientos de ellos arribaban cada día, cargando en sus escuálidas espaldas la pólvora de la guerra civil. A partir de 1981, el conflicto políticomilitar salvadoreño maduró. La represión brutal de las masas organizadas dio paso a una guerra de guerrillas. Es cuando los grupos insurgentes forman el FMLN. Para 1983, las columnas guerrilleras estaban formadas por hombres y mujeres de tremenda rudeza, con experiencia táctica en emboscadas y asalto a cuarteles. La guerra se hizo oficio. El combate contrainsurgente quedó en manos de los altos mandos del Ejército, y la Guardia Nacional quedó únicamente en el plano de la represión urbana. El escenario de la matanza fue menos en la calle y más en las montañas. La guerra era una guerra con todas sus letras.

Los salvadoreños que llegaban a Los Ángeles, la gran meca de las pandillas estadounidenses, estaban cada vez más curtidos en la violencia. Cientos de ellos eran desertores que preferían huir hacia un norte del que se sabía poco, antes que morir en las montañas por conflictos que, veces más veces menos, no entendían.

Con el Barrio 18, Richard entró de lleno a un mundo nuevo, voraz, violento, pero fascinante. El mundo de las pandillas sureñas.

De donde él venía, lo que debías hacer cuando mirabas a tu enemigo era sencillo. Apuntabas con el arma y disparabas. En el mundo de los pandilleros sureños era distinto. Cada cuadra y barrio latino era dominado por una pandilla, generalmente bautizada con el mismo nombre del lugar. Hawaian Gardens 13 de la zona residencial del mismo nombre, White Fence 13, Florencia 13, La Puente 13, Varrio Nuevo Estrada, Artensia 13, Pacoimas 13... Todos hispanos, todos en guerra. Los había con otros nombres como Craizy Riders 13, los locos de los machetes y las hachas; o la imponente y vetusta Playboy 13, elegantes pero furiosos pandilleros que defendían la calle Normandie ataviados con bates, sombreros de ala corta, corbatas, camisas de botones y relucientes zapatos de vestir. Pachucos que se reconocían entre sí uniendo los dedos índice, medio y pulgar, para

dejar erguidos, como orejitas de conejo, el anular y el meñique. Pero todos jugando el mismo juego.

Lo del 13 no es otra cosa que un ejercicio, en realidad sencillo, de sustitución. Resulta del concilio todopoderoso de La Mexican Mafia. La *m* es la decimotercera letra del abecedario. Por tanto, las pandillas hispanas usan el número 13 en sus nombres, señalando que son parte del sistema sur.

A Richard le pareció aquello fascinante, y cuando habla de esos años se mueve nervioso en su silla y mezcla con gran emoción palabras en inglés y español. Un día, los de una pandilla eran sus rivales a muerte, pero al día siguiente, dentro de una prisión californiana, eran sus aliados en las batallas del patio contra las pandillas negras. La velocidad es cautivante cuando se es joven. Pero siempre es peligrosa.

Los salvadoreños tomaron por asalto varios barrios de la ciudad donde nadie toma el brunch. Muchos de los que entraron a pandillas sureñas se incorporaron al Barrio 18, una estructura cuya historia data de los años cincuenta, con abolengo y con más de un miembro dentro de ese concilio poderoso de La Mexican Mafia. Sin embargo, y a pesar de cierta resistencia de los pandilleros mexicanos y chicanos, los salvadoreños entraron a cientos de pandillas hispanas del sistema sur. Pero la MS seguía siendo su contenedor por excelencia, la pandilla de los centroamericanos, la pandilla formada por ellos, para ellos, para defenderse ellos.

Aprendieron rápido lo grueso del juego, pero no sus sutilezas. Venían de un sitio brutal. No entendieron la mesura. Fue como enseñarle boxeo a un neandertal.

–Los Craizy Riders 13, por ejemplo, se hicieron bien peligrosos cuando se metieron los salvadoreños. Sabían andar en un *pick up* con unos grandes machetes y unos grandes limatones para sacarles filo. Eran locos, porque esos, la mayoría, eran indios de San Miguel [departamento oriental de El Salvador] –cuenta el exdieciochero.

Lo mismo pasó con el salvadoreño Juan en la pequeña pandilla del condado de Orange: los Shalimar 13. Le dijeron que fuera a matar a unos enemigos de la pandilla Alley Boy 13. Le dieron una pistola. Pero cuando el joven de Ilobasco, una de las zonas más golpeadas por la guerra, quiso disparar, no había balas en el arma. Era una prueba nada más, algo por lo que debían pasar todos los aspirantes a esa pandilla. Sus compañeros lo esperaban entre risas en un carro, para llevárselo antes de que los enemigos lo cazaran.

Sin embargo, Juan, al verse tan mal parado frente a sus enemigos, echó mano de la pistola que le regaló su tío. Les disparó en la cara a

varios de ellos. Luego, en el carro puso el cañón dentro de la boca de uno de sus aterrorizados compañeros de pandilla, y les dijo que nunca volvieran a hacer pendejadas como ésa. Nunca lo hicieron de nuevo. En los diez años que Juan lideró esa pandilla, aquello no volvió a suceder. Juan fue deportado a El Salvador en 2010, ahí contó su historia en su natal Ilobasco. Pero los enormes tatuajes que lleva por todo el cuerpo, rostro incluido, no lo dejaron vivir en paz en El Salvador. La policía lo perseguía. Las pandillas MS-13 y Barrio 18, ya instaladas hacía décadas en el país, lo acosaban. Regresó a Estados Unidos como ilegal, pero ya no a California, se fue a un estado «menos violento».

Los salvadoreños subieron las apuestas en el gran juego sureño de mediados de los ochenta. La muerte era un extremo en Los Ángeles, pero de donde estos muchachos venían era la cotidianidad.

A los mareros de la Mara Salvatrucha Stoner los conflictos con otras *party gangs* y pequeños grupos cuasi pandilleros les empezaron a quedar pequeños. Estaban pasando a otras ligas. En una zona del este de Los Ángeles, una pandilla llamada La Raza Loca quiso hacer frente a esos chicos de pelo largo y ropas negras que llegaron en manada al vecindario. Fue un error. Los que salvaron la vida fueron los que huyeron. En otra parte, cerca del Valle de San Fernando, una pandilla completa fue emboscada dentro de una fábrica abandonada. Los emeese (MS) usaron una técnica propia de los batallones contrainsurgentes creados por Reagan. Los mareros los apalearon toda la noche, y luego los obligaron a incorporarse a la Mara. Los mareros de la zona de Lafayette se llevaron a algunos; los de la zona de Verendos, a otros; los de Leeward, también; y no se quedaron atrás en la garduña humana los mareros del boulevard Hollywood. Todas estas células querían engordar sus filas para ser más fuertes dentro del esquema sureño. Para ganar más batallas había que tener más soldados.

En sus zonas extorsionaban a los distribuidores de droga y asaltaban a los ladrones de coches. Si los salvadoreños que ingresaron a otras pandillas sureñas hicieron un esfuerzo por comprender el sistema, los mareros de la Mara Salvatrucha Stoner ni siquiera se tomaron esa molestia. Pensaban que el sur de California tendría que adaptarse a ellos, no al revés.

La pandilla Barrio 18, enorme y respetada, miraba divertida el salvajismo de los mareros. Al principio fue un socio natural. Muchos nuevos miembros del Barrio 18 eran salvadoreños. Algunos de estos incluso tenían ya algún grado de respeto dentro de la estructura. Los invitaban a sus fiestas y les enseñaban la forma en que debía

comportarse un pandillero sureño. Les hablaron, en susurros, de los grandes señores de la Eme y de cómo manejan el sur californiano desde el encierro de los penales.

Los mareros crecieron a la sombra del Barrio 18. Sin embargo, siempre fueron como una versión salvaje y agreste de esa pandilla.

El Burro, un veterano de la Mara Salvatrucha 13, cuenta que su primer enfrentamiento con pandilleros del Barrio 18 no fue un evento extraordinario como habitualmente se pinta en los relatos pandilleros. Se dispararon un par de veces con la clica, o célula, del Barrio 18 conocida como Tiny Winos. Ocurrió cerca de una plaza, y todo por la hegemonía de la venta de drogas en la misma. Nadie salió herido ese día de 1984, pero la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 se fueron distanciando. Como dos hermanos que se pelean. En el fondo, ambos sabían que de una forma u otra se verían el resto de la vida. La ruptura definitiva llegaría algunos años después.

–Ganamos cantidad, pero sacrificando la calidad –dice, tres décadas después, una mujer entrada en los cincuenta en un café de las zonas más exclusivas de San Salvador. Fue protagonista de la historia de la pandilla como una de las pocas mujeres con poder de mando dentro de la estructura. Ahora, aunque cuenta con el respeto de la Mara Salvatrucha 13 por su trayectoria, se mantiene al margen de la vida de pandillas y sus riesgos. Para que continúe de esta forma, en este libro serán estas las únicas señales que de ella se darán.

–Cuando nos hicimos sureños ganamos más respeto, pero sacrificamos un montón de cosas. Yo no estaba de acuerdo, y muchos de los de mi generación tampoco. Pero de alguna forma teníamos que acoplarnos a lo que decía la mayoría.

Poco a poco, los mareros fueron entrando a los penales californianos. Ahí se dieron cuenta de que, si bien en la calle eran muy bravos, en la cárcel eso no importaba. No tenían alianzas firmes con ninguna pandilla sureña, a excepción de lo que quedaba de la amistad con el Barrio 18, y no se habían incorporado formalmente al sur. O sea, no tenían protección de la Mexican Mafia. Tuvieron que soportar las vejaciones de otras pandillas sureñas, y pelearon solos, perdiendo casi siempre, contra las pandillas negras en los pasillos, patios y yardas de todo el sistema penitenciario de California, aunque ahora les cueste admitirlo.

Sin más remedio, fueron aceptando el número 13 al final de su nombre, y poco a poco olvidando su pasado como roqueros satánicos. Para 1983, la pandilla estaba de lleno en el sistema sur, con el ahora celebérrimo nombre de Mara Salvatrucha 13. La MS-13, en la práctica, ya se comportaba como una pandilla sureña, a pesar de que,

formalismos de la calle, fuera oficialmente nombrada como pandilla sureña hasta una década después.

–Los que salían de la cárcel ya no venían como nosotros –dice un veterano de esos años–. Ya ellos no venían con el pelo largo y de negro. Venían saliendo ya «cholos», cabezas rapadas, pantalones flojos y camisas blancas de centro, aretes, ya con tatuajes de cárcel. Otra cosa, pues. Ellos ya no escuchaban black o death metal. Ya era una cosa más así, chicana, cholos, sureños, pues.

Pero en la Mara Salvatrucha las cosas se cierran con sangre. El pasado extrañamente romántico de la MSS, sacando cuerpos de los cementerios, robando lápidas al son del furioso heavy metal, debía quedar sepultado.

A finales de 1985 en un callejón entre la Calle Seis y la avenida Virgil, unos *homies* de la pandilla Craizy Riders 13 machacaron a batazos a un emeese. El chico, como un resabio del reciente pasado *stoner* que tanto furor causó entre los salvadoreños, llevaba un nombre oscuro: el Black Sabbath. Murió en el hospital, ante los ojos llorosos de sus *homeboys*. Fue el primer *homie* que tuvieron que llorar. Con esto pagaron su cuota de entrada, su cuota de sangre. Los *stoners* habían muerto, y la Mara Salvatrucha 13 entraba sangrando al sistema sureño. Ahora ya tenían un muerto que vengar, una moneda con la cual jugar el juego sureño.

Estos relatos los cuentan hombres y mujeres que los vivieron en carne propia. En su mayoría ya no están ligados a la pandilla más que por un lazo emotivo o a través de viejas amistades. Cuentan parte de su vida en cafés populosos del centro de San Salvador o entre llantos y cervezas en una barra show en Dallas, Texas. Ya no son miembros de la Mara Salvatrucha 13, pero lo fueron, y cuando hablan de ella lo hacen como quien habla de su familia, con respeto. Algunos son maestros en escuelas primarias, otros son plomeros, hay quienes se dedican a predicar las virtudes de Dios desde sus iglesias pentecostales en los barrios olvidados de San Salvador o Ciudad de Guatemala. Solo piden que, a cambio de revelar sus secretos, no se revele el de ellos. Sus nombres no se dirán nunca en estas páginas.

Fulton Locos Salvatrucha, la clica del Veneno

En el Valle de San Fernando, unos cuarenta minutos al norte del centro de Los Ángeles, hay una calle. No es una calle muy importante ni muy larga. A los costados tiene edificios de apartamentos, en su mayoría de bajo costo, y se despliegan largos callejones que unas

veces se conectan con otras calles y otras veces terminan en un muro. El nombre de esa calle es Fulton. Esos callejones fueron los dominios de los pandilleros salvadoreños de mediados de los años ochenta. Lo que pasó ahí con los jóvenes salvadoreños fue fundamental en el destino de Miguel Ángel Tobar muchos años después en su rural Atiquizaya, entre cafetales.

En esos años, el Valle ya era un hervidero de asentamientos hispanos. Atraídos por la disminución de precios al alejarse del centro de la ciudad, cientos de familias salvadoreñas se movieron a esa nueva zona. Algunos pandilleros que habían guerreado en el centro de la ciudad llegaron entre esas familias. Otros, en aquel olvido violento, decidieron integrarse a la Mara Salvatrucha al llegar al Valle.

Los salvadoreños empezaban a ser numerosos. Vivir en el Valle de San Fernando significaba subir un par de peldaños en el *statu quo* de los migrantes indocumentados. Solo aquellos salvadoreños que habían prosperado en el centro de la ciudad pudieron migrar hacia el Valle y tener, los más prósperos, una casa con traspatio. Algunos hicieron algún dinero y montaron puestos móviles en los famosos *swap meet* o mercados de pulgas. Ahí vendían contrabando, artículos robados y camisetas con pequeños defectos que no cumplían los requisitos para venderse en el parque de atracciones de los Estudios Universal del Distrito Hollywood.

Los salvadoreños del Valle eran, por decir algo, los salvadoreños de clase alta. Claro, esto dentro del contexto miserable de la población migrante de esos años. Los chicos habían formado sus propias bandas. Solo que, a diferencia de los salvajes *stoners*, estos no sacaban calaveras de los cementerios ni adoraban a La Bestia. Formaron un club de carros *low riders*.

Se hacían llamar Mini Toy, por mini Toyota. Se trataba de símbolos de estatus y de prestigio. Verdaderos murales móviles. Mientras más bajo llegaba tu carro y mientras más vistoso era, más prestigio para su dueño y su chofer.

Los miembros de estas bandas recuerdan el fenómeno de *cruising* como un verdadero desfile de coches de carnaval. Decenas y decenas de carros decorados y modificados, manejados por gente de piel morena. Estos eventos eran como estar dentro del video del rapero Kid Frost de la canción «La Raza».

La mayoría eran mexicanos o chicanos, sin embargo, los salvadoreños se habían ganado un lugar dentro de este ambiente. Sus carros quizá no competían en vistosidad con los demás, pero ellos tenían otros métodos. Los Mini Toy y otros clubes de carros de salvadoreños empezaron a pelear contra las demás bandas. Pasaron,

con una velocidad asombrosa, de los bates y las cadenas a los machetes y las hachas. Nada tenía que ver la decoración de carros con la violencia, pero aquellos jóvenes olvidados del sistema buscaban en cada forma de agruparse un conflicto, una forma de sentido de vida: odiar a otro. Y no solo eso: poderlo apalear. Era la única forma de vida que conocían.

No está del todo claro cómo se dio la transición de un club de carros a una célula poderosa de la MS-13. Se sabe que algunos pandilleros llegaron desde la clica Hollywood y de algunas relaciones de parentesco entre miembros de ambos grupos. Sin embargo, no hay una fecha concreta o un momento preciso de llegada. La MS-13 apareció en forma de idea en el Valle de San Fernando. Los Mini Toy se enfundaron la camiseta de la MS-13 sin haber conocido a fondo esa pandilla. Tomaron un rumor, un grito de guerra, una bandera ajena, pero que parecía propia, y la ondearon con fuerza en el Valle.

A finales de 1985, la guerra salvadoreña llegaba a un punto de estancamiento. Los guerrilleros del FMLN golpeaban al Ejército cada vez que se movía. Atacaban los cuarteles más grandes con embestidas arrolladoras, pero sin lograr una ventaja decisiva en el conflicto político militar. Habían pasado casi seis años desde que empezó la guerra abierta. Había mucho cansancio. Ese agotamiento abrió un poco más el grifo de la migración de salvadoreños hacia California. A la comunidad de salvadoreños llegaban cada vez con más frecuencia desertores de ambos bandos, hombres y mujeres con la violencia como marca de vida, ya sea por ejercerla o por sufrirla.

Uno de esos desertores era un hombre con poco más de veinte años, exmiembro de la Guardia Nacional y originario de la ciudad de Atiquizaya, en el occidente salvadoreño. En su nariz aguileña y sus ojos negros y profundos estaba, innegable, la huella de los indígenas asesinados en 1932.

Su nombre es José Antonio Terán. Conocido en el Valle como el Veneno. Y, años después en el occidente salvadoreño, como Chepe Furia.

Cuando el exguardia nacional llegó al Valle, la Mara Salvatrucha 13 ya era un grupo más en el juego sureño. Sin embargo, aún no llegaba a la envergadura de pandillas como Pacoima Flats o los temibles Pacoimas 13, conocidos como Pacas. La primera guerra en que la célula más reciente de la MS-13 de Los Ángeles se vio involucrada fue, de hecho, con una célula del Barrio 18 conocida como North Side. Ellos pelearon por la calle Fulton.

La terrible saña de los pandilleros salvadoreños por ganar ese pedazo del Valle llamó la atención en el ecosistema criminal de la

zona. Esos excombatientes y refugiados realmente sabían cómo luchar. Eso quedaría rotundamente claro un poco más adelante.

Un expandillero salvadoreño de apellido Fuentes se fijó en el nuevo grupo. Había un buen músculo marero en el Valle. Fuentes había pasado de pelear a muerte por ganar pequeños trozos de ciudad a una vida diferente. Era *dealer* de crack y cocaína. Propuso a los pandilleros salvadoreños un nuevo tipo de relación en cuanto a las drogas: venderlas.

Había un detalle. Para que la clica de la calle Fulton pudiera vender la droga de Fuentes debían sacar de la zona a una pandilla que había monopolizado la venta de droga, y de esta forma es que llegó a extinguirse la pandilla Tijuana Locos.

Se trataba de una pandilla sureña de clara ascendencia mexicana. Su sustento era también su perdición. Los Tijuana Locos se fumaban buena parte del crack e inhalaban buena parte de la cocaína. Luego, entregaban menos dinero a Fuentes, o simplemente no le daban nada.

Fuentes ofreció a los mareros del Valle ese negocio. Había visto las palizas que recibían sus miembros cuando eran pillados consumiendo drogas, y eso le agradaba.

En cuestión de meses, la Tijuana Locos había sido exterminada. Uno en esta esquina, otros en el callejón, uno a uno. La nueva célula o clica de la Mara Salvatrucha 13 se volvió uno de los grupos más respetados del Valle de San Fernando. Las demás pandillas conocían ya su nombre: Fulton Locos Salvatrucha.

La gran guerra

Fue en 1989 en el King Boulevard. Fue en un callejón detrás de unos apartamentos. Fue en una fiesta de pandilleros sureños.

La Mara Salvatrucha 13 había crecido. Habían regado con sangre, sangre de sureños, el suelo de Califas. Los enfrentamientos con otras pandillas habían sido brutales. La pandilla Drifters se había ensañado con los *homeboys* salvadoreños de la clica Western; los Craizy Riders 13 habían mordido también a la joven pandilla por el lado de Leeward; los Playboy 13 habían sangrado a las clicas de Verendo; y, en general, la MS-13 era asediada por todos los flancos.

La MS-13 había enterrado a varios de sus miembros. Luego del Black Sabbath vinieron más. Muchos más. Ese día en el King Boulevard, a la fiesta habían asistido tanto mareros como dieciocheros.

–Hubo un problema por un chamaco que había sido MS y luego

llegó a la fiesta siendo dieciocho. El Pony, le decíamos. Él nos había pedido permiso para salirse y se lo dimos. Dijo que su mamá estaba enferma. Pero era mentira, lo hizo para meterse a la 18. Entonces, en la fiesta le dijimos que para salirse de la MS-13 hay que pasar por el mismo rito que para entrar: trece segundos [de golpiza] –dice Zarco, medio confundido, mirando fijamente la mesa plástica de un McDonald's en San Salvador, décadas después. No confía del todo en su memoria. El paso por los penales californianos y la deportación a un El Salvador desconocido hicieron con sus recuerdos lo que hace un huracán con los tejados.

Dice que los de su clica, la Western Locos Salvatrucha, estaban ahí. Dice que Boxer, del Barrio 18, después de ver vapuleado a su nuevo *homeboy* Pony, pidió un *one on one*, algo sagrado en el código sureño. Es una pelea entre dos pandilleros, algo así como los duelos de la nobleza europea del siglo XIX, algo que no se puede rechazar si alguna estima se le tiene al honor y al buen nombre. Zarco recuerda que Boxer era un tipo fornido. De la MS-13 se paró Popeye, uno de los más jóvenes de la clica, un chico moreno de pelo largo, aún al estilo *stoner*. David contra Goliat. Boxer pegó fuerte, Popeye también. Empate. Luego otro dieciochero pidió pelea, alguien tenía que salvar el honor de una pandilla con décadas de campear en California. Entonces, de la MS se paró el Soldado, un exmiembro del Ejército salvadoreño. Ganó.

Los dieciocheros se fueron, rumiando su derrota. Regresaron con un arma automática, pero en la fiesta solo quedaba Shaggy de la MS-13. Le dispararon en las piernas, y se desangró hasta morir. Así sucedió desde los ojos de Zarco. Así lo recuerda.

Lo cierto es que estos disparos marcarían la vida y la muerte para miles de jóvenes en Estados Unidos y en toda Mesoamérica en las décadas siguientes.

Entre todas esas vidas, aquella disputa marcaría también la de un niño que por ese entonces tenía seis años y vivía en una finca de café en el occidente salvadoreño, el Niño de Hollywood.

Es 2 de enero de 2012 y el inspector Gil Pineda intenta no derretirse en su oficina de El Refugio, en el occidente salvadoreño, mientras teclea con los dos dedos índices en su vieja computadora.

En El Salvador es un puro acto de formalidad llamar invierno al invierno y verano al verano. Hay lluvia con calor y calor sin lluvia. Estos días toca calor sin lluvia.

El inspector es un policía con más de quince años de experiencia. Ronda los cuarenta y cinco y tiene esa firmeza madura que dan los años antes de que la vejez la arrugue. Un hombre así hace el gesto de un puñetazo con delicadeza, moviendo levemente el puño, sin siquiera apuñar todos los dedos, pero es fácil imaginarse cómo todo crujió cuando lo asestó. Un hombre así se ríe de lado, nunca se carcajea. Un hombre así cuenta las cosas más sorprendentes sin aspavientos y sin decirlo todo. «Yo no entiendo tanta cosa con eso de las garantías. Veo a compañeros policías que andan desesperados buscando que un juez les dé una orden de cateo. Yo todas las mañanas me amarro mis órdenes de cateo en los pies», dijo en una ocasión, y levantó su pierna derecha para mostrar una de sus botas perfectamente amarrada. No es alto. No es bajo. Lleva un bigote negro bien poblado. Suele llevar un peine en sus bolsillos y el cabello arreglado hacia un lado. Los dos primeros botones de sus camisas van desabrochados. Fue jefe de Homicidios en uno de los departamentos más conflictivos y con fuerte presencia de la MS-13, La Libertad. Fue parte del grupo de policías a cargo de la inteligencia en las cárceles, los grandes centros de control de las pandillas. Lleva una esclava de oro en su muñeca y una cadena dorada en su cuello. Huele a colonia. En una mariconera negra, su Pietro Beretta 9 milímetros.

El inspector es alguien que va más allá de su trabajo. No solo arresta y hace las diligencias que los fiscales ordenan. Le gusta su trabajo. Le emociona conseguir que alguien traicione a su pandilla y cuente sus secretos. Da dinero de su bolsillo a los traidores cuando el Estado no suple sus necesidades, y aun después de haberlos convencido a golpes de que colaboren. En una ocasión, el inspector hablaba sobre el Crimen, un miembro de la MS-13 con tatuajes por toda la cara, al que él había convertido en informante de la Unidad de Crimen Organizado de la policía. ¿Cómo lo consiguió? «Solo media hora tuve que darle verga», respondió el inspector sin inmutarse, mientras tomaba una

cerveza y comía pescadetas con limón y sal en El Camarón Cervecero, un restaurante del muelle de La Libertad.

Es un hombre duro que, como casi todos en su corporación, se salta la ley de vez en cuando para cumplir lo que considera su objetivo número uno: destruir las pandillas.

Le obsesiona la transformación que la pandilla logra en los adolescentes, y por eso toma fotografías de sus ojos cuando empiezan, y luego cuando él cree que han matado. Está convencido de que la mirada les cambia. «Vea, vea», dice cuando muestra su colección de fotografías. «Mire la mirada, ¿ve cómo después ven de reojo hacia arriba o hacia abajo? Como si fueran un animal que está a punto de tirársele; o desde arriba, como retándolo.» Como un animal al acecho o como un rey tirano.

–Yo habré detenido a unos cien asesinos en mi vida –dijo el inspector tiempo después, durante una conversación en un comedor, mientras comía pollo frito–, la mayoría eran miembros de pandillas. Yo sé notar cuando un muchachito ya mató. Uno lo ve cuando anda de chequeo cobrando extorsiones. Tiene una mirada más... No sé cómo describirlo, las cejas están en su lugar, más rectas, y la mirada es normal, como la de una persona normal, no como la de alguien que siempre está viendo un objetivo. Con el tiempo, esa mirada oscura con las cejas arqueadas se les va poniendo en la cara, y ya se les queda. Yo les tomo fotografías a los bichitos chequeos y les tomo fotos cuando ya mataron. ¿Ves? Les cambia la mirada. Al Niño nunca le vi la mirada normal. Desde que lo conocí tenía mirada de asesino.

Ahora es enero de 2012 y el inspector está agobiado haciendo lo que menos le gusta: el papeleo. Escribir informes, elaborar presentaciones en PowerPoint para que sus jefes o los fiscales, animales de despacho desde su óptica, entiendan la estructura de la MS-13 que él atrapó en los últimos dos años y medio.

La oficina desde la que teclea no merece llamarse oficina. Es un cuartón desvencijado con techo de tejas y paredes de ladrillo visto, apenas coloreados algunos con una rala mezcla de pintura blanca y agua. En ese cuartón hay tres escritorios que parecen recogidos de la calle y solo sobre uno hay una computadora estacionaria, con su enorme culo ruidoso y su teclado con varias letras ilegibles. En la parte de atrás, hay unos baños inútiles, que deben descargarse llenando en la pila unas cubetas blancas de plástico y vaciándolas en el inodoro lleno de costras oscuras.

Hay una sola actividad de las horas de computadora que el inspector disfruta. Le gusta armar las estructuras pandilleras. Colecciona las fotografías de los pandilleros y las ordena dependiendo

de su jerarquía dentro de la clica. Cuando las muestra, lo hace con el entusiasmo con el que un adolescente muestra su álbum del mundial de fútbol o sus tarjetas de jugadores de béisbol.

–Este es el Extraño –dice y señala la foto de un hombre moreno, obeso.

José Guillermo Solito Escobar, el Extraño. Es un treintañero, segundo al mando de la clica Hollywood Locos Salvatrucha. Recién salió de prisión por el delito de lesiones agravadas.

–Este es Liro Jocker –dice y señala la foto de un hombre blanco, pelón, fornido, prototípico pandillero.

Jorge Alberto González Navarrete, Liro Jocker: producto de un giro fonético de Little a Liro. Es un hombre de treinta años con varias calaveras tatuadas en el cuerpo, tercero al mando de la clica Hollywood Locos Salvatrucha. Fue deportado de Estados Unidos tras cumplir una pena por el delito de lesiones graves en junio de 2009 y, según su ficha de deportación, allá pertenecía a otra clica de la MS-13 en la ciudad de Maryland, y era conocido como Baby Yorker. Algún día, el Niño lo describiría así: «Un hijueputa pesado. Un sicario».

–Este es el Maniático –dice y señala la foto de un hombre delgado, aguileño, con camisa de botones, un señor cualquiera, ante el que nadie se cambiaría de acera.

Fredy Crespín Morán, Maniático. Es un hombre de treinta y ocho años, bachiller electricista, tesorero de la clica Hollywood Locos Salvatrucha y promotor social de la Alcaldía de Atiquizaya, gobernada por el derechista partido Arena.

–Y el rey de bastos. Este es Chepe Furia –dice el inspector y señala el rostro de un hombre moreno, con innegables rasgos indígenas.

José Antonio Terán, Chepe Furia. Es un hombre de cuarenta y seis años, palabrero y fundador de la clica Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya, de la Mara Salvatrucha 13, exmiembro de la Fulton Locos Salvatrucha en el Valle de San Fernando, en California, donde era mejor conocido como el Veneno; exmiembro de la temible Policía Nacional, la policía militar, durante los primeros años de la guerra salvadoreña. Fue joven migrante que huyó de la guerra que él mismo peleó. Retornó años después a su país, cuando ya llevaba en su cuerpo las letras con las que allá se identificó: MS.

Todos ellos fueron capturados gracias a la investigación dirigida por el inspector y ahora enfrentan un juicio por agrupaciones ilícitas y por el asesinato de Rambito, un informante de la policía. Era un muchacho de veintitrés años llamado Samuel Menjívar Trejo, vendedor de verduras en el mercado de Atiquizaya. Rambito era un chequeo, un aspirante a entrar a la Hollywood Locos Salvatrucha, pero

desde 2008 había comenzado a colaborar con la policía, con el inspector. Lo ayudó a completar su baraja de pandilleros, a decirle quién era quién en el sector más bajo de la pandilla.

Un mediodía de noviembre de 2009, dos cabos policiales de investigación de la subdelegación de Atiquizaya pidieron a agentes del servicio de emergencias que fueran al mercado y llevaran a Rambito a la subdelegación. Los agentes siguieron las órdenes de sus jefes. Fueron al mercado y, frente a la mirada de todos los vendedores, subieron a Rambito a la patrulla. Los cabos José Wilfredo Tejada Castaneda, investigador de homicidios, y Walter Misael Hernández Hernández, investigador de extorsiones y jefe antidrogas de Ahuachapán, llegaron a la subdelegación y se llevaron a Rambito, pero no quisieron firmar el acta de novedades y dejar registro de su actividad. La agente que estaba de turno como oficial de novedades tuvo que llenar de su puño y letra el acta y registrar aquel inusual movimiento.

Los cabos nunca devolvieron a Rambito ni al mercado ni a la subdelegación. La siguiente vez que alguien lo vio fue esa misma tarde. Rambito volvía de comprar dos lazos, uno azul y uno verde, y se subía a un *pick up* como copiloto. El *pick up* lo manejaba Chepe Furia. En la parte de atrás viajaban Liro Jocker y el Extraño.

Ese mismo día, en el caserío Talpetate, en el oriente del país, a ciento noventa kilómetros de Atiquizaya, en una zanja a la orilla de la carretera, apareció el cuerpo de Rambito. Tenía signos de tortura y varios agujeros de bala en la cabeza y el torso. En la mejilla izquierda, diría después la autopsia, tenía tatuaje de pólvora. Le dispararon a menos de cincuenta centímetros de distancia. Estaba amarrado de pies y manos con un lazo azul y otro verde.

En gran medida, aquel hecho terminó de convencer al inspector de que para investigar a la Hollywood Locos Salvatrucha era necesario alejarse de Atiquizaya, la ciudad –aunque es un pueblo– donde está la subdelegación. El inspector decidió llevar a todo su equipo de investigadores a este cuchitril en el puesto rural del municipio de El Refugio, a unos pocos kilómetros de Atiquizaya, perdido entre cafetales.

El PowerPoint que el inspector muestra en su prehistórica computadora contiene las fotografías de más de cuarenta pandilleros de la Hollywood Locos Salvatrucha. Es imposible que Rambito, un simple aspirante de la clica, haya sido capaz de ordenar los nombres de todos esos pandilleros. Es imposible que un peón del juego haya sido capaz de contar los secretos del rey. Rambito era un informante que entregaba lo poco que sabía, por eso la policía nunca le había

dado estatus de testigo protegido. Era un topo de poca monta.

–Tenemos un testigo –dice el inspector revelando el misterio y apuntando con un gesto de ojos y cabeza hacia el otro lado de la calle–. Uno de los pesados de la clica. El sicario de confianza de Chepe Furia.

Ante la pregunta de si es posible conversar con ese testigo, el inspector vacila un par de segundos. Semblante serio. Se sumerge en el trasto viejo que tiene delante como si revisara algo. Después, de un grito, da la orden al cabo Pozo.

–Cabo, traiga a el Niño.

En una colonia pobre de las afueras de Atiquizaya, en los últimos meses de 2009, un muchacho de veintisiete años fuma su quinta piedra de crack de espaldas a la puerta de su casa. La puerta de la casa se cierra con un pasador metálico, pero esta vez no lo tiene puesto. Está entreabierta. El muchacho está agobiado. No es un buen momento en su vida. Demasiados problemas se agolpan en su cabeza. El muchacho inhala una bocanada grande. De repente, escucha el chirrido de la puerta al abrirse. Retiene el humo. Escucha el clac de una pistola. El muchacho encaja cinco dedos en la .40 que tiene en un muslo y cinco dedos en la .357 que tiene en el otro.

–Ey, cálmate, ya te vi que estás armado –dice el recién llegado sosteniendo su 9 milímetros con las dos manos.

El muchacho reconoce la voz pausada que le habla. Es el cabo Pozo, de la oficina de investigadores de El Refugio.

–Y estoy bien fumado también –agrega el muchacho.

–Solo quiero hablar.

–Estoy bien prendido en piedra.

–¡Hijueputa! ¿Y crees que podemos hablar?

El cabo Pozo retiene la respiración y decide jugársela. No dispara cuando ve que el muchacho se levanta de la silla y voltea hacia él con las dos pistolas en las manos. El muchacho, con la vista en los ojos del cabo Pozo, camina hacia afuera de la casa. Sin soltar sus armas, sube a la cama del *pick up* del cabo y dice: «Vamos». El cabo guarda su arma y, con el corazón en la garganta, conduce por calles poco transitadas con rumbo a la oficina de investigadores de El Refugio y con un sicario de la clica Hollywood Locos Salvatruchos armado a sus espaldas.

El cabo Pozo acaba de conseguir por fin que el Niño, un alto mando

de la clica formada por Chepe Furia, acepte iniciar conversaciones con la policía para convertirse en testigo protegido.

El Niño, asediado por algunos miembros de su propia pandilla, acepta visitar al inspector.

El cabo Pozo es un hombre regordete que, como la mayoría de agentes y cabos de la institución, los rangos más bajos, vive en una colonia dominada por una pandilla. El cabo Pozo es autoridad de día y por las noches duerme bajo el control de la Mara Salvatrucha 13. Así es en este minúsculo país la delgada línea entre Estado y pandillas. De hecho, sin matices, las pandillas son el verdadero Estado en algunas colonias, cantones, caseríos. El cabo Pozo fue el designado por el inspector Pineda para convencer al Niño. Por un trabajo así, por internarse en calles polvorientas para asediar a un sicario emeese, el cabo Pozo gana 604.96 dólares al mes. El inspector desplegó a más cabos y agentes para que intentaran conseguir doblar la voluntad de otros pandilleros de rangos intermedios de la clica, pero ninguno de ellos estaba en una situación tan límite como el Niño. En aquel entonces, este sicario tenía problemas con otros sicarios. Ya mucha sangre había corrido adentro de su propia pandilla.

El Niño no teme enfrentarse con policías. No sería la primera vez. Si no hubiera creído que estaba en un callejón sin salida ante su pandilla, el Niño hubiera volteado y el cabo Pozo ya no estaría aquí.

Como el inspector diría en una ocasión, mientras comía un mar y tierra en el restaurante La Ola Beto's, en la capital: «El Niño es bueno para disparar. Casi siempre que mató le dio en la cabeza a la víctima». Y, como bien sabe la policía, mató muchas veces. El Niño aparece relacionado en treinta asesinatos en diferentes documentos policiales y judiciales. En diecinueve de esos asesinatos, el Niño participó directamente: ahorcó, macheteó, disparó, mató. En otros once, fue vigilante para que otros mataran, o entregó el arma u ordenó la muerte. El inspector es el primero en admitir que los asesinatos documentados por las autoridades alrededor del Niño son solo algunos de los que el sicario cometió, los más recientes.

No era la primera vez que los investigadores del inspector intentaban que el Niño colaborara. El inspector es experto en sembrar cizaña y recoger testigos protegidos. No pocas veces ha amenazado a detenidos con dejarlos en territorio enemigo para comprobar que, como dicen, no pertenecen a ninguna pandilla. En alguna ocasión ha filmado con su teléfono a alguno de los más jóvenes negando su pertenencia a la MS-13 o sollozando en momentos de debilidad durante los interrogatorios. Luego, los amenaza con enviar ese video a otros miembros de la pandilla. Así consigue información, nombres,

cargos. Gracias a sus técnicas poco ortodoxas logró en solo un año completar su rompecabezas de rostros de la clica. Desde entonces, finales de 2009, se dedicó a tocar a uno y otro para conseguir a su traidor. Sin embargo, fue hasta que sospecharon que el Niño tuvo participación en el asesinato de Wendy, una muchacha de dieciseis años, cuando se acercaron a un pandillero cercano al veterano Chepe Furia. El detective pidió al cabo Pozo que llegara hasta las últimas consecuencias para conseguir que ese muchacho hablara. La oferta del cabo al Niño fue muy concreta: «O vos hablás sobre ellos o vos cargás con los muertos». El cabo se la había hecho al Niño en otras ocasiones, cuando lo encontraba en las calles de Atiquizaya y fingía un arresto para poder hablar con él.

En una ocasión, el cabo Pozo hizo que una patrulla de siete militares y dos policías detuviera a el Niño. Entonces él apareció.

–¿Venís a torcerme o no? Porque arma no cargo hoy –retó el Niño al cabo.

El cabo se mostró comprensivo y le dijo que lo que quería era ayudarlo, pero que para hacerlo necesitaba que él lo ayudara. Pero supo que esa ingenua estrategia no funcionaría con un sicario de tanta experiencia. Le mencionó la posibilidad de que él terminara acusado por homicidios en los que quizá ni había participado y uno en particular en el que había sido solo vigilante: el asesinato de una niña de dieciseis años llamada Wendy. El Niño logró zafarse de aquella situación dejando ver algunas de sus cartas, develándose como dueño de muchos secretos.

–Va, pues, órale, si querés ayudarme, ayudame. Si no, ahorita me podés torcer o hacer lo que querrás... Eso si no deseás saber de los clavos de Eliú, del asesinato de la puta, del asesinato del policía en el salón, de quién se bajó a Wilman del segundo piso de la casa, de los mototaxistas que han aparecido con el repollo destapado, de la mujer de Moncho Garrapata –dijo el Niño.

Después de ese encuentro, el Niño desapareció algunas semanas. El cabo, cuando lo volvió a localizar, iba a jugar su última carta. El inspector no sabía de los problemas del Niño con La Bestia. Su jugada sería más sencilla: acusarlo por el homicidio de Wendy y, ya involucrado en el proceso judicial, intentar acusarlo por otros homicidios. Lo amedrentarían con años de cárcel. Esa estrategia nunca hubiera funcionado con el Niño.

Por suerte, llegaron en el momento adecuado.

El Niño contra La Bestia

Año 2005. Habían pasado quince años desde el fin de la guerra y en el occidente salvadoreño dos pandilleros conversaban. Hacían alarde de sus bravuras y sus «pegadas», como los pandilleros llaman a los asesinatos.

Ambos pandilleros eran de la Mara Salvatrucha 13, pero de distintas clicas o familias. Uno era el Chato, de la clica Park View Locos Salvatrucha. Esa es una célula de la pandilla que se formó en los ochenta, en los alrededores del MacArthur Park, en la calle Park View, en Los Ángeles. El segundo era un joven de veintiún años, miembro de la clica Hollywood Locos Salvatrucha, la célula hermana que se formó a casi tres kilómetros del origen de la Park View, en la misma ciudad, en la misma turbulenta década. A este último le llamaban el Niño.

El Chato quería alardear. Sacó su teléfono y mostró al Niño una foto de un hombre muerto. El Niño lo vio durante un rato, acercó el teléfono a sus ojos y felicitó al Chato.

–Puta, qué maniaco quedó ese maje –dijo el Niño.

–¿Ya ves? Así pegamos los Parvis –respondió el Chato, pronunciando como podía el nombre de su clica.

–¿Quién es?

–Una bicha –dijo el Chato, aludiendo a que se trataba de un dieciocho, una bicha, un uno caca, como les llamaban a sus rivales, a quienes para rebajarlos los comparan con el excremento o con una mujer.

Se despidieron y cada quien tomó su camino. Después de ese encuentro, el Niño supo que La Bestia lo había traicionado. Aquel día decidió que correría más sangre.

El hombre muerto de la foto era su hermano mayor.

Meses atrás, el Niño había recibido la noticia de que su hermano se había perdido. Suponía que los dieciochos lo habían matado. Nada anormal en la vida de un pandillero como su hermano, miembro de la Park View Locos Salvatrucha. El Niño viajaba casi a diario a las colonias dominadas por el Barrio 18, se apuntaba a todas las pegadas de su clica. Mató a varios enemigos e hirió a otros tantos con la convicción de que estaba vengando a su hermano. Por eso lo que vio dentro del teléfono del Chato lo perturbó. Ellos lo sabían, ellos lo mataron, y aun así dejaron que él arriesgara su vida enfrentándose a enemigos feroces. Lo felicitaban, lo empujaban a ir, lo acompañaban. Les encantaba ese ímpetu asesino que la muerte del Cheje le había dado. Nunca imaginó que su propia pandilla, sus propios hermanos, sus *homeboy*, La Bestia, se hubieran llevado a su hermano.

A su hermano le llamaban el Cheje, una forma popular y antigua de nombrar a los pájaros carpinteros. Su nombre era Jorge Alberto Tobar,

quien fue guardia carcelario, vendedor de sorbetes, carpintero y a diferencia de su hermano, que se brincó a la clica Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya, él se incorporó a la Park View Locos Salvatrucha de Ahuachapán, la principal ciudad del departamento del mismo nombre.

El Cheje hizo algo grave, algo muy grave. Asesinó a otro emeese. En los códigos pandilleros, probablemente, estaba justificada su muerte. El *homeboy* al que el Cheje mató había asaltado y amenazado a su propia madre, a la madre del Niño. Así que el Cheje lo buscó y lo asesinó a balazos. Pero no solo a él: también a su madre. A él le habían tocado a su madre, él pagó con la misma moneda y algunas más. El Cheje cometió esos homicidios en compañía de su hermano pequeño, el Niño. Esto último, la pandilla nunca lo supo.

Pasó un buen tiempo y ambos hermanos pensaron que aquella venganza había quedado atrás. Que lo habían hecho bien, que nadie supo, que lo que hicieron aquella tarde quedó ahí, en medio de los cafetos, perdido en el polvo del occidente salvadoreño que ya albergaba tantos cuerpos anónimos. Pero no.

La pandilla es un pequeño mercadillo en donde las hazañas vuelan de boca en boca. De alguna forma, algunos miembros de la Park View Locos Salvatrucha supieron lo que hizo el Cheje.

Cuando el Chato mostró la foto de su hermano muerto al Niño, no sabía del parentesco. Pensaba que estaba alardeando ante un *homeboy* de otra clica y nada más. Por ese mismo mercadillo que a veces son las pandillas, el Chato tardó poco en enterarse de que había mostrado la foto al Niño, el hermano del Cheje. El Chato no tardó en saber que había cometido un error. Se había jactado con un *homeboy* mostrándole el cadáver de su hermano.

Pero en la pandilla, este tipo de errores tienen solución, se arreglan con la muerte. El hecho podía costarle a los Park View Locos una guerra con la Hollywood Locos. Era mejor prevenir y asesinar al ofendido.

Meses después de aquel día de 2005, el Chato invitó al Niño a una misión. Le dijo que tenían ubicado a un enemigo del Barrio 18. Le dijo que no se preocupara de llevar armas porque ellos tenían ya todo preparado. El Niño aceptó.

Intentaron caminar al Niño. Caminar en jerga pandillera significa llevar a la víctima con engaños al lugar donde morirá. «Vamos a tomar a la montaña.» «Vamos a fumar mota a casa de un *homeboy*.» «Vamos a hacer una pegada a las chavalas.»

El Niño aceptó.

La misión donde debería morir el Niño no era un plan orquestado

por toda la clica, era más bien un plan alterno de los mismos pandilleros que asesinaron al Cheje y que trataban con esto de limpiar cualquier evidencia de lo que hicieron. Eran cuatro: Zarco, el Chato y el Coco, de Park View Locos; y el Mosco, de Hollywood Locos.

El Niño y el Chato caminaron hacia un territorio controlado por el Barrio 18. Se suponía que buscaban a un enemigo, se suponía que el Niño caminaba desarmado. Ambas cosas eran falsas.

–Aquí perdió la bicha Cheje. Los que le deben a La Bestia no salen vivos de aquí –dijo el Chato, quizá anunciando la muerte a El Niño, quizá confesando la muerte del Cheje. Quizá el Chato tenía en la cabeza repetir la treta: dejar un cadáver emeese en zona del Barrio 18. Caso resuelto.

El Niño le respondió con esa sabiduría pandillera tan enigmática:

–No, si los que se lleva La Bestia ella los adora, todavía los tiene en sus brazos. Y al que no, no; porque cuando le toca, aunque se esconda; y cuando no le toca, aunque se ponga.

–Órale, *homeboy* –dijo el Chato a modo de amén. Siguieron caminando. Luego, el Chato hizo una llamada.

El Niño tiene eufemismos para todo. Si mató a alguien y lo lanzó a un pozo, es que lo mandó a tomar agua; si los enterró, vivos o muertos, en algún potrero, es que los puso a contar estrellas; si les disparó en una misión relámpago, es que los hizo detonados. Lo que para nosotros es simplemente la muerte, para alguien como él tiene varias formas. Hace como los inuit, que de ver tanta nieve, aprendieron a diferenciarla y la nombran con distingos. Además, cuando en sus historias el Niño dispara, hace un par de sonidos huecos y fuertes con sus labios. Poke, poke.

–Ey, prepará la olla y le pones la misma cantidad de agua, porque ya llevo un pollo caminando –dijo el Chato por teléfono.

Poke, poke.

El Niño le asestó dos tiros en la cara. Uno le entró por la ceja, justo en la colita de una S gótica que el Chato tenía tatuada en la cara. Poke, poke. Otros dos de remate y a correr.

El Niño subió a un bus.

–Vaya, no hay parada hasta que yo me baje. Y dame cinco dólares –ordenó el Niño al conductor aún con la 9 milímetros en la mano, frente a decenas de pasajeros aterrados.

En esa ocasión, el Niño reportó al Chato como asesinado por el Barrio 18 durante una emboscada. La coartada del Chato sirvió para el Niño. Regresó con su clica y al día siguiente se apuntó para otra pegada a los dieciocho, para vengar al Chato. Una coartada debe llevarse hasta las últimas consecuencias.

Pasados unos días tocó el turno al Mosco. El único miembro de la clica Hollywood Locos que participó del asesinato del Cheje.

El Mosco intentaba alejarse de la pandilla. Se había convertido en vigilante privado, uno más de ese ejército de hombres armados con escopetas doce que cuidan casi cada negocio de este país. Eran las cinco de la mañana y estaba abordando un bus al final de otra jornada laboral.

–Ey, *homeboy* –escuchó una voz el Mosco. Se volvió.

Poke, poke.

Como al Chato, fueron dos en la cara, como ellos le pegaron también a su hermano. Esta vez, el Niño lo hizo con una .45, un calibre alto cuando de pistolas se trata. A quemarropa.

Zarco cayo igual, esperando un bus cuando dos tiros de .45 le atravesaron la cabeza.

Así empezaron los problemas de el Niño con la Mara Salvatrucha 13. Aunque esos homicidios los hizo en secreto, no faltó quien atara cabos, quien comenzara a murmurar.

De aquí hacia adelante las cosas empezaron a cambiar. El recelo, la cizaña. La Bestia que el Niño cabalgó, empezó a perseguirlo.

Este fue el principio de su enemistad a muerte con su propia pandilla, con las letras por las que mató. Tras más de una década de ser sus dientes, el Niño empezó a ser su presa. Pero este es solo el final de su historia con las pandillas. En el inicio, incluso hubo otras pandillas con nombres ahora olvidados, opacados completamente por la M y la S.

6. PANDILLITAS

En los años ochenta ya había pandillas en El Salvador y en los barrios de todo el triángulo norte centroamericano. Sin embargo, quedaron eclipsadas por los conflictos políticomilitares de la región. Los problemas de los adultos pusieron sus sombras sobre las tragedias de los adolescentes. El voraz presente aplastó el futuro, impidió ver más allá. Los investigadores que estuvieron en la región en esa década, gente de gran nombre, como los periodistas Jon Lee Anderson y Alma Guillermoprieto, o el antropólogo Phillipe Bourgois, no documentaron la existencia de estos reductos juveniles que se refugiaban de la guerra en identidades encriptadas y marginales. No eran prioridad y es normal. No generaban tantas muertes ni grandes problemas. No controlaban enormes cantidades de territorio, apenas alguna calle, y su violencia no se comparaba en absoluto con la guerra. Todo eso lo harían después, bajo otros nombres.

Los primeros investigadores que pusieron atención sobre estos grupos barriales, que encajaban con el concepto de pandillas que desarrolló en los años veinte el sociólogo Frederic Trasher, fueron Wim Savenije, exdirector de Flacso El Salvador; Miguel Cruz, sociólogo de la Universidad de Florida; y Ellen Moodie, antropóloga de la Universidad de Urbana-Champaign. Estos investigadores prestaron atención a esa nueva forma de la identidad en el norte de Centroamérica.

Al acercarse, se dieron cuenta de que se trataba de gente muy joven, adolescentes que orbitaban los quince años, en su mayoría. Eran grupos pequeños, formados por chicos muy pobres e inconformes, que básicamente jugaban a hacerse la guerra entre sí. Encontraban sentido en sus vidas a través de generar rivalidad con otros. Vivían para joder a los otros y para no dejarse joder por ellos. Estaban atados a los otros. Para definirse, necesitaban al de enfrente. Eran cientos de grupos, huestes desorganizadas y atomizadas. Eran niños y jóvenes armados con cadenas de bicicletas, tubos y machetes. Sus nombres reflejaban a muchachos inconformes y rebeldes: la Mara AC/DC y sus enemigos, la Mara No Se Dice; en el centro de San Salvador, la Mara Morazán, Mara Chancleta; Mara Gallo, del municipio de Mejicanos; Dark Justice, de la colonia La Rábida, y una larga lista de grupos que ya solo quedan registrados en la memoria de viejos pandilleros. Asaltantes de poca monta, ladronzuelos, pero, principalmente,

muchachos sin rumbo que entendían su vida solo en antagonía contra otros muy parecidos a ellos.

Odio, luego existo.

El Salvador, desde los ochenta, estaba lleno de pequeños grupos inconformes, pero que apenas se hacían escuchar en el panorama tremendamente ruidoso de aquellos años. Era como tocar un pequeño tambor de cuero en medio de un festival de rock.

Estas pequeñas pandillas, hoy olvidadas por la gran mayoría de académicos y estudiosos pandilleristas, fueron el terreno en el cual luego se desarrollarían las poderosas MS-13 y Barrio 18.

El Salvador de los últimos años de los ochenta y los primeros de los noventa era complejo. No solo estaba lleno de pandillas barriales, sino también de pandillas estudiantiles que campeaban en el centro de San Salvador, con sus guerras de pedradas y sus duelos a navajas, defendiendo la escarapela de su institución educativa bordada en sus camisas. Por ejemplo, los del Instituto Técnico Industrial contra los del Instituto Nacional General Francisco Menéndez. Puñados de jóvenes que abandonaban sus instituciones en grupo, hacia el caótico centro, a buscar refriega contra jóvenes de otros institutos públicos. La necesidad de un enemigo. Ese ímpetu por encontrar a quién detestar sin que hubiera una razón ideológica de por medio fue fundamental en la construcción de El Salvador, el país más homicida del planeta.

Todos contra todos. Porque sí. Porque solo así es posible entenderse a sí mismo, en guerra con otro. Porque la paz no era una opción. Vivir era enfrentarse, así se construyó esta esquina del mundo. No eran desquiciados al margen de una construcción social. Eran jóvenes imitando lo que conocían.

En el occidente cafetalero, el final de la guerra dejó muchos hombres y mujeres jóvenes sin trabajo. Jóvenes que crecieron con la guerra y a los que esta les robó la posibilidad de estudiar o aprender un oficio. Solo tenían sus doctorados en violencia, y decidieron seguir ejerciendo por su cuenta. Mucha de esa gente se resistió a dejar las armas y formó bandas. El objetivo de estos grupos no era la instauración del socialismo o la defensa de la patria. Se terminó el tiempo de las ideas, ahora les tocaba a ellos. Robaban en comercios, asaltaban furgones, robaban ganado y secuestraban. La guerra les dejó un reguero de armas a su disposición. Unas viajaron desde Vietnam, pasando por Cuba y Nicaragua, y otras llegaron directamente desde los almacenes del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. El Salvador fue de alguna forma la cola de la Guerra Fría. Mientras ya nadie pronunciaba esa construcción en la formalidad de los despachos diplomáticos, muchos la ejecutaban pidiendo a los salvadoreños que la

perpetuaran. Esos fusiles, granadas y ametralladoras llegaron al país más pequeño de Centroamérica para defender ideas políticas y grandes estructuras económicas, pero luego de fallar en esos cometidos terminaron en manos de bandidos hartos de pelear por otros y ansiosos de lograr para sí lo que no pudieron para el país: prosperidad.

Para 1992, la Mara Salvatrucha 13 se había convertido en una pandilla fuerte en California. Sus territorios, si bien bajo constante asedio, se mantenían estables. Casi dos decenas de clicas se organizaban a su manera en Los Ángeles, la meca de las pandillas hispanas. Los medios y las autoridades todavía no daban a la MS-13 la notoriedad que le dieron en el siglo XXI; y, si hubiese existido Twitter, no se habría ganado ni una mención en los tuits presidenciales, como los de Donald Trump en abril de 2017. Ignorante, décadas después, ese presidente diría que eran animales y solo eso, no animales humanos, creados por otros humanos.

Sin embargo, en el bajo mundo ya se había ganado un nombre. El investigador mexicano Carlos García, quien lleva casi una década estudiando a fondo los orígenes de la MS-13, explica que cuando estalló la violencia en abril de 1992, después del veredicto absolutorio contra cuatro de los cinco agentes que vapulearon al afroamericano Rodney King, la MS-13 aprovechó la coyuntura de una forma un tanto extraña. Se sumaron al furor en las calles, pero en este caso para combatir a los agredidos: la MS-13 versus los afroamericanos.

De hecho, los disturbios comenzaron cerca de los dominios de la Mara, entre la avenida Florencia y Normandie. El segundo nombre, seguido de las palabras Locos Salvatrucha, pasó a ser una de las clicas más reconocidas de la pandilla en toda Mesoamérica. El investigador García explica que los disturbios, si bien empezaron en los barrios negros del *south side* de la ciudad, se fueron moviendo hacia el Koreatown, donde la MS-13 tenía su bastión. El fuego de los disturbios no caminó de forma aleatoria hacia los coreanos. Las tensiones étnicas entre coreanos y afroamericanos habían ido en incremento producto, entre otras cosas, de la interacción en las tiendas regentadas por los asiáticos y la competencia laboral y espacial. Los afroamericanos se quejaban de malos tratos y de precios excesivos, y los coreanos se quejaban de constantes robos y hurtos. Un año antes de los disturbios, en una tienda de ultramarinos, una dependienta coreana asesinó por la espalda a Latasha Harlins, una joven afroamericana que supuestamente intentaba robar una botella de jugo de naranja. Lo único que puede apreciarse en el video de seguridad del local es a Latasha y la dependienta discutiendo. Luego, a Latasha lanzando

golpes. Luego, el tiro por la espalda. Este hecho, sumado al veredicto contra los agresores de Rodney, gestó el fuego que se desató en abril.

Bajo una visión simplista se explicaría que aquellos disturbios fueron entre afroamericanos ofendidos y el sistema de justicia californiano, pero no. Aquello fue una explosión, un punto de fuga, un carnaval de violencia étnica. Varios grupos inconformes entre sí y con el Estado tomaron las calles. Un sálvese quien pueda.

La furia de los afroamericanos también enfiló hacia la población latina. Consideraban que mexicanos y centroamericanos invadían de alguna forma sus lugares. La MS-13 aprovechó esa coyuntura, en donde las dinámicas étnicas la dejaron más cerca de los mexicanos que de los afroamericanos. La MS-13 se propuso como escudo latino, y en las calles salieron a pelear contra los afroamericanos. En palabras de García: «La MS aprovechó la coyuntura contra los negros para ganar puntos con la Mexican Mafia y sumarse definitivamente al sistema sur». Una movida interesante para una pandilla que, aunque llevaba el 13 desde hacía algunos años, seguía siendo considerada una pandilla «chúntara», paria, o indeseable. La MS-13 aprovechó una lógica antigua: el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Y la Mexican Mafia lo compró. Aquel proceso de la MS-13, que venía desde mediados de los ochenta, dejar de ser *stoner* y abrazar la cultura chola, sureña, se formaliza en gran parte gracias al rol de la MS-13 en los disturbios. Un año después, en 1993, en un parque de Los Ángeles, la MS-13 hizo una ofrenda de dinero y armas. La recibió Ernest *Chuco* Castro, pandillero de Varrio Nuevo Estrada, carnal, en nombre de la Mexican Mafia. Aquel proceso llegó al final: la MS-13 era sureña. Formalmente, estaba en las grandes ligas de la capital pandillera del mundo.

Para 1992, en El Salvador, la idea de las grandes pandillas había tocado tierra. Los estudiosos que dicen que las dos grandes estructuras llegaron con los deportados tienen razón, es indiscutible, pero en medio de esta verdad hay un arcoíris de matices. Para comprenderlo, hay que entender historias microscópicas que quedaron atrapadas en los cantones, caseríos y barrios de todo el país. En algunos lugares, la llegada de los deportados fue un gancho al hígado en la estructura social. Fueron tantos que en pocos meses se hicieron con la admiración de los chicos de barrios enteros en la capital salvadoreña.

El Burro

En un bar del centro de San Salvador, veintidós años después de

aquel arribo de la MS-13, el Burro ha tomado ya unas diez cervezas. Suenan bachatas, reguetón y viejas canciones románticas desde la rocola. Todo se mezcla con la presencia de unos mariachis que intentan ganar unos dólares compitiendo a gritos contra los parlantes. El Burro está vomitando historias, y los escrúpulos que tuvo al principio se desvanecen conforme la espuma y las burbujas atraviesan su garganta. Dice que cuando llegó al país, deportado en 1991, ni siquiera sabía que Estados Unidos planeaba deportar a más como él. Mucho menos se imaginaba que tarde o temprano se encontraría con sus enemigos espejo del Barrio 18. Una tarde, mientras caminaba solo y desorientado por las calles del centro, sin nada que hacer, vio a un chico con un overol Ben Davis y zapatos Nike Cortez, algo imposible de conseguir en El Salvador de ese entonces. Se vieron unos segundos. El chico tomó la iniciativa:

–Ey, ¿qué onda, *dog*? ¿Qué barrio rifa?

–La Mara Salvatrucha 13, *homie*. ¿Algún problema?

–Soy dieciocho. ¿Qué ondas? ¿Reventamos? –preguntó el chico con sinceridad. Ninguno supo qué hacer, así que determinaron que lo que pasó en California se quedaría en California, al menos en esa ocasión.

Así llegaron muchos, inseguros incluso de si sus odios más profundos seguirían vivos en ese país en el que nacieron, pero al que apenas conocían.

El Burro cuenta que casi un año más tarde se encontró con un *homie*, un emeese. Se saludaron y se abrazaron. El Burro preguntó si había más como ellos, y el otro le miró sorprendido. Le dijo que eran un montón, que seguían llegando todas las semanas. Después de eso, el Burro ya no se sintió solo, y sus sentimientos de pertenencia volvieron poco a poco. No a un país, sino a una pandilla. Al poco tiempo de juntarse con los deportados emeese, viejos amigos en su mayoría, se animó a fundar una pequeña clica. La bautizó con un nombre que prefiere no se haga público, e incorporó a los adolescentes y jóvenes del barrio. «Fue lo más fácil del mundo. En dos meses paré una clica entera en ese barrio», recuerda. El Burro, tras golpearlos por trece segundos como aprendió en California, les tatuaba el cuello, el pecho o los brazos con las dos letras seguidas del número trece.

X

En la otra punta del país, en los mismos años en los que el Burro regresó a El Salvador, otro muchacho intentaba terminar sus estudios

de bachillerato en una escuela pública de Sonsonate, muy cerca de Atiquizaya. El muchacho tiene ahora cuarenta y seis años, es uno de los miembros más antiguos de la Mara Salvatrucha 13. Es parte de la primera generación de reclutados, los que fueron brincados por los primeros bajados, aquellos que oyeron las historias angelinas de boca de quienes las protagonizaron. Este hombre huye ahora de su propia pandilla. Tras años de incluso ser un líder nacional en El Salvador, huye de una amenaza de muerte que pende sobre él porque sus iguales empezaron, sin razón real, a sospechar de él, a pensar que podía convertirse en soplón. Todo porque el hombre intentó alejarse de las actividades criminales más sangrientas, luego de haber cumplido una condena de quince años entre prisiones comunes y de máxima seguridad. Quería disfrutar a su familia, a la que solo había visto dentro de prisiones, en los días de visita. Es 2017, y el hombre habla desde un centro de detención migratoria de Texas, desde el sector tres, designado para hombres que, tras pasar por prisión, enfrentan juicios de deportación. En este libro, a ese hombre lo conoceremos como X. La única condición que puso para hablar: no escriban mi nombre.

A diferencia del Burro, X vio la llegada de los deportados desde el otro lado. Él no tuvo que deambular desorbitado. Él solo tuvo que sorprenderse con la estética nunca antes vista en las calles de su pueblo.

–Yo estudiaba en la escuela Haití. Tenía un amigo, Francisco, le decíamos Ministro, que de repente se fue para California. Yo en ese entonces quería ser doctor. Al año siguiente, salgo de la escuela como todos los días y veo a un pelón con ropa tumbada, ropa Ben Davis y zapatos Cortez, tatuado del brazo. Lo habían deportado. «¿Qué ondas?», me dijo. «¿Qué ondas, Ministro?», le dije. «Ya no soy ese. Soy el Shy Boy de Fulton», me dijo.

Sin decir nada más, Shy Boy meneó en sus manos un spray y empezó a manchar la pared de la escuela Haití. El primer grafiti de la ciudad era de bloques cuadrados. Dos bloques cuadrados, uno con una Y en medio, para completar la M; y otro con dos rayitas dentro, para completar la S: MS-13 Shy Boy FLS N (por Fulton Locos Salvatrucha de North Side de Los Ángeles). Eso se leía. Inmediatamente, recuerda X, el pelón Shy Boy dio play a una grabadora de mano y «bailó hip hop». En realidad, si alguien escuchara lo que en ese momento consideraron hip hop frente a la escuela Haití, posiblemente se burlaría de Shy Boy. Era el grupo Tavares, un quinteto de hermanos negros con lentejuelas. Tocaban música disco y tuvieron gran éxito en los setenta, musicalizando incluso la película *Los Ángeles de Charlie*.

Ralph, Pooch, Shubby, Butch y Tiny bailaban coreografías más bien lentas. Sin embargo, por alguna razón, a Shy Boy aquello le parecía novedoso dos décadas después de su boom, y en el calor sofocante del departamento costero de Sonsonate, Shy Boy bailó lo mejor que pudo, y tanto X como todos sus compañeros de escuela que veían al bailarín en sus relucientes Nike Cortez blancos pensaron que aquello era maravilloso.

Desde aquel día, X partió sus días en tres. Por las mañanas, a la escuela; recién salir, a bailar con Shy Boy y a escuchar sus historias angelinas; luego, a trabajar en una fábrica de ladrillos.

–Es que en la tarde, a casa de Shy Boy llegaban varios a aprender a bailar. Llegaban bichas [chicas]. A mí me gustaba una, la Bambi, le decían –recuerda X lo que lo terminó de atraer a aquellas reuniones que de criminales no tenían aún nada.

El baile, las bichas, la ropa. La pandilla más grande del mundo, la más violenta, la única pandilla que está en la lista negra del Departamento del Tesoro de Estados Unidos a la par del cartel de Sinaloa, la Yakuza japonesa o el euroasiático Círculo de Hermanos, no llegó armada y poderosa al país que ahora es su centro más fuerte de operaciones. Llegó también en forma de muchachitos que bailaban lo que creían era hip hop en calles asfaltadas donde podía cocinarse un huevo.

El arribo de la pandilla fue una mala jugada de autoridades estadounidenses que pensaron que deportando arreglarían el problema. Creían que escupían hacia afuera, y lo hacían hacia el cielo. Los años les demostrarían eso, cuando esos pandilleros deportados de California regresaran por decenas como indocumentados a conquistar barrios de Nueva York, Virginia, Maryland, Houston. Pero una vez en El Salvador, las pandillas se inflaron con la furia y rapidez de un pez globo, y justo con la misma finalidad: no ser devoradas. Por la pobreza, por el abandono, por la violencia de otros. Sobrevivir, inflarse para sobrevivir. Adquirir cuerpo para poder combatir. No fue difícil. Ninguna autoridad les prestaba atención. Cuando su guerra iniciaba, otra de doce años que había destruido el tejido de un país terminaba.

Pasado un año, Shy Boy encontró a otros como él. Deportados, jóvenes que apenas conocieron Estados Unidos antes de estar de vuelta en su violento país. Aparecieron el Chino de Hollywood, el Vago de Hollywood, el Caballo de Fulton. El grupito se inflaba.

En 1993, Shy Boy decidió parar una clica. Antes, así se decidía eso. Ahora hay todo un sistema de permisos y lealtades. Antes, entre baile y baile, se le ocurría a un deportado. Shy Boy, el Chino, el Vago y el

Caballo empezaron a brincar muchachos. Ahora, para entrar, hay que matar y ser zapateado trece segundos. Tras eso, uno es miembro de la pandilla más asesina del planeta. Antes, bastaba el ritual de valentía de los trece segundos, y a lo que se entraba se parecía más a un club de diversión para adolescentes inquietos.

«Cuando te brincabas, podías llegar a cualquier hora a bailar donde Shy Boy y a pasar el rato. Si no eras brincado, solo podías llegar los martes. Incluso me acuerdo que ganamos un concurso bailando El Sapito en Variedades del Seis. Trescientas bolas nos ganamos [unos treinta y cinco dólares].»

El Baile del Sapito es una canción de un grupo salvadoreño de los noventa llamado Bongo. El video de la canción, grabado en diferentes monumentos del país, muestra a cuatro hombres y cuatro mujeres dando brincos con las palmas hacia adelante, como quien se rinde ante una pistola. Aquel baile con pasos infantiles causó furor entre los adolescentes de clase obrera del país. Variedades del Seis era el programa musical de los sábados. Nadie relacionaría ahora mismo El Baile del Sapito con una de las clicas fundadoras de la Mara Salvatrucha 13.

En 1994, la clica había sido nombrada Hollywood Locos Salvatrucha por una sencilla razón: poco a poco, el liderazgo lo retomó el Chino, que allá en California perteneció a la clica de ese nombre. En aquel momento, la clica había tomado el parque central de la ciudad de Sonsonate. Ahí se reunían, y la sombra del Barrio 18 era algo de lo que ya se cuidaban. X dice que para entonces, los que nunca habían estado en Estados Unidos no entendían esa rivalidad. Solo sabían que había que cuidar el parque, no dejar que entraran los otros, que eran muy parecidos a ellos, casi idénticos. Así era. Y era divertido.

Un día, al parque de Sonsonate llegaron otros miembros de la Hollywood de California. Apartaron al Chino y le reclamaron. Le dijeron que esa clica no podía llamarse Hollywood, que la mayoría de sus miembros no habían sido brincados en California, y que era una falta de respeto para los bajados. Que mantuviera la clica, pero que buscara otro nombre.

El Chino convocó a un mirin –en eso derivó la palabra *meeting*–. Hoy en día, el mirin es parte del vocabulario de primer uso de las pandillas y conocido por buena parte de salvadoreños. En los mirin se deciden estrategias, se castiga a quien cometió faltas, se ordenan homicidios, se imponen extorsiones. En aquel 1994, el mirin fue solo para buscar otro nombre para la clica. Hubo lluvia de ideas. Alguno dijo que los cobradores de los autobuses que de la capital viajaban a Sonsonate, tierra costera, gritaban: «¡San Cocos vamos, San Cocos vamos!». Era

una forma de llamar a la ciudad. Hubo votación y aquella idea fue la mejor según la clica sin nombre que desde ese día se llamaría San Cocos Locos Salvatrucha.

Más de dos décadas después de aquel primer grafiti del Shy Boy, de El Baile del Sapito y del renombramiento de la clica, la San Cocos Locos está acusada de múltiples homicidios, extorsiones, tráfico de drogas, agrupaciones ilícitas. Fueron célebres porque en los primeros dos días de febrero de 2012 dejaron cinco bolsas regadas por diferentes puntos de Sonsonate. Adentro de las bolsas, los cadáveres de cuatro hombres y una mujer. Las bolsas fueron dejadas frente a la sede judicial, una sede policial, un puesto del Ejército y la cárcel. Todos los cadáveres tenían signos de tortura y asfixia. Uno de los cuerpos, el femenino, era de una niña de entre trece y quince años de edad.

Algunos, como el Burro, como el Shy Boy, llegaron ya marcados por las pandillas, pero si su suerte hubiera sido otra, y hubieran sido devueltos a otro país, la historia sería muy distinta. Sin embargo, fueron devueltos a un país donde había jóvenes ávidos de un sentido de existencia menos miserable que el que tenían, jóvenes como X. Aquello fue un síntoma, no una excepción. Dos de los hermanos de X son miembros de pandillas, también sus dos sobrinos y varios primos. Aquella combinación entre los bajados y los muchachos de clase obrera de El Salvador fue perfecta, ideal. Desde Estados Unidos lanzaron una llave cuya cerradura esperaba en este país. Atrás de esa puerta, había una guerra que aún hoy, veinticinco años después, sigue furiosamente viva.

El Smurf

Hubo incluso otros jóvenes que ni siquiera tuvieron que conocer a un bajado. Es un país pequeño y los rumores corren rápido, como pólvora quemada.

A San Miguel, la región históricamente más violenta del país, en el oriente de El Salvador, casi no llegaron pandilleros deportados en esos años. El Smurf, un expandillero de la MS-13, recuerda que cuando era apenas un adolescente, al final de la guerra, la idea de esas grandes pandillas corría de boca en boca entre los jóvenes de San Miguel. Pero era eso, un rumor. No recuerda a un Shy Boy ni a un Burro. Recuerda un rumor.

La pandilla aún no había sido vista por estos jóvenes. No habían presenciado en vivo sus bailes ni sus ropas Ben Davis. Sin embargo, lo

que se decía de ella alcanzaba para deslumbrarles.

Un par de deportados se instalaron en algunos caseríos, pero trataban de pasar desapercibidos. Así que el Smurf y sus compañeros, estudiantes de uno de los pocos colegios privados del departamento, decidieron formar una clica propia. Querían vivir rápido y no se quedarían a esperar que los deportados llegaran a fundar sus estructuras. Se reunieron un día en un terreno baldío y, al son del hip hop, y con el humo de la marihuana entrando y saliendo de sus pulmones, decidieron que eran una célula de la que sería la pandilla más grande de América.

Así, de un día para otro. Así como el Shy Boy decidió que era momento de formar una clica. La espontaneidad, de lo que tan poco queda hoy, fue un ingrediente esencial al inicio.

Una vez reunido un grupo de unos diez chicos solo faltaba bautizar esa juntura con un nombre fabuloso y moderno, así que hicieron una lluvia de ideas. Uno de ellos tenía una revista de rap de Los Ángeles, lo que le confería un estatus ligeramente por encima del resto. Con la sabiduría que le daban esas páginas, propuso:

–Pongámosle Sailors. Imagínense ustedes, somos marineros, el barco es la MS y nosotros sus marineros. Porque Sailors significa marineros en inglés.

Deslumbró a algunos. Otros dudaron, pero su último argumento fue demoledor.

–Piensen que la palabra marineros empieza con la *m* y termina con la *s*, va, tipo encriptado el nombre.

Así nació una de las clicas más poderosas de la Mara Salvatrucha 13 en el oriente salvadoreño, una clica que ahora tiene bastiones importantes en toda la Costa Este de Estados Unidos, es perseguida de forma prioritaria por el FBI desde hace al menos cinco años, y cuya persecución se ha incrementado tras los asesinatos relacionados con la MS-13 ocurridos en 2017 en Nueva York y Virginia.

El Smurf es un tipo amable y alegre. Su familia nunca fue precisamente de clase baja, y después de varios años de descarriarse de la mano de sus *homeboys* de la Mara Salvatrucha 13, se fue con su padre a vivir a Estados Unidos. Ahora es ciudadano y da clases en una escuela secundaria.

Si bien la mayoría de niños y adolescentes seducidos eran de la clase más empobrecida del país, algunos, como Smurf, eran de clase media baja. Comían tres tiempos y calzaban desde niños. Pero en aquel entonces, incluso para esa generación, el país ofrecía poco. Poco empleo, poca infraestructura lúdica, poco de todo. La MS-13 sedujo también a estos muchachos, que dormían entre paredes de cemento,

porque no implicaba ser un criminal de entrada. Era un juego peligroso, adolescente para algunos, pero juego al fin. Un juego que rápido dejó de tener gracia.

Veintitrés años después de aquel día en el predio baldío, mientras las camareras del Bombshell, un bar de Houston, Texas, sirven cerveza y comida a latinos sedientos, el Smurf admite que añora un poco aquellos días de velocidad y locura. Dice que estuvo a punto de morir varias veces, pero que en ese tiempo entregar la vida por la pandilla y por la clica tenía sentido. Ahora lo ve todo tan lejano.

–Nunca me imaginé que esa clica se iba a hacer tan grande y que iba a llegar tan lejos. ¿Cómo me iba a imaginar yo eso? Si empezamos nada más uno poquitos. Así, pues, por vacilar nada más.

Al final de la conversación, el Smurf regala un dato curioso. El día que nació la Sailors se enfrentaron a un problema: las siglas SLS, como corresponderían a la nueva clica, ya estaban en uso por la clica San Juanes Locos Salvatrucha (SLS), así que para resolverlo, Melqui, otro chico del colegio privado, decidió agregar una sigla extra. La W. Porque sí, porque era cool. Además, había visto en la revista a unos raperos haciendo el símbolo de W con los dedos de las manos y le pareció grandioso poder hacer lo mismo para representar a su clica. SLSW, mancharían en adelante los muros donde registran su dominio

Los investigadores policiales y algunos periodistas insisten en que la W tiene que ver con West Side, o con la letra M al revés, pero no. Fue producto de los sueños de modernidad de un grupo de chicos con ganas de pertenecer a algo grande y con acceso a una vieja revista de rap.

Así llegó la MS-13 a El Salvador, abriéndose paso en medio de una maraña de estructuras violentas, y reclutando a manos llenas a jóvenes sin esperanza, a los que proponía volverse parte de una guerra histórica e importante contra el Barrio 18. La MS-13 aterrizó de la mano de deportados como el Burro, pero también esparcida como una idea que de boca en boca recorrió este pequeño país. Lo que ahora espanta al FBI, a presidentes de la nación más poderosa, no fue un complot, fue una suma de malas decisiones, de estúpidas decisiones. La MS-13 es el producto de los que eligieron deportar sin saber que la historia no se detiene cuando alguien ya no está en su país.

En el occidente de El Salvador había pequeñas pandillas locales. Tenían un matiz más rural. En la zona de Atiquizaya surgió, a principios de los noventa, la Mara Gauchos Locos, los Meli Meli 33 y la primera pandilla transnacional de la región: Unión de Vagos Asociados (Uvas). Esta última llegó hasta las capitales de Guatemala y Honduras con pequeñas células que desaparecieron con el tiempo.

Aún es posible encontrar exmiembros de Uvas en esas ciudades, que cuentan su historia uniendo retazos sin mucho detalle, forzando la memoria.

A esa zona del país, la MS-13 no llegó como un rumor, no fue esparcida suavemente como arena empujada por el viento. Llegó de la mano de un hombre con rasgos indígenas, experto en violencia, expolicía nacional, exmiembro de la Fulton Locos Salvatrucha del Valle de San Fernando. A Atiquizaya y sus alrededores, la MS-13 llegó de la mano de José Antonio Terán, *Chepe Furia*.

Jainas

Siempre que se habla de pandillas se habla en masculino. Este libro no es la excepción. La historia de la Mara Salvatrucha 13 está protagonizada por hombres, probablemente porque en buena medida son ellos quienes cuentan las historias y describen los procesos. Sin embargo, cuando las células *stoners* sacaban calaveras de los cementerios e invocaban a La Bestia había en medio chicas y mujeres también. Al igual que los hombres, bajaron esposadas y cabizbajas de los aviones a un país violento que no las esperaba.

Cuando la MS-13 entró por las rendijas del sistema sureño como una pandilla de apestados, las mujeres también cambiaron. Las ropas de rock fueron sustituidas por overoles y camisas de fútbol americano. En sus pomposos peinados ellas escondieron los fileros con los que sangraron a su enemigos, la mota que fumaban y hasta «la feria» con la que compraban lo anterior. Quizá las jóvenes no protagonizaron los pleitos con la misma furia que los hombres en la década de los ochenta, pero jugaron roles fundamentales para el desarrollo de la pandilla.

La MS-13, al asimilar la cultura chicana y chola, también asimiló la figura de la ruca, la jaina, la *homegirl*. La mujer agresiva y lista que, así como se abre camino entre la clica y asesta cuchilladas mortales a los enemigos, se hace cargo del rol protector y reconfortante de una madre latina, de una amante sacrificada y abnegada. Las mareras asumieron, en ese periodo formativo, ese doble papel de guerreras y cuidadoras.

En la década de los ochenta, en Los Ángeles, algunas destacaron como buenas administradoras, por encima de sus pares hombres. La razón está en que ellas, además de disponer de la violencia, entendían la mesura. Sabían dónde era mejor una dulce amenaza y donde calzaba más bien una apretada de huevos. Las mujeres, si bien no

tenían el mismo estatus que un hombre, asumían una posición de prestigio dentro de la estructura. Unas más que otras.

Pero la pandilla llegó a El Salvador. Se hibridó con otros grupos, pandillitas y bandas, y asimiló una lógica de poder en donde las mujeres fueron teniendo cada vez más las mismas características que las cosas o los animales. En California quedó aquella chola hermosa, con los labios pintados de rojo encendido y peinados altos, con los revólveres .38 escondidos entre los senos. Para las mareras salvadoreñas aquello quedó como una leyenda lejana, un cuento épico de amazonas irreductibles.

En El Salvador, si bien dentro de las estructuras de pandillas hay más mujeres que hombres, desde hace al menos diez años perdieron incluso la capacidad de incorporarse a una clica. Los únicos roles aceptados son los de jainas, mujeres de pandilleros y colaboradoras de otro tipo, sin voz ni voto, sin siquiera participar en los mirin. Es decir, si la pandilla fuese un carro, los hombres serían el motor y las mujeres todo lo demás.

Salvo el rol de «madre», los pandilleros entienden a las mujeres como un obstáculo para lograr la pureza pandillera. En su mentalidad, solo la madre es digna de devoción; la mujer suele interponerse entre el pandillero y su entrega total a la clica y la Mara.

Medea (nombre ficticio a petición de ella), una de las primeras mujeres en integrarse a la Mara Salvatrucha 13 en El Salvador de los noventa, logró conocer los valores angelinos con los que aún se regía el grupo. Fue una más dentro de la horda de pandilleros en el municipio de Quezaltepeque, un municipio metropolitano del país que tiene más de rural que de urbe y donde vive gente de clase obrera. Pero luego las cosas cambiaron. La pandilla se salvadoreñizó y su poder dentro de la clica se esfumó por completo. Pasó de ser alguien a ser propiedad de alguien.

A Medea, los pandilleros de su propia clica la violaron tumultuariamente hace pocos años. Incluso invitaron a *homies* de otras clicas a sumarse a ese festín de carne humana. Luego, mientras comía en Pollo Campero, en un centro comercial de San Salvador, se enteró de que uno de sus violadores había sido asesinado por la policía en lo que se vendió como un enfrentamiento, pero fue una masacre en una finca cafetalera. Esto dijo Medea cuando lo supo:

–Yo los odio. Yo no estoy ahí porque yo quiera. Al principio sí, pero ahora yo estoy obligada. Yo los odio.

Se le recordó que en algún momento fueron sus hermanos.

–¡Sí, pero después de todo lo que me han hecho ya no! Yo me alegro cuando los matan a ellos. Yo doy gracias a Dios cuando los matan...

Dentro de la pandilla, son una especie de animales traicioneros de los que no solo se puede, sino que siempre es mejor prescindir.

–Mirá es que no hay un pandillero que no haya sido alguna vez traicionado por una mujer –dijo un joven pandillero, a forma de introducción ante la pregunta de por qué las clicas matan a tantas chicas del propio grupo.

Y también dijo:

–Es que las mujeres, acordate que son traicioneras, son ruines –para referirse a una pandilla en donde todos los días la policía y la fiscalía arman casos con hombres traidores, como el Niño de Hollywood.

Chepe Furia fue un hombre poderoso en Atiquizaya y sus alrededores. El pandillero que convirtió a Miguel Ángel Tobar en el Niño de Hollywood llegó, años después de su regreso desde Estados Unidos, a controlar muchos aspectos de la vida de ese sector del país: la alcaldía, la recolección de basura, tres clicas de la MS-13, algunos policías, jueces e incluso, como se verá más adelante, la iluminación pública si así lo deseaba.

Hay dos escenas que describen con contundencia la fama que este hombre tenía en el occidente salvadoreño. La primera involucra a un diputado cobarde.

Era principios de 2012 cuando el diputado aceptó la entrevista. Puso algunas reglas. Demasiadas reglas para un hombre que vive con dos guardaespaldas todo el tiempo y que es representante electo de todo Ahuachapán. Él era uno de los hombres que hacía leyes en representación de los casi 350.000 habitantes de uno de los catorce departamentos del país. Estas fueron las reglas: «No revele mi nombre, no revele el lugar exacto de la entrevista. Es más, no revele ni siquiera el municipio donde ocurrió la entrevista. No revele el partido al que pertenezco». Y entonces, solo entonces, el diputado estuvo dispuesto a hablar sobre Chepe Furia.

El diputado entró apresurado al local de su partido. Adentro había siete personas sofocadas por el calor. Aparentaban hacer algo. Una de ellas, al ver entrar al diputado, revisó con ceño fruncido una hoja que luego dejó sobre la mesa. La hoja estaba en blanco. El diputado les dijo que por favor evacuaran el local, que no quería a nadie adentro. En menos de tres minutos, el local estaba vacío. El diputado cerró la puerta metálica que da a la calle, y le puso pasador. Abrió la rejilla de la puerta por la que uno de sus guardaespaldas asomó la cara y escuchó la orden de su jefe: «Quédese en la puerta hasta que yo salga».

El diputado se sentó en el escritorio y dijo:

–Muy bien, ¿qué quiere saber de Chepe Furia?

El diputado, tímido, dijo algunas cosas. Habló de que el palabrero tenía amigos en las aduanas, en la fiscalía, en la alcaldía, en los juzgados, en la policía. Dijo cosas que hasta un barrendero municipal sabía a esas alturas. Sin embargo, lo más revelador de esa tarde ocurrió antes de que el diputado dijera una sola palabra. El salón vacío, la puerta de metal con pasador, el vigilante armado en la calle, un diputado nacional que para mencionar el nombre de Chepe Furia creyó necesario ocultar el suyo.

–Es que no hablamos de un marero común, es un mafioso que tiene tentáculos en todas partes del departamento. Y yo, algún día dejaré de ser diputado –se justificó.

La segunda anécdota indispensable para entender quién fue Chepe Furia nos remonta a su primer round contra el inspector Pineda. Es necesario empezar, una vez más, adelante ya en la historia. Chepe Furia ganó.

El inspector tenía siete meses de haber conseguido a su traidor estrella, al Niño de Hollywood. En largas sesiones de entrevista, el Niño había contado al inspector y sus investigadores los secretos de una clica y del hombre que la creó.

Fue un intercambio complicado. El inspector sabía que no podía dejar a El Niño resguardado en la subdelegación de Atiquizaya. Apenas había pasado un año desde que los dos cabos de esa oficina policial habían detenido a Rambito para que apareciera luego asesinado y torturado al lado de una carretera. Los cabos acusados de entregar a Rambito aún no habían sido denunciados, pero el inspector, gracias a la información del Niño, ya lo sabía. El inspector no quiso ni imaginar todas las facilidades que tendría Chepe Furia para asesinar al Niño si lo recluía en aquel lugar. ¿Quiénes lo cuidarían? ¿Los topos de Furia? Hospedarlo en el puestucho de El Refugio no era opción. No había espacio. El Niño hubiera tenido que dormir como un perro, en el traspatio, a la par de la pila y de los inodoros que no funcionan. Por otro lado, el Niño había puesto dos condiciones para colaborar. La primera, fumaba marihuana y no estaba dispuesto a dejarla. Querían sus secretos, tenían que dejarlo fumar porros. Eso era muy difícil de lograr en una oficina policial. La segunda era más importante. A sus veintisiete años, el Niño se había acompañado con una niña de catorce años. Le permitirían llevarla al lugar donde él estuviera, dormir con ella, dijeran lo que dijeran las leyes. Las condiciones del Niño hacían imposible para el inspector llevarlo a una casa de seguridad del Estado. Esas casas no son ningún lujo. Las habitaciones son compartidas, por lo que ahí conviven pandilleros, expandilleros,

delincuentes comunes, testigos blancos, víctimas. Es un revoltijo de realidad nacional donde nadie está cómodo. Vivos, sí; cómodos, no. Los policías salvadoreños cuentan que muchos de los testigos que consiguen dejan el proceso luego de ir a esas casas y darse cuenta de que la oferta del Estado implica vivir ahí durante varios meses, años quizá, mientras dure el juicio. Un policía de investigaciones dijo en una ocasión que incluso algunos pandilleros prefirieron ser juzgados como criminales antes que permanecer en esas casas y ayudar al caso.

El inspector tenía, por un lado, a la corrupta policía de Atiquizaya; por otro, las descabelladas demandas de un sicario de la MS-13.

Pero el inspector, que todas las mañanas amarra bien sus botas, podía lidiar con demandas poco apegadas a las leyes. También podía intentar evadir a los cabos corruptos. Hizo ambas cosas. Habló con las autoridades competentes para que le entregaran el régimen de testigo criteriado a El Niño. Así se llama en la pomposa jerga jurídica salvadoreña a un delincuente al que se le perdonan sus delitos si confiesa los de otros en un juicio. Convenció a sus superiores de que no se trataba de otro pandillero de poca monta que entregaría un homicidio, dos homicidios, cinco homicidios. El Niño era la clave para desmantelar a una clica de más de cuarenta y cinco miembros que se había infiltrado entre las instituciones del Estado. El lobby del inspector tuvo resultados. Los resultados que pueden esperarse en este país: cincuenta dólares y una canasta mensual con productos básicos. Haciendo lista: cuatro libras de frijoles, dos de arroz, algunas bolsas de salsitas de tomate, sal, azúcar, aceite, alguna bolsa de fideos, cuatro rollos de papel higiénico, dos jabones, dos cepillos, una pasta de dientes. Fin. Eso cada mes.

La Unidad Técnica Ejecutiva del Sector Justicia, a cargo de evaluar la situación de los testigos criteriados del país, y de entregarles su canasta, puso la canasta. La policía puso los cincuenta dólares, destinados para alquilarle al Niño y a su pareja una casita de un solo cuarto con un solar yermo de cinco metros cuadrados. La casita está justo frente al puesto policial de El Refugio. De hecho, el inspector, si retira la vista de su ancestral computadora, puede ver la casita de bloques grises de cemento.

El inspector resolvió la encrucijada. El Niño permanecía ante su vista. Y, ya adentro de la casita, era fácil hacer caso omiso de que ahí vivía una niña con él y que él pasaba las tardes fumando marihuana e incluso cultivándola.

En esa casita, en ese solar, llevaba viviendo el Niño al menos siete meses cuando el inspector decidió que tenía un caso armado, que su baraja de pandilleros estaba lista, y que era hora de atrapar al rey y

sus súbditos.

Más de quinientos policías de varias unidades y de varias partes del país se reunieron en el Regimiento de Caballería, en San Juan Opico, a más de una hora de Atiquizaya, una tarde de octubre de 2010. Los policías tenían órdenes de realizar setenta allanamientos en viviendas de los miembros de la clica de Chepe Furia. En buses, todos fueron trasladados hacia el parque central de Atiquizaya y los grupos de tarea se dispersaron. La ciudad estaba sitiada. El inspector encabezó un equipo de unos cincuenta agentes que se dirigieron a la colonia San Antonio. Eran seis los objetivos a detener en ese lugar, pero al inspector le interesaba echar mano personalmente de su rey de espadas, de Chepe Furia.

Atiquizaya tiene poco más de treinta mil habitantes, muchas de sus calles aún son empedradas o de tierra, y la red de Chepe Furia va desde policías hasta recolectores de basura y se extiende mucho más allá del municipio. Entre los investigadores del operativo iba el cabo Tejada, un hombre que meses después sería acusado de haber entregado a Rambito. Fue un operativo enorme, y los detalles escaparon de las manos del inspector. A esas alturas, era absurdo que los policías tuvieran esperanzas de encontrar al mafioso en su casa, dormido y desprevenido.

Cuando el contingente del inspector entró, la electricidad se fue por completo de toda la colonia San Antonio, y aquella parecía un área deshabitada del municipio. Quizá como un gesto burlón, al único pandillero que dejaron en la colonia era al de más bajo nivel, al Cuto, el hijo de la tortillera que hacía de halcón a la entrada de la colonia que habitaba su patrón. El jefe de la fiscalía en el occidente del país, Mario Martínez Jacobo, estuvo en la San Antonio esa noche, y recuerda que uno de los pocos vecinos que quedaron le aseguró que diez minutos antes de que llegaran, un vehículo entró y se llevó a Chepe Furia.

Gran parte de la clica fue capturada en otras colonias, pandilleros de niveles bajo y medio. Más de veinticinco pandilleros iniciaron juicio por once homicidios que las autoridades habían podido documentar, y cerca de treinta eran acusados por asociaciones ilícitas, entre ellos, Chepe Furia y otros que lograron escapar.

Chepe Furia ganó.

El veterano líder desapareció de Atiquizaya durante dos meses.

Sin embargo, confiaba tanto en su red que, apenas dos meses después, el 24 de diciembre de 2010, una cuadrilla de soldados que realizaba un patrullaje de rutina en la colonia San Antonio lo identificó, relajado como antes, en la tienda donde recibía a sus

visitantes, acompañado de su padre, frente a la pequeña cancha de fútbol que él mandó a cercar.

Al enterarse de la detención, el mismo inspector consiguió que el juez suplente del Juzgado Especializado de Instrucción de Santa Ana, a treinta minutos de Atiquizaya, le firmara una orden de captura, y él mismo condujo hasta la colonia San Antonio para entregarla a los soldados.

Fue una suerte para el inspector que estuviera en funciones el juez suplente. El juez titular, Tomás Salinas, estaba de vacaciones, y ya había desestimado las pruebas de la fiscalía luego del operativo fallido en la colonia San Antonio. Salinas, en ausencia del acusado Chepe Furia, se había negado a ordenar su arresto luego del intento fallido de octubre, y no había emitido nuevas órdenes de captura a pesar de que el 24 de noviembre, su organismo superior, la Cámara Especializada contra el Crimen Organizado, le informó que debía hacerlo, que las pruebas eran suficientes para considerar a ese hombre como el jefe de una estructura mafiosa.

El inspector asegura que la abogada particular de Chepe Furia «se jalaba los pelos de la cólera» y le preguntaba por qué la orden había sido firmada por el suplente del juzgado y no por el juez Tomás Salinas. Chepe Furia miraba la escena con tranquilidad, sentado en una de las bancas de la tienda.

Quizá sabía que aun siendo prófugo de un operativo, aun arrestado ante el hombre que lo perseguía desde hacía años, le quedaba una carta por jugar.

Pero para jugar esa carta primero tendría que enfrentarse a la prisión. Chepe Furia, el veterano Veneno de la Fulton Locos Salvatrucha del Valle de San Fernando, pidió ir al penal de Apanteos. Ese penal, en la jerga carcelaria salvadoreña –donde hay que crear categorías para entendernos– es un penal de civiles: delincuentes que no son pandilleros, miembros de bandas, asaltantes comunes, asesinos comunes, secuestradores, violadores, estafadores, miembros de otras pandillas que no se llamen MS-13 o Barrio 18.

Uno de los grandes fracasos de los gobernantes salvadoreños fue entregar las cárceles a los pandilleros. Renunciar al espacio donde por naturaleza el Estado debería no solo castigar, sino reeducar. En El Salvador, los gobernantes aceptaron una idea: debo juntarlos solo con sus *homies*, porque si los mezclo se asesinan. Desde 1999, empezando con los menores de edad, luego de que adolescentes del Barrio 18 lanzaran una granada a adolescentes de la MS-13 en un centro juvenil, diferentes gobiernos salvadoreños empezaron a armar rompecabezas en las prisiones. Rompecabezas con más de dos piezas: la MS-13, el

Barrio 18, La Raza (la mayor pandilla carcelaria de civiles), los pesetas (traidores de las pandillas), los Trasladados (otra pandilla carcelaria de civiles). Y luego, cuando alrededor de 2005 el Barrio 18 se partió en dos, Revolucionarios y Sureños, una pieza se dividió, y cada pedazo exigió su espacio para encajar tras barrotes.

Todo esto empujado por el combustible de los muertos y la ignorancia gubernamental. El Barrio 18 consiguió su espacio privado gracias a una masacre. El 18 de agosto de 2004, más de cuatrocientos pandilleros y miles de civiles se sacaron sangre con lo que pudieron: machetes, fierros afilados, cuchillos, granadas hechizas. Al final, ocho pandilleros dieciocho y veinticuatro civiles salieron cadáver de Mariona. Tres días después, los dieciocho fueron trasladados a un penal para ellos. Luego tendrían más.

La MS-13, en cambio, ganó espacio poco a poco. Primero, durante los noventa, defendiéndose en penales de las bandas de civiles, que dominaban como amos y señores la vida carcelaria. Eran como leprosos, vapuleados, humillados, violados. Iban de un penal a otro, de celdas de aislamiento a sectores creados de emergencia solo para ellos. El país no los esperaba, pero las cárceles sí, y con la peor de las actitudes. Los reyes no querían cholos deportados que cambiaran las reglas. Algunos de los actuales líderes nacionales de la MS-13 se conocieron asustados en celdas de aislamiento, con los huesos quebrados y las heridas aún sangrantes. Mes tras mes, con la llegada de más deportados, los emeese presos fueron más, y se animaron a levantarse. Si durante los noventa fueron aislados para protegerlos, a partir de 2002, empezaron a ser aislados para proteger a los demás de ellos.

A principios de 2001, los adultos de la MS consiguieron tener dos sectores solo para ellos en el penal de Apanteos, en el occidente salvadoreño. Entre los ocho sectores de ese penal, había regados unos ciento cincuenta emeese. Los más viejos en el sistema penitenciario empezaron a «tirar wilas» a todos los emeese entre los sectores. Enviar mensajes escritos en código: por ejemplo, escribían con limón, luego ponían un encendedor abajo y la letra aparecía. Esto se perfeccionó con los años, y de una parrafada; por ejemplo, un pandillero sabía que debía leer la tercera letra de una palabra, luego la segunda letra de las tres siguientes y luego de nuevo la tercera letra, hasta formar palabras, frases. Órdenes. La cárcel siempre da una ventaja: tiempo. Mucho tiempo para pensar.

X, aquel pandillero que empezó bailando Tavares bajo el solazo sonsonateco, vivió todos esos años. Fue un paria entre civiles. Fue un aislado de los civiles. Fue un animal asustado que suplicó a guardias

que abrieran una puerta, que lo dejaran pasar, que ya venían los de La Raza con sus corvos. Y también fue un miembro de la MS-13 en 2001, en Apanteos.

X recuerda que en aquel penal coincidieron nombres hoy famosos, próceres de la pandilla. Sus apodos son célebres y sus apellidos mareros hablan de sus raíces como deportados: Colocho y Cola de Western, Diablito y Crook de Hollywood, Morro de Normandie, Skinny de Stoner, Flaco de Francis, Chory de Fulton.

–Tiramos wilas. Estábamos regados en todos los sectores. Estábamos hartos de que nos violaran, nos robaran, nos dieran duro. Reventó el penal. Éramos eso, unos ciento cincuenta contra como cuatrocientos civiles. Hubo tres civiles muertos y ahí nos unieron en dos sectores, el cuatro y el seis. Por primera vez estábamos reunidos. Entonces, empezamos a poner orden entre nosotros mismos –contó X desde su reclusión en Texas en 2017.

La historia de la pandilla que trascendió a un país –a varios países–, de la mafia internacional de la que habla hasta el mismo Trump, de la organización terrorista, como la definen las leyes salvadoreñas, se fraguó en gran parte tras barrotes y gracias a funcionarios irreflexivos que pensaron que juntarlos era la solución.

No hubo marcha atrás. No la hay aún. Cada pandilla con su penal o al menos con su sector dentro de un penal. Apanteos, con los años, se quedó solo con un sector de mujeres relacionadas con la MS-13, y pasó a albergar civiles.

En diciembre de 2010, cuando el pandillero Chepe Furia negó reunirse con los suyos y llegó al penal, los dueños eran los Trasladados. Se trata de una banda de civiles, organizados para defenderse de La Raza y crear sus propios feudos.

Chepe Furia intentó ser discreto, pasar desapercibido, ser un preso común más en el sector nueve de Apanteos. No lo logró.

El director de ese penal en aquel momento recuerda que, tras solo un día de haber llegado Chepe Furia, tres presos pidieron audiencia con él. Palabras más, palabras menos, los tres preguntaron lo mismo al director: ¿sabe usted a quién ha metido al sector de civiles? Uno de los reos incluso llegó a decir que se trataba de «Don Chepe, el mayor mafioso del occidente». Otro lo describió como «un jefe de clica de Atiquizaya y de crimen organizado». El alcaide, previendo que alguien quisiera matarlo, decidió poner a Chepe Furia en un sector conocido como La Isla, destinado para reos cuyas vidas corren riesgo entre la población de los sectores comunes.

Era mejor aislarlo que sacar otro cadáver de un penal que ya había sangrado varias veces. En los sectores comunes no mandaban dos ni

tres ni ocho mafiosos. Mandaba uno. Mandaba Miguel Ángel Navarro, un hombre de treinta y cinco años, apodado el Animal. Era un asaltante de veredas rurales en el occidente del país, en el departamento costero de Sonsonate. Llevaba más de una década preso y había ido acumulando delitos dentro de prisión. Su apodo provenía de su cuerpo esculpido por el trabajo del campo y de su habilidad para pelear a mano limpia. Un reo de ese penal, un informante de las autoridades que obtenía información lustrando los zapatos de algunos miembros de los Trasladados, llegó a decir que lo vio noquear a cinco reos en una pelea. Él solo. El Animal.

Al Animal no le agradaban los pandilleros. El alcaide sabía eso. Por eso, los pocos emeeses que había en Apanteos, o familiares y colaboradores, estaban recluidos en el sector ocho, separados por muros de la muerte.

Nadie cuestionaba el liderazgo de los Trasladados en Apanteos. Por esas fechas incluso estuvo preso en ese penal un mexicano, Enrique Jaramillo Aguilar, de treinta y cinco años, originario de Apatzingán, estado de Michoacán. Lo capturaron tras una pelea en una discoteca salvadoreña, pero la policía encontró una sorpresa adentro de su camioneta todoterreno negra con placas guatemaltecas. Encontraron un compartimento secreto que se abría con un interruptor eléctrico. Adentro del compartimento, un fusil Galil, dos M-16, una carabina 30.30, dos escopetas, un revólver, una granada de iluminación de uso militar y once teléfonos celulares. Lo condenaron por portación ilegal de armas, pero un día de mayo de 2010, una mujer salvadoreña de veintinueve años escuchaba un noticiero salvadoreño, y le pareció reconocer la voz de ese mexicano. Cuando vio la pantalla, los recuerdos se agolparon en la mente de la mujer. Ella no sabía el nombre de Enrique, pero sí su apodo: Omega, miembro de los Zetas, que operaba en la ciudad de Reynosa, estado de Tamaulipas, frontera con Estados Unidos.

Esa mujer fue convertida en testigo protegida y sacada del país luego de rendir su testimonio. Contó que fue migrante. Salió de El Salvador un 13 de abril de 2009 y pensaba llegar, sin permiso de nadie, a Estados Unidos. Salió con un coyote llamado Ovidio, pero ese coyote, tras fracasar en su intento de violarla, la vendió por quinientos dólares al inicio del viaje, en el estado de Tabasco. Grecia fue vendida a los Zetas y terminó siendo violada durante varios meses en un burdel de Reynosa llamado La Quebradita y controlado por una estaca de los Zetas que dirigía Jaramillo. Grecia logró escapar durante un operativo militar y rindió declaración en México antes de volver a El Salvador. Jaramillo logró escapar del operativo también. Cuando los

forenses revisaron a Grecia, luego de salir de La Quebradita, detectaron en su pantorrilla derecha un tatuaje: unas ramas con una mariposa posada. Las ramas formaban una Z. También tenía infección vaginal y enfermedad inflamatoria pélvica. Grecia, luego de verlo en televisión, logró que condenaran a Jaramillo por el delito de trata en El Salvador, y así su condena en Apanteos se prolongó.

Ni Jaramillo, un Zeta que se paseaba por El Salvador armado hasta los dientes, pudo sacar pecho en Apanteos. El director recuerda que al inicio se presentaba, orondo, como Zeta, e incluso llegó a amenazar a miembros de los Trasladados con llevar a «un comando táctico». Gracias a esos desplantes, lo hospitalizaron de una golpiza. Jaramillo nunca volvió a decir que era Zeta, y se convirtió en un reo de bajo perfil.

Chepe Furia, el famoso líder de la MS-13, no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir en el reino del Animal.

La Isla parecía su mejor destino.

Pero La Isla, esa pequeña celda entre el sector ocho y nueve de Apanteos, tenía otros inquilinos: algunos líderes de La Raza, la otra mafia carcelaria enfrentada a muerte con los Trasladados; y algunos líderes de La Mirada Locos 13, una pandilla surgida en la avenida La Mirada, en la ciudad de Los Ángeles, California, que, en su vuelta a El Salvador, recaló principalmente en una colonia llamada La Presita, del departamento oriental de San Miguel, y que nunca prosperó de la forma que lo hizo la MS-13.

Contar esta historia tiene ese riesgo: enredarse. La maraña. Tantas pandillas, tantos nombres, tantos deportados, tantas siglas, tantos apellidos 13, tanto recodo.

No se sabe a ciencia cierta qué pasó en La Isla, pero a los pocos días de haber ingresado Chepe Furia pidió audiencia con el alcaide. Dijo tener «problemas de ego» con los otros habitantes de La Isla y admitió ser miembro de la MS-13. El alcaide, un hombre receloso de pasado militar, obligaba a los que querían estar resguardados en medio de su pandilla en el sector ocho a firmar un documento. Ahí, reconocían su taca [apodo] y su clica.

«Chepe Furia, Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya», se lee en el papel la letra escrita por el líder de El Niño.

Chepe Furia entró entonces al sector ocho. Ese pabellón no era un espacio de peso para la pandilla dentro del sistema penitenciario. Ahí no había pesos pesados, esos estaban en Ciudad Barrios o Gotera. Ahí había miembros activos mezclados con colaboradores, parientes, chequeos, paros, paros fijos, postes. La pandilla tiene su diccionario.

Chepe Furia, en palabras del alcaide, «no figuró» en el sector ocho.

Mantuvo bajo perfil.

Quizá sabía que su estancia no sería larga.

En diciembre de 2011, el juez Tomás Salinas regresó de sus vacaciones. Apartó de las funciones al suplente que firmó la orden de captura de Chepe Furia. Rápidamente, solo treinta y ocho días después de haberlo capturado y recluido en Apanteos, el juez Salinas convocó a una audiencia de revisión de medidas para Chepe Furia. Se trata de una reunión de las partes con el juez, donde la defensa puede pedir otro tipo de medidas que sustituyan la cárcel para el acusado. Para eso, la defensa tiene que mostrar pruebas de arraigo. Otra definición rebuscada que significa que hay que demostrar que el acusado no se fugará porque tiene un buen empleo o una familia estable o un trabajo bueno. En el saturado sistema penitenciario salvadoreño, donde el hacinamiento carcelario supera cuatrocientos por ciento, no es un privilegio, sino un lujo reservado para los más selectos reos (expresidentes, exdiputados, millonarios) tener una audiencia de este tipo a tan solo un mes de haber sido capturado.

Chepe Furia obtuvo el lujo.

El juez Salinas, según los fiscales del caso y los investigadores policiales presentes, fue agresivo en su defensa de Chepe Furia. Tras escuchar a las partes, el juez Salinas argumentó que «no solo porque la policía y un testigo criteriado» lo decían él debía creer que Chepe Furia era el líder de una estructura criminal. También ocupó lógicas extrañas, impropias para un hombre juzgado como líder de una estructura criminal, y dijo que le resultaba raro que lo acusaran de agrupaciones ilícitas y no de homicidio, pues «para alcanzar papeles de liderazgo [en la pandilla]... una persona tiene que ser autora de varios homicidios». Por momentos, dijo un fiscal, «parecía que el juez era otro defensor de Chepe». De hecho, el juez Salinas en su resolución escribió: «No se va a juzgar por lo que se dice en los medios de comunicación o lo que afirma la fiscalía». Hasta los camiones de la basura de Chepe Furia fueron un argumento de descargo a su favor: «Esta persona tiene una actividad laboral contractual con la Alcaldía Municipal de Atiquizaya». Por tanto, concluyó el juez especializado en crimen organizado, no había ningún indicio de que el señor José Antonio Terán fuera a escapar. Le impuso una fianza de veinticino mil dólares, que Chepe Furia saldó esa misma tarde dejando dos escrituras de inmuebles, le pidió su pasaporte y le pidió que llegara cada viernes a la subdelegación de Atiquizaya, de donde sacaron a Rambito, a firmar el libro presencial.

Chepe Furia, el hombre que se había fugado de un operativo de quinientos policías, el que había firmado un acta con su linaje

pandillero en el penal de Apanteos, el que inauguró en la pandilla como sicario a el Niño de Hollywood, salió caminando por la puerta principal del juzgado de Santa Ana. Libre.

El siguiente viernes fue 4 de febrero. Chepe Furia no llegó a firmar a la subdelegación de Atiquizaya. Tampoco lo hizo el siguiente viernes ni ningún viernes de todo el año 2011.

Chepe Furia, por segunda vez, desapareció.

Años después, en 2013, durante una entrevista, el juez Salinas, pequeño y sereno, se negaría rotundamente a hablar sobre el caso. Dijo, hora y media después de hablar de otras cosas, que primero quería hablar de otras cosas, que si no la entrevista no podía seguir. La entrevista, entonces, terminó en el lobby de un hotel en una zona pudiente de la capital.

La segunda fuga de Chepe Furia terminó de dejar claro lo que ya muchos sabían. No era un pandillero normal. Chepe Furia, curtido en la guerra, educado en las calles de Los Ángeles durante el boom de las pandillas sureñas, vuelto a El Salvador en el tiempo en el que todo pasó, era un nuevo tipo de líder pandillero. Un mafioso, un señor, un marero con cerebro.

Por eso, cuando en marzo de 2011 una orden judicial llegó a la oficina del inspector Pineda en su cuartucho de El Refugio, pidiendo que recapturara a Chepe Furia, él, para sus adentros y lleno de rabia, pensó: «No me jodan».

El juez Salinas no solo emitió una resolución que luego la Cámara de lo Penal, su organismo superior, consideraría «completamente errada» porque «es evidente el peligro de fuga», sino que ignoró decenas de voces que repetían: «ese es un mafioso, ese es diferente».

Cuando Chepe Furia se fugó por segunda vez, ya estaba en la cima de su pequeño imperio en el occidente del país. Antes de caer preso, se paseaba por todo el departamento en un carro gris de vidrios polarizados. No era de él, era de Alex Iván Retana, mejor conocido como el Diablo. En este caso no se trata de un pandillero, sino de un exfiscal de robo y hurto de vehículos que ahora tenía un negocio de autorrepuestos que, según la investigación policial, se utilizaba para desmantelar carros robados en Guatemala y El Salvador. Las ventajas de estar en una frontera. En 2010, Chepe Furia también viajaba a menudo hacia Guatemala, según informes de Migración, en el carro del hijo de un exdiputado salvadoreño de nombre Mauricio Ascencio. Los Ascencio también tenían un negocio de refacciones de vehículos en la frontera. Se llamaba Carisma. Ascencio, el exdiputado, fue

capturado en 2013 como miembro del cartel de Texis, uno de los dos grupos de esta naturaleza reconocidos en el país por la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. Chepe Furia no solo parecía agradarle al juez especializado, sino que se codeaba con exfuncionarios y funcionarios públicos. La alcaldesa de Atiquizaya, del derechista partido Arena, incluso envió una carta al juzgado cuando Chepe Furia pidió salir de prisión, y en la carta decía que él prestaba servicios de recolección y era un líder vecinal de la colonia San Antonio, aquella donde la luz se fue durante el operativo policial de quinientos agentes.

Dos de los fiscales que lo persiguieron lo definían muy bien a esas alturas. «Es un pandillero que se salta el perfil conocido sobre los pandilleros», decía el fiscal Delgado. «Es el intelectual en la clica. Ha sido inteligente, y eso lo ha llevado a generar confianzas en mucha gente», decía el fiscal Martínez, jefe de todo el departamento durante la persecución.

«Alguien con completo control territorial», decía el entonces subdirector de la policía, el comisionado Ramírez Landaverde, que años después sería ministro de Seguridad y Justicia del partido que antes fue guerrilla.

En palabras de quienes lo conocían, Chepe Furia era un alegre benefactor de su colonia, un señor, un hombre dicharachero y que llamaba a la gente por su nombre. En palabras del testigo de la fiscalía, el hombre que lo traicionó, el Niño de Hollywood, era un asesino despiadado que ordenaba muertes y atentados contra enemigos mientras comía un plato de carne en la carretera.

Pero esa enemistad entre Chepe Furia y el Niño de Hollywood comenzó muchos años atrás. Al principio, no era tal cosa. Empezó con la admiración de un niño perdido ante un hombre con ideas.

El preludio del Niño

–Ya cuando te brincaste y mataste, entonces hiciste un pacto con el diablo, ya sos pieza del diablo, sos alma entregando alma, *man*. Y, al menor rato, entregar la de uno también, porque en la calle así es también, cuando te toca, te toca –dice el Niño a mediados de 2013, sentado al cobijo de la sombra de un muro, en el solar que habita.

Es mediodía y el calor arremete furioso contra el solar. Hay en el aire un olor dulzón a fruta caída, y la gente afuera se mueve despacio, como si caminara en el fondo de una piscina. El policía que cuida al Niño, su custodio personal, está hoy un poco más alerta y mira

nervioso a quien pase cerca de la puerta de palo y alambre que da paso al solar.

El custodio está nervioso porque ayer hubo un problema con uno de los vagos de la zona que llegan a fumar –sí, el Niño fuma en su solar– o a comprar hierba de la que cultiva –sí, el Niño cultiva y vende en su solar–. El problema se resolvió con un par de machetazos, ninguno letal ni muy grave. Ambos los dio el Niño. Dice que vende marihuana porque la pensión que le envía la fiscalía es muy poca y debe sostener a su hija de un año y a su mujer, Lorena.

Indudablemente dista mucho de la idea que se tiene en la cabeza sobre la vida de un testigo protegido. Otra ciudad, otra identidad, otras dificultades para verlo. No, nada de eso, misma ciudad, mismo muchacho, una verja de palo y alambre, un buenas tardes y para adentro.

El Niño voltea de su silla y pide a Lorena, aún menor de edad, que prepare café, lo hace en jerga pandillera, volteando las sílabas de casi todas las palabras.

–Rramo, otro torra nepo feca rapa trosono y tocipan.

Ella entiende y aparece con tres tazas de un café ralo y un plato de pancitos dulces tostados. Unas nubes salvadoras le plantan cara al sol por un momento y el calor se vuelve soportable durante unos minutos. El Niño es joven, tiene veintinueve años, pero hoy toma una pose de hombre viejo, de alguien que tiene muchas historias. Como viejo juglar, sentado en una silla maltrecha, recuerda su recorrido como sicario, cuando empezó a matar.

Y así recordará muchas veces. El solar se convertiría durante dos años, antes de que llegaran tiempos peores, en el teatro de los relatos sangrientos del Niño de Hollywood.

Hace casi veinte años, en los albores de los noventa, en las riberas de un río, en las cercanías de la ciudad de Atiquizaya, un grupo de niños hacía rueda. Miraban absortos cómo uno de ellos le encajaba el machete en el cuello a otro. Una y otra vez. El infantil verdugo que atormentaba con su machete al otro era Miguel Ángel. Estaba colérico y no pararía hasta matarlo. Estaba ofendido por las repetidas bromas que el otro niño hacía sobre sus piernas. Decía que parecían de muchacha. El Niño estaba convencido de que matarlo era la mejor opción para terminar de una vez con la mofa. Los demás no se metieron, solo esperaron pacientes a que terminara, y para mientras cortaron unas ramas de un árbol de mulato para cubrir el joven cadáver. Ese árbol fue el mismo que los indígenas adoptaron para

seguir celebrando sus rituales después de que la administración colonial española prohibió el culto a Xipe Totec, «Nuestro Señor Desollado».

Todos estos chicos eran miembros de una pequeña pandilla llamada Gauchos Locos 13, una de tantas del occidente salvadoreño. Se esforzaban, pero por mucho que trataran de negar su origen rural, sus apodos los delataban: el Cabra, el Mosco, el Gato, el Pollo.

Esas pandillas, y esta en particular, eran grupos muy difíciles de definir y encasillar en una sola categoría. Un día mataban a un chico, dejando su cadáver bajo ramas de mulato, y al siguiente se divertían apedreando a las vacas flacas de don Chepito. Alternaban entre la travesura y la barbarie. El grupo lo formaban chicos en una edad a su vez compleja de encasillar. Adolescentes y niños. Vagaban por los cerros y los caminos de occidente robando gallinas, arrebatando gorras y fumando marihuana. Eran los retazos vivos de la guerra que recién se apagaba. Confeccionados a balazos y sangre.

Cuando el machete cesó sus inclementes caídas sobre el chico, y este dejó por fin de respirar, decidieron entre todos dejar los restos ahí, apenas ocultos por un montoncito de ramas rojizas, para que la corriente se lo llevara o los animales del monte lo devoraran, como si fuera una ofrenda al dios sangrante y bondadoso de sus abuelos indios, y siguieron en su faena de encontrar cangrejos negros para la sopa del almuerzo. Sabían que nadie extrañaría al muerto.

Eran eso, niños de nadie.

La vida de Miguel Ángel pareciera confirmar la idea de que todo es un ciclo, un círculo vital que termina como empezó. De esta forma, si el cadáver del sicario terminó con aquella rama de izote, la flor nacional salvadoreña plantada en su tumba por un campesino compasivo, podríamos decir que su vida, al menos su vida como sicario, empezó con aquellas ramas de mulato, el árbol que simboliza la ofrenda de sangre, el árbol dios, el árbol desollado, el Xipe Totec.

Parte II

–La vida en la calle es una vida de que si en la calle naciste, en la calle morís. Estás dispuesto a morir en la calle. Nosotros traemos una historia tipo antigua, *man*, venimos de la guerra. Fuimos fundados de la guerra. No vivimos la guerra, pero fue gente de la guerra la que fundó las pandillas. Nosotros, aquí, empezamos allá por el 90, 93; empezamos a formar grupos, pero estos grupos no eran la pandilla que hoy existe. Yo estoy cumpliendo veintiocho años hoy. Entonces empezamos bien de pequeña edad, gente de pequeña edad que formábamos grupos que cuidaban su colonia, yo era MG: Mara Gauchos Locos 13. Quien fundó los gauchos venía de Estados Unidos. Ocupábamos la zona de la caseta, el área de la carretera, las orillas del pueblo, el centro y el parque donde llegan los buses, era donde nosotros teníamos controlado. Y cosita nueva que llevabas, te la quitábamos, te poníamos el alfiler y te ganábamos lo que llevabas, hasta los zapatos te quitábamos si llevabas unos más nuevos que los míos. Éramos como cincuenta los que salíamos a la calle. Los que andaban manchaditos se escondían de la policía. Se quedaban en los cantones o afuera. Eran los que andaban herramientas, trabucos. Era raro quien tuviera una escopeta original, era muy difícil conseguirla –dice Miguel Ángel sentado en su solar.

Es 4 de enero de 2012. El inspector Gil Pineda dio autorización para visitar a Miguel Ángel en el solar. Es precario: piso de tierra seca, ladrillo visto y teja. Sin embargo no se puede decir que sea sucio. Dentro del cuartito que da a la calle hay dos camastros viejos con delgados colchones encima. Tres montoncitos de ropa doblada están sobre uno de los camastros: una de hombre, una de mujer, una de niña. Es toda ropa usada, vieja. La de Miguel Ángel es varias tallas mayor que la suya. Es ropa que fue de alguien más, ropa regalada. La tierra está mojada. Anoche llovió. El calor siempre está. Siempre estará. Pero el olor a húmedo y el café oscuro de la tierra hacen que al menos la mente se refresque.

Como casi siempre, el policía que custodia el solar está en la casa principal viendo televisión. Hay dos casas flanqueando el solar. La principal, donde vive la familia dueña del terreno, y la casita donde vive Miguel Ángel, el informante de la policía, a unos cinco metros de distancia. En medio, entre casa y casa, dos lavaderos de cemento, donde se lavan platos, ropa y niños. La mujer de Miguel Ángel –así

llama él a Lorena, la jovencita de dieciséis años: mi mujer– baña en uno de los lavaderos a Marbelly, que ahora tiene dos años.

Miguel Ángel está demacrado. Lleva casi dos años en este solar, yendo y viniendo de juzgados. Enmascarándose para encarar a sus *exhomies* en las cortes y sintiéndose absurdo al hacerlo. Miguel Ángel sabe que por más que le llamen Liebre o Yogui en los expedientes judiciales, todos están claros de que él es el Niño de Hollywood. Medidas ordinarias de protección le llaman a enmascarar a los testigos, darles un apodo y ponerles voz de ratón o de ultratumba mientras declaran tras un biombo. Eligieron un buen adjetivo para nombrar a las medidas: ordinarias.

–Nacieron otros grupitos: los Meli 33, nacieron los Valerios 13, y nacieron los Uvas, nacieron Los Chancletas en San Lorenzo, y así, *man*, se fueron uniendo un montón de grupos, la onda era que en los bailes tirabas tu barrio, *man*, y otro tiraba el suyo, y se armaba el desvergue, y tipo en esa trifulca andaban revueltos policías, y mara de la calle. De repente, apareció un bato, Moncho Garrapata, primo hermano de Chepe Furia. Ese hijo de puta aparece y ya trae la Eighteen del Norte. Viene de México y empieza a parar a su gente el hijo de puta en el sector que controlaba, en la zona de Chalchuapita, La Periquera, La Línea. Empieza a agarrar gatillos, vos sabés que los majes te brincan sin necesidad de que andés aruñando grueso, y entonces levanta la chavala, la dieciocho, la levanta el hijo de puta. Y cuando ya tenía su bando parado, viene Chepe Furia del Norte.

Miguel Ángel está flaco. Las costillas le asoman en el centro del pecho, a los lados; y la clavícula es un visible collar de huesos. Sin embargo, es un hombre macizo. Compacto. Y los músculos que forjó en cafetales, milpas y frijolares desde niño siguen aferrados al esqueleto como enredadera al tronco. Hoy habla acurrucado en la tierra. Hay algo animal en él, en su esencia. Sin que haga ningún movimiento brusco, uno puede intuir que ese hombre mal alimentado puede echarse encima de vos y desgarrarte como si fuera un felino salvaje. Puede tomar impulso y envestirte como si fuera un jabalí. Y definitivamente, puede trocearte a machetazos, como si aún fuera un pandillero.

–La primera vez que apareció Chepe fue en el 94. Puta, apareció Chepe Furia, y toda la Mara viendo las trocas, el bato en su ranfla, bien enmorterado [armado]. El hijo de puta ya bajó embilletado, con su ranfla y con su buen tizón. Tenía aproximadamente su veintón de años. El loco vino deportado, pero ya tenía ondas aquí, y empezó a formar una estructura paloma –dice Miguel Ángel acurrucado en la tierra mojada como un mono.

Durante enero y febrero, las visitas al solar de Miguel Ángel se repetirían con frecuencia casi semanal. El acceso, que al principio requirió de llamar y convencer al inspector, pasó a ser algo natural. Llegar sin avisar.

Miguel Ángel nunca perdió su esencia animal, depredadora. Basta conversar con él unos minutos para que, cuando la sangre aparezca en el relato –y siempre aparece–, los ojos le cambien y la postura y el gesto. Cuando recuerda, gesticula como cuando hizo. Es solo que tras el paso del tiempo, parece cada vez más un animal encerrado, desesperado. Se ve a sí mismo como parte de una historia que no conduce a ningún lado. Un hombre acostumbrado a los resultados rápidos –disparo, vos morís; pido, vos entregás– no entiende la idea de hacer justicia –qué es eso, cómo se le dispara–. Se entiende como un prisionero de su historia, de su país, de su tiempo. Asediado por su pandilla, marcado por la otra pandilla, acosado por la policía, tuvo que entregarse. No hay más en su vida que armas por todos lados, y todas le apuntan. El solar parecía una buena idea a principios de 2010, pero tras casi dos años encerrado aquí, yendo y viniendo a contar los secretos de la Mara Salvatrucha 13, siendo amenazado, amenazado, amenazado, entrevistado por fiscales encorbatados que no entienden su lenguaje ni su mundo, declarando ante un juez, renombrado con un nombre de testigo que detesta –Yogui– y una máscara para ocultarse y una voz de ratoncito, el animal a veces ya no se siente depredador. Se siente presa. Odia esa sensación. No es natural en él.

Él, de quien los demás se escondían.

Él, que acechaba.

Él, que cazaba.

Él, poke, poke.

Él, el Niño de Hollywood.

A un animal depredador, aunque lo exilien de la selva por un tiempo, no se le olvida cuál es su esencia.

Chepe Furia conoce a los niños de nadie

Dicen que el cantón Las Pozas es un buen escondite.

Por el monte, se puede llegar a Guatemala y huir. Es difícil que las autoridades lleguen sin ser vistas.

Para llegar en vehículo a Las Pozas es necesario entrar en Atiquizaya, a hora y media de la capital, cruzar el centro de ese pueblón, pasar al lado de su parque central rodeado por comedores,

avanzar varias cuadras, casas de teja, girar a la derecha, pasar frente a la iglesia, dejar atrás la calle que suelen cerrar para llenarla de ventas de churros grasosos y ruedas oxidadas cuando son las fiestas patronales del pueblo, avanzar por la calle asfaltada de dos carriles dejando de lado milpas y más milpas, una champa donde arreglan bicicletas, un puente de un solo carril, una pintada de la Mara Salvatrucha 13, una pintada blanca del Barrio 18 en el tronco de un árbol, varios callejones que conducen hacia el monte y, más allá, el volcán Chingo, dejar atrás el desvío hacia el centro de San Lorenzo, donde todos lo ven a uno con asombro, como si en lugar de venir de la capital en un *pick up* uno viniera de Saturno a bordo de una luminosa nave, transitar unas cuadras de calle adoquinada y cruzar en la calle de tierra donde el cartel desvencijado señala: Las Pozas, y seguir, ya por terracería, veinte minutos más, hasta que la calle desemboca en Las Pozas, su enorme amate a la entrada y la escuela a un lado.

Sí, el cantón Las Pozas es un buen escondite.

Si las miradas de asombro persiguen a los extraños con insistencia en el desvío a San Lorenzo, una vez entran a Las Pozas el espectáculo adquiere otras dimensiones. Parece que el pueblo se paraliza ante la llegada de un carro desconocido. Es como si alguien hubiera puesto pausa a todas esas vidas y las miradas de la gente, de los perros, se congelaran en un solo punto.

Las Pozas es una enorme plasta de tierra con cinco pasajes que conectan la escuela con el monte que lleva a Guatemala. Cada pasaje está lleno de casitas improvisadas: pedazos de bahareque, algunos ladrillos, lámina, teja, plástico, piedra. Los pasajes son angostos. Cabe un carro. Es imposible que el carro gire en dirección contraria sino hasta que cada pasaje, de unos cien metros, termine en la breña y haya un poco de espacio para maniobrar. Las Pozas es poco más. Tres tienditas que venden chucherías y cocacolas, una cantina y una cancha de fútbol.

Los vecinos de Las Pozas cuentan que aquí suelen esconderse hombres que otrora fueron asaltantes de furgones en la carretera o miembros de bandas de robacarros o delincuentes que testificaron contra sus cómplices para zafar de sus condenas. Muchos de los que viven en Las Pozas sobreviven trayendo marihuana de las aldeas guatemaltecas fronterizas. Caminan por monte y cargan sacos enteros de marihuana que luego hombres en *pick up* llegan a comprar.

Una señal de ruralidad inequívoca de Las Pozas es que cuando la gente habla de las autoridades en este cantón no habla de los policías, habla de los soldados. Como si los tiempos de la guerra no hubieran pasado, este confín salvadoreño no lo patrulla el cuerpo creado tras

los Acuerdos de Paz para la seguridad pública. En esta breña, el gobierno considera que es más adecuado mandar soldados de verde olivo.

Las Pozas es uno de esos lugares que se forman con nómadas. Gente que se quedó sin empleo, gente que huye, gente que fue expulsada de una finca de café por un capataz enfurecido. Eran familias disfuncionales, armadas con retazos de otras familias. Los hijos de esas familias habían entendido su verbo: sobrevivir. Muchos de ellos encaraban sus decepciones vitales de la misma forma que sus padres, con guaro de caña.

La única cantina del pueblo era de un campesino cuarentón a quien todos conocen como Cucaracho. Es un viejo amable y divertido, vulgar como pocos. En una corta frase cotidiana, Cucaracho puede encajar más groserías que en una maldición.

–Esos bichos hijosdeputa eran bolos los culeros. Medio volaban verga arreglando una tarea de milpa los culeros y se venían corriendo con la paga a chupársela los hijosdeputa.

Cucaracho se refería a los niños de nadie, los descendientes de esas vidas nómadas, de esos pedazos de familias. Los hijos de la guerra.

Uno de esos niños era Miguel Ángel Tobar, un asiduo a la cantina de Cucaracho desde los diez años.

Cucaracho tardó en entender cómo es que ese niño andrajoso podía llegar y comprar una botella de litro de Cuatro Ases. Las Pozas era de gente pobre y, aunque una botella de ese pelaje en aquel entonces (mediados de la década de los noventa) costaba unos diez colones (poco más de un dólar), eso era dinero en ese rincón olvidado. No era mucho más lo que pagaban a un hombre por trabajar toda una mañana segando monte.

Ese hombre, el cantinero de Las Pozas, recuerda a Miguel Ángel como un niño «alegre, que parecía que no mataba ni a una mosca, con una familia algo cagada, rara». «¿Quién se iba a imaginar?», diría años después Cucaracho.

Miguel Ángel llegaba a toda hora. A veces al mediodía. A veces, muy temprano por la mañana. A veces, cuando Cucaracho intentaba dormir. Una cantina de pueblo es un establecimiento alérgico a las formalidades. Su único horario es la necesidad del borracho.

Miguel Ángel, recuerda Cucaracho, llegaba a la cantina con prisa. Pedía el litro de guaro y, casi sin despedirse, corría con la botella hacia afuera.

A Cucaracho, acostumbrado a ver peleas con machete en su cantina, las prisas de aquel niño le llamaban la atención, pero hasta ahí.

Sin embargo, con el tiempo, otros niños a los que él no conocía

empezaron a llegar. Su actitud era calcada a la de Miguel Ángel. Llegaban, exaltados, pedían uno o dos litros de Cuatro Ases y corrían con ellos como si alguien los persiguiera.

Entonces, Cucaracho sintió curiosidad.

Su cantina estaba al final del cantón, a unos trescientos metros de la entrada que cruza desde el gran amate, después de la escuela.

Una noche, Miguel Ángel volvió a llegar e hizo el pedido. A prisa, se retiró con las botellas. Cucaracho lo siguió con una lámpara de mano. Miguel Ángel caminaba a prisa hacia el amate. Cucaracho vio un *pick up* negro, doble cabina. Se acercó más. Tras el *pick up*, sobre las raíces del amate, había un hombre, un treintañero, y a su alrededor, unos cinco niños esperaban con vasos plásticos en mano que el hombre les dejara caer un poco del líquido transparente. Lo vieron. Él saludó con la mano. El hombre le devolvió el saludo.

A los días, por la noche, el mismo hombre visitó la cantina de Cucaracho. El cantinero recuerda que el visitante era amable y que lo acompañaba un hombre pelón, con tatuajes en el cuello y otros que asomaban en sus manos desde su camisa manga larga completamente abotonada. Pidieron un par de tragos. El hombre se levantó y se dirigió a los barrotes negros que separaban al vendedor y sus botellas de los borrachos. Le agradeció los tragos. Y le preguntó su nombre. «Aquí todos me conocen como Cucaracho», dijo el cantinero. «A mí, como Chepe Furia, mucho gusto», dijo el hombre.

Chepe Furia y su acompañante dejaron la cantina. A los pocos minutos, entró Miguel Ángel y pidió una botella de Cuatro Ases. Cucaracho se la dio y el niño se apresuró hacia afuera.

Al fin Cucaracho le ponía rostro al rumor, a la leyenda. Chepe Furia no era como el cadejo blanco o la carreta chillona, era un hombre de carne, hueso y nariz prominente que tomaba Cuatro Ases con unos niños. Por el occidente de El Salvador ya se escuchaban nombres de famosos malandros, de asaltantes de furgones, de hombres con los que era mejor no discutir en las cantinas. El de Chepe Furia era uno de esos nombres. No eran nombres pandilleros. La pandilla era apenas un susurro cuando Chepe Furia era ya un rumor.

Desde ese día, Chepe Furia y el hombre tatuado se empezaron a acercar a la cantina. A veces, recuerda Cucaracho, llegaban sin dinero.

–A ellos les gustaba llegar a cualquier hora, a veces bien de madrugada: ¡Abrinos, Cucaracho hijuelagranputa! Y le daban duro a la puerta hasta que yo salía a atenderlos. Pero luego siempre pagaban. Mandaban a Miguel Ángel a pagar al día siguiente o a los dos días.

Chepe Furia fue siempre un hombre con un plan. No se emborrachaba con los niños porque le gustara su compañía. Chepe

Furia había visto en ellos su futuro, su músculo. Los entrenaría para que pegaran en su nombre.

Miguel Ángel recuerda que Chepe Furia llegaba al cantón Las Pozas entre 1995 y 1996 con diferentes niños y adolescentes de las pandillitas de Atiquizaya, Ahuachapán, Turín, El Refugio. Chepe Furia, para reclutar a más niños de nadie, se alió con un muchacho de unos deiciséis años a quien todos conocían como el Farmacia. Era, como Miguel Ángel, miembro de la Gauchos Locos 13. En El Salvador, durante años, las farmacias eran tiendas donde encontrabas de todo: medicinas, cigarros, cocacolas, chucherías, dulces, revistas, periódicos y hasta cervezas. El Farmacia debía su apodo a esa concentración de necesidades en un solo lugar: «El hijo de puta –recuerda Miguel Ángel– te conseguía todo lo que le pedías. Si vos le decías: conseguime tal cosa, en la tarde te la llevaba, diez bolas, cinco bolas para tener su mota te cobraba. El bato andaba en la juega».

Chepe Furia entendió que el Farmacia, gracias a su habilidad para resolver necesidades, era una buena aguja con la que hilvanar a todos esos grupos. Si bien las pandillas rurales tenían diferencias y se daban garrotazos y cuchilladas en las fiestas populares, su odio no era un odio irresoluble. No era, ni por cerca, el odio que con los años se dedicarían la MS-13 y el Barrio 18. Se odiaban para tener qué hacer. Se odiaban para poder decirse diferentes. Se odiaban para ser parte de algo, para ser menos miserables. Chepe Furia entendió que podía recoger todo ese odio infantil, adolescente, y convertirlo en un odio muy parecido, pero más trascendental. Un odio por el que dar la vida.

Odio.

Odio.

Odio.

Mil veces odio.

En El Salvador sabemos mucho del odio.

Los niños de nadie encaraban algo nuevo. Chepe Furia también logró reunirlos alrededor suyo porque no era como ellos. Ellos, harapientos y malcomidos, eran espejos entre sí. Él, en su *pick up*, con su 9 milímetros al cinto y comprando litros de Cuatro Ases, como magnate de cantón, no era un espejo, era una aspiración.

Por otro lado, a unos diez kilómetros de Atiquizaya, Moncho Garrapata hacía lo mismo bajo el manto del Barrio 18. Chepe Furia sabía que pronto vendría el enfrentamiento por territorio y había que estar preparado. Reunir a los niños de nadie no fue difícil. Ahora había que dirigir ese odio, tomar todas esas miserables vidas y darles un único sentido: matar dieciochos. Convertirlo en amo y señor del occidente.

Les explicó qué era un *meeting*. La palabra que designa las reuniones de toma de decisiones de los pandilleros californianos aquí se usó para lo mismo, pero se salvadoreñizó. Se escribe como se pronuncia: mirin. Chepe Furia empezó a reunirlos frente a la cancha de fútbol de la colonia San Antonio, de Atiquizaya, en la que vive él y sus padres, en la que años después haría quedar en ridículo a quinientos policías cuando les apagó el alumbrado público durante su operativo de captura.

El lenguaje es importante en las guerras. Reúne. Confronta. Chepe Furia enseñó a todos los niños a faltar el respeto a los dieciocho desde el sustantivo mismo. Les enseñó en esos mirin a referirse a ellos como las bichonas, los uno caca, los cagados, las chavalas.

Miguel Ángel recuerda que en uno de esos mirin, Chepe Furia dictó dos reglas. La primera: «Respeto para mí, yo traigo una wila más nueva, la Mara Salvatrucha, y yo soy el fundador de la Hollywood Locos Salvatrucha». Para esos niños, la MS-13, «la grandota», como le llamaban, era ese hombre bajado del norte. La segunda regla: «Aquí todos se van a zapatear otra vez». Muchos de esos niños, como el mismo Miguel Ángel, habían soportado 13 segundos de golpes sin poder atacar para entrar a sus pandillas barriales. Los bajados del norte que fundaban esas pandillas hoy exterminadas se habían contagiado de algunos de los rituales sureños.

Luego, Chepe Furia les dio un lema.

En El Salvador, tan pequeño, muchos eventos se calcan, se copian. La violencia tiene memoria. Chepe Furia, emulando la frase de Roberto d'Aubuisson, el asesino de monseñor Romero en los albores de la guerra civil, dijo barrio allá donde el mayor decía El Salvador: «Primero el barrio, segundo el barrio y tercero el barrio».

Rápidamente, el proceso de inducción hacía efecto. Los niños de nadie perdían su precaria identidad y adquirían otra colectiva. Pronto, incluso, serían renombrados y sus nombres de pila poco a poco se olvidarían al punto que ni voltearían a ver en la calle si alguien los pronunciara.

–En aquel tiempo –recuerda Miguel Ángel– teníamos unas pistolas .22, una 9 milímetros que era propiedad del hijo de puta y a veces la prestaba. Nos mandaba a robar y en un robo te puede salir barba. Si alguien te sale bravo lo tenés que martillar. Íbamos a robar los busitos de la Foremost [empresa de lácteos], de la leche Salud... Trescientos pesos [unos treinta y cinco dólares]... Vamos a dejar para un mortero, decía; esto es para la clica, decía; todo va a ser para la clica, decía; primero la clica, segundo la clica y tercero la clica, decía. O sea, para el barrio. Primero, segundo y tercero el barrio, decía.

Los niños de nadie daban sus pininos como pandilleros de la MS-13. Mostraban su lealtad al hombre que los fundó. Empezaron a vivir alrededor de su casa en la colonia San Antonio. Tomaron casas abandonadas –casas *destroyer,* en la jerga pandillera– y las convirtieron en suyas. Chepe Furia les proveía de marihuana y ellos robaban luz pelando los cables del alumbrado público.

La vida de los soldados de la pandilla no ha cambiado mucho desde aquellos años en que arribaron las letras. Es una mafia, sí, pero sigue siendo una mafia de pobres. El secreto está en que su sueño no es hacerse ricos, sino ser alguien. Ser alguien distinto al que eran. Porque algunos de ellos, como Miguel Ángel, eran pobres desde siempre, pero también humillados, hermanos de niñas violadas, hijos de padres alcohólicos, nómadas. Eran basura.

Nadie en esta vida quiere ser Miguel Ángel Tobar.

El Ozzy de Coronados. El Diablito de Hollywood. El Flaco de Francis. El Shy Boy de Hollywood. El Camarón de Normandie. El Gato de Fulton. El Smookey de Western. El Zombie de Adams. El Negro de Orphan. El Shorty de Fulton. El Crook de Hollywood. El Chiche de Fulton. El Tigre de Parvis. El Oso de Coronado. El Comando de Normandie. El Greñas de Coronados. El Laky de Parvis. El Risas de Fulton. El Tiny de Western. El Spider de Fulton. El Popeye de Western. El Indio de Hollywood. El Burro de Witmer. Zarco de Western. El Extraño de Adams. El Tortuga de Coronado. El Vampiro de Fulton. El Negro de Normandie. El Cola de Western. El Psycho de Adams. El Cachi de Leeward. El Cuchumbo de Novena. El Rebel de Normandie. El Flipper de Parvis. El Trigger de Fulton. El Snoopy de Western. El Garrobo de Normandie. El Viejo Pavas de Seven Eleven. El Rata de Leeward. El Triste de Coronados. El Maya de Western. El Crimen de Adams. El Chino de Western. El Chivo de Centrales. El Revuelo de Parvis. El Santos de Normandie. El Monkey de Novena. El Negro de Harvard. El Vago de Hollywood. El Morro de Normandie. El Skinny de Stoner, El Caimán de Hollywood...

El Veneno de Fulton.

José Antonio Terán.

Renombrado como Chepe Furia *de Hollywood.*

No fue uno. Fueron centenares los que llegaron en los noventa.

Estados Unidos expulsando.

Estados Unidos deportando.

Estados Unidos vomitando.

Estados Unidos sin entender lo que hacía.

La migración es un círculo.

Reclutadores por todo El Salvador.

Buscadores de niños perdidos en todo El Salvador.

Palabreros por todo El Salvador.

Un país en construcción.

Un país en ruinas.

Un país sin tiempo para los niños perdidos.

La guerra deportada de las calles de California a las calles de El Salvador. Una guerra terminaba. Otra empezaba.

El Salvador y su más terrible lección: el fin de una guerra no es necesariamente el inicio de una paz.

Desde afuera del solar de Miguel Ángel se siente el olor penetrante de la marihuana. El viento está tan ausente que el humo flota tranquilo, en un solo cuerpo, hasta disiparse por el cielo azul del occidente salvadoreño. Los policías del puesto ignoran aquello. Ya están acostumbrados. Dentro del solar, este día de enero de 2012, Miguel Ángel fuma un puro del tamaño de un dedo. Apenas saluda con la voz del que se ahoga. Quiere atesorar el máximo tiempo que pueda el precioso humo en sus pulmones. Habla e inhala, luego suelta un poco y vuelve a inhalar, vuelve a meter en sus pulmones la bocanada que recién había liberado. La disfruta tanto que, de solo verlo, dan ganas de fumar, de disfrutar como él disfruta ese denso humo.

Lorena, su mujer-niña, baña a Marbelly en la pila de cemento y prepara un café muy ralo, casi transparente. En una olla se cuece algo que suelta un vapor benéfico y condimentado. A simple vista, pareciera el solar de una familia de jóvenes campesinos.

Miguel Ángel no esperaba visitas. Cuando lo hace, viste una camisa de botones vieja, zapatos y nada de marihuana. Hoy está descalzo, lleva un pantalón roto y nada más. Tiene el cabello un poco alborotado, los ojos rojos y la mente repleta de humo.

No esperaba visitas ni entrevistas, pero tiene las historias a flor de lengua, esperando recipientes humanos para descargarlas. Como siempre. Comienza a hablar y aquello se vuelve una lucha. Por un lado quiere que las historias salgan y por el otro, quizá más importante, que el humo se quede dentro. Es como hablar con alguien que agoniza.

Para cuando llegó Chepe Furia en 1994-1995, Miguel Ángel ya había tratado de matar a varias personas, pero solo había tenido éxito en dos ocasiones: el niño que quedó bajo un puñado de ramas de mulato en la ribera de un río y un señor mayor. Esta última muerte casi no tiene importancia para Miguel Ángel. No se extenderá mucho hablando de ello en el solar. El señor no era pandillero y su muerte no constituye puntos ni mérito para la pandilla. Fue como tirar a meta sin portero y sin estar en un partido.

Esa muerte la cuenta sin ganas, por salir del paso y únicamente por responder sobre todas sus «pegadas». Se trató de un viejo pastor de cabras. El anciano se encontró por los caminos a Miguel Ángel cuando

este último era apenas un niño. Sabía que el chico tenía debilidad por la calle y el raterismo. El viejo pastor le ofreció un trago de Cuatro Ases, tan transparente como dañino. El chico lo bebió. Luego el anciano le dijo que le podía dar dinero si se dejaba que lo «tratara como su mujer». Miguel Ángel dijo que sí, y cuando el viejo celebraba su conquista empinándose la botella de Cuatro Ases, Miguel Ángel le pegó fuerte en el centro del pecho, justo arriba del estómago. El viejo cayó hacia atrás, sobre un desnivel y quedó boca arriba, agonizando.

–Se atoró porque le zampeé con todo, y vos sabés que si te pegan mientras estas tomando, te ahogas –dice mientras examina la bacha de marihuana y decide una estrategia para sacarle hasta lo último.

Robó al viejo la botella y unas monedas y lo miro hasta que murió, o al menos eso cree Miguel Ángel, que aquel andrajo de hombre maltratado por los años y el guaro murió. El caso es que quedó ahí, inmóvil, con los ojos cerrados, sin guaro y sin haber podido tratar al chico como si fuera su mujer.

Por mucha barbarie y pesar, por mucha vida dura y delincuencial, Miguel Ángel era todavía un niño, y aquella escena le dejó huella. Desde ese día en adelante, cada vez que escuchó el tintineo de las campanas de las cabras se llenó de terror. Creía que era el ánima del viejo que le perseguía, que venía en busca de lo que aquel niño le debía.

Al viejo le decían Chepe Toño y era conocido en el pueblo. Los recuerdos, pasadas más de dos décadas, pueden esfumarse, como las bocanadas que Miguel Ángel sigue expulsando, pero él recuerda eso, que fue un solo puñetazo y el viejo murió. Luego, en El Refugio, a Miguel Ángel los demás niños lo molestaban, como confirmaría su familia. Le decían: ahí viene Chepe Toño.

En cualquier caso, aquel no fue el asesinato de un pandillero, no contaban como puntos de un *homie*, no era lo que Chepe Furia quería.

Marbelly sale fresca y goteando de la pila. Tardará muy poco en volver a rebozarse con la tierra del solar. Miguel Ángel sostiene casi que con las uñas lo que le queda del gran puro que se ha fumado e inhala. Una pequeña brasa se enciende entre sus dedos, entre sus labios. Se quema. Lanza la mínima colilla. Escupe la ceniza que le quedó en la lengua. Escupe. Y se apresta a contar su primer asesinato como miembro de la Mara Salvatrucha 13, como soldado de La Bestia, como perpetuador de una tradición de asesinos que nació a miles de kilómetros de distancia de este solar, en un estado extranjero llamado California.

Para mediados de 1996, Chepe Furia había sembrado con éxito la pandilla en esas tierras del occidente. No se trataba de ninguna forma de una mafia sólida y pensante, sino más bien de un grupo de niños y adolescentes embelesados por un líder mayor e inteligente. Aquellos muchachos estaban dispuestos a hacer lo que Chepe Furia dijera. Total, no tenían mucho más en su vida. A Miguel Ángel le tocó el turno de consolidar su pacto de vida, de sellar con sangre su pacto con La Bestia. Tenía que matar en su honor.

La Mara Salvatrucha 13 tiene buena memoria. Su pasado violento y miserable la marcó como estructura. Los mareros aprendieron a emular cosas y hacerlas suyas. La violencia de la guerra, la represión, la discriminación por parte de los mexicanos y los anglos. Todo eso la hizo lo que es. La pandilla comenzó a jugar el gran juego sangriento de los sureños luego de contar con su primer muerto, el Black Sabbath, años atrás en Califas. A menor escala, la Mara Salvatrucha 13, La Bestia, enseña a sus hijos lo que aprendió. Por eso a la Mara Salvatrucha 13 se entra con la muerte por delante, como presentación, como acto de entrega total.

La primera misión de Miguel Ángel era un panadero. Un chico del cantón El Zapote que, al igual que Miguel Ángel, había sido seducido por esas arrolladoras ideas venidas del norte con algunos pocos deportados. Era un dieciocho. Era lo que Miguel Ángel había estado esperando. Después de varios meses de «caminar» con La Bestia, por fin podría hacerle una ofrenda de sangre, podría ser uno de sus hijos legítimos.

Como encargado de la misión enviaron al Hollywood, un adolescente ya iniciado en la Mara Salvatrucha, para que se asegurara de que todo saliera bien y sirviera como testigo en la iniciación de Miguel Ángel. A la misión llevaron una pistola 9 milímetros, un lujo con que las pandillas barriales jamás contaron, y un machete, por si fallaba el arma y había que hacer el trabajo de forma artesanal.

Poke.

El Hollywood detonó el primer cartucho y le asestó en el pecho al panadero, que cayó revolcado en el suelo de tierra. La pistola se encasquilló. El panadero corrió hacia los cafetales con la esperanza de esconderse en medio de los arbustos, pero ahí ya estaba escondido Miguel Ángel esperando su oportunidad. Le dio con el machete en la cara, luego en el pecho, luego en la cara de nuevo. Le dio, le dio, le dio. El panadero dejó de moverse, pero Miguel Ángel ya no podía parar. Lo cogió del pelo y le hundió el machete en el cuello. Cuando el

Hollywood llegó con la pistola encasquillada, encontró a Miguel Ángel viendo los ojos sin vida de una cabeza separada de su cuerpo. La tenía en la mano, agarrada del pelo. Frente a su cara, la cara del muerto. Le dieron un par de últimas patadas a esa cabeza, a ese cadáver decapitado, y se perdieron entre los arbustos de café.

Miguel Ángel, a sus doce años, a machetazos, había sellado su pacto con las dos letras.

–Decían que el maje era brujo, y era cierto, porque esa pistola yo después la fui a probar y nada, bien vergón disparaba. Luego con esa misma… tronazones, *man*. Por eso a ese bato le quité la cabeza, porque dicen que a los brujos el repollo se les vuelve a unir. Cuando el Hollywood llegó, ya me encontró con el repollo en la mano –diría Miguel Ángel desde su solar, dieciocho años después de haber decapitado al muchacho.

Corrieron por los cafetales hasta llegar a unos potreros. Tomaron la vereda hasta cerca de donde vivía Miguel Ángel y ahí descansaron. Quemaron la ropa y lavaron los zapatos. Estaban demasiado ensangrentados.

El Hollywood corrió a avisar a Chepe Furia y a los demás brincados que la misión había sido un éxito. La Bestia había parido otro hijo. Solo faltaba el acto formal, la ceremonia. La zapateada. Una paliza de trece segundos por miembros ya brincados.

Pero a Miguel Ángel, en su mente de niño asesino, le preocupaban dos cosas: la primera, era que su papá no se enterara del robo de media botella de Cuatro Ases que se bebió para calmar los nervios junto con el Hollywood; la segunda, que si lo brincaban esa semana tendría problemas en la escuela por llegar desangrado y sucio, y en la casa por romper el uniforme y su único par de zapatos. Eran aún miedos de niño, miedo a los padres.

Después de decapitar, Miguel Ángel temió lo que temen los niños.

Chepe Furia, como buen padrino, aminoró las preocupaciones de su discípulo. Decretó que el brinco sería el siguiente fin de semana, para que Miguel Ángel no tuviera problemas escolares. Con esas cosas se debe lidiar cuando conformás un grupo con niños sicarios.

Miguel Ángel recuerda que para aquel entonces eran una clica de veintidós miembros.

El círculo vital de Miguel Ángel es fuerte. Le regresa una y otra vez a sus orígenes y le ata la vida a la vida de otros hombres, miserables como él, que también sangraron en el occidente salvadoreño. La fecha que establecieron para brincarlo fue el 3 de mayo, el día que los indígenas celebraban a su dios el Desollado, el que traía las lluvias, la cosecha y la vida después de hacerse matar, después de entregar su

piel en sacrificio para renacer nuevo.

Chepe Furia, en su calidad de fundador y palabrero de la Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya, dirigió el brinco. En el performance del poder todo debe estar en su lugar. El palabrero escogió a tres miembros ya brincados para dar la iniciación a Miguel Ángel. Chepe Furia se adjudicó un papel que implicara ensuciarse poco las manos. Fue él quien, parado frente al neófito, contó lentamente hasta el número trece, mientras llovían patadas y pescozones en todo el cuerpo de Miguel Ángel. Hizo de director de orquesta cuando la melodía fue una paliza.

A principios del siglo XX, el antropólogo francés Arnold van Gennep bautizó ciertos espacios simbólicos como «ritos de paso». Dijo en sus libros que eran momentos rituales en donde una persona pasaba de una categoría social a otra, abandonando todo lo perteneciente a su vida anterior, y entrando a una posición social distinta. Así lo explicó el profesor Gennep.

Uno... Dos... Tres. Segundos en el aire, segundos largos como días. El palabrero contó con la lentitud que le dio la gana. Trece segundos jamás son tan largos como en la Mara Salvatrucha 13. Humo de marihuana flotando alrededor de la golpiza, botellines de Cuatro Ases listos para la bienvenida. Haciendo un semicírculo frente a Miguel Ángel, los demás brincados. Patadas. Puñetazos. Crujir de huesos. Cuatro... Cinco... Seis. Afuera del semicírculo, como espectadores de segunda, los otros neófitos que pronto serían brincados. El rito de paso tiene un protocolo que debe seguirse siempre de la misma forma, dijo Gennep. Siete... Ocho... Nueve. Miguel Ángel fue rápido. Logró evadir con su agilidad de gato la mayoría de las patadas. Daba brincos. Se cubría la cara. Chepe Furia dejó de contar: «Que pasen otros tres a relevarlos», ordenó. Tres chicos frescos entraron. Patadas, patadas, patadas. Costillas hundidas, sangre, pulmones sin aire. Diez... Once. Los símbolos son importantes, dijo Gennep. Le dan el sentido al ritual. Doce... Jadeos... Trece. «¡Órale, perrito, bienvenido a la Mara!», dijo Chepe Furia. Tendió la mano a Miguel Ángel, que al escuchar el número mágico se dejó caer al suelo, al polvo. Todos los demás *homeboys* levantaron las manos formando la garra salvatrucha. Gritaron en respuesta a su líder, en bienvenida a su nuevo hermano: «¡Órale!».

–Alucinaba, tenía toda la cara gorda de los vergazos, y sentía una costilla hundida, pero cuando Chepe Furia me dio la mano, yo sentí que era parte de algo superpaloma –recordaría Miguel Ángel dieciocho años después de que en 1996 lo brincaran a la pandilla que sería su familia durante trece años.

El primer apodo de la pandilla no es el que uno elige, salvo en contadas excepciones. El primer apodo es el que los demás eligen. Muchas veces es un apodo denigrante. La cara de Miguel Ángel es socarrona, con la boca un poco más grande de lo que debería; con los ojos un poco más separados de lo que deberían.

Ese 3 de mayo de 1996, mientras en algunas partes de El Salvador se plantaban en los patios de las casas cruces de mulato, se extinguía Miguel Ángel Tobar, y salía de esa muerte un hombre nuevo. Un miembro de la Mara Salvatrucha: el Payaso de la Hollywood Locos Salvatrucha.

Xipe Totec, Nuestro Señor Desollado.

Fue una deidad prehispánica muy popular desde El Salvador hasta el centro de México. La leyenda indígena dice que al principio, con la llegada de los primeros hombres al mundo, Xipe Totec se compadeció y ofreció su propia piel para alimentarles. Por eso se le asociaba al maíz tierno, a la renovación, a esa muerte que nos hace vivir. Algo muere para que algo viva y así, en un círculo infinito de muerte y vida, los antiguos mesoamericanos entendían el mundo. Los sacerdotes de este dios desollaban a los capturados en batallas y vestían sus pieles como ofrenda al dios bondadoso que les dio de comer a los abuelos de sus abuelos. El lado sangrante de la piel del desollado quedaba expuesto y sus manos, todavía atadas con hilos de carne, colgaban inútiles, de las muñecas de los sacerdotes.

En las casas y los templos de los indios, a Xipe Totec se le representaba con figuras de arcilla. Es como un ser que surge de una piel escamosa. La piel se desprende de ese nuevo ser. Y ese ser sufre.

Con la llegada de los españoles y su dios extraño se terminaron estas prácticas. Se prohibieron los sacrificios humanos y casi todas las fechas festivas indígenas fueron sustituidas por ritos cristianos que se confeccionaron entre ambas culturas. En el caso de El Salvador se sustituyó esa práctica por una menos sanguinaria. En vez de adorar a Xipe Totec se estableció la adoración de la Santa Cruz. Así que todos los 3 de mayo, en vez de sacerdotes con piel humana, se veneraban cruces de madera que los indígenas adornaban con frutas, en agradecimiento por las lluvias y la renovación de la tierra y los cultivos.

Pero los indios, en un guiño a sus ancestros y al dios mismo, hicieron sus cruces del árbol de mulato, el árbol que constantemente bota su corteza, su piel, el árbol que se desuella.

De esta forma, todos los 3 de mayo, mientras en El Salvador se le reza a la cruz cristiana y se venera el sacrificio del dios cristiano, a la vez, de alguna forma, se venera a ese otro dios que también ofreció su pellejo para salvar a nuestros ancestros.

Xipe Totec, Nuestro Señor Desollado.

Marbelly ha aprendido la maravillosa habilidad de los homínidos: poner un pie delante del otro y avanzar. Lo pone en práctica sin parar y, a sus dos años, se tambalea por todo el solar cogiendo lo que puede, siempre a punto de caer en la tierra que ahora está seca. Miguel Ángel ha tomado medidas de seguridad al respecto. La niña curiosea por todas partes y eso, en su caso, es un riesgo de dimensiones muy distintas a las que podría enfrentar cualquier otro niño del mundo.

Miguel Ángel tiene una granada. No una bomba casera. No un cóctel molotov. Tiene una granada industrial M-67, de esas mismas que durante los doce años de guerra civil se lanzaron soldados y guerrilleros en los montes. En la mente de Miguel Ángel es una especie de seguro de vida. Aunque más bien, es un seguro de muerte. Consciente de que Marbelly explora el cuartito, su padre ha puesto la granada sobre una viga, para evitar que la niña la tome, quite el pequeño seguro enmohecido y los haga volar a todos antes de tiempo.

–Esta mierda está de toque, si le quito el seguro, la chimbomba detona... Detona y me voy yo, pero me los llevo conmigo –dice Miguel Ángel mientras le quita la espoleta y, tras breves segundos, la vuelve a poner.

Su vida ha estado siempre tan al límite del abismo que confiarle todo a ese pedacito herrumbroso de metal no le parece nada del otro mundo. Ni a él ni a Lorena.

Hay pausas que vale la pena hacer. Hay detalles –¿detalles?– que describen con potencia realidades complejas de representar en pocas palabras. Así: Miguel Ángel y su familia, sabedores de que la Mara Salvatrucha 13 los quiere muertos, duermen a la vera de una granada. Él entiende de muerte y prefiere, para él y su familia, la que le daría la granada.

Está flaco. Parece, a pesar de que sus costillas ya estaban a la vista la semana pasada, que adelgazó aún más. La canasta básica que le envía el Estado salvadoreño apenas tiene lo necesario para mal comer una semana y son los policías, y en concreto el inspector Pineda, quienes a veces le dan de su bolsa algunos dólares para complementar. El resto lo consigue vendiendo la marihuana que planta en su solar o pidiendo «colaboraciones» a los choferes de los camiones de la Coca Cola o la Pepsi que llegan a dejar producto a las tiendas de la cuadra. Le dan a regañadientes. Que un expandillero, por más retirado que

esté, pida dinero en la calle, nunca dejará de tener un cierto tufo a extorsión.

Lorena sirve un plato con güisquiles hervidos, limón y sal. Marbelly saca a relucir lo mejor de su nueva habilidad y se lanza sobre ellos. Toma uno y se lo lleva a la boca. Se quema, pero sigue comiendo. Risas.

Miguel Ángel toma una de las verduras y la engulle. Está sentado sobre una llanta semienterrada en el solar. Sabe que es la hora de contar y el pasado aparece. Como si Miguel Ángel no hubiera ya dado pruebas de su determinación de convertirse en soldado de la muerte, al poco tiempo de haber matado para La Bestia por primera vez, La Bestia le pidió más. Sangre amiga en este caso.

–Lo bonito fue entonces que el barrio me exige quebrarle el culo a un loco de los Gauchos que no había querido ingresar a la Mara. *Homeboy* mío, pero de Gauchos, no de Hollywood. Porque el loco no quiso aceptar las reglas de la MS-13 –dice sentado en la llanta.

Misión Hollywood I: no hay lugar para los tibios

La mayoría de los nuevos miembros de las pandillas no necesitaban –ni necesitan en la actualidad– que se les obligue o se les amenace para entrar. La pobreza centroamericana hace lo suyo. Ante la miseria, la falta de oportunidades, la violencia y las condiciones de vida casi medievales, la MS-13 se yergue como una opción absolutamente lógica. Es la opción entre ser nadie y ser parte de algo. Ser víctima o victimario. Ser Miguel Ángel Tobar o el Payaso de Hollywood. Pero en aquellos años, ya por llegar el nuevo siglo, a Chepe Furia se le acababa el tiempo para que la miseria hiciera su trabajo de convencimiento. El Barrio 18 se armaba. La guerra venía.

Con la clica ya formada, en su gran mayoría por los exmiembros de las pandillas barriales, Chepe Furia necesitaba dejar muy claro un mensaje para los chicos ya brincados y para los futuros miembros. Entrar a la Mara no siempre es opcional. Para los chicos que pertenecieron a las pandillas de tirapiedras y roba-gallinas solo había un camino aparte de MS-13.

–Entonces nos tiran línea: los batos que no quisieron aceptar las dos letras, que no quisieron formar parte de la gran familia MS-13... hay que darles pelo abajo. ¡Pum! Le pegaron al Pollo. Degollado. Y no se podía defender a nadie porque entonces te decían: «Ey, ¿usted es de la Mara o no es de la Mara? ¿Es azul o no es azul?» –Así le dijeron en aquel entonces al Payaso de Hollywood.

Era una forma de hacerles entender que los tiempos habían cambiado, que las cosas jamás serían iguales.

La estrategia fue muy buena. Nadie jugueteaba con la Mara Salvatrucha 13. No era un grupo al cual podés pertenecer un rato, mientras es divertido, y luego salir. Llegó para devorarlo todo. La MS-13 no convive: devora. Los muchachos lo entendieron muy bien, pero también entendieron que la Mara es un espacio de competencia, en donde el bien más preciado es el prestigio y el honor. Ambas cosas dan estatus, y el estatus se traduce en beneficios. Dentro de esta arena todo es válido, incluso eliminar competidores por el error más mínimo, así estos sean tan azules como vos. Eran tiempos de formar carácter para lo que venía.

Los que no entendieron eso murieron. Un chico se confundió a la hora de utilizar el complejo argot pandillero y terminó llamándose a sí mismo «bicha», forma habitualmente usada para referirse a los miembros del Barrio 18. «Pelo abajo», recordaría Miguel Ángel años después desde su solar. Otro chico, aspirante a la pandilla, atontado por la marihuana, cometió un error similar. Se refirió a sí mismo en femenino. En lugar de decir que estaba pedo, dijo que estaba peda. Pelo abajo. Muertes. Asesinatos. Los niños que entraban a la adolescencia ya como miembros de la Mara Salvatrucha 13 empezaban a hacer sus acomodos internos a punta de machete. Los más bravos sobrevivirían. Chepe Furia permitió que sus muchachos se depuraran solos y puso nombre a esa depuración. Lo llamó Misión Hollywood, aunque luego volvería a utilizar ese nombre para una matanza mucho más fundamental en la historia de ese grupo. Solo quedarían los más salvajes, los dispuestos a asesinar hasta por pura diversión, y sobre todo ante una orden suya. Aquellos asesinatos por tonterías, por confusiones lingüísticas de niños que no sabían ni escribir fueron tan poca cosa en sus mentes, tan bagatela, que Miguel Ángel casi los ha olvidado. No recuerda detalles de ellos, aunque él mismo, cuando era el Payaso, hubiera participado. Recuerda algo del muerto, la palabra en femenino, poco más. Él dice que recuerda poco porque no les daban importancia, porque eran niños a los que nadie esperaba en ninguna casa, que vivían en las casas *destroyer* de la San Antonio y terminaban pudriéndose en la ribera de un río. Quizá sí es por eso que recuerda tan poco de esos asesinatos. Quizá, solo quizá, es también por la avalancha de muerte que vendría después. Tantos muertos vendrían, de formas tan sádicas entrarían al recuerdo, que quizás aplastaron a los primeros muertos.

Todo era muy rápido. La clica Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya crecía. Empezaban a ser perseguidos por la policía y a

tener escaramuzas con sus enemigos espejo del Barrio 18.

En barrios como Chalchuapita, el centro de Chalchuapa, La Periquera y otros lugares de ese municipio vecino de Atiquizaya, Moncho Garrapata, primo de Chepe Furia, organizó a los chicos de la zona, pero con un apellido diferente: Barrio 18.

Para el último lustro de la década noventera, estos dos hombres, curtidos por la guerra, fundaron una especie de movimiento cultural con los más nefastos valores. Orientaron a los chicos de sus lugares hacia un abismo anhelado y desconocido. Una vorágine de la híper violencia en busca de respeto, de estatus. Dejar de ser nadie y convertirse en alguien temido. Esa era la apuesta con La Bestia. Te doy a Miguel Ángel Tobar a cambio del Payaso de la Hollywood Locos Salvatrucha.

Con los equipos armados, el juego podía comenzar.

Es febrero de 2012. Todo está inundado por el calor húmedo. Da lástima ver a los policías de El Refugio con sus uniformes azul oscuro, manga larga. Nadie sensato debería reclamarles si de súbito sufren un desmayo. Dentro de la minúscula oficina de investigadores, un ventilador gira y sopla aire caliente con desgana. El inspector Pineda revisa documentos en su vejestorio con teclas.

–Esta semana hubo novedad –dice entusiasmado el inspector.

Chepe Furia sigue libre gracias a que aquel juez le creyó –¿le creyó?– que no volvería a huir por segunda vez y lo dejó partir. Sin embargo, los secretos que Miguel Ángel ha contado no cayeron en saco roto: cuarenta y dos pandilleros de las clicas Hollywood, Parvis y Ángeles enfrentan procesos judiciales por homicidio, extorsión y agrupaciones ilícitas. Todo gracias a lo que Miguel Ángel reveló.

En El Salvador, las investigaciones, en un altísimo porcentaje, se basan en testigos criteriados y nada más. Un cadáver y un testigo criteriado que diga lo que sabe sobre cómo se hizo cadáver. Sin criteriado, muchos fiscales de homicidios tiran los casos a la basura, a lo que en jerga le llaman: sobreaveriguar, un pozo de casos archivados del que pocos expedientes vuelven a emerger. Se pudren junto a sus muertos. «Sin testigo, solo hay un cadáver, punto», dijo en febrero de 2016 un fiscal de homicidios del occidente del país. «Sin testigo ni abrimos la carpeta», dijo otro. El primer fiscal tenía a su cargo quinientos casos de homicidio, desapariciones, intento de homicidio. Él era el encargado de hacer justicia en quinientos casos. El segundo fiscal ni siquiera recordaba cuántos casos activos tenía abiertos. Sabía que solo ese año que apenas arrancaba le habían asignado setenta y ocho nuevos casos, dieciocho de ellos eran homicidios. Los homicidios no prescriben sino quince años después. Se acumulan como lozas sobre los fiscales. Les doblan las piernas. Los dejan de rodillas. Con suerte, resuelven un par cada año.

El Salvador es un buen lugar para cometer un homicidio, o varios.

Haciendo un paréntesis: la probabilidad de que uno termine acusado –no condenado, acusado– ante un juzgado es menos de una entre diez. En 2015, menos de uno de cada diez homicidios llegó a un juzgado. Así que menos de uno de cada diez cadáveres tiene posibilidades de que se condene al que lo dejó cadáver. Al menos si tomamos en cuenta las estadísticas del año más violento del siglo en

El Salvador, el año en el que las estadísticas marcaron números de guerra: ciento tres homicidios por cada cien mil habitantes. Estados Unidos ronda los cinco por cada cien mil.

–Agarramos a un marero que venía a matar al Niño –explica el inspector.

Dentro del solar, los días parecen no haber pasado. Miguel Ángel fuma marihuana sentado en una de las destartaladas sillas en el corredor techado de la casita. Lorena hace cosas con Marbelly, allá por la pila, entre un mar de trastos que se acumulan sobre la piedra.

A Miguel Ángel, cada vez más, le alegran las visitas.

–Ey, qué pedo. Simón, hoy sí vamos a hablar. Me estuve acordando de un vergo de pegadas que les voy a contar.

Ni mú sobre lo del intento de asesinato. Parece que fuera un día más, caliente y aburrido, en el solar.

Miguel Ángel empieza a hablar acerca de que es adecuado asesinar si uno siente el olor de los caballos. Sin embargo, si uno siente el olor de las cabras: «Mejor zafarse, porque esa es la señal de que La Bestia anda rondándote». Se siente, dice, no solo el tufo de la cabra, sino que a uno se le paran los pelos de los brazos. Es un marero, sí, pero uno rural. Sus referencias no son el hip hop ni el rap ni los Nike Cortez. Sus referencias son los animales de corral, las milpas, las botas de hule. Los olores del ganado.

En fin, que no es posible que siga hablando de cualquier cosa días después de que lo quisieron matar. Miguel Ángel vuelve a su relato sobre las cabras y los caballos interrumpido por una pregunta:

–Ey, ¿y esta semana no quisieron matarte?

–Ah, simón, un loco con la cara manchada.

Esto va a haber que sacárselo a cucharadas:

–Ajá, ¿y entonces?

–Nada, que agarraron al *homeboy* porque se paró a fumarse una bacha en el monte, a la entradita de aquí.

Hay cosas a las que no vale la pena revestir de grandilocuencia. Es mejor contarlas con la sequedad con que suenan. Como un martillazo en la madera: a Miguel Ángel esta semana lo quisieron asesinar unos sicarios de la Mara Salvatrucha 13.

Y él, como si nada, pensando en el olor de los caballos.

–Es que yo ya sé que esos locos me cargan en el lomo, si no es primera vez que me tiran mierda. Yo ya sé que van a querer venir, pero solo a topar de pecho van a venir.

Miguel Ángel está convencido de que toda la pandilla sabe que el testigo Yogui que se aparece en los juzgados a contar secretos con voz de ratón es Miguel Ángel Tobar, el Niño, el que antes fue el Payaso, de

la clica Hollywood Locos Salvatrucha, del municipio de Atiquizaya, del departamento occidental de Ahuachapán.

La muerte le aletea alrededor. Un sicario arrestado es para él solo otro sicario de los tantos que quieren verlo morir.

La muerte siempre aleteó a su alrededor. Pedir a Miguel Ángel que el riesgo de la muerte lo espante es como pedir a un inuit que el frío de la nieve lo haga tiritar.

Para explicarlo dentro de su mitología: debe ser poderoso y permanente a su alrededor el tufo a cabra. El olor de La Bestia.

Es el inspector Pineda quien luego pormenorizará el reporte.

–Nos llegó información de que una gente rara andaba rondando el puesto. Sacamos patrullas. Y una patrulla fue a encontrarse con este muchacho entre un montarrascal. Ya era tardecito, oscurecía, y lo vieron porque entre el monte asomó la cara manchada del culero ese cuando jaló el puro de marihuana que se estaba fumando.

Su apodo es el Crimen. Es un pandillero que ronda los treinta años. Tiene tatuajes de la pandilla en toda la cara, con lo cual no parece ser un soldadito de la MS-13. Cuando los policías revisaron su bolsón, encontraron un fusil M-16, cuatro cargadores, una pistola 9 milímetros y sus ocho cargadores. El incauto asesino, como si lo que andaba en su mochila fueran emparedados, se detuvo a fumar antes de matar. Tiempo después, confesaría que otros dos sicarios venían con él, pero que quizá huyeron al ver el alboroto de su arresto.

Dijo que lo acompañaban dos exmilitares de la guerra. «Cobras», dijo. Exasesinos que encontraron trabajo de lo que sabían hacer: matar. En El Salvador, mucha gente se doctoró en fusil durante la guerra, y luego les dijeron que venía la paz, pero ya no podían olvidar lo único que conocían.

El inspector Pineda dice que están intentando sacar información al Crimen, y que de momento está resguardado en la sede del Grupo de Reacción Policial.

En el solar, Miguel Ángel sigue cavilando y se encuentra en ese estado aletargado en que lo deja la marihuana. Cuando está muy fumado, hace pausas mientras habla, congela el gesto y atiborra de onomatopeyas la plática. «Caminé con el fusil y, clac, escuché el chasquido», dice y se congela como quien lleva un fusil en las manos. Gira los ojos y ve a todas partes.

Sin embargo, este día es complicado escuchar las anécdotas del asesino sin pensar en los otros asesinos que casi llegan.

–Así es esto, esos perros no van a descansar hasta que me pongan a contar estrellas. Solo eso han de pasar pensando en el penal –dice Miguel Ángel.

–No vayan a mandar ovejas a cazar al lobo, porque el lobo tiene uñas y dientes, culeros, y bien afilados, para acabar de joder –dijo el Niño de Hollywood a los presos que lo escuchaban del otro lado de la línea telefónica. La llamada llegó a principios de 2012 desde alguna prisión salvadoreña, y era la primera vez que los *homeboys* le decían literalmente que iban tras él. Ocurrió luego de la captura del Crimen.

Los presos intentaban hablar, pero el Niño poco se los permitió. A cada frase amenazante de ellos, él respondía determinado, de inmediato, como quien ya hace mucho esperaba esa llamada, la llamada en la que le anunciarían que otros sicarios estaban tras él.

–Ya sabemos qué pedo –amenazaron los presos–, y con olor a pino vas a salir de ahí.

Los emeeses hacían referencia a los ataúdes. Pero Miguel Ángel sabía más que ellos acerca de los ataúdes.

–Hijos de puta, si ni hacen de pino las cajas aquí, las hacen de conacaste y de mango. Ni sabés de cuál madera las hacen y ni conocés el olor a los pinos. De aquí van a salir con olor a humo, porque aquí M-16 tengo para todos ustedes, hijos de puta –mintió el Niño sobre el fusil que no tiene.

–Bicho culero, La Bestia... –intentaron terminar la frase los presos.

–¡La Bestia a mí no me controla, sino que yo controlo a La Bestia! –los interrumpió el Niño.

Quién sabe si el Niño cree realmente que él controla a La Bestia. A veces dice que sí, a veces dice que nadie la controla. Lo cierto es que La Bestia lo acecha. Desde finales de 2010, mucho antes de capturar al Crimen y su M-16, el detective Pineda tiene en su escritorio un memorándum confidencial que dice que tengan precaución, pues la inteligencia policial en las cárceles ha detectado un plan para atacar el puesto de detectives y al sicario que ellos cuidan. Dice que el plan es atacarlo con M-16. Ametrallar el puesto y la casita.

Hay que tener algo claro antes de avanzar en esta historia: la pandilla sabe que el Niño de Hollywood es el traidor. O, visto desde otra perspectiva: el Estado nunca logró proteger la identidad de su informante. La pandilla sabe dónde esconden al Niño de Hollywood. O, visto desde otra perspectiva: el Estado nunca logró esconder al Niño de Hollywood.

Después de que el Niño dijo a los presos aquello acerca de La Bestia, ya no le respondieron nada. El Niño solo escuchó respiraciones. Los presos se limitaron a recibir las amenazas del que ellos pretendían amenazar.

–Ya vieron que ya intentaron mandar a alguien a pegarme. A mí no me hacen cosquillas con eso. Treinta y cinco en cada cargador les esperan –volvió a recordarles el imaginario M-16.

El Niño no quiso terminar aquella diatriba telefónica sin antes recordar a los presos que él les había servido muy bien, que él fue buen mensajero de La Bestia, que él es quien es.

–Si el barrio tiene espinas –les dijo–, yo soy la espina del barrio; si el barrio tiene veneno, yo soy el veneno del barrio, hijos de puta; y la cizaña, aquí está también. Y si quieren, cáiganme.

Frases de Miguel Ángel Tobar sobre La Bestia:
–Si se lo llevó La Bestia, él sabe por qué fue.
–A los que se lleva La Bestia, ella los adora, todavía los tiene chineados.
–Ya se murió, ya se lo llevó La Bestia.
–Los cuernos de La Bestia son dorados.
–Te vas a morir como La Bestia manda.
–La vi, a La Bestia, enterita, con sus siete cachos.
–Yo sentía que andaba La Bestia en el lomo.
–Aquí La Bestia controla todavía.
–Ellas saben que yo soy firme por ellas, que si alguien las toca, sale La Bestia.
–Me lo ganó La Bestia.
–La Bestia anda tras de mí y me quiere ver caer.
–Lo volteé a ver y le dije:
–La Bestia, bicho hijueputa, y poke, poke.
–Ya es de ella, ya es de La Bestia.

Miguel Ángel está nervioso, arisco, como un animal acorralado. Los brazos de La Bestia han llegado de nuevo cerca del solar. Después de la incursión fallida del Crimen y los otros sicarios, han llegado más, y cada vez con una estrategia distinta. Estos pandilleros, si bien algunos son de la clica Hollywood Locos, no son los pandilleros con más trayectoria. En algunos casos se trata incluso de aspirantes que vienen, como los caza recompensas del salvaje oeste del siglo XIX, buscando gloria a cambio de muerte. Si matar es un acto de prestigio en la MS-13, matar a un traidor que azora al mismo Chepe Furia es en el occidente salvadoreño cobrar la recompensa por el más buscado.

–Acá ha venido hace poco un cipote [niño] que fue chequeo [aspirante] mío en la clica. Aquí ha venido el hijueputa con una señora a postearme. La otra vez que fui a traer tortillas me lo topé de frente. Con la vieja puta iba caminando. «Ajá, *homeboy*, ¿qué pasó?», le dije yo. «Al suave –me dijo él–. ¡Le saqué la chimbomba! [granada]» «Deciles a los *homeboys* que aquí les tengo esta mierda para cuando quieran venir», le dije al mono cerote y se fue cagado el pendejo.

Miguel Ángel habla hoy con cara de pocos amigos. Sus gestos se acentúan con violencia.

Miguel Ángel tiene todavía sus antenas dentro de la MS13. Toda una vida de sicario dentro del mundo salvaje de las pandillas le dejó muchos contactos. Estos le han contado que hay precio por su cabeza. El pandillero que lo mate tendrá mucho respeto. Se le honrará como una especie de hijo meritísimo de La Bestia. El aspirante, o chequeo, que logre matar al traidor será incorporado de inmediato a la pandilla, saltándose el proceso de entrada y la ofrenda de hasta cuatro o cinco muertos para hacerse llamar *homeboy*. Chepe Furia, sabedor de que el aliciente para sus perros no es el dinero, sino el reconocimiento, apostó alto.

–El que me mate a mí, de un solo lo brincan. Tipo con balón de oro –dice Miguel Ángel ya de mejor humor y haciendo referencias futboleras.

La Mara Salvatrucha busca a Miguel Ángel. Los que lo conocen quieren salvar su pellejo de las apestosas cárceles, evitar las condenas que su declaración conlleva. Los que no lo conocen no pueden permitir que el mensaje de que un traidor queda impune campee entre sus filas. Pero no son los únicos que quieren matarlo. Ante los ojos del

Barrio 18 sigue siendo un *mierda seca*. Un asesino de dieciocheros.

Miguel Ángel cuenta lo que pasó hace unos meses, en noviembre de 2011.

Afuera del solar todo era fiesta. En la calle central de El Refugio, que separa el solar del puesto policial, se reunían cientos de vecinos del municipio y de otros cercanos. Se celebraba, como en todos los pueblos, cantones y caseríos de Mesoamérica, un día al año, la fiesta a su patrono o patrona espiritual. En este caso, como si los fundadores de este pequeño pueblo supieran que ciento treinta y tres años después se escondería aquí Miguel Ángel, y quisieran hacerle un guiño desde el pasado, la patrona es la Virgen del Refugio de Pecadores. Se trata de una de las advocaciones de la Virgen María más conocidas y veneradas en el mundo católico.

Poco sabe el pueblo estos detalles, y poco importa a sus habitantes. Salvo las ancianas y alguno que otro fervoroso, todo el pueblo disfruta de estas parrandas al estilo pagano: con mucho Cuatro Ases, nada de rezos, mucha cumbia, marihuana, machetes y reguetón. La alcaldía llevó una disco móvil para la parranda de ese 2011, una pila de parlantes que se apiñan uno sobre otro, una torre de tubos metálicos donde un hombre programa la música y enciende unas luces, y unos aparatos que lanzan vapor de colores en medio del estertóreo estruendo de motores eléctricos. Una versión escuálida, miserable y polvorienta de los clubs latinos de los ochenta en Estados Unidos.

El Refugio es controlado por el Barrio 18. Aunque el casco, donde está el solar, no tiene fuerte presencia de pandilleros por la cercanía del puesto policial. Los cantones del municipio sí la tienen. Y para la fiesta, todos van al casco. Es el evento anual. Miguel Ángel lo sabe, la policía lo sabe, el inspector Pineda lo sabe muy bien. Pero aun así creyeron que era más seguro tener acá a Miguel Ángel que donde controla la MS-13.

El día de la Virgen del Refugio de Pecadores de 2011 el DJ cometió un error, uno que casi le cuesta la vida y le estropea la fiesta a todo mundo. Eligió la canción equivocada. Una del repertorio del colombiano Aniceto Molina, un cumbiero que hizo su carrera artística, casi por completo, en El Salvador. Sus canciones se volvieron parte de la cultura popular salvadoreña, muchas de ellas eran canciones de doble sentido que, con chabacanería, aludían al sexo. La canción que programó el DJ fue una cumbia. Una historia jocosa que va de un peluquero salvadoreño que tiene un negocio de dos pisos, y que en el cartel de la entrada oferta servicios «arriba y abajo». El problema del cumbiero Aniceto es que en su letra usa un gentilicio antiguo para referirse a los salvadoreños, uno que fue acuñado en las gestas

históricas del siglo XIX, cuando los ejércitos de Honduras y El Salvador contribuyeron a la expulsión del filibustero, pirata y periodista de profesión, William Walker, quien pretendía anexar el istmo a los estados confederados del sur estadounidense e implantar la esclavitud.

El general encargado de aquella misión para repeler a Walker fue Florencio Xatruch, de Honduras. Así que, desde esas guerras en 1855, en Centroamérica conocieron a los hondureños como Catrachos, en honor al general, por la consonancia; y a los salvadoreños, como salvatruchos, por la misma razón. El nombre siempre gustó a ambas naciones hasta que, en el caso de El Salvador, más de un siglo después, se le asoció a la Mara Salvatrucha 13.

El cumbiero Aniceto Molina no tomó esto en cuenta a la hora de escribir sus melodías. La canción del colombiano que sonó ese día en El Refugio se llama «El peluquero salvatrucho», y dice así:

> El peluquero tan tan tan salvatrucho.
> Se hacen trencitas tan tan tan arriba y abajo arriba y abajo...
> Se pintan los labios tan tan tan arriba y abajo arriba y abajo...

Tres dieciocheros subieron a la torre del DJ y, a punta de cuchillo, le obligaron a apagar la música. Por unos minutos los refugeños se quedaron en silencio. En su mundo, salvatrucho significa una sola cosa. La gesta heroica del general Xatruch quedó demasiado lejos para esos muchachos.

Miguel Ángel lo miró todo desde un muro de su solar sin hacer nada. Vio cómo esos mismos chicos se bajaban de la torre y se sentaban, triunfantes, frente a su puerta.

–Puta, dicen que acá, en esta casa, vive un criteriado de la mierda seca, que dicen que fue un gran malo.

–Yo, la verdad, esperando que salga estoy para toparlo. A mí no me da miedo ningún mierda seca.

Decían los dieciocheros mientras ya sonaba otra cumbia. Miguel Ángel recuerda que igual que hizo hace poco con el chequeo emeese y la señora, lleno de indignación en aquellas fiestas, abrió la puerta y les puso la granada frente a la cara.

–¿Y esta mierda no te para el pelo, mono cerote?

Los chicos corrieron muy asustados. Lejos de las cumbias, lejos de la fiesta. Lejos de Miguel Ángel.

El inspector y sus hombres terminan por enterarse y confirmar todas estas anécdotas. El pueblo es pequeño, una calle central de no más de dos kilómetros. Todo se sabe.

Miguel Ángel lo cuenta con orgullo. Como si quisiera convencer de que no será nunca una presa fácil. Al menos no mientras tenga esa

granada.

Misión Hollywood II: matando chavalas

El inicio de la guerra de las clicas de la Mara Salvatrucha 13 de Atiquizaya, municipio del departamento de Ahuachapán, contra las clicas del Barrio 18 de Chalchuapa, del vecino departamento de Santa Ana, es una versión salvadoreña del conflicto de las familias Hatfield y McCoy, de Virginia Occidental y Kentucky, respectivamente, en la segunda mitad del siglo XIX.

El Salvador es un país muy pequeño, apenas veintiún mil kilómetros cuadrados, y las fronteras entre los distintos departamentos son difusas. Un árbol de conacaste, una curva en la carretera, la propiedad de algún terrateniente antiguo o un sitio donde sucedió algo emblemático, suelen ser las fronteras. Al menos los Hatfield y los McCoy contaban con un río que los separaba. A las huestes de Chepe Furia y su primo Moncho Garrapata apenas los contenía el temor a las balas del otro bando. Pero los patriarcas de las dos pandillas, los señores de sus clicas, ya no querían a los vecinos incómodos, y ocuparon el argumento de los caídos en ambos bandos para mandar a jóvenes espejo a ganar territorio, a intentar expulsar a los iguales.

Atiquizaya está a diez kilómetros de Chalchuapa. Todo ese odio macerado durante años, liderado por pandilleros deportados y expertos, a solo diez kilómetros. La mitad de media maratón se interponía entre los niños de nadie.

Chepe Furia hizo bien su trabajo de fundador. Tenía un grupo de sicarios animados, ávidos de probar su valía. Los mocosos y los tibios habían muerto, casi todos a manos de sus propios sicarios en aquella purga que también se llamó Misión Hollywood. Chepe Furia sabía que lo que hacía falta para encender el infierno eran las herramientas.

–Puta, una mancuerna [pareja] de .357, en caja. Puta, unos cuetes que no se habían visto por acá. Una 9 [milímetros] con tres cargadores. Una cz de uso policial, de las correctas –diría Miguel Ángel desde su solar, cuando la segunda parte de la Misión Hollywood era ya un recuerdo soterrado por decenas de muertes que sucedieron a esas otras.

Chepe Furia dotó a la clica Hollywood Locos Salvatrucha de un pequeño arsenal para muchachos acostumbrados a pistolas oxidadas y machetes. El expolicía nacional iba y venía desde Guatemala sin decir nada a sus muchachos. Él no tenía que dar cuentas a nadie en Atiquizaya. El arsenal era extraordinario para esos chicos

acostumbrados a matar a machetazos y patadas. Se abría un abanico de posibilidades. Además de las pistolas, Chepe Furia conservaba un fusil G3 automático. La autoridad: el equivalente de la escopeta Remington para la historia norteamericana. Es un fusil pesado, de munición grande, con capacidad para lanzar seiscientos proyectiles por minuto y arrancar un miembro humano con uno solo de esos proyectiles. Fue adoptado por los cuerpos de seguridad salvadoreños en los años setenta y por tanto continuó siendo símbolo de poder y brutalidad por muchos años más.

Chepe Furia tenía uno.

Fusil de guerra va a otra guerra.

–Tenía además una escopeta 12, una carabina 30-30 y mucha munición para alimentarlas –recordará Miguel Ángel.

Los miembros de la clica Hollywood Locos Salvatrucha tenían armas para iniciar la guerra, pero sobre todo ganas. Los dieciocheros de Moncho Garrapata lo sabían. Ya habían perdido a varios miembros a manos de los jóvenes sicarios de Chepe Furia. Uno de ellos fue el brujo que Miguel Ángel decapitó para convertirse en el Payaso. Tarde o temprano le tocaría sangrar a la MS-13.

Los Palmas eran tres hermanos dieciocheros con ese apellido, Palma. Como cosa extraña en estas latitudes, vivían solo con su padre, Óscar Palma. El señor era un hombre mayor que no pudo dominar el ansia destructiva de sus tres muchachos en plena vorágine por obtener el respeto del Barrio 18. Estos hermanos, en un acto de bravura, asesinaron a un miembro de la clica de Chepe Furia y se ganaron el respeto en su pandilla. Pero también a unos enemigos poderosos.

Chepe Furia era un buen líder. No podía seguir siendo un general viendo a los muchachos morir en el campo desde el resguardo de los binoculares. Debía mostrarles haciendo.

–Al mayor de los hermanos Palma lo emboscó Chepe. Con la carabina le pegó en el mero coco –contó Miguel Ángel.

Los dos Palma que quedaron, al mejor estilo McCoy, buscaron venganza. Emboscaron al Orco de Hollywood. Lo atraparon mientras caminaba dentro del territorio dieciocho. Se dirigía a comprar tres piedras de crack. Le pasaron una cuchilla a lo ancho de todo el cuello hasta la mandíbula. Lo dejaron tirado en un camino de polvo, desangrándose. Pero Orco no murió. Como un acto de irrespeto a la muerte y de honor a La Bestia, semanas después, Orco se tatuó sobre la cicatriz: «Hollywood Locos Salvatrucha».

Los miembros de Hollywood recibieron de muy buena gana la invitación. Hicieron un mirin y determinaron que la familia Palma debía seguir sangrando.

El Extraño, el Caras, Delincuente, Mosco, Francis Tamarindo, Víctor Maraca, la Traviesa, Letal, Orco, el Hollywood y, por supuesto, el Payaso, eran los hombres fuertes de la clica. Entre ellos debían estar los sicarios que vengaran la afrenta.

Orco se ofreció. No podía permitir que aquello quedara solo en un tatuaje sobre la garganta.

Postearon al segundo de los Palma y, mientras abría la puerta de su casa, Orco le disparó con la escopeta 12 justo en la cabeza, mientras Chepe Furia lo observaba todo desde su *pick up*, el mismo en el que llegaba hasta la cantina de Cucaracho.

–Destapado el coco. Irreconocible –recordó Miguel Ángel.

Detener una manada de caballos desbocados es difícil. Sobre todo si nadie hace por que se detengan. Sobre todo si alguien los sigue azuzando. El odio que se echó a rodar encontró en El Salvador una cuesta abajo interminable. Rueda solo. El primer impulso bastó. La muerte llenó de sentido tantas vidas.

El tercero de los Palma, al ver a sus hermanos morir a manos de los pandilleros de la Hollywood Locos decidió calmarse. Dejó de frecuentar a la pandilla y permaneció el mayor tiempo posible junto a su anciano padre. Pero los caballos de la MS-13 ya estaban desbocados. El viejo se quedó solo. El último de los Palma murió también a manos de los discípulos de Chepe Furia, en una misión a la que el Payaso no fue.

Tiros que van y vienen. Funerales de un lado y funerales del otro.

Víctor Maraca, el exasaltante devenido en pandillero emeese, descubrió, caminando por veredas, a otro protegido de Moncho Garrapata, otro hijo del Barrio 18. Le apodaban Matata. Víctor era sicario. Ya había matado y, antes de ser miembro de la MS-13, había perpetrado asaltos con la banda a la que perteneció con su finado hermano Pedro Maraca. Con herrumbrosas pistolas .38, robaban a jornaleros en días de pago y a camiones repartidores de la carretera. Pero su instinto asesino y su ímpetu estaban más al servicio del dinero que del respeto. Mañas de bandido. Así que Víctor Maraca dejó que el Payaso ejecutara la misión.

–Lo postió Víctor Maraca. «La onda está», dijo Víctor «que aquí viene, acaba de venir a traer droga y carga feria [dinero].» ¡Pas! En una bicicleta. Y solo yo estaba de accionero, en una esquina, cuando el bato iba. Con los billetes en la mano iba ya, ¡tan! El maje que llega a la ventana y poke poke poke poke... Así, ve, de aquí al catre [unos dos metros], asegurado en el coco, hasta me manchó de fresa [sangre] el hijueputa y con la feria en la mano quedó –relató Miguel Ángel desde su solar, marcando la distancia con el catre donde duerme a la vera de

una granada.

Los Hollywood habían empezado una ofensiva para limpiar la zona. Chalchuapa y Chalchuapita eran territorios de los números, territorio comanche para los emeese, y debían sacarlos de ahí. Era la Misión Hollywood, matar bajo el nombre de la propia clica. Chepe Furia era inteligente para crear símbolos, para revestir de trascendencia lo que no era sino un baño de sangre joven, el acto pandillero que se perpetuó como el dador de significado a los muchachos de nadie: matar, odiar al que, sin conocerte, te mata, te odia.

En el apogeo de la Misión Hollywood, el Payaso fue enviado a robar un taxi a Santa Ana, la urbe cerca de ellos, la tercera ciudad salvadoreña en importancia económica. La guerra necesita de recursos. Santa Ana fue un centro muy importante para la fiebre del café, y aún hoy día es una de las pocas cabeceras departamentales a las que se les puede llamar, casi sin vergüenza, ciudad.

Matar en cantones y barrios rurales como las Pozas, la San Antonio

La Línea es relativamente sencillo. Los policías son pocos y con pocos recursos. La breña es mucha. No están densamente poblados y por lo tanto hay menos posibilidades de que haya testigos. Por otro lado, siempre habrá una distancia corta entre el lugar del asesinato y algún potrero

monte hacia el cual huir. Santa Ana es distinto. Hay semáforos, un par de centros comerciales, restaurantes, calles de asfalto, aceras, teléfonos públicos, un teatro, una catedral y todas esas modernidades. Era, para finales de los noventa, una ciudad pequeña, con muchas zonas desoladas aún, y veredas donde escapar al monte, pero un centro muy definido al fin. Todo eso a menos de media hora de Las Pozas.

En Santa Ana, por ejemplo, había taxis.

–La cosa era robarnos un taxi y privar de libertad al taxista.

El Payaso rondaba el punto donde los taxistas se estacionan. Un hombre joven pasó muy cerca de él, tan cerca que alcanzó a ver los tatuajes primitivos que el Payaso llevaba en la mano, pero no tanto como para leerlos, al parecer. El Payaso sí pudo leer uno de los tatuajes del hombre joven: «Eighteen», decía en todo su cuello. Un enemigo.

El hombre pasó de largo, pero mientras el Payaso vigilaba a sus presas taxistas, el tatuado regresó con dos muchachos más.

–Ey, bicho hijueputa, levantate la camisa –ordenaron al Payaso. Él respondió con el mismo garbo.

–¿Y mis documentos no querés que te dé también, hijueputa? –Levantate la camisa, bicho hijueputa.

–Si me levanto la camisa te vas a sorprender, porque lo mismo que andas vos ando yo.

–¿Andas los números vos también?

–No –respondió el Payaso, que ya había distraído la atención de los dieciocheros.

El Payaso sacó la 9 milímetros que le habían prestado para esta especial misión. Poke, poke.

Le metió dos tiros al primer hombre.

Poke, poke.

Dos tiros al segundo, por la espalda mientras huía.

Poke, poke.

El tercero escapó.

–Ve, a pues no, no andábamos lo mismo –dijo el Payaso, desde el fondo de su socarronería, al cadáver aún sangrante del dieciochero. Se subió al taxi que pretendía robar y, a punta de pistola, y con la determinación del que acaba de matar, obligó al conductor a que lo sacara de ahí.

Robó el taxi y mató para la MS-13. El Payaso ganaba puntos porque estaba dispuesto a todo. En ese momento, sentía que solo tenía una cosa que perder en este mundo: el respeto de su pandilla.

Pero no todo fueron victorias para La Bestia y para el Payaso. También murieron miembros de Hollywood Locos y de Parvis Locos, su clica hermana, en los meses que duró la misión. La guerra de pandillas, ese juego serio tan complejo, tiene que ver justamente con eso: matar y ser matado. Uno de los que murió a manos del Barrio 18 fue el chico que acompañó a Miguel Ángel en la primera pegada del brujo, con la que se brincó a la MS-13 y se convirtió en el Payaso. A ese muchacho le llamaban el Hollywood, un apodo nada despreciable si se toma en cuenta que es tocayo de la clica. La Mara Salvatrucha 13 veló a varios muertos. El odio une. El dolor también. Compartir una misión para matar sella un pacto. Llorar con la garra salvatrucha en alto mientras un ataúd desciende en la tierra, también. La guerra avanzaba y los bandos consolidaban su lealtad y su odio.

Mientras el Estado salvadoreño veía hacia otro lado, en las calles se sellaba un pacto de muerte que ya después, tantos muertos después, sería tarde para disolver.

Orco, luego de destrozar la cabeza del segundo de los Palma, fue arrestado y condenado por homicidio. La clica perdía no solo por la muerte, sino por los arrestos y los que desertaban al ver que el juego no era un juego.

Pero el conflicto no podía parar. La idea era ir subiendo los peldaños. Ir subiéndolos juntos. Nadie quería ser el penúltimo en

pegar y por tanto el último en recibir. La espiral llegó a su clímax cuando los sicarios de Chepe Furia pasaron el punto de no retorno: la familia.

César Garrapata, el hermano menor de Moncho Garrapata, patriarca dieciochero de Chalchuapa, salía de la casa de este último. Solo él estaba en casa en ese momento. César vio algo raro y apresuró el paso. En realidad vio al Payaso que le daba la señal al Extraño para que disparara. César jamás llegó a su vehículo. El Extraño y el Payaso vaciaron sobre él al menos dos cargadores cada uno.

–Así nace el mito ese de que los pandilleros le vacían hasta tres cargadores a los cadáveres. Es una forma de decir: va, simón, hijos de puta, que sientan, que sientan la presencia de La Bestia y que vean que guerra es guerra –explicaría Miguel Ángel años después por qué tantas preciadas balas.

Antes de que Moncho Garrapata reaccionara al ataque, el mismísimo Chepe Furia fue a buscarlo a su casa.

–«Salí, pues, hijueputa, y matémonos», le gritaba Chepe; y Moncho, aculerado, no salía, y eso que Moncho con tizón [pistola] –contaría Miguel Ángel ya como traidor.

Con el Barrio 18 reculado en los cantones de Chalchuapa y Chalchuapita, lejos de sus dominios, Chepe Furia dio por concluida la Misión Hollywood. El Barrio 18 seguía ahí, pero de momento estaban más concentrados en no morir que en atacar, en no perder todo su terreno que en expandirse. Era tiempo de partir. El buque estaba armado y sus tripulantes eran fieles y dignos representantes de La Bestia. No lo necesitaban más. Al menos por un buen tiempo. Chepe Furia, sin dejar registro migratorio ni razón de a dónde iba, desapareció.

Miguel Ángel es un animal encerrado.

Está furioso con las autoridades. Está asustado, aunque no lo diga. Se siente fuera de lugar. La canasta que le envían desde la Unidad Técnica Ejecutiva del Sector Justicia (UTE) no ha llegado algún mes. «A veces viene sin las putas bolsas de arroz o solo con un poquito de aceite», se queja.

Ya hace más de dos años que está en el solar.

La desesperación es notable en él. Ser traidor era una buena idea pensada en caliente. Pero ya con la situación fría, es una porquería. Una vida de pobreza, encierro y aburrimiento, esperando. La vida que depende de otros, no de uno mismo.

Es la primera semana de marzo de 2012. Miguel Ángel pensó que esto sería un proceso rápido. «Un clavo saca a otro clavo», dijo una vez. Pensó que sería así, apresurado, abrupto, un martillazo, un clavo entra, otro sale. Él entrega a algunos *exhomies* y el inspector y los fiscales le perdonan toda una vida de delitos. Pero no es así. El sistema de justicia del país más homicida del mundo es una máquina vieja, poco aceitada, con tuercas faltantes y otras oxidadas. Aún no se dicta sentencia contra los policías ni contra la mayoría de los pandilleros. Aún quedan casos pendientes de juzgar, como el de un pozo en el municipio de Turín, vecino de Atiquizaya, donde Miguel Ángel asegura haber lanzado un cadáver junto a otros pandilleros. La justicia lenta y torpe de este país aún tiene tiempo. Una persona puede pasar presa dos años en El Salvador sin condena alguna, esperando su destino, mientras la maquinaria intenta hacer girar sus desgastados fierros. Dos años puede pasar uno sin deber nada en las cárceles hacinadas. Pero, sobre todo en esta situación, el rey de la baraja sigue allá afuera. El inspector no permitirá que Miguel Ángel se vaya hasta que cuente ante un juez los secretos del rey Furia.

Chepe Furia, como lo ha sido durante años, es una cadena que ata a Miguel Ángel con la vida de la Mara Salvatrucha 13. Sus destinos están ligados. La vida de ese expolicía nacional durante la guerra es una sombra sobre la vida del hijo de aquel miquero alcohólico que regalaba a su hija para que un capataz la violara; el bajado de Estados Unidos y el niño campesino que se encontraban en la cantina de Cucaracho. El aleteo de una mariposa lo cambia todo, dicen. Pero en esta historia son impropias las mariposas. Es mejor decir que la

irrupción de La Bestia no dejó a nadie impune.

Miguel Ángel está tan desocupado que ha empezado a escribir. Tiene un cuaderno colegial, de rayas horizontales, encuadernado con espiral. La portada luce numeritos multicolores esparcidos por todo el rectángulo de fondo negro, y la palabra «Mathematics» en letras rojas. Miguel Ángel anuncia con aspaviento que ha empezado a escribir su historia, pero cuando abre las páginas y lee lo que hay, se trata de frases sueltas.

Lee con la pericia de un niño de seis años.

–Cu an... Cu... Cu an do co no cí a la ma ra fue por el va to de Che pe Fu ria, un pe sa do ba ja do del nor te.

Lee algunos fragmentos más sobre el Farmacia, sobre Gauchos 13. No es una historia, son cápsulas: que si el Farmacia era un sicario, «con mente de sicótico desde niño». Que si Gauchos 13 era una pandilla fundada por gente bajada, gente que «nadie por ellos».

Hay frases en el cuaderno que erizan la piel. Están escritas con letra apenas legible, enorme, el trazo de una mano poco familiarizada con la grafía. Tienen casi todos los errores de ortografía posibles. Se lee:

«En la pandiya se conose el visio de matar o derramar sangre sobre la tierra».

Miguel Ángel muestra el cuaderno con entusiasmo y, a pesar de su entrecortada lectura, se nota el esfuerzo que hace por entonar lo que cree son buenas frases. Levanta la mirada entre sílaba y sílaba para fijarse si ha conseguido provocar sorpresa. Dice que seguirá escribiendo hasta contar «la historia del Niño y la Mara». En la parte interior de la carátula, Miguel Ángel ha ensayado diferentes opciones para escribir MS: hay trazos que pretenden ser góticos y otros cuadrados como bloques con rayitas en medio. Hay también varios 666 desperdigados y un dibujito de lo que parece la cabeza de un demonio con varios cachos. Son dibujos de tan precaria calidad como los tatuajes del brazo de Miguel Ángel. En su antebrazo izquierdo, por ejemplo, apenas se lee un tenue: «Mi vida loca». La *d* de vida apenas se distingue. La *l* de loca parece una *b*. Si no fuera tan célebre la frase, alguien podría pensar que se tatuó «Mi vida bola [alcohólica]».

Guarda el cuaderno y pide conversar en la esquina del solar, atrás de un árbol reseco. Quiere alejarse lo más posible del custodio que ve tele en la casa de los dueños del solar.

–Estos hijosdeputa ya se aculeraron. La semana pasada, un cabo del puesto vino a ofrecerme mil dólares por no declarar contra los policías que entregaron a Rambito. Quieren que me zafe, que me desaparezca de aquí –dice Miguel Ángel, acurrucado en la tierra, mirando hacia donde está su custodio.

Rambito, aquel vendedor de verduras del mercado Atiquizaya que terminó torturado y lazado en una carretera a medio país, es la clave contra Chepe Furia. Ya que el cuerpo apareció en noviembre de 2009 a ciento noventa kilómetros de Atiquizaya, la fiscalía pretende que el juicio se desarrolle en otra parte, lejos del juez Salinas y sus extrañas decisiones de dejar libre a quien intentó escapar. Vale recordar que fueron dos policías quienes ordenaron la captura de Rambito y se lo llevaron de la subdelegación sin firmar el acta de novedades el mismo día que apareció con agujeros de bala en la cabeza. La muerte de Rambito es la carta con que la aletargada justicia espera a Chepe Furia. Fue Miguel Ángel quien vio a Rambito pasar en un carro con los cabos Tejada y Hernández. Fue Miguel Ángel quien horas después vio a Rambito subirse a un *pick up* con dos lazos en la mano. Fue Miguel Ángel quien vio en el carro a Chepe Furia, el Extraño y Liro Jocker. Miguel Ángel, el mejor sicario de la clica, contra Chepe Furia, el cerebro. Y en medio, dos policías necesarios para entender la sucesión de los hechos.

Miguel Ángel, esquelético como está, dice que la oferta fue tentadora. Que pensó.

–Agarro esas mil bolas y me voy a la mierda a Guatemala, desaparezco, y no vuelven a saber de mí estos culeros, y todo el mundo libre aquí, a parar la Hollywood de vuelta a la calle, a sacar las pegadas pendientes.

Sin embargo, algo no olía bien para Miguel Ángel. Aquel pacto apestaba a cabra. Pensó que los policías querían caminarlo. Si él salía con ese dinero de la casa de seguridad, ellos sabrían el momento. ¿Qué les costaría llamar a un contacto pandillero y soplar la información de que el traidor que tiene encerrada a la clica Hollywood Locos camina libre por Atiquizaya, por los cafetales?

Miguel Ángel, experto en ganar tiempo, en torear los peores momentos, no dio una respuesta contundente.

–Lo voy a pensar, ahí les aviso –dijo al cabo que le ofreció la plata. No fue la primera ni será la última vez que Miguel Ángel esquiva una mala situación.

El Soldado de Hollywood

La misión Hollywood fue un desgaste para la clica del Payaso. Los dieciocheros de Chalchuapa también sabían disparar, y varios emeeses habían muerto en esos años de guerra en medio de cafetales y polvaredas. Los territorios habían quedado definidos. Atiquizaya era mayoritariamente MS-13. Chalchuapa era mayoritariamente dieciocho. Esa división perdura hasta el día de hoy.

La policía de Ahuachapán, apoyada por los puestos de El Refugio, Turín, Chalchuapa y Atiquizaya, lanzó un operativo de captura de pandilleros.

Para la clica Hollywood Locos Salvatrucha no solo restaban los muertos, sino también los arrestados.

Para aquel entonces, año 2000, las pandillas aún no eran con claridad el centro del debate sobre seguridad pública en El Salvador. Los secuestros de hijos de empresarios y los asaltos a mano armada ocupaban las páginas judiciales de los periódicos.

El Salvador era violento. Era epidémicamente violento en el año 2000, si nos atenemos a las categorías de Naciones Unidas: más de diez homicidios por cada cien mil habitantes. Al nuevo siglo, el pequeño país centroamericano entró con una tasa de 45,5 homicidios por cada cien mil habitantes. Una salvajada. Y, sin embargo, ese lustro entre 2000 y 2005 fue el más pacífico que el país conocería en lo que va del siglo XXI.

Pacífico en El Salvador significa hiperviolento.

Muchos pandilleros de la clica ya rondaban los dieciocho años, y algunos ya tenían tatuajes en el rostro. La policía no hizo investigación sobre la clica, su líder, sus integrantes. De hecho, no dejaron registro en documentos. Años después, el inspector Pineda no tendría que haber empezado de cero si sus colegas hubieran sido más metódicos. Pero aquellos policías salieron como cazadores de ciervos, tras las presas más fáciles de la manada. Espantaron al montón y cazaron al que se descuidó. Los casos que presentaron eran endebles. Acusaciones de asalto, homicidio, intento de homicidio, lesiones, sin mayores pruebas ni testigos. Prueba de ello es que todos los pandilleros emblemáticos de aquel momento volverían menos de tres años después a circular en las calles. Creyeron que podían calmar la incipiente guerra sacando de circulación un rato a los guerreros. Creyeron por inercia en los barrotes.

X, aquel pandillero que fue deslumbrado por el bajado del norte que bailaba la música del grupo Tavares en 1993, estuvo preso en diferentes cárceles justo desde esa época, cuando en el occidente la Misión Hollywood terminaba. X entró por primera vez a un penal en julio de 1999, y ya no salió sino hasta más de una década después. Aquellos fueron los años claves en las prisiones para definir la creación de cárceles exclusivas para cada pandilla: las «universidades pandilleras». Pero no solo eso: aquellos fueron los años en los que el liderazgo nacional de la Mara Salvatrucha 13 se construyó tras barrotes.

Si el despertar pandillero para los niños de nadie llegó matando

pandilleros contrarios en las calles salvadoreñas, la madurez pandillera para los líderes bajados del norte y los *homies* mayores de edad llegaría en esos años y en el encierro.

X recuerda que en 2000 los pandilleros estaban lejos de controlar las cárceles. De hecho, él mismo se agarraba de los barrotes de la celda de recibimiento del penal La Esperanza (mejor conocido como Mariona o Miami) y suplicaba que no lo metieran ahí. X sabía que adentro mandaba La Raza, la mafia carcelaria de los no pandilleros. Sabía que los mareros eran minoría. Los guardias de la prisión tuvieron que dar garrotazos en los dedos de X para poderlo meter al sector de reos del penal. X recuerda que la frase con la que el guardia se despidió de él antes de romperle los dedos fue: «Te metemos de noche para que no hallemos tu cuerpo ligero [rápido], sino en la mañana».

X fue designado para dormir en la celda 27 alta del sector dos. Su recibimiento fue una pregunta y un planazo de machete. «¿Y vos, cholillo, qué ondas?», le dijo a la entrada de la celda un miembro de La Raza, y acto seguido le pegó un planchazo con una de las caras del machete. «Mirá lo que pasa al que se pone», dijo su verdugo de bienvenida. X recuerda que con una mano, aquel reo levantó una sábana que hacía de cortina dentro de la celda colectiva.

–Dos se estaban dando al Spider de Apopa. Uno lo tenía mamando y otro dándole por atrás; dieciocho años tenía el Spider –recordó X en junio de 2017, con la cara compungida, en el cuartito de entrevistas de un centro de detención para indocumentados en Texas, a la espera de que un juez estadounidense resolviera su petición bajo los convenios internacionales contra la tortura. X, por tener delitos de sangre en El Salvador y ser buscado por la policía, no puede pedir asilo, pero sí puede acogerse a esos convenios. Solo tiene que demostrar que, si vuelve al país, hay probabilidades arriba del cincuenta por ciento de que lo asesinen con barbarie. Si ese juez supiera cómo es El Salvador. Si ese juez supiera qué significa desertar de la MS-13 a estas alturas. Si ese juez conociera la larga historia. Si ese juez supiera, sabría que si X pone un pie en El Salvador, la MS-13, el Barrio 18 y la policía se enterarían tarde o temprano. Y todos querrían matarlo, y todos con barbarie.

X asegura que el Spider murió de sida años después. X, que entonces tenía veinticuatro años, recuerda que las cárceles de aquel momento solo provocaban dos cosas en un pandillero: «cólera y miedo».

La mañana siguiente, tras el encierro, X fue retenido por otros reos y llevado a una champa dentro del penal que era conocida como El Pepeto. Cuando llegó, cinco emeeses más estaban de pie como niños

regañados, rodeados por miembros de La Raza, y eran interrogados por el segundo al mando de esa mafia, un hombre célebre en los penales, conocido como Macarrón, brazo derecho del líder absoluto, Bruno. A X lo formaron a la par del Pantera, el Necio, el Pirata, el Dragón y el Shagui, y directamente le encajaron un leñazo en el pecho, luego en las chimpinillas y en la espalda. Le ordenaron que con las dos manos levantara una pesa hechiza con latas de leche en polvo rellenas con cemento. El círculo de los hombres con machete se empezó a reducir. X entendió que al agacharse para levantar la pesa sería atacado. X se lanzó al techo de lámina de otra champa, y los otros cinco emeeses lo siguieron, tratando de no ser alcanzados por los machetazos de La Raza. Llegaron hasta los barrotes de los que X se había aferrado el día anterior, y suplicaron a los guardias que abrieran. La mayoría de los guardias solo reía. Pero uno, un guardia de apellido Carballo, abrió la puerta, y los emeeses pudieron escapar de lo que iba a ser una masacre más en el sistema penitenciario. La persecución se saldó con un machetazo que abrió la mano del pandillero apodado el Pirata y un puyón en el abdomen de X, del que aún conserva la cicatriz.

De nuevo, como ha ocurrido una y otra vez en la historia de estas pandillas, un espacio que debería corregirlos, ofrecerles otro camino, les ofrecía uno peor. Las mismas preguntas del destino se encontraron los pandilleros apresados en el siglo XXI en El Salvador que los migrantes que arribaron a California en los ochenta: ¿Qué estás dispuesto a hacer para salvar tu vida? ¿Sabés pelear? ¿Estás dispuesto a matar? ¿Serás presa o cazador?

Los seis pandilleros, aún resoplando su miedo, fueron llevados a La Isla, una celda para los que estaban en riesgo. En ese espacio había tres emeeses más. Estaba Spuky de Viroleños. Estaba Cuchumbo de Novena. Y estaba el Diablito de Hollywood, quien en la actualidad, y al menos desde 2008, es el emeese más célebre de El Salvador, la cara más visible de la Ranfla nacional. La Ranfla es un organismo de decisión colectivo que establece las normas generales de la pandilla en El Salvador, pero sería raro, si se hiciera una encuesta donde se preguntara quién es el líder de la MS-13, que la respuesta mayoritaria no fuera el Diablito. Él ya tenía varias idas y venidas dentro de las cárceles, sacándolo de aquí y metiéndolo allá para salvarlo de la muerte que tantas veces lo había arañado. Había sido condenado a treinta años de cárcel por un homicidio doloso en julio de 1998. Con los años, a pesar de estar preso, le llegarían seis procesos más por agrupaciones ilícitas, amenazas graves, tenencia y portación de armas de guerra y homicidio.

El Diablito, a diferencia de Chepe Furia, sí fue brincado con apenas quince años en las calles de Los Ángeles a la clica Hollywood Locos Salvatrucha. Su brinco lo dirigió a principios de los años noventa un pandillero que ahora rondará los cincuenta años, de apellido Sandoval, y de taca Diablón (aunque en las cárceles salvadoreñas, donde permanecía al menos hasta 2017, también le decían Viejo Bigotudo o Sam Bigotes). El Diablito, Borromeo Henríquez Solórzano, llegó desde Estados Unidos a El Salvador siendo apenas un adolescente. Fue acogido por una leyenda pandillera, Ozzy de Coronado. Ambos, siguiendo la lógica de Ozzy, no repitieron las clicas de California, crearon clicas criollas: Harrison Locos, Sanzíbar Locos, Criminal Mafiosos, Big Crazys y Guanacos Criminal nacieron con clecha de Ozzy y Diablito. O sea, Diablito no fundó Hollywood en El Salvador. Chepe Furia, a pesar de haber sido Fulton en Los Ángeles, sí fundó Hollywood.

Eso le traería consecuencias a Chepe Furia, pero mucho después, no en ese momento del año 2000, cuando X encontró en la celda de aislamiento al Diablito asustado, lleno de moretes y con una mano quebrada por los matones de La Raza. El Diablito es ahora mismo uno de los diez emeeses salvadoreños en la lista del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, pero en el año 2000, solo y colérico en aquella celda, era parte de una generación de pandilleros que estaba a punto de empezar su venganza contra los civiles. Habían llegado a un lugar donde no eran victimarios, sino víctimas. No les gustó el rol. Los pandilleros que llegaron en aquellos años a las cárceles salvadoreñas, como todos los que fueron arrestados tras la Misión Hollywood en el occidente, morirían, obtendrían condenas de por vida o saldrían libres años después con una clecha muy respetada en la calle.

Los que estaban en las cárceles, menos de ocho mil presos pandilleros y no pandilleros para el año 2000, estaban por vivir la revancha de las pandillas. Un sistema que había sido gobernado exclusivamente por las mafias de civiles estaba por cambiar. Las masacres seguirían ocurriendo durante toda la década.

Los pandilleros de la clica Hollywood Locos que se quedaron afuera, como el Payaso, eran parte de una clica que quedó raquítica en el 2000. Cinco pandilleros, incluido él, eran todo lo que quedó. Chepe Furia, de nuevo sin decir ni pío, volvió a desaparecer. El Payaso estaba convencido de que su líder se había refugiado en Guatemala.

El Payaso, con apenas dieciséis años, volvió entonces a cerrar un perfecto círculo en la historia. Él, parido por la guerra; él, reclutado para la MS-13 por un exmilitar, decidió que era momento de esconderse. El Payaso, burlándose del destino, se presentó en un

cuartel y dijo:

–Quiero entrar al Ejército.

En la hoja de filiación número 38 del Comando de Apoyo de Transmisiones de la Fuerza Armada de El Salvador consta que: el día 6 de septiembre del año 2000, ante los testigos sargento Sabino Flores Martínez y subsargento Jorge Alberto Martínez Bonilla, se presentó, midiendo un metro con cincuenta y ocho centímetros, de oficio jornalero, de ojos cafés, de piel morena, con cicatriz en la ceja izquierda, y sin presentar ningún documento, el hijo de Jorge García y Blanca Rosa Tobar, el salvadoreño Miguel Ángel Tobar. Ese día prestó juramento a la bandera de la república de El Salvador luego de que se le leyeron las disposiciones que prescribe el Código de Justicia Militar, quedando advertido sobre ese reglamento, sobre el que no le serviría disculpa alguna en caso de deserción u otras faltas y delitos. Abajo, entre las firmas de los militares, unas mal hechas letras M y A, y la impresión de las huellas digitales de sus pulgares dan fe de que consciente de lo que hacía, se había enlistado al Ejército el Payaso de la clica Hollywood Locos Salvatrucha.

En la misma hoja de filiación aparece una fotografía del Payaso. Tiene el pelo al ras y, aunque la imagen es en blanco y negro, gracias a la hechura y a los parches, puede distinguirse que viste el clásico uniforme verde olivo con el que el Ejército peleó la guerra salvadoreña. El hijo de la guerra se vistió de la guerra. La mirada del Payaso hace recordar aquella teoría del inspector Pineda sobre los muchachos antes y después de matar. El gesto no es el gesto de un muchacho. Es el gesto de un hombre rudo. Es el gesto impávido, severo, pétreo, de alguien que ha visto muchas cosas. Cosas terribles. Para este momento, el Payaso era un asesino consumado. A la par de su fotografía en la hoja de filiación se distingue, escrita por el puño y letra de algún militar, una palabra en tinta de lapicero: «Desertor».

Esa palabra, aunque entonces no lo supiera, marcaría la vida entera de Miguel Ángel Tobar.

Miguel Ángel nació un 4 de enero de 1984, y así consta en su documento de identidad, que adquiriría años después de enlistarse en el Ejército, cuando fue mayor de edad. Cuando se presentó por primera vez al cuartel, apenas tenía dieciséis años. No tenía experiencia militar, pero ya llevaba cuatro años siendo pandillero de la MS-13.

En aquellos años no había pruebas de polígrafo relacionadas con las pandillas. Los organismos de seguridad del Estado aún no temían ser infiltrados por ese desconocido virus llamado pandillas. El ministro de la Defensa para el año 2017, David Munguía Payés, recordaría que

«había flexibilidad de agarrar menores de edad en los cuarteles en esos años. Hubo un tiempo, cuando la gente llevaba a los hijos mal portados y se les hacía el favor de agarrarlos». O sea, a pesar de que la ley establece los dieciocho años como edad mínima para enlistarse en el Ejército, el Ejército suele enlistar a muchachos menores.

El Payaso fue enviado, para su entrenamiento castrense, al Comando de Apoyo de Transmisiones en San Salvador.

El Estado salvadoreño entrenó al Payaso, primero, en destrezas básicas para un soldado: marchar, uso de armas largas y granadas, reglamento militar; luego, le enseñaron a manejar y dar mantenimiento a antenas y equipo de radiocomunicación. Durante los primeros tres meses, el Payaso, con fondos de los ciudadanos salvadoreños, perfeccionó su técnica para manejar fusil M-16, ametralladora M-60 y granadas M-67.

El pandillero, que nunca pensó en el Ejército sino como un escondite, empezó a hacer saqueo hormiga. Cada quince días que tenía licencia, salía con las balas de M-16 que cabían en la bolsa izquierda de su uniforme verde olivo. Las balas las cambiaban con otras clicas del país por balas que les fueran útiles a ellos para sus armas o las vendían entre maleantes del occidente. En la bolsa derecha, de cuando en cuando, iba una granada M-67, como la que años después velaría el sueño de él, su mujer y su hija. En una ocasión, al ver que los controles de los almacenes para entrenamiento eran muy relajados, el Payaso se llevó tres granadas en un solo fin de semana. Con mucha decepción descubrió al llegar a Las Pozas que había robado tres granadas de humo. Exceptuando esa ocasión, de los arsenales militares salieron decenas de balas que asesinarían en el occidente.

El saqueo de arsenales militares por parte de soldados que venden armas a pandillas o narcotraficantes ha sido una constante. Entre 2010 y 2017, la fiscalía ha judicializado a más de dos decenas de militares por extraer principalmente granadas M-67 y fusiles M-16, pero también, como ocurrió en 2017, por robar cuatro ametralladoras M-60, con capacidad para disparar quinientas cincuenta balas por minuto, e intentar venderlas a una clica de la MS-13 por tres mil dólares cada una.

El Payaso, cuando salía de licencia, era visitado por los cuatro pandilleros de Hollywood Locos que quedaron en El Refugio y Atiquizaya. Aparecían también unos pocos de Parvis Locos y, con mucha menos frecuencia, de Ángeles Locos. «Puro bicho cagado», pensaba el Payaso. La clica Hollywood Locos aún conservaba el fusil G3 que Chepe Furia había donado como arsenal semilla, tenían una

pistola .357, algunas escopetas calibre 12. El Payaso se anotaba, en sus fines de semana de licencia, en todas las pegadas que su clica tuviera. Sin embargo, cada vez más la unidad desaparecía, los nuevos reclutas de la MS-13 no llegaban. Lo que Chepe Furia levantó, el Payaso lo veía morir.

Tras recibir diecisiete salarios como soldado y pasar casi dieciocho meses de alta, siendo militar y pandillero, orando a la bandera y asesinando en el occidente, el Payaso desertó. Cometió un delito militar que podía constarle entre seis meses y un año de cárcel. A partir del 28 de febrero de 2002, el Payaso dejó de presentarse en el cuartel y volvió a las filas del que siempre fue su verdadero ejército: la Mara Salvatrucha 13.

–¿Ya supiste?

Miguel Ángel escucha la pregunta por el teléfono celular. Está en su solar. Son las nueve de la noche del 10 de marzo de 2012.

–Ya sé. Cayó el viejo hijueputa –responde Miguel Ángel.

Dice que esta noche, a la espera de que algún policía del puesto de El Refugio le dé más detalles, se ha quedado afuera del cuartito, en el corredor, de cara al solar, atento. Dice que tiene la granada cerca y un machete, y que va a montar guardia toda la noche. Lorena y Marbelly duermen.

–La onda se va a poner perra. Ahora sí van a andar el vergo de sicarios tras los huesos del Niño –dice Miguel Ángel hablando de sí mismo en tercera persona.

Asegura que hay un policía más custodiando el solar. Son dos agentes los encargados esta noche de velar por el testigo protegido.

–¿Qué creés que pase? –se le pregunta a Miguel Ángel por el teléfono.

–Ahí solo hay de dos, o vuelve a lograr que el juez lo aliviane y lo suelte, o se va a armar recio en la corte, y el Niño yendo y viniendo a contar toda mierda. Porque el asesinato de Rambito está olímpico que se lo quite de encima, por más conexiones que tenga el hijueputa –responde Miguel Ángel.

Esta tarde fue capturado, por segunda vez, José Antonio Terán, Chepe Furia.

Cayó Furia

Las capturas de Chepe Furia nunca fueron espectaculares como sus huidas. Fueron más bien, y para efectos de contar la historia, decepcionantes.

Aquel 24 de diciembre de 2010, cuando lo capturaron por primera vez, fueron unos soldados que patrullaban rutinariamente en la colonia San Antonio quienes lo encontraron echado en la tiendita junto a su padre. Esta vez fueron unos policías de seguridad pública los que tuvieron la suerte. Ni los sabuesos del inspector Pineda ni ninguna unidad especializada de inteligencia dieron con uno de los

más buscados de aquel entonces. A pesar de que ya había información de inteligencia que lo ubicaba en el lugar donde lo capturaron, aún no había ocurrido ningún operativo.

El 10 de marzo de 2012, justo un año después de que el inspector Pineda recibiera la orden judicial de recapturar a Chepe Furia, de ignorar la extraña decisión del juez Salinas, un par de policías creyeron ver algo raro. Ellos patrullaban cuando un hombre los vio y corrió. Si el hombre no hubiera corrido, dirían después los agentes a sus compañeros, no habrían corrido ellos tras él ni hubieran pensado en capturarlo. Total, era un señor con el pelo gris, la barba gris y ningún aspecto de pandillero.

Pero el hombre corrió.

Los policías lo siguieron y lo detuvieron antes de que lograra entrar a la casa donde se estaba hospedando. Era una casa en la colonia Bella Santa Ana, una colonia de clase media en el departamento de Santa Ana, a menos de treinta minutos de Atiquizaya.

El hombre, ofuscado, intentó decir que todo era una confusión, que él solo llevaba prisa. Lo dijo con amabilidad, sonriendo. Los policías esculcaron su cartera en busca de un documento de identidad. Fue entonces cuando supieron que, sonriente y agitado, tenían enfrente a Chepe Furia, el prófugo más buscado del occidente.

Los policías lo esposaron y pidieron refuerzos. Como lo capturaron en flagrancia, los agentes se supieron con el derecho de revisar la casa. Adentro encontraron una carabina 3030 con diecisiete cartuchos, dos escopetas calibre 12 y munición para una pistola .25.

La casa no estaba a nombre de ningún pandillero ni de ninguna persona vinculada con las pandillas. Pertenecía a un empresario que es dueño de un restaurante flotante en el lago de Coatepeque, una barcaza de dos pisos que flota por el lago santaneco con mesas y meseros que reparten cocteles de camarón, pedazos de carne asada y cervezas.

Chepe Furia fue llevado a las bartolinas de la Delegación de Santa Ana.

Cuando supo de su detención, el entonces jefe policial de toda la zona occidental, el comisionado Douglas Omar García Funes, mejor conocido como Carabinero, fue hasta las celdas. Quería conocer en persona al mítico pandillero, del que incluso el ministro de seguridad habló, diciendo que se trataba de un capo.

–Es increíble lo astuto que es –diría Carabinero meses después–, cuando lo escuchás hablar casi te convence de que él no es nada más que un empresario. Todo lo pide por favor, te saca conversación, me dijo que nosotros éramos colegas, que él había sido policía nacional.

Chepe Furia fue enviado al penal de San Francisco Gotera, en el departamento de Morazán, la otra punta del país. Un policía de la División Central de Investigaciones asignado a prisiones aseguró, bajo condición de anonimato, que Chepe Furia no fue nada bien recibido por el líder de esa prisión, Walter Antonio Carrillo, un pandillero de cuarenta años conocido como Chory, de la clica Fulton Locos Salvatrucha. Según la fiscalía, las conexiones de Chory llegaban hasta Maryland, Estados Unidos, donde también coordinaba actividades criminales. Chory era uno de los líderes nacionales de la pandilla, y uno de los hombres más fuertes del occidente del país, pues su clica tenía más de cuarenta miembros, fusiles automáticos y relaciones con grupos de tráfico de droga hacia Guatemala que operaban en esa ruta, conocida como El Caminito, un atajo para los narcotraficantes que no quieren que su producto entre a Guatemala vía Honduras. La sede más importante de la clica Fulton era Nueva Concepción, un municipio apenas a treinta kilómetros de Atiquizaya.

El inspector Pineda llegó a definir la nueva situación de Chepe Furia con gravedad: «Dicen que cada vez que lo ve Chory le da verga», dijo en aquellos meses.

El inspector Pineda y dos agentes de inteligencia policial aseguraron que el problema de Chepe Furia con la pandilla era que él había manejado a la clica Hollywood Locos como si fuera su particular grupo de sicarios. «No reportaba ganancias a la pandilla ni al programa de la zona occidental», dijo un agente del Centro de Inteligencia Policial. «En la calle era jodido tocarlo, porque Atiquizaya y los alrededores eran su zona, pero ya en la cárcel era otra onda», dijo un oficial de la División Élite contra el Crimen Organizado de la policía.

Chepe Furia estuvo a punto de ser salvado de su nueva situación. El juez Salinas, el mismo que lo soltó anteriormente, trató de liberarlo de nuevo. Por segunda vez, intentó dejar en libertad a un hombre que había huido dos veces. El 20 de agosto de 2012, cuatro meses después de su recaptura en la colonia Bella Santa Ana, el juez Salinas decidió que no había pruebas de que Chepe Furia fuera un líder de la Mara Salvatrucha y lo exoneró del cargo de asociaciones ilícitas. Este juez concluyó que lo mejor era soltar al dos veces prófugo.

Sin embargo, esta vez las exóticas decisiones del juez Salinas no terminaron con Chepe Furia libre de nuevo. El inspector Pineda había logrado que una unidad especializada de la fiscalía se interesara por el caso de Rambito. Al fin y al cabo, era el asesinato de un informante de la policía, y había dos investigadores policiales involucrados. La Unidad de Crimen Organizado de la fiscalía tomó el caso y acusó a

Chepe Furia, el Extraño y Liro Jocker del asesinato de Rambito. Pero esta vez, gracias a que el cuerpo apareció a ciento noventa kilómetros de Atiquizaya, la acusación fue presentada en la otra punta del país, en el Juzgado Especializado de Crimen Organizado de San Miguel.

Pero no solo eso. El intento del juez Salinas fue tan burdo que una vez más la Cámara Especializada en Crimen Organizado tuvo que rehacerle la plana. Esta vez, con mucho más énfasis. Esa instancia superior le recordó al juez Salinas que según el testigo del caso, o sea Miguel Ángel Tobar, Chepe Furia «facilitaba armas, era un cerebro que tiene nexos con la policía... sale constantemente del país a Guatemala para hacer contactos de droga y armas». La Cámara también recordó que el testigo «ha formado parte de dicha agrupación y ello implica que le consta lo actuado». Dicho esto, la Cámara ordenó al juez Salinas que se olvidara de su sobreseimiento a favor de Chepe Furia y que pasara el caso a la siguiente instancia sí o sí.

Chepe Furia permanecería preso y se enfrentaría a los cargos de asociación ilícita y homicidio agravado.

Miguel Ángel Tobar era entonces más importante que nunca.

En 1917, en el corazón del occidente salvadoreño, nació Ernesto Interiano, la Leyenda. *Como buen salvadoreño, se sabe quién fue su madre, pero sobre su padre solo hay especulaciones de mercado y callejón. Algunas viejas historias hablan de un farmacéutico de Guatemala, otras de un militar. Nadie sabe a ciencia cierta el origen de la simiente. Cuando Milagro Interiano, la madre de Ernesto, ya no pudo ocultar la prominente panza ante los ojos terriblemente meticulosos de la pequeña y aburguesada élite cafetalera de Santa Ana, su padre decidió encerrarla en la parte de atrás de la enorme casa, junto a las sirvientas indígenas y los mozos de caballos.*

Así vivió la joven Milagro su embarazo, como las princesas antiguas o los dementes del Medievo, refundida en lo más oscuro de la gran casa, como una vergüenza familiar. Ahí dio a luz a su hijo, su único hijo. En medio de las comadronas indígenas y las sirvientas de la casa grande, recibido por manos callosas y artríticas, celebrado con tragos de guaro de caña y aplausos por parte de los mozos de cuadra, llegó al mundo Ernesto Interiano.

Ahí se crio, hasta que en buen día, su abuelo, conmovido, les dejó vivir a ambos en la casa, regresar a la familia Interiano. Con esos años de castigo, el honor de la familia no quedaría tan macerado.

Regresaron las ropas francesas para Milagro y su hijo, las comidas exquisitas en mesas de caoba y cedro. Pero Ernesto ya no pudo desprenderse de lo que absorbió en las estancias de los sirvientes. Toda su vida tiró hacia la calle, hacia los burdeles y las palabrotas. De adolescente, ordenaba hacer comida que luego repartía entre los mendigos y las viudas de las plazas. Dicen que sus primeras palabras fueron las que le enseñó su nana indígena, Teresa Pushagua. Palabras náhuatl. Palabras prohibidas en esos años.

Los mendigos me amaban*, titularía un libro el biógrafo de Ernesto, Carlos Consalvi.*

Desde muy joven, Ernesto tuvo problemas con la ley. La Guardia Nacional envenenó a Satanás, su perro, y eso le marcó la vida. Días después, recogió los cadáveres de perros asesinados y los lanzó frente al cuartel de la guardia: «A ver si chucho [perro] no come chucho», les gritó.

Cuando mayor, tuvo problemas un día sí y otro también. Lo acusaron de hostigar a la ley y estuvo preso en varias ocasiones. Se hizo de enemigos a los que siempre derrotó. Era un gran tirador. Pero su último enfrentamiento fue contra un enemigo demasiado grande, demasiado

poderoso.

En 1943 Ernesto cerró el pasó a Samuel Álvarez, miembro de una de las familias más poderosas y más adineradas de El Salvador, y enemigo de Ernesto. Pero en el carro de Álvarez venían dos policías de la seguridad personal del dictador golpista Maximiliano Hernández Martínez, el mismo que ordenó el exterminio de los indígenas en 1932 en todo el occidente salvadoreño.

Se armó una balacera. Ernesto asesinó a uno de ellos y huyó hacia los montes. El gobierno lo volvió el John Dillinger salvadoreño al llamarlo «el enemigo número uno».

Venció a los guardias nacionales en sus enfrentamientos en los cafetales de Santa Ana en varias ocasiones. A bordo de su Chrysler era imparable. Antes de hundirse de lleno en la clandestinidad, pasó recogiendo a sus dos amores: Clara Tobar, un apellido común en occidente, y a su hija Miriam Interiano. Con su joven mujer, su niñita y sus armas, se perdió entre los cafetales de occidente, cerca de Atiquizaya.

A pesar de los retenes y los operativos, nunca pudieron arrestarlo. Pero el dictador encargó de su caza al mismo que encargó de eliminar a los indígenas en 1932: el general Calderón, su perro de la guerra. Este encontró el punto débil de Interiano. Su madre. Su solitaria y apesadumbrada madre. El general Calderón rodeó la casa de la señora y no dejó que entraran alimentos ni que saliera nadie. Si Ernesto no aparecía, condenaría a su madre a morir de inanición.

Ernesto apareció una noche de ese turbulento 1943, orgulloso, con sus botas de cuero y su revólver al cinto, cuenta la leyenda. Quiso saltar el muro que de la casa da a un callejón oscuro, pero la bala de Félix González, campeón de tiro olímpico salvadoreño, lo alcanzó. A Félix lo habían contratado para dar muerte al célebre bandido. Ernesto, herido de muerte, alcanzó a matar al tirador, dejando al equipo olímpico salvadoreño sin su mejor cuadro, y a un montón de policías y guardias nacionales asustados, buscando resguardo de las balas de la mejor pistola del occidente.

El cuerpo de Ernesto fue acribillado por los guardias del dictador. Solo en la cara, Ernesto tenía dieciséis orificios de bala. Su madre y las criadas indígenas tuvieron que rellenar el cuerpo con pétalos de rosa y viruta de cedro real.

Ganó el dictador. Lloraron los mendigos. Se impuso el orden militar en el occidente salvadoreño. Pero el Estado no contaba con que llegarían decenas de mendigos, ladrones, prostitutas y mercaderes a untar trapos con la sangre de Ernesto Interiano, a hacerle altares, a invocarle en sesiones de espiritismo, a encender candelas en medio de la noche y pedirle favores a cambio de ofrendas de tragos y balas. El dictador fue derrocado un año

después, por una huelga masiva y unos militares descontentos. Huyó a Honduras y ahí fue asesinado de muchísimas puñaladas por su chofer, veintitrés años después del asesinato de Ernesto.

En el occidente salvadoreño ni siquiera la parte espiritual está desligada de las balaceras y los bandidos. Esta región fue regada con sangre y así floreció.

La hija de Ernesto, Miriam Interiano, la niña que huyó con él, años después de la muerte de su padre, se volvió hippie. Era un verdadero símbolo de la rebeldía juvenil, y enamoró al militar más temido de los años setenta, el padre de la represión moderna, el general José Alberto Chele *Medrano, creador del grupo paramilitar Orden. Después de conocer a la hija del bandido Ernesto Interiano,* el Chele *Medrano dejó el Ejército y se dedicó a las drogas y la bohemia, hasta que fue asesinado por la guerrilla frente a su casa mientras gritaba, desconsolado, en medio de una alucinación nocturna*.

Pareciera que la sangre de Ernesto sería la condena de los grandes militares salvadoreños y el inicio de una tradición aún viva en el occidente de espiritismo nacional.

En el bajo mundo, alguna gente sigue prendiendo candelas en medio de las noches tormentosas, invocando su espíritu y pidiendo favores imposibles al bandido más amado del occidente salvadoreño, Ernesto Interiano.

–¿Vos sabés lo que significa un cabro macho, negro, a las doce de la noche? –pregunta Miguel Ángel sentado en un pedazo de silla en el solar; es mayo de 2012–. Es Satanás. No es otra cosa sino Satanás. Es el diablo. Y es que algo quiere –dice muy seguro mientras camina enrollando un cigarro de marihuana. Está sin camisa. Se le marcan las costillas, pero se ve vigoroso y macizo a pesar de los parches blancos de desnutrición esparcidos por su torso.

Miguel Ángel tiene antenas alrededor de la Mara Salvatrucha 13. Son jóvenes que lo admiraron siendo pandillero y que ahora lo ven como una figura extraña dentro del mundo de pandillas, como el gran traidor, el hombre que se rebeló contra La Bestia y sigue con vida.

Una de estas antenas es el Topo, salido de la prestigiosa clica Victorias Locos Salvatrucha, que tiene su nicho a pocos kilómetros de El Refugio, siempre dentro del occidente salvadoreño. Es un hombre de pocas luces. Nada que ver con la agilidad mental iletrada de Miguel Ángel. El Topo habla lento y poco. Sus años en la pandilla no lograron borrar esa ingenuidad campesina y ese hablar cadencioso y aletargado. Ronda los treinta años, es moreno y alargado, considerablemente más alto que el chaparro Miguel Ángel. Tiene un MS gótico tatuado en el brazo. Está retirado desde hace doce años. La pandilla ha tolerado su alejamiento, asegura que no ha participado en misiones, pero se corren rumores entre policías de que le han decretado luz verde, la pena de muerte irrevocable de la pandilla. Por cobarde, por querer calmarse.

El Topo llega con frecuencia al solar de Miguel Ángel. Fuma marihuana con él, comen tortillas y hablan de La Bestia y de cómo los busca para llevárselos. Las visitas del Topo dejan a Miguel Ángel cavilando unos días sobre ese esoterismo que rodea las cosas de la pandilla: cabros, diablos, cachos, tufos. Los policías del puesto se dan cuenta de la presencia del Topo. No les agrada nada esa visita, pero no les importa lo suficiente como para mover un dedo para impedirla. A lo mucho, lanzan miradas de desprecio sobre el Topo. Lo que en Estados Unidos sería un escándalo, un expandillero visitando al testigo que está encarcelando a líderes de la MS-13, en El Salvador es algo sin mucha importancia.

Cada año, la UTE lidia con unas mil personas con algún tipo de protección: testigos blancos, que solo presenciaron un crimen;

víctimas corajudas que deciden denunciar en el país más homicida de la tierra; y traidores como Miguel Ángel. Estos últimos son la minoría, unos cincuenta cada año, pero son los más apreciados por la fiscalía. No vieron solo un crimen, conocen cómo se planificó y cuántos de los que no jalaron ningún gatillo fueron también perpetradores. Participaron en la mayoría de los crímenes de los que hablan. El trato de las autoridades a estos criminales confesos, como ya se ha visto en las visitas al solar, es muchas veces lejano, por decir poco. Una canasta enviada y nada más.

«A veces me toca andar detrás de los visitadores médicos para pedirles que me regalen leche», explicó en junio de 2013 Mauricio Rodríguez, director del área de protección de víctimas y testigos de la UTE, cuando se le preguntaba por su presupuesto. Rodríguez, en esa misma conversación, recordó que en una ocasión fueron capacitados por un miembro del Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos, los encargados de ejecutar las disposiciones de las cortes de ese país, entre ellas la protección de testigos. El alguacil le explicó a Rodríguez que el programa de Estados Unidos incluía mover de estado al testigo y a su familia, darle al menos un año de capacitación en algún oficio, mientras se adaptaba, ponerle casa, darle alimentación, un salario mensual y cambiarle identidad. Rodríguez imaginó qué pasaría si él tuviera esos recursos y sonrió ante la escena. En El Salvador, por ley, la UTE no puede entregar efectivo, no puede cambiar identidad a nadie y solo en casos muy especiales sigue dando protección a los testigos una vez terminan su proceso. En la mayoría de casos, terminado el criterio, termina la protección, termina la canastita. «A la calle a comer mierda, a tratar de sobrevivir», explicaría con sus claras palabras el inspector Pineda en una ocasión.

Decenas de testigos criteriados han sido asesinados en El Salvador debido a esas condiciones de infantiles controles de seguridad.

Para muestra, un botón. En mayo de 2016, se le pidió al juez a cargo del Juzgado Especializado de Sentencia A que hiciera memoria de cuántos casos había tenido que cerrar por desaparición del testigo protegido solo en su oficina. Ese juzgado es uno de alto riesgo, especializado en crimen organizado y se ubica en el principal centro judicial de El Salvador, el Isidro Menéndez. Es la meca de la justicia salvadoreña, por así decirlo, donde llegan los casos más complejos, armados por unidades élites de la fiscalía y la policía. La meca de la injusticia salvadoreña, diría alguien sarcástico. El juez, en solo tres días, haciendo memoria de los cinco años anteriores, logró entregar siete expedientes de juicios que hablaban de doce testigos protegidos desaparecidos. La vaguedad con la que se consignaban las

desapariciones es muy elocuente para definir el interés con el que se cuida a los que se les prometió protección a cambio de la traición: «es imposible localizarlo», «imposibilidad de localizar a los testigos», «nadie dio referencia de sus paraderos», «no localizados», «se desconoce su paradero», «falleció», «no se presentó», «no se logró su ubicación».

Muchos se regocijan de que Viejo Lin, líder nacional del Barrio 18 Sureños, esté tras barrotes, pero pocos recuerdan a Luis Miguel, el criteriado que lo delató. Puede ser un alivio para muchos salvadoreños que Chino Tres Colas, también líder de esa pandilla, esté tras barrotes, pero pocos saben de Zeus, Apolo, Orión, Aries y Neptuno. Fue noticia nacional el juicio contra los trece pandilleros acusados de veintidós homicidios en Sonsonate, conocidos como los Embolsadores, por empacar pedazos de sus víctimas en bolsas negras, pero nadie agradeció a Raúl; ni tampoco a Zafiro y Topazio por resolver la masacre de Las Pilitas, o a Daniel, por explicarnos cómo operaba la banda los Sicarios en el oriente del país, conformada en parte por policías. Quién sabe cuántos han dejado de morir en el occidente gracias a que la mayoría de la clica Hollywood Locos Salvatrucha guarda prisión, pero casi nadie, aparte del inspector Pineda, se preocupa de la seguridad de Yogui, Miguel Ángel Tobar. Los criteriados viven en la desidia. Los ocupan cuando el juicio avanza y luego quedan encerrados viviendo miserablemente entre policías que en muchos casos los detestan.

–A mí de solo oírlos hablar [a los criteriados] me da diarrea. Malditos. Yo no voy a andar cuidando a ese vergo de vagos –expresaba ese odio en 2013 un investigador de la policía encargado, en parte, de obtener confesiones de criteriados.

Volviendo a este mayo de 2012 en el solar, Miguel Ángel cuenta lo que el inspector ya había adelantado: hace unos días, el Topo visitó el solar de Miguel Ángel. Esta vez llegó apesadumbrado y sin ver a los ojos de su colega.

Miguel Ángel se jacta de conocer algunas claves del mundo esotérico. Dice saber algo de brujería y de haber visto alguna vez *El libro negro*, una leyenda entre estos pueblos que habla de un libro maldito, antagónico a la Biblia.

En esta región es muy común la mezcla de tradiciones indígenas con cultura católica. Alguna gente invoca a los espíritus de bandidos antiguos, brujos prominentes del pasado, para pedir favores y dar ofrendas, y luego van a misa y se consideran fervorosos católicos.

–Topo, yo lo veo que trae algo atravesado que le atormenta el alma. Venga, le voy a hacer la prueba de las candelas –dijo Miguel Ángel al

cabizbajo expandillero.

Lo metió a un cuarto, encendió varias candelas, dijo algunas palabras y miró fijamente a los ojos del Topo.

–Las velas no mienten, Topo. Usted trae algo contra mi persona. Hable –ordenó Miguel Ángel dentro del cuartito de su solar.

Topo confesó que La Bestia le había pedido sangre amiga. La sangre de Miguel Ángel. Le contó con detalle como Mafioso, un emeese de la clica Pride Gangster Locos Salvatruchos, una de las pocas de Chalchuapa, le había pedido que lo entregara para matarlo.

Miguel Ángel no atacó a Topo, no le hizo daño. Pero le dijo que tuviera cuidado. Que él podía darse cuenta de estas cosas y anticiparse. Le recomendó que siguiera hablando con los emeese y luego le contara todo. En pocas palabras hizo un ejercicio clásico de contraespionaje.

Nuevamente la pandilla falló. El sicario que les traicionó y que ahora persiguen terminó persiguiéndolos a ellos.

Miguel Ángel Tobar era un hombre audaz, ingenioso, determinado cuando le tocaba fingir. Era un experto timador, domador de fieras, capaz de obtener las verdades que necesitaba para sobrevivir y, más aún, de caminar a sicarios expertos hacia su propia muerte. Caminar a hombres hacia su muerte es algo que marcó su vida. Así traicionó a su pandilla para vengar a su hermano. Así obtuvo la que sería su taca hasta la muerte.

Muere el Payaso, nace el Niño

Marzo de 2004. Es el mes más caluroso de El Salvador. Dos meses más y llegan las lluvias, y con ellas los zancudos y sus maldiciones: la chikungunya, el dengue, el zika. Pero en marzo solo hay calor. Es un aplastante y húmedo calor que parece un hálito subterráneo.

El Payaso tenía veinte años y era un miembro importante de una clica que no solo había crecido, sino que se había rodeado de otras clicas del occidente salvadoreño. Por esos días, justamente esas clicas de la MS-13 del occidente atravesaban un problema, uno muy molesto.

Un pandillero de la clica Hollywood Locos había sido asesinado. Cirilo, uno de los históricos, de la generación de los niños de nadie, fue baleado hasta la muerte. Cirilo había sido enviado, junto a otro emeese apodado el Caballo, a asesinar a un dieciochero de Chalchuapita. Tras la misión, solo regresó el Caballo. Dijo que habían matado a un chavala y, sin decir nada de Cirilo, el Caballo se perdió

unos días. Efectivamente había un cadáver en Chalchuapita. Días después, los emeeses se dieron cuenta de que era el cadáver de Cirilo.

Los palabreros de las distintas clicas hablaron. Los de las clicas de la costa de occidente dijeron haber perdido *homeboys* de una forma similar, siempre en compañía del Caballo. Atar cabos fue sencillo. El sistema de inteligencia de la MS-13 se nutre del chisme del barrio, del «yo escuché que». Indagaron. Pusieron sus ojos sobre el Caballo, sus oídos para saber más de él.

Así supieron que entre ellos había un sicario que jugaba en los dos bandos, un hombre que mataba tanto de un lado como del otro.

Este hombre cruzó líneas infernales. Lo suyo no era ya contraespionaje, era algo muy parecido a la locura. El Caballo llevaba en el pecho la M y la S, pero en sus muslos el 1 y el 8. Como si estuviese dividido entre dos fuerzas. Algo que en la actualidad sería inconcebible, en los primeros años de las pandillas en El Salvador no era imposible de entender. El Caballo había jugado en las dos trincheras. Cuando los tatuajes parecían adornos y las pandillas un juego violento sin más perspectiva que el ahora, ese muchacho había querido adornarse y jugar más de la cuenta.

El Caballo había matado dieciocheros. El Caballo había matado emeeses. Todo apuntaba a esa verdad. Pero la confirmación no importaba. El tatuaje, a esas alturas ya era suficiente traición. La decisión estaba tomada. El Payaso no sabía cómo la pandilla se había enterado del absurdo de las tintas en la piel del Caballo, pero él era un soldado fiel. Ordenaba La Bestia, ejecutaba el Payaso.

En la MS-13, dijeron al Payaso, el Caballo usaba ese nombre; en el Barrio 18, otro. Si lo del Caballo era locura o temeridad nunca se sabrá, no queda claro cómo empezó en este juego macabro en donde sangraba paralelamente a dos familias criminales, a dos Bestias. Lo que queda claro es cómo terminó.

El encargado para esta misión que devolvería el honor a la MS-13 de occidente fue el joven Payaso de la clica Hollywood Locos, pupilo aventajado de Chepe Furia. A sus veinte años, había afinado sus formas y sus mañas de sicario. Misión Hollywood le enseñó muchísimo. La clica confiaba en la muerte encargada a él. El Payaso recibía una misión de honor. El prestigio de sus *homies* estaba en sus manos.

La misión no era sencilla. Debía asesinar a un asesino. Debía caminar a un caminador. Los ojos de la MS-13 de occidente estaban sobre el Payaso. Esta vez no se trataba solo de demostrar violencia, sino astucia.

El Payaso comenzó por ganar la confianza del Caballo. Le dejaba

llegar a su casa. Ahí, el Payaso tenía montada una pequeña panadería artesanal, algo mínimo, coartada para los ojos de la autoridad, centavos para su bolsillo, el bolsillo de un pobre. Ofrecía panes al Caballo. Le regalaba marihuana y guaro Cuatro Ases. Pasaban horas solos, hablando entre el humo de la hierba y el sofoco del clima, como dos apaches en paz.

La estrategia del Caballo, para disipar sospechas entre los *homeboys*, fue apuntarse a todas las misiones, asesinar cuando le ordenaban hacerlo. La muerte se le había vuelto un vicio y ese vicio fue su perdición.

–Mire –dijo el Payaso–, tenemos información de por dónde van a pasar dos chavalas, el Viejo y el Rábano de la cagada [Barrio 18].

El Payaso mintió. Lo hizo con astucia. Sabía que ambos pandilleros tenían que ser conocidos del Caballo. Ya en una ocasión, la MS-13 había mandado al Caballo a matar al Rábano, y apenas le hirió los pies. La Hollywood Locos lamentó mucho el error del Caballo. Cuando se enteraron de que no fue un error se enfurecieron. El Payaso no tenía órdenes de matar, sino de asentar una lección, crear precedente.

El Caballo aceptó ir a terminar lo que empezó con el Rábano. El Payaso le entregó una pistola .38. El Payaso dijo que allá en el monte, miembros de Parvis Locos se unirían a la pegada, y llevarían las balas. Caminaron juntos por veredas, cerca de Atiquizaya. Iban en silencio. De pronto, el Payaso cambió la ruta original.

–Por aquí van a caminar esas chavalas –dijo el Payaso.

Caballo se notaba nervioso.

–¡Coc! ¡Coc! –hizo el Payaso chasqueando la lengua.

Aparecieron más de cinco pandilleros de Parvis Locos, esa clica hermana de la Hollywood Locos, nacida en Los Ángeles con el nombre de una calle, Park View. Todos llevaban machetes

–Dame el cuete, no tiene balas– dijo el Payaso al Caballo. Este último comprobó si era cierto en un acto pasivo de última esperanza, y luego obedeció.

El ritual empezó.

Sujetaron de los brazos al Caballo, con la tranquilidad de los sacerdotes al partir la ostia. No hubo resistencia. Era el monte. El Caballo había sido caminado. Le pusieron cinta aislante en la boca. Lo hincaron en el suelo fértil del occidente salvadoreño, que ya ha absorbido tanta sangre.

El Payaso le cercenó las orejas, y la cara del Caballo se manchó de sangre.

–Hoy nos vas a decir a cuántos *homeboys* le has pegado, hijueputa –dijo el Payaso, entregado a su papel de maestro de ceremonias.

Le pusieron torniquetes en los brazos y las piernas. Es sorprendente lo que pueden saber unos jóvenes pandilleros sobre anatomía cuando se trata de matar. Los torniquetes eran para que no se desangrara con tanta rapidez.

Le arrancaron a machetazos los brazos.

Le arrancaron a machetazos las piernas.

A eso los pandilleros le llaman corte de chaleco.

La Bestia pedía más.

–Ya, *homeboy*, deme un bombazo en la cabeza –suplicó lo que quedaba del Caballo.

–¿Y a vos quién te ha dicho que nosotros somos tus *homeboys*? Te vas a morir como La Bestia manda –respondió el que por pocos minutos más sería el Payaso.

Le quitaron la lengua.

Le quitaron los ojos.

El pedazo de carne que fue el Caballo entraba y salía de la inconsciencia. El sicario se retorcía, pero ya no podía ni suplicar a los otros sicarios.

El Payaso estaba entregado. Tenía un cuerpo y miles de posibilidades. Entraban fierros, salían órganos. Se invocaba a La Bestia. Lo que los primeros mareros, los *stoners*, hacían con los cuerpos muertos en los cementerios californianos, el Payaso lo hacía con el cuerpo vivo de un traidor. Los círculos son fuertes en la vida de este hombre.

Los demás pandilleros dejaron de participar en la carnicería, se alejaron de ese desorden humano y observaron en silencio. Era el Payaso contra esa carne. Algunos miembros de Parvis Locos se fueron. Esto era algo muy diferente a matar. Los que se quedaron vieron la parte final.

Los despojos del Caballo despertaron, o eso parecía. Ya no podía ver, no tenía ojos; ni hablar, no tenía lengua. Pero roncaba, un silbido atragantado, un sonido entrecortado y gruñón. La vida es fuerte, es obstinada, se resiste a irse rápido.

El Payaso metió el machete despacio, con cuidado, sintiendo los latidos en la empuñadura. Abrió. Una herida limpia a la altura del abdomen. Sacó el machete y metió la mano, igual, con cuidado. Apretó entre sus dedos un corazón ajeno, débil.

–Así nacen y así mueren. Le he hecho una operación como las que hacen para sacar un niño. Así que de ahora en adelante ya no soy el Payaso, aquí nace el Niño de Hollywood –proclamó el Payaso, mientras observaba fijamente el corazón ajeno.

Desde ese día hasta el de su propia muerte, Miguel Ángel Tobar

sería conocido como el Niño de Hollywood.

SOLAR IX

El doctor titulado en la Universidad de Oxford Yuval Noah Harari explica en su libro-ensayo *Sapiens. De animales a dioses* que lo que nos define como especie, y lo que realmente representó una verdadera ventaja sobre otras especies de homínidos coetáneos a nosotros, fue la capacidad de crear figuras ficticias, de crear mentiras y creérnoslas de forma colectiva. Un colectivo es una figura ficticia, porque no tiene que ver con los miembros –estos pueden cambiar– ni con un lugar –este puede destruirse–. El doctor Harari dice que nuestro éxito como especie tuvo que ver con la posibilidad de generar ideas, ideas complejas que devinieron en cosas como Estados, religiones, guerrillas. Así gobernamos el mundo. Fue una ventaja que nos permitió sacar de la historia a nuestros hermanos y primos genéticos. Se trata de ideas que permiten a un individuo alinearse en función de una misma causa con otras personas que no conoce y que jamás ha visto.

La Mara, La Bestia, no existen. Son ideas muy complejas que hacen que unas personas dañen a otras. Son creaciones. La historia está plagada de estos casos. Los individuos generalmente lo hacen sin reflexionar, atacan, motivados por la convicción de algo que de facto no existe y no tiene un arraigo material. Lo hacen y lo hacen de formas muy jodidas.

Miguel Ángel es de esos individuos que reflexionan, que sesudamente se preguntan por qué, por qué, por qué. Ahora puede hacerlo, ahora está en su solar. En estos días de mediados de 2012 tiene tiempo. Lleva casi tres años encerrado en este solar. Miguel Ángel se queda afuera fumando su hierba por las noches, escrutando las estrellas y la oscuridad, a veces trepado en el muro perimetral, agazapado como un gato, sintiendo esa brisa fresca y nocturna con olor a caña quemada del occidente salvadoreño. Adentro de la casucha duermen su mujer y su niña. Miguel Ángel piensa, se pregunta cosas mientras mira las estrellas. Se pregunta por qué tantos tuvieron que morir por su mano. Casi a ninguno lo conocía lo suficiente para odiarlo de verdad. Se pregunta si lo que hizo al Caballo está justificado, si realmente valió la pena atravesarle la cabeza de un tiro a un mototaxista que no conocía, si estuvo bien meterle esos balazos a la prostituta de aquel salón de Atiquizaya. La cabeza se le despeja y se le vuelve a enredar. Fuma marihuana. Sabe que esa idea ficticia, la

MS-13, ahora lo busca para matarlo, pero por otro lado sabe que eso que lo busca para asesinarlo no es la MS-13.

–Si el Barrio tiene espinas, yo soy la espina del barrio –dijo una vez a los pandilleros que trataron de amenazarlo desde el penal de Ciudad Barrios.

Sin haber leído a Harari, Miguel Ángel sabe que él es tan dueño de esa idea ficticia como los sicarios que lo amenazaban. Y por eso a veces se dice, a pesar de todo lo que ha ocurrido, miembro de la Mara Salvatrucha 13 y enemigo de la «diecihoyo».

Los porqués, después de dar vueltas por ese círculo vertiginoso de su vida, se convierten a veces en conclusiones y brindan a Miguel Ángel explicaciones sobre su vida, sobre La Bestia, sobre la Mara, y sobre esa guerra frenética con el Barrio 18. «Los cagados –dice–, los uno caca, los panochas, los uno hoyo.»

–La profecía del Barrio –recita con la convicción de un monje tibetano que ha encontrado el camino a la verdad después de mucha meditación– es una mierda bien paloma. La Mara es un principio, nosotros llevamos el primer nombre del diablo que fue Satanás, cada uno de los que está sellado con la Mara Salvatrucha 13 está sellado con el diablo. Somos almas entregando almas, enredadas en una misma pita. La diecihoyo es un final que nunca terminó. Esa es la guerra de pandillas. Nunca va acabar. Eso es la guerra de pandillas. Un principio que nunca comenzó contra un final que nunca terminó.

Dice eso convencido de haber entendido su vida y de explicarla con gran claridad. Lo dice con los ojos bien abiertos, la frente hacia el cielo y la mirada hacia abajo, sosteniendo las palabras, haciendo pausas dramáticas. Lo pronuncia como se pronuncia una verdad sagrada.

La conclusión a la que llega el sicario, despojada del intrincado misticismo oscuro, habla de círculos, de violencia cíclica, habla de algo que nunca va a terminar porque no tiene un punto de llegada. A los académicos que trabajan sobre pandillas les tomó décadas entender esto. A Miguel Ángel, lo que lleva de vida.

Hay sangre en el pozo de Turín

Es invierno de 2004. Llueve, pues. Llueve al final de días infernalmente calurosos. El Niño de Hollywood transita por el occidente casi como un pandillero desamparado. Su clica se creció después de las dos fases de Misión Hollywood. En la primera, eliminaron a los que creían tibios y los cobardes, chicos que no

quisieron subirse al carro de la Mara Salvatrucha 13 cuando empezó la caravana de la muerte. En la segunda, se lanzaron de frente contra las huestes de Moncho Garrapata, en el centro de Chalchuapa, Chalchuapita y la Periquera. Sin embargo, eso atrajo la atención de la policía.

La policía lanzó un operativo llamado Operación Hollywood. Era una forma de atacar a una clica furiosa que no se limitaba a pequeñas escaramuzas y asesinatos dispersos. En este operativo cayeron los pesos pesados de la clica. Uno de ellos fue Guillermo Solito Escobar, el ex Meli Meli 33. Su taca era el Extraño, mano derecha de Chepe Furia y, para fines prácticos, líder de la Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya mientras estuvo libre, y Chepe Furia ausente. Junto a él cayeron decenas más en esos operativos. Algunos otros decidieron huir de la zona.

A los que quedaron, el Niño los dirigió al camino de La Bestia. Volvió a poner las reglas claras en la zona.

La MS-13 fue más objetivo para la policía que el Barrio 18. Sus muchachos eran más sanguinarios. Su líder los había sabido enardecer. Eran, además, más numerosos. Pero luego de tanta huida y arrestos, el control de la clica se había diluido. El exsoldado Miguel Ángel Tobar había vuelto a ser plenamente el Niño de Hollywood y lo que veía le parecía inverosímil.

Un dieciochero de Chalchuapa, por ejemplo, un guerrero durante la batalla pasada, llegaba, a lomo de caballo, a comprar marihuana a Atiquizaya.

«Bien al suave», pensaba el Niño, indignado, incrédulo ante lo que veía.

Organizó a los adolescentes y esperaron al jinete. Cuando el dieciochero llegó, el Niño le disparó. El hombre cayó del caballo y entonces los adolescentes llegaron, hambrientos, con los machetes que les había comprado el Niño, a ganar un poco de estatus. Las reglas, poco a poco, se reestablecerían. Estos eran terrenos de la MS-13; aquellos, del Barrio 18. Quien entrara a territorio contrario debía hacerlo como el juego indicaba: a matar o a morir.

Los nuevos niños perdidos tenían nuevo mentor.

Los miembros de Parvis Locos de Ahuachapán eran los que se habían mantenido más firmes tras los embates del Barrio 18 y la policía, pero seguían siendo una clica de muchachos inexpertos, brincados muchos de ellos en el nuevo siglo. Nada que ver con el gran florecimiento de los años anteriores. El Niño era por mucho el sicario más experimentado de la zona, y haría con ellos lo que Chepe Furia hizo con él y la generación de los niños de pandillitas barriales a

principios de los noventa.

Círculos que se cierran en la vida del Niño.

Los años dentro de la Mara Salvatrucha 13 enseñaron al Niño que los pactos con La Bestia se sellan con sangre.

El antropólogo Arnold van Gennep explicó, a principios del siglo XX, que los ritos sirven para pasar, socialmente, de un estado a otro. Sin embargo, los ritos sirven además para fortalecer valores socioculturales e inhibir conductas no deseadas. A través de la participación en estos espacios simbólicos, las personas cimientan líneas de vida. Son, en definitiva, espacios para comunicar.

En el mundo de las pandillas salvadoreñas, la muerte es también una forma de comunicación entre grupos. Los pandilleros dicen cosas, cosas complejas, cuando matan. Una misión relámpago que deja como consecuencia un cadáver lleno de tiros dice algo. Es como cuando un niño lanza la pelota hacia otro niño. Quiere decir: ¿jugamos? Si dejan una cabeza en una plaza pública, el mensaje va hacia el Estado, el mensaje es público, comunica ciertas ideas a la gente en general. Si le sacan los ojos a un cadáver y le cortan la lengua, la pandilla quiere decirnos el lema que nos exige: ver, oír y callar. Si trabajan durante horas en el cuerpo del enemigo, penetrándolo por el ano con cuchillos y palos, y luego arrojan sus despojos en territorio contrario, hay un mensaje hacia el otro grupo: nosotros por sobre ustedes, símbolo de humillación en el mundo de pandillas.

El cuerpo ajeno como lienzo en blanco para transmitir ideas.

Por eso, cuando el Niño, en plena crisis de vocaciones asesinas, eligió a un muchacho en particular, no solo quería matarlo. Quería escribir en él. Quería que sus discípulos leyeran las señales.

Se llamaba Ronald Landaverde, era hermano de un adolescente que fue dieciochero un tiempo corto, pero que luego se volvió evangélico y se retiró de la pandilla.

El Niño habló con lo que quedaba de las clicas de la región: Hollywood Locos, Parvis Locos y Ángeles Locos. Les dijo que iban a «pegar» juntos a un chavala para hacer un pacto. Ese pacto se firmaría en el cuerpo de Ronald Landaverde.

El Niño lo caminó hasta un pozo, en el municipio de Turín. El pozo estaba en un lugar abandonado, después de pasar las vías en desuso del tren que llevaba el café desde el occidente hasta los puertos en los años de la fiebre del café. Para el día de la muerte de Ronald Landaverde, eran unos fierros incrustados en la tierra, tapados, trechos sí y trechos no, por la maleza que crece descontrolada en esta zona del país. Después de las vías obsoletas estaba una milpa, una mal cuidada, con mazorcas escuálidas. Luego, un terreno amplio, llanura.

En medio de ese terreno sobresalía una estructura de concreto de un metro aproximadamente. Era un pozo olvidado.

Hasta ahí llevó el Niño a Ronald Landaverde. Le dijo que irían a fumar marihuana con otros marihuaneros, no con pandilleros. En otros tiempos, años atrás, Ronald Landaverde quizá habría dicho que no, pero el Niño siempre fue simpático, hablador, tenía años fuera de circulación en la zona y la guerra entre pandillas había relajado su intensidad en esa área de El Salvador. A Ronald Landaverde le pareció una buena idea para pasar la tarde.

Alrededor del pozo estaban los muchachos de las tres clicas. Ronald Landaverde se puso tenso al ver cómo lo miraban las pirañas humanas que había convocado el Niño. Pero ya estaba ahí.

–Vaya, hijueputa, vos sos hermano de la bicha Gringo –dijo el Niño ya nada amable, recordándole la taca de pandillero de su hermano, presidiendo otra vez una ceremonia de sangre.

–Sí, pero miren, mi hermano está calmado, mi hermano es retirado, con él agárrenla al suave –pidió Ronald Landaverde.

–No, si el problema no es con él, es con vos –dijo el Niño, mientras le ponía una pita en el cuello y lo socaba.

El Niño ordenó a otro adolescente que agarrara los brazos de Ronald Landaverde. Hizo una espiral con la pita y dio a dos chicos los extremos. Les ordenó jalar en direcciones opuestas. Esta vez no estaba ahí para matar, sino para ver matar.

Los hizo participar a todos. En Ronald Landaverde quedó escrito ese pacto de nueva fundación, de nuevo comienzo. Como los documentos que luego de firmarse se esconden en un archivo secreto o una caja fuerte, a Ronald Landaverde lo lanzaron a su gaveta más segura: el pozo de Turín.

No querían sangre en el pozo, por eso la pita y no los machetes. El Niño había decidido que lo dejarían caer poco a poco. Con la misma pita con que lo asfixiaron, irían bajando su cuerpo. Pero Ronald Landa-verde hizo su último acto de rebeldía antes de perderse, probablemente para siempre, en aquel pozo oscuro.

El cuerpo de Ronald Landaverde se atoró en la pita. El nailon se le había hundido en el cuello, y en vez de bajar suavemente hasta el agua, el cuerpo lo hizo girando como un trompo descontrolado, lanzando chorros de sangre por todas partes hasta descansar, por fin, sobre otros cuerpos.

Sobre Ronald Landaverde, revelaría luego el Niño y otros testigos criteriados a los policías, caerían más cuerpos en los años siguientes, y el pozo de Turín sería todo un desagradable espectáculo nacional.

El Niño, aquella tarde, cuando nadie hablaba del pozo de Turín,

logró activar a las clicas bajo su mando, encender el juego y animar a los jugadores.

Miguel Ángel está recordando una vez más el asesinato de una prostituta.

Es 3 de abril de 2012. Está sentado en un pedazo de silla en el solar. Cada cierto tiempo vuelve a ese asesinato. Realmente lo marcó. Nunca supo por qué mató a aquella prostituta. Sabe a detalle por qué mató a todos sus demás muertos. A la mayoría, porque eran dieciochos. Punto. Sabe incluso por qué tuvo que incendiar un carro en una ocasión. Pero no tiene ni idea de por qué le partió el pecho de tres tiros a esa mujer en aquel burdel de Atiquizaya.

–Yo ese mismo día juré que no volvía a matar a una mujer –dice Miguel Ángel recordando aquella ocasión en 2004.

Luego, tras una breve pausa, sigue:

–A menos de que se tirara una marca así paloma contra el barrio, que debiera algo, pues, pero así de por gusto, está paloma, si son tan ricas, y luego quedan menos para uno.

Lo dice sin ningún ánimo de que sea una broma oscura.

Así razona él. Le gustan las mujeres. Cree que si las mata, habrá menos para él.

Luego empieza sus cavilaciones sobre lo que realmente le importa, sobre la sensación de sentirse timado.

–Ni puta idea de por qué la mandó a matar Chepe. Algún negocio propio de él tuvo que ser. Quizá él renteaba ese putero para su bolsa. Tal vez ella le sabía alguna marca al hijueputa.

Esta tarde, Miguel Ángel seguirá atormentado por aquella duda que le quedó luego de matar en 2004. Cuando habla de estos asesinatos, lo hace con toda naturalidad, sin bajar la voz, a metros de Lorena, su mujer, que finge no escuchar y sigue en lo suyo. A veces, si se voltea con rapidez, es posible encontrarla viendo de reojo, poniendo atención. Pero, ante cualquier mirada, ella baja la suya y la pone sobre sus cosas.

Son las cuatro de la tarde y Lorena está preparando un café que, de tan ralo, parece más bien una infusión de café.

A esta misma hora, cerca de aquí, a menos de cuatro kilómetros, un hombre está feliz porque cree que por fin le van a ayudar a sacar unos cadáveres de un pozo.

Se trata de Israel Ticas, que está parado a la par del pozo de Turín, y dice por teléfono que está feliz, porque lo ha visitado «un asesor del

ministro de Seguridad» y le ha prometido ayudarlo a sacar las calaveras.

Israel Ticas tiene un trabajo de mierda. Pero él lo disfruta como si fuera productor de carnavales.

Este hombre, a quien todos los metidos en el tema de violencia conocen, a secas, como Ticas, se hace llamar a sí mismo el abogado de los muertos.

Es el único antropólogo forense de la Fiscalía General de la República. Criminalista forense, corrige él a veces. Aunque ni siquiera es antropólogo forense de profesión. Él es ingeniero civil, pero por vueltas de la vida, llegó a aprender el oficio a la brava, sacando muertos de la tierra. Tiene doce años trabajando para la fiscalía. Ticas era policía en los años finales de la guerra. Entró en 1989. Tras los acuerdos de paz de 1992, recaló en la División de Policía Técnica y Científica de la recién creada Policía Nacional Civil. Era una unidad poco técnica y poco científica, donde cada quien aportaba lo que podía mientras venían expertos internacionales a intentar capacitar a curtidos exmilitares y exguerrilleros. Ticas, un hombre de mente aguda, destacó, y en 2000 empezó por pura inercia a ser el hombre que abría las tumbas clandestinas, ya colaborando con la fiscalía. Poco a poco se especializó gracias a cursos, talleres y a su propio interés, que lo llevó a buscar ansiosamente todo lo que tuviera que ver con esculcar la tierra para sacar muertos.

Reformulemos: Ticas es la única persona autorizada para sacar cadáveres de la tierra actuando como representante del órgano encargado de perseguir los homicidios en el país más homicida del planeta. Vale la pena recalcar la palabra autorizada, porque en la práctica muchos más sacan muertos de la tierra de este miserable país. Hay fiscales que, para poder avanzar en sus casos, toman una pala y sacan tierra junto a policías ahí donde los testigos criteriados les aseguran que hay cuerpos. «A veces –dijo un fiscal del occidente del paísrompemos los cadáveres, pero al menos hay algo, un hueso, una cabeza por la que juzgar a los asesinos. Recuerde que en este país sin cuerpo no hay caso.»

Ticas es moreno, delgado, tiene algo de perro pequinés en su rostro. Tiene también varios tics nerviosos en la cara. Mueve la boca, gira los ojos, saca la mandíbula, pestañea con rapidez. Los muertos dejan huella. Dejan tics. Dice haber sacado setecientos tres cadáveres de la tierra; veintisiete de ellos de pozos, como el de Turín, donde trabaja ahora.

Hace un año y tres meses que, por primera vez, Ticas descendió en el pozo de Turín. Bajó afianzado a un arnés y una cuerda anaranjada,

con un tanque de oxígeno a la espalda y la mascarilla para inhalar. El pozo de Turín es profundo, el más profundo al que Ticas se ha enfrentado. Aquella vez, en diciembre de 2010, descendió cincuenta y cinco metros hasta tocar tierra. Revolvió allá abajo. Alumbró con su lámpara. Vio calcetines, ropa, cosas viejas, muchos huesos, algunos pies, varios torsos. Subió con la prueba de lo que dos testigos, incluido Miguel Ángel, habían dicho: allá abajo hay muertos.

Sin embargo, esos muertos no dejaban de ser muertos pobres. Muertos pandilleros. Muertos de esa guerra de miserables.

En enero de 2011, habían decidido la estrategia para llegar a los muertos. Descender y excavar no era opción. El pozo es angosto y demasiado profundo. La estructura podía colapsar al menor movimiento. Para sacar a estos muertos, Ticas decidió abrir una especie de calle comenzando a cien metros del pozo. Esa calle descendería hasta llegar a la base del pozo, donde abriría una puerta pequeña, un túnel, para sacar los huesos. Para inicios de enero de 2011, Ticas tenía de todo: una pala mecánica para sacar tierra y abrir su calle, dos camiones y un tractor cargador para llenarlos de tierra y que la sacaran lejos de la obra. Ticas era feliz. Pero para finales de ese mismo enero, se encadenaron dos frentes fríos en El Salvador, y el Ministerio de Obras Públicas, dueño de todas las máquinas, se las quitó a Ticas. Le prometieron que se las devolverían pronto, que solo las utilizarían para quién sabe qué ante los frentes fríos. Ticas llevaba diez metros de descenso. Pasaron catorce meses y no le devolvieron nada. Los huesos habían sido abandonados. Pasó el verano, el invierno, volvió el verano, Ticas publicó en su Facebook que si alguien le podía prestar unas máquinas para sacar a unos muertos, llegó abril de 2012, se acerca el invierno, y Ticas está por primera vez feliz de nuevo. La Fuerza Armada y el Ministerio de Obras Públicas le han enviado una pala mecánica, tres camiones de volteo, un cargador e incluso un tractor para aplanar la calle que construye hacia los muertos. El invierno asoma, pero Ticas es optimista.

–Le vamos a meter, antes de que los saquen lo abrimos, antes de octubre –dice un emocionado Ticas por teléfono.

Se refiere a que si en octubre de 2012 no logra sacar los cadáveres, los seis supuestos pandilleros que han sido arrestados gracias al testimonio de Miguel Ángel y otro testigo, serán puestos en libertad. En octubre se acaban los dos años que pueden tenerlos presos sin condena. La fiscalía cree que hay más muertos en el pozo de Turín, porque Miguel Ángel ha hablado de los muertos de su clica y clicas amigas, y el otro criteriado es de una de ellas, de Parvis Locos. Pero según información recabada con otros informantes, la fiscalía cree que

ese pozo era usado también por otras clicas del occidente: Fulton Locos, Prinden Gangster's y Acajutla Locos. Incluso creen que el pozo fue utilizado por una desaparecida banda de secuestradores. Los fiscales aseguran que un exmiembro de esa banda les dijo que cuando lleguen al fondo del pozo «se van a sorprender».

Ticas se despide feliz por el teléfono, a pesar de que es un hecho que tendrá que lidiar con su excavación y el invierno.

Miguel Ángel sigue sentado en su solar este 3 de abril de 2012, mientras Ticas intenta sacar lo que él lanzó al pozo. Miguel Ángel es indiferente a las noticias de la excavación, sigue pensando por qué mató a esa prostituta.

La prostituta y el carro quemado

Chepe Furia volvió a aparecer a finales de 2005. No se quedaba por mucho tiempo. Iba y venía. Verlo era cuestión de que él quisiera, no de que sus pandilleros lo buscaran. Cada vez, Chepe Furia se convertía más en una figura inalcanzable para sus seguidores. Él era distinto. La guerra de pandillas no era ya su interés principal y parecía haber delegado en el Niño y otros pandilleros veteranos todo lo que tenía que ver con rituales pandilleros, con caminar rivales y cuidar Atiquizaya como bastión MS-13 del occidente.

La mano dura del presidente Flores había dado sus frutos. Los más podridos frutos. Los homicidios, tras el primer plan de seguridad a nivel nacional y exclusivo contra las pandillas, se dispararon. La tasa de homicidios por cada cien mil habitantes fue de 36,6 en 2003, la segunda más baja del siglo; la de 2004 fue de 48,7; la de 2005 fue de 63. La epidemia de muerte salvadoreña empeoraba ante el remedio suministrado. Pero el remedio se aplicaba una y otra vez: Plan Mano Dura seguido del Plan Súper Mano Dura. Así, desde 2003 hasta 2009. Seis años de sinsentido que dejarían a El Salvador en ese último año como el país más homicida del planeta: 71 homicidios por cada cien mil habitantes.

Las cárceles habían sido entregadas a los reos. Los pandilleros que entraron a principios del siglo habían sangrado tras barrotes hasta dejar de ser los apestados del sistema, los vulnerables. Poco a poco, a medida que la policía prestó atención a esos bajados desde Estados Unidos y a la vez que esos bajados dominaron más y más el territorio empobrecido del país, las cárceles se llenaron de hombres y mujeres marcados en sus cuerpos con los números y letras de sus tribus. 18. MS.

Entre 2000, cuando la Operación Hollywood tuvo su impacto en occidente, y 2006, el número de presos casi se duplica. Pasó de 7.800 reclusos a 14.682, según datos de centros penales recogidos por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la universidad jesuita de El Salvador.

La mayoría de los pandilleros eran nómadas en los diferentes penales. Habían sido enviados de una cárcel a otra para salvar sus vidas. Vapuleados, apuñalados, moribundos, eran sacados de un penal controlado por La Raza a otro donde también llegaban los tentáculos de la misma banda. X, aquel pandillero que se aferró a los barrotes de Mariona en el año 2000 y suplicó a los guardias que no lo metieran, recordaría diecisiete años después, desde Texas, que el hartazgo emeese explotó finalmente el 19 de febrero de 2002.

Varios pandilleros con años de recorrido tras barrotes llegaron al penal de Apanteos. Llegó el Diablito de Hollywood, ya con su brazo recuperado de aquella paliza en Mariona. Llegó el Crook de Hollywood, un fortachón pandillero adicto al ejercicio y también conocido como Ladrón o Perra, que años después, en 2015, entraría a la lista negra del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. En ese momento cumplía una condena de dieciséis años por el secuestro de un comerciante de la costa occidental del país. Llegaron también Skinny de Stoner, Cola de Western, Flaco de Francis. El dominio de La Raza era más débil en Apanteos, su organización no daba ni siquiera para controlar todos los sectores del penal. Los pandilleros veteranos hicieron cuentas. Sumaron ciento cincuenta emeeses en toda la cárcel. Calcularon a unos cuatrocientos miembros y simpatizantes de La Raza. X recuerda que circuló una wila entre los emeeses, un mensaje encriptado en el más vernáculo lenguaje pandillero, que ordenaba una cosa: «que reviente el penal».

El plan era aprovechar un encuentro deportivo organizado por el director del penal, Óscar Rivas. Se trataba de una idea realmente absurda en ese momento preciso. Un partido de fútbol entre reos emeese y reos comunes. Los que durante años habían sido violados, extorsionados, golpeados, jugarían contra sus violadores, extorsionadores, golpeadores. Un mal momento escogió aquel alcaide para desarrollar su idea de sano esparcimiento.

Los emeese hicieron honor a la wila. Prepararon machetes hechizos con las patas de los camarotes y reunieron cuchillos contrabandeados desde afuera del penal. Así se prepararon para el fútbol. Orgulloso de sus métodos innovadores, el alcaide invitó al jefe de la delegación policial de Santa Ana, el comisionado Pablo Escobar Baños; a representantes de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos

Humanos, y a familiares de los reos para que vieran a sus parientes practicar ese deporte tan amado en El Salvador.

El partido duró segundos.

El matutino *El Diario de Hoy* lo consignó así:

> Según informes de la Policía Nacional Civil, todo ocurrió a las diez y media de la mañana, cuando los reclusos participaban en un partido de fútbol… [los emeese] en cuestión de segundos sacaron cadenas, puñales, cuchillos, varillas de hierro y palos con punta elaborados por ellos mismos y empezaron a agredir a los otros reos. Los reos comunes, al verse amenazados, corrieron y otros sacaron las armas artesanales, con las que hirieron a varios pandilleros. Los reos se liaron a puñetazos o se incrustaban los afilados cuchillos y varillas, dejando los recintos anegados en sangre.

Así terminó el encuentro deportivo, anegado en sangre.

El director fue despedido días después.

Para calmar la furia de los emeeses, fue necesario que un pelotón de la Unidad de Mantenimiento del Orden (umo) tomara el penal y encerrara a los reos. Cincuenta heridos fueron llevados a hospitales, y dos reclusos identificados como emeeses salieron cadáver de la cárcel. José Alfredo Alfaro González, de veintidós años, el Diablo, quien guardaba prisión por tenencia y portación de arma de guerra; y Jimmy Alexánder Sáenz Mojica, de veintitrés años, preso por falsificación de moneda, murieron en el motín. También resultó gravemente herido José Rosario Cruz, un custodio del penal, con múltiples puñaladas en el abdomen.

La fiereza de los emeese, tras años de humillación, y la ventaja que les dio la planificación del ataque, les permitió hacer recular a los demás. La MS-13, ofrendando la vida de dos de sus miembros, consiguió lo que los menores de edad de esa pandilla habían conseguido años atrás: ser aislados, un espacio solo para ellos.

La idea de separarlos había empezado un año antes, el 28 de febrero de 2001, cuando veinticinco emeeses agredieron a ocho dieciocheros. La refriega duró diez minutos y dejó a dos pandilleros del Barrio 18 muertos. Tras ese enfrentamiento, la mayoría de emeeses fueron reunidos en dos sectores libres de dieciocheros, pero aún había ahí reos comunes, el tentáculo de La Raza. Con ese antecedente de 2001 y el sangriento encuentro futbolístico de 2002, los emeeses terminaron de consolidarse como fieras y el Estado, actuando con instinto animal, decidió aislar a las fieras.

Los pandilleros fueron reunidos en los sectores cuatro y seis de

Apanteos. Solo ellos. Nadie más. «Era la primera vez reunidos», recordaría X.

Ese tipo de estallidos no pararían hasta que las pandillas consiguieran penales exclusivos para sus miembros. Ya no sectores, penales enteros. «Las universidades pandilleras», en palabras de X.

Los pandilleros más veteranos, los que luego serían los más célebres del país, se reunieron en esos sectores, ya libres del asedio de las otras mafias, y crearon un grupo al que en un principio llamaron de varias formas: pichirilo, carro, ranfla. Esa última es la fórmula que aún en la actualidad aparece encabezando todos los informes acerca de la MS-13, incluidos los del FBI.

En la versión de X, que vivió todo eso, la idea de la primera ranfla era controlar los nuevos sectores emeese. «Había demasiados *homeboys* queriendo hacer lo que hacían los civiles», recordaría X. Emeeses robando droga a otros emeeses, violando a las visitas de sus *homeboys,* extorsionando a los más débiles; o deambulando harapientos y apestosos, como indigentes, sin honor pandillero. «Había gente botando el plante, como vagabundos, sin cortarse el pelo ni las uñas, hediondos», explicaría X en 2017, a la espera de que no lo deportara un juez migratorio estadounidense.

Al principio, la ranfla solo pretendía normar esos dos sectores de Apanteos. Establecieron tres reglas: respetar el aseo, respetar la droga de cada quien y respetar la visita. Hubo que castigar con golpizas a algunos rebeldes, como Rambito de Teclas Locos, Zarco de San Cocos Locos o Sharky de Quezalte Locos. A golpes, sentaron precedente.

Ese fue el papel durante todo 2002 de la ranfla: normar a la pandilla dentro del penal, elevar el nivel, emparejar al grupo. Sin embargo, la creación de la ranfla significó, por primera vez, la creación de una cúpula dentro de la pandilla. Líderes de clicas gobernando a otros líderes de clicas. Poco a poco, decisiones extramuros empezaron a entrar a las cárceles. Líderes liberados, acostumbrados a vivir bajo el control de la ranfla en los sectores de Apanteos, empezaron a consultar ciertas decisiones a los internos. X era miembro de esa ranfla cuando a inicios del año 2002 se estaba levantando una clica Fulton Locos en Sonsonate. Los que levantaban esa clica, deportados de California, pidieron permiso al dueño de esa marca en El Salvador, a Chory –sí, quien años más tarde atormentaría a Chepe Furia en el penal de Gotera–. Chory consultó con la ranfla de Apanteos, y la ranfla pidió a los nuevos Fulton Locos un favor a cambio de su beneplácito. Había un custodio que era violento con los pandilleros de los sectores cuatro y seis del penal. Todos lo conocían como el cabo Laínez. Para obtener el permiso de Chory y de la ranfla, y poder

levantar la clica en Sonsonate, los aspirantes a Fulton Locos tenían que matar a ese custodio. El cabo Laínez murió, recordaría X, a los pocos días de comunicada la condición, y la clica Fulton Locos Salvatrucha existió en Sonsonate, siempre bajo la tutela de Chory.

La ranfla empezó a controlar afuera. Y hubo un pandillero que supo leer ese potencial. El Diablito de Hollywood, aquel del brazo quebrado en Mariona, hizo dos movimientos que lo definirían como el líder más visible de la ranfla y uno de los que tiene mejores contactos dentro de la pandilla. En primer lugar, consiguió que un pandillero, conocido como la Superabuela de Arce, introdujera un pequeño teléfono celular en diciembre de 2002. Se trataba de un Siemens pequeño, alargado, y su cargador, que el pandillero introdujo, luego de desarmarlo, en su culo y luego al penal de Apanteos durante un día de visita. No es raro que X recuerde eso, porque el 31 de diciembre de ese 2002, tras años preso, pudo hablar por teléfono con su mujer por un minuto. El Diablito, obviamente, era el custodio de ese teléfono. Pero la segunda jugada del Diablito fue aún más intrépida. Ese mismo año, el Diablito pidió un traslado para el penal de Quezaltepeque, donde cumplían penas otros líderes emeeses de amplio reconocimiento en las calles: el Necio de San Cocos, el Greñas de Stoner, el Crimen de Adams, el Negro de Harvard.

Quién sabe con qué argucias, pero el Diablito logró su traslado temporal.

A los meses, entre finales de 2002 y principios de 2003, según la versión de X, el Diablito volvió de Quezaltepeque a Apanteos. Volvió junto a su brazo derecho, el Crook de Hollywood. Contaron, como si fuera un trámite, que en Quezaltepeque también se había creado la ranfla, y que ellos dos, al igual que en el penal al que recién regresaban, eran parte de esa ranfla.

El Diablito, ocupando el teléfono Siemens que valió el esfuerzo anal de la Superabuela de Arce, conectó a las dos ranflas y él era la conexión.

Y aún faltaba el último movimiento del Diablito. El pandillero brincado por la clica Hollywood Locos en Los Ángeles, pidió que se incluyera en la ranfla de la MS-13 de Apanteos y de Quezaltepeque a dos deportados de la pandilla que estaban en la libre, fuera de prisión. Se trataba de Ricardo Adalberto Díaz, el Rata de Leward, y Rubén Rosa Lovo, el Chivo de Centrales, dos pandilleros que aún en la actualidad controlan el centro de la capital de El Salvador: prostíbulos clandestinos, venta de droga al menudeo, extorsión, asaltos. Eran también dos amigos personales del Diablito. Poco a poco, sin que nadie cuestionara la transformación, el Diablito convirtió la ranfla,

creada para administrar el comportamiento de los *homies* en dos sectores de un penal, en la cúpula nacional de la MS-13. Aprendió la lección californiana de la Mexican Mafia: quien controla las cárceles, controla las calles. El mensaje a los pandilleros de la libre es muy directo: un día vas a llegar aquí y es mejor que estés en buenos términos con los líderes tras barrotes.

La ranfla se convirtió en La Ranfla.

La Mara Salvatrucha 13 capitalizó dos sectores exclusivos que un sistema cobarde les entregó paulatinamente entre 2001 y 2002 en Apanteos. Los pandilleros presos a finales del siglo XX y principios del XXI entraron a la universidad pandillera y se graduaron como mareros con una nueva clecha, con la certeza de que la MS-13 era una pandilla organizada, con reglas y líderes, dispuesta a ganarse su espacio incluso en las cárceles del violento país, con formas de caminar, con castigos y jerarquías establecidas.

Así, por aquel año 2005, cuando Chepe Furia volvió a aparecer por Atiquizaya sin haber pisado ni un penal salvadoreño, la clica Hollywood Locos Salvatrucha que él fundó en el occidente se nutría de miembros salidos con esa clecha, como el Extraño, que sería segundo al mando de la clica; o el Whisper, uno de los que años después, tras caer preso de nuevo, amenazaría al Niño con el olor de los pinos.

A Chepe Furia le vino muy bien que otros generales se hicieran cargo de la guerra contra el Barrio 18. Su interés estaba en otro lado.

Chepe Furia, recuerda el Niño, se la pasaba más bien en Guatemala. No decía nada a nadie. Aún no había tejido su red de contactos con funcionarios, exfuncionarios y sus parientes. Iba y venía. Sin embargo, Chepe Furia ya no dirigía ningún mirin. Ya no hacía pegadas contra los dieciocho. Parecía, más bien, que esa guerra estaba para él en un plano secundario.

Por aquel tiempo, Chepe Furia solo buscó al Niño para un extraño homicidio y un atentado, que no cumplían para nada el canon de pleito entre pandillas.

El primero fue el homicidio de una prostituta. Por aquel entonces, la policía aún no investigaba de lleno a la clica, pero ya tenía un expediente de asesinatos vinculados a la MS-13 de la zona. Entre esos documentos están las fotografías de esa mujer. Aparece desparramada en el suelo, boca arriba. Es gorda, morena, tetona. No puede verse su rostro, porque sus brazos, como los de quien se cubre la cara, lo tapan. Tiene sobre su torso una camiseta ajustadísima blanca, que dice «Ángel» en el pecho con lentejuelas celestes, que le marca sus carnes y está empapada en sangre, al igual que las sandalias blancas que llevaba. Esa foto se la tomaron minutos después de que el Niño le

encajara tres disparos entre los pechos.

Chepe Furia apareció esa tarde en la colonia San Antonio. Se sentó en la tienda de siempre a jugar baraja con viejos de la colonia. Se alejó unos pasos hacia la cancha de fútbol solo cuando llegó el Niño, a quien él había mandado llamar. Le dijo que haría una misión cuando el sol empezara a ocultarse. Le dio una .357. Tres de las balas eran explosivas de punta hueca y latón cromado. Chepe Furia quería garantizar que el objetivo muriera.

Dijo al Niño que mataría a una prostituta de los burdeles de Atiquizaya, a un lado de la carretera. El Niño pensó que era una misión arriesgada. La calle de los burdeles quedaba en una zona céntrica, no muy lejos de los restaurantes de la plaza central. Esto no se trataba de caminar con paciencia a otro pandillero ni de matar en zona rural, cerca de los potreros o del pozo de Turín. Había que asesinar en el corazón de la ciudad, y a una hora temprana, renunciando a la prudencia de la noche plena.

Sin embargo, aquella no fue la inquietud que nubló la mente del sicario. Después de casi diez años de ser miembro de la MS-13, después de casi una década de cumplir a ojos cerrados cada petición de su líder, el Niño se hizo una pregunta por primera vez:

¿Por qué?

¿Por qué matar a esa prostituta?

¿Por qué Chepe Furia tenía tanto interés en que muriera?

¿Por qué no podían esperar la noche plena, postearla, caminarla? ¿Por qué debía ser ese mismo día al filo de la puesta del sol?

¿Por qué a ella?

¿Qué debía?

El Niño, que había levantado a la clica del polvo con puros pandilleros del más bajo nivel, conocía todas las deudas del Barrio 18 con la Hollywood Locos Salvatrucha. Sabía, a estas alturas, más que Chepe Furia sobre los nombres de sus enemigos y los muertos a vengar. La prostituta no entraba en su radar.

¿Por qué?

Se hizo la pregunta el resto de la tarde. Pero la lealtad y admiración aún era mucha como para pronunciar sus dudas. Nunca dijo nada. Recibió el arma que su líder le dio. Le dijo: «Simón» y se fue a coordinar con los cuatro pandilleros que harían de postes para vigilar que no hubiera policías al momento del asesinato.

–Puta, yo no la quiero matar –pensaba el Niño mientras se retiraba de la colonia San Antonio.

–Ey, yo no la quiero matar –volvió a decir para sí mismo cuando se alistaba para salir a la misión.

–Puta, si mato a esta vieja yo no sé por qué la voy a matar y qué debe –pensaba cuando caminaba hacia el centro de Atiquizaya.

–Quizás algún día hasta me puede prestar la cuquita a mí –dijo para sí mismo antes de llamar a los postes y empezar la misión.

Buscaba una excusa por primera vez para lo único que en su vida sabía hacer bien, mejor que los demás de su grupo: matar.

Por un momento, creyó encontrar la excusa perfecta. Vigilaba el prostíbulo, una casita miserable con un foco rojo afuera y un basural en el frente, cuando vio pasar a unos policías caminando. Se refugió tras un palo de amate, llamó al coordinador de los postes y dijo: «Ey, aquí van unos juras caminando, al lado de arriba de los salones, no voy a ejecutar la misión». El poste le respondió: «No, maje, son unos rurales y ya pasaron, agarraron para San Lorenzo». No había más. O decía que no por conciencia o lo hacía. El Niño tomó un largo trago de una botellita de Cuatro Ases, encendió y jaló del puro de marihuana que llevaba armado, y avanzó a matar.

El Niño corrió, pasó a la par de uno de los postes, de dos zancadas cruzó la callejuela que lo separaba del burdel. Se asomó a la puerta. Había tres mujeres sentadas. Él ya sabía cuál era a la que tenía que matar. «Ey», dijo. Las tres voltearon y se cubrieron la cara con los brazos. El Niño refugió su rostro en el hombro de su brazo derecho, extendido, con la pistola en la mano, mientras su mano izquierda sostenía su muñeca. La visera de su gorra abajo, cubriendo su frente, dejando solo una franja de visión por donde el Niño apuntó y atravesó tres veces el pecho a la mujer.

Poke, poke, poke.

Luego corrió de regreso. Corrió un kilómetro y medio. Subió a carrera limpia una cuesta, saltó varias cercas. Llegó a un riachuelo. Con un pedazo de plástico sacó agua y lo empinó. La boca seca. Lo hizo hasta que se alivió. Entró a un potrero y se ocultó. Volvió al territorio que le pertenecía: las afueras, la periferia, lo marginal. Se escondió entre el monte para terminar su guaro y su puro. Sentía que el corazón le iba a estallar. Sintió, como nunca antes, que estaba a punto de morir de asfixia. Matar era costumbre, pero por primera vez desde hacía mucho deparaba para él reacciones tan desconocidas.

Seis años después de ese asesinato, ya como traidor de su pandilla, el Niño contaría este homicidio a los policías del inspector Pineda. Ellos lo incluirían en el documento que entregaron a los fiscales, pero estos últimos nunca acusarían a Chepe Furia por este asesinato. Los fiscales dirían que había «algunas incoherencias» en el relato, pero nunca señalarían cuáles. El inspector Pineda diría que no, que de hecho, el Niño había sido capaz de describir con exactitud cómo vestía

la muerta, en qué posición quedó y cuántos impactos de bala tenía aún sin ver la imagen del expediente policial. El inspector Pineda diría que algo le olía mal de esa negativa fiscal. La otra posibilidad, verosímil en un país de muerte como El Salvador, es que a los fiscales les haya parecido un asesinato muy viejo, contra una víctima tan poco importante en medio de un sistema acostumbrado a dejar que esas víctimas se pudran al ritmo que la tierra quiera.

El Niño nunca volvió a preguntar a Chepe Furia de los porqués de aquel homicidio. Chepe Furia lo premió como se premia a un perro, con placeres sencillos, consintiendo al gusto. Le dio guaro, marihuana y unas palmadas. El Niño volvió a meterse en sus cosas pandilleras.

A los meses, Chepe Furia volvió a buscar al Niño. Esta vez, la misión encomendada era aún más exótica que matar a una prostituta que no estaba en el radar de la MS-13. Chepe Furia le ordenó que incendiara un *pick up* doble cabina.

Lo acompañaron dos chequeos de la clica. Compraron gasolina, rociaron la cama del vehículo, quebraron las ventanas, rociaron el interior y prendieron fuego por la noche a un carro nuevo.

El Niño, en su mente de sicario, pensó: «¿Por qué no mato al dueño en lugar de quemar el carro?» Ya era la segunda vez que una peligrosa pregunta rondaba la mente del Niño. Otra vez: ¿por qué?

Atiquizaya es un pueblo pequeño con título de ciudad. No tardó en correrse la voz de que había sido incendiado el carro del Viejo Oso. Era un hombre grande y grueso, con reputación de matón.

Las dudas se agolparon en la cabeza del Niño. La nueva información hacía todo más confuso. Viejo Oso era compadre de Chepe Furia. No eran pocas las veces que el Niño los había visto echando trago o apostando con la baraja en la colonia San Antonio.

Esta vez, el Niño dio un paso más. No se quedaría con esa duda en la mente.

Preguntó entre los bandidos cercanos a Viejo Oso. Preguntó entre los borrachos de la San Antonio que solían apostar con Chepe Furia. El Niño se enteró de que meses atrás, Chepe Furia y Viejo Oso habían cometido juntos un asalto. Habían robado nada menos que a la hermana de Viejo Oso. Este aportó toda la información de hora, lugar, fecha, y Chepe Furia con otros bandidos del occidente ejecutaron el asalto. Le robaron a la mujer cuando salía con una buena cantidad de dinero. Se llevaron también su carro. Chepe Furia llevó el carro a un taller de Santa Ana donde lo desmantelaron y lo vendieron por piezas. Para dejar que las cosas se enfriaran, el dinero de todo el golpe quedó en manos de Viejo Oso, para que lo ocultara.

El Niño siguió escarbando y logró enterarse de que hacía semanas

que, borracho, Chepe Furia se quejaba de Viejo Oso, porque no le contestaba las llamadas, le rehuía, ya no lo visitaba. Viejo Oso había prolongado esa situación enviando a Chepe Furia cantidades de dinero que el Niño definiría como «piscachitas». Pero en ese mismo tiempo, todos pudieron ver en el pueblo a Viejo Oso estrenando un *pick up* Toyota, blanco.

Chepe Furia, el líder de la Hollywood Locos Salvatrucha, el bandido de occidente, el policía durante la guerra, había sido timado por su compadre.

Fue entonces que tomó esa decisión, quemar el carro de Viejo Oso. Destruir la afrenta.

El Niño recuerda que Viejo Oso llegó a la colonia San Antonio llorando.

–Mire, Chepito, me quemaron mi carrito –dijo el compadre traidor al líder pandillero.

–Ya vamos a investigar, ya vamos a investigar, compadre, y si es de aquí, lo vamos a corregir –prometió Chepe Furia a su decepcionado compadre.

Luego, aprovechó para cuadrar con él su pago. Chepe Furia, harto de que Viejo Oso lo esquivara, hizo que el hombre lo llegara a buscar. Para eso, solo tuvo que enviar al Niño a quemar un carro nuevo. Quizá a entregar un mensaje que los compadres nunca pronunciaron. Viejo Oso, a los días, entregó a Chepe Furia cerca de siete mil dólares, su parte.

El Niño estaba aquella tarde que Viejo Oso lloriqueó. Cuando Viejo Oso se fue de la colonia San Antonio, Chepe Furia se burló de quien quiso burlarlo, y premió al Niño: le dio unas monedas para que cenara pupusas. Días después, completaría el reconocimiento para su matón: le dio veinte dólares.

Fue la primera vez que el Niño pensó que algo no estaba bien con Chepe Furia.

Fue la primera vez en años que no se sintió parte de una organización importante, la MS-13, la grandota, la que controla. Aquella tarde, más bien, se sintió como el pendejo de Chepe Furia.

Se sintió como un miserable, como se sentía todos los días antes de ser miembro de la Hollywood Locos Salvatrucha.

Nunca el Niño había preguntado por dinero. Nunca el Niño había evitado matar. Nunca el Niño había rechistado ante una misión peligrosa: caminar a un dieciocho, matar a un excompañero de pandilla barrial, decapitar a un brujo. Nunca matar fue un problema. Nunca el dinero fue un requisito. Nunca, mientras fuera en nombre de La Bestia. Pero la prostituta y el carro quemado eran otra cosa. No

eran cosas de La Bestia. Eran cosas de la gente. Eran cosas del mundo. Eran cosas de un señor. Eran cosas de José Antonio Terán.

Marbelly merodea por el solar y Miguel Ángel termina de cuidar su pequeño sembradío de marihuana antes de sentarse a conversar. Es agosto de 2013. Miguel Ángel tiene ya casi tres años de vivir en el solar como testigo protegido. Siguiendo la costumbre, la plática va acompañada de sendas tazas de café. Son infusiones muy ralas. Es un polvo para café instantáneo. Café Listo, se llama, y viene en sobrecitos muy baratos. Este polvo oscuro se hace con lo peor del café, aquello que no se exporta. De esta forma, los granos de mayor calidad salen en barcos desde los puertos de Acajutla y la Unión, y lo peor, las cáscaras de baja calidad, se queda en El Salvador y es lo que toman los campesinos pobres que entregaron sus vidas, en varias generaciones de hombres y mujeres sembradores, al desarrollo de esa planta. Tomar esta especie de infusión repugnante en pleno centro del occidente salvadoreño, cuna de las haciendas cafetaleras de reconocido abolengo en el mundo del alto café, es suficiente para entender que la maldición que ha asolado esta tierra desde siempre, desde la llegada del hombre blanco, tiene que ver con entregar lo bueno y conformarse con la basura.

Esto equivale a que los viticultores de los viñales californianos solo conocieran el sabor del vino de caja de cartón.

De esa infusión toma a diario Miguel Ángel, Lorena e incluso Marbelly. Tanto el cultivo del café de altísima calidad como la ingesta del horrible polvo marrón han acompañado a estas gentes desde siempre. Marcan sus vidas desde antes de nacer.

Ha pasado algo trascendente en este tiempo. Algo de vital importancia en la historia de la Hollywood Locos Salvatrucha. Sin embargo, Miguel Ángel apenas dedicará dos palabras a ello: «No sé».

Chepe Furia, José Antonio Terán, el expolicía nacional, el exmigrante, el maestro de Miguel Ángel, el hombre que aparecía y desaparecía del occidente, ha sido condenado a veinte años por el asesinato de Samuel Menjívar Trejo, el muchacho de veintitrés años, vendedor de verduras en el mercado de Atiquizaya, que fue encontrado, torturado y lazado a ciento noventa kilómetros de donde los cabos Tejada y Hernández se lo llevaron de la subdelegación de la corporación un 24 de noviembre de 2009. El Extraño y Liro Jocker, los otros dos tripulantes de aquel *pick up* en el que Samuel, mejor conocido como Rambito, de la clica Hollywood Locos, se subió antes

de morir, también fueron condenados.

Las condenas fueron dictadas el 6 de diciembre de 2012. La estrategia del inspector Pineda y de los fiscales especializados en crimen organizado de la capital dio resultado. Alejaron el caso de los dominios de occidente, de la jurisprudencia del juez Salinas, el que dos veces liberó al prófugo Chepe Furia. Miguel Ángel había declarado, semanas antes de la condena, que él vio a esos tres líderes pandilleros subir al carro junto a Rambito el mismo día que su cadáver fue encontrado. La sentencia se pronunció en un juzgado especializado de crimen organizado del oriente del país, la otra punta de El Salvador. Para ese día, Chepe Furia llevaba ocho meses recapturado, desde que aquellos policías de seguridad pública vieron con extrañeza cómo un hombre se echó a correr en una colonia de Santa Ana. El día de su sentencia, el mítico pandillero del occidente vestía una camiseta blanca con estampados grises al centro, llevaba la barba blanca de varios días en su otrora lampiña barbilla, el pelo corto, pero más crecido de lo que acostumbraba cuando se hacía llamar Don Chepe, el líder comunal de la colonia San Antonio, el dueño de los camiones recolectores de basura de Atiquizaya.

En la sentencia, el juez del oriente dio credibilidad a la versión fiscal de que los pandilleros habían engañado al informante de la policía diciéndole que iban a la vela de un emeese asesinado en oriente. En su comunicado de prensa, la fiscalía aseguraba que «el móvil del homicidio de acuerdo con la investigación se debió a la información que la víctima estaba aportando a las autoridades respectivas. En las que se señala al imputado Chepe Furia como la persona que planificaba las acciones criminales y recibía el dinero producto de la extorsión». El papelito de cinco párrafos difundido por la fiscalía también dice sin pudor dos mentiras. La primera: «[Chepe Furia] el implicado es cabecilla de las clicas Fulton y Hollywood Locos Salvatrucha». Chepe Furia hacía negocios con la Fulton, pero su cabecilla, hasta su propia muerte, siempre fue Chory, quien atormentaría a Chepe Furia en la prisión de San Francisco Gotera. La segunda: «La detención y juzgamiento de este líder pandilleril y varios miembros de su estructura ha reducido la incidencia delincuencial en la zona».

La pandilla no muere con un líder preso. La violencia que sembraron echó raíz. Las malas decisiones de políticos durante décadas no se curan con un condenado. Chepe Furia hacía mucho que ya no tenía como negocio la muerte, la guerra entre pandillas. La sangre le costaba dinero. Ya actuaba como un capo de pueblo, pero no podía detener la maquinaria de sangre que él puso a girar en estos

municipios.

Eso se sabría con los años. El año en el que capturaron y condenaron a Chepe Furia, 2012, hubo en todo el departamento de Ahuachapán, al que pertenece Atiquizaya, El Refugio y Turín, el centro de control de la clica Hollywood Locos, noventa y ocho homicidios según la policía. El año siguiente, 2013, en el mismo departamento, hubo noventa y cinco. En 2014, ciento treinta; en 2015, ciento noventa y nueve; en 2016, doscientos uno; en 2017, doscientos diecinueve. Más muerte, más muerte. Más del doble de muerte.

La pandilla, una vez que crece, no muere porque se le corte una raíz.

Tras la condena de Chepe Furia, nadie dijo ni una palabra para Yogui cuando en sus comunicados celebraron los años de condena logrados. Yogui sigue siendo un hombre que se pudre junto a su mujer y su hija en un solar yermo, sin canasta de comida, tomando bagazo de café, pensando en la muerte de una prostituta.

Miguel Ángel solo sigue en este solar porque aún es útil. O inútil, pero necesario, eso depende de la fiscalía y su atiborrada agenda. Aún falta el pozo de Turín. Aún faltan los policías que se llevaron a Rambito.

Ante la pregunta de qué piensa sobre la condena de quien marcó su vida, de Chepe Furia, Miguel Ángel contesta desde su solar este día de agosto de 2013: «No sé». Aunque quien lo conozca sabe que la respuesta más honesta hubiera sido: «Me vale verga». Ya llovió desde Chepe Furia. Un pozo con muertos, toda una clica, años de encierro en un solar, hambre, intentos de caminarlo de los policías, amenazas de pandilleros, amenazas de fiscales. Chepe Furia sería el eje de la vida de cualquier persona normal. Falso. Sería el eje de la vida de cualquier persona anormal. O más bien, sería el recuerdo imborrable de la vida de cualquier persona con una vida sicótica. La vida de Miguel Ángel es más que eso, mucho peor. Es algo más degradado. La muerte, ese espíritu que le ronda a diario, esa granada que duerme arriba de él, esos recuerdos que lo pudren cada noche, continúa, no se detiene, es cotidiana, hace olvidar. Lo que fue, fue. Para sobrevivir, lo importante es lo que hay.

Chepe Furia está preso. Para Miguel Ángel, la muerte no termina en Chepe Furia. Su vida sigue. La muerte ronda. La Bestia acompaña.

Lorena trae más infusión. Es tan rala que se puede ver el fondo de la taza y el azúcar morena deshaciéndose en el líquido hirviente.

Lorena es joven, muy joven aún. En otras circunstancias, podría considerarse una niña. Pero su vida al lado de Miguel Ángel no podría,

bajo ningún término, admitir ese adjetivo. Es una mujer, una de las duras. Tiene diecisiete años. Están juntos desde que él la embarazó, cuando ella tenía catorce años.

Entre ellos hay una complicidad, una que no siempre necesita preguntas directas. Miguel Ángel habla y ella, aunque parezca ausente de la conversación, está presta para complementar con fechas o para confirmar con monosílabos lo que dice su pareja. Es lista, sus ojos son una extensión de los de él, y también vigilan constantemente la entrada del solar. Miguel Ángel le ha enseñado a detectar el sonido de la pistola al quitarle el seguro y a identificar el caminar de un pandillero. Le habla en código pandillero y ella entiende.

Miguel Ángel no echa el brazo sobre los hombros a Lorena, no le besa los labios, no la toma de la mano. Y ella no parece extrañar esas muestras de afecto. Nunca las ha tenido, no están dentro del deber ser de los campesinos.

Ante la pregunta de si alguna vez dice a su hija y su mujer que las quiere, Miguel Ángel responde:

–No, o sea, es que desde chiquito esas no son palabras de mi vocabulario, vos sabés. La onda es que ellas saben que yo soy firme por ellas, que si alguien las toca sale La Bestia.

Esa frase, pronunciada a extraños, en medio de ese solar donde se refugian de la Mara Salvatrucha 13 en terrenos del Barrio 18, será probablemente la cosa más dulce que Lorena escuchará de Miguel Ángel. Es, en definitiva, una declaración de amor profundo en circunstancias de muerte.

A media conversación, Miguel Ángel recibe una petición extraña: «Dejanos hablar con Lorena a solas un rato». Él no dice palabra. Abre los ojos, fija la mirada. Está desconcertado, tieso. No dice nada. Pero no dice no.

Besar es tan poco campesino por estos lares como dejar que las mujeres hablen a solas con otros hombres sobre cosas íntimas.

–¿Te sentís en peligro? –se le pregunta a Lorena, en voz baja, a unos tres metros de la mirada fija de Miguel Ángel.

–Bien, hace poco llegaron a tirar un balazo a la casa de mi papá. Como a las cuatro de la mañana. El chucho empezó a latir. Un hombre estuvo diez minutos parado enfrente. En la mañana encontraron el casquillo de una 9 milímetros –responde Lorena con la mirada hacia el suelo, solo eventualmente volteando a ver a Miguel Ángel.

La casa de su padre está en el cantón Las Pozas, justo a un lado de la casa donde Miguel Ángel creció, la casa donde ahora viven la madre y la hermana del expandillero. Allá la conquistó Miguel Ángel. Lorena es hermana de tres varones y tres niñas. Estudió hasta cuarto

grado, y escribe y lee con tal dificultad que es casi imposible entender lo que dice cuando lee en voz alta. Sus padres son campesinos. Su padre trabaja en frijoleras, y su madre, la masa del maíz. De niña, Lorena siempre prefirió salir de la casa y ayudar a su padre, porque su madre la obligaba a moler maíz, hacer tortillas, cuidar a las hermanas menores. Para la niña, la frijolera siempre fue menos demandante.

–¿Sabés en lo que este se ha metido? –se le pregunta.

–Sí. Si yo no quisiera que saliera de aquí, pero no todo el tiempo lo van a tener aquí... Mjijijijiji.

Ríe con esa risa campesina que parece un acto de disculpas, de apenamiento ante lo que acaba de decir. Se tapa la boca y ríe bajito. Mjijijijiji.

–¿Te vas a ir a donde él se vaya?

–Sí. ¿Cómo me quedó? –responde ella.

–¿Cómo te imaginas el futuro, Lorena?

–No sé. Ver crecer a mi niña. Mjijijijiji.

Es difícil, al día de hoy, ser optimista ante el futuro de su hija, Marbelly. El presente lo empaña todo. Es como intentar ver el camino a través de un parabrisas bajo una lluvia torrencial. A sus dos años, Marbelly Lisbet sabe decir pacha; sabe decir mamá; sabe decir *veñí*; sabe decir *payomita*, porque muchas anidan en los árboles del solar, y sabe decir *bayazo*. Lorena dice que Miguel Ángel ha enseñado a su hija a reconocer el ruido de un balazo. Por eso, cuando dispararon contra la casa de su padre a las cuatro de la mañana, Lorena, que dormía ahí esa noche, se enteró porque su hija de dos años la despertó y dijo dos de las cinco palabras que sabe pronunciar:

–*Bayazo*, mamá.

Wendy

Al Niño nunca le gustó matar mujeres.

No tenía que ver con una conciencia sobre la ideología de género o con una postura ética. Simplemente no le gustaba. Veía en esos asesinatos un sinsentido. Matar dieciocheros estaba bien, se asociaba con el sistema de agresiones recíprocas, a ese *potlatch,* intercambio de dones violentos, robándole un concepto al antropólogo Marcel Mauss. Incluso matar emeeses estaba bien, en la lógica del Niño, si habían traicionado a la pandilla o cometido agravios a otros *homeboys*. La clica y la Mara son espacios de competencia, unos y otros luchando por engordar a La Bestia con carne joven, con carne de *homeboys*. Pero matar mujeres rompía con ambas lógicas, eran tan poca cosa para él,

era como ensuciar o envilecer las armas y las manos. Era rebajar su propósito de vida.

Wendy era una niña de dieciséis años que no entendió nada de ese mundo salvaje, lleno de códigos, machetes, fosas clandestinas, pozos con muertos, traiciones y bestias. No entendió, y en 2008 esa lógica se la tragó. Se la llevó La Bestia. Embelesada con los pandilleros y su mundo, Wendy se acostaba con un dieciochero, un muchacho sin rango ni estatus dentro de su clica, un «cachorro». A la vez, frecuentaba de vez en cuando a los miembros de la Hollywood Locos.

Wendy no entendía. Ya no eran tiempos de juego. La Bestia tenía casi dos décadas de haber aterrizado en El Salvador.

Es cuando menos curioso que La Bestia sea femenina. La muerte de los machos mareros es ella.

Wendy no sabía de mesura ni de prudencia, palabras que no suelen asociarse con su edad, pero que eran necesarias para quien se acercara a la Mara Salvatrucha 13. En una ocasión, dijo al Niño que él debería tatuarse en el pecho el uno y el ocho, porque la MS-13 no valía la pena. Esas palabras en boca de cualquier hombre habrían bastado para terminar, con suerte, con mucha suerte, asesinado a machetazos. Como le sucedió al Caballo, que sin haber si quiera pronunciado palabras como esas terminó con su corazón en la mano del Niño. Pero para el Niño, Wendy no merecía su machete ni sus tiros. No era merecedora de su barbarie. Era una cipota, una simple cipota. No le prestó atención.

Pero las clicas son un conjunto de intereses diferentes, y la Mara Salvatrucha 13 no se caracteriza precisamente por dejar pasar las ofensas o por respetar la vida de las mujeres. Wendy siguió soltando sus palabras y sus insultos entre los pandilleros. Hasta que varios se hartaron.

Un grupo de miembros de Hollywood Locos se llevó a Wendy por la tarde a un cementerio, con la mentira de que fumarían marihuana. La mataron. Quien la decapitó era un muchacho que se había retirado de la Mara Salvatrucha 13, y que ahora los buscaba de nuevo, como un hijo pródigo pandillero. Para él era importante demostrar cosas, dejar mensajes claros al interior de la clica, así que, como hizo el Niño en más de una ocasión, ese pandillero vio en esa niña un papel en blanco sobre el cual escribir cosas. Hay otras versiones del porqué de la muerte de Wendy, u otros ingredientes importantes. Su boconería, sin duda, fue fundamental.

El Niño se limitó a vigilar. No le gustaba escribir nada en ese tipo de papel. Prefería la superficie tosca de los cuerpos dieciocheros o incluso de los emeeses. Así que se adjudicó a sí mismo un rol secundario, el de

vigía. Ni siquiera estuvo muy cerca cuando el machete escribió el último mensaje en la cara de Wendy.

A Wendy no la violaron. Su cuerpo no presentaba signos de tortura, como suele suceder cuando las clicas escriben en los cuerpos de las muchachas. Wendy tenía nada más dos machetazos. Uno, quizá buscando el cuello, le cayó abajo del labio inferior, arriba de la barbilla. El machete tenía filo y el brazo que lo empuñaba tenía fuerza. A pesar de encontrarse con hueso, logró romper hasta llegar a la nuca. Casi separa la cabeza del cuerpo. El segundo, y último machetazo, fue vertical, en el cráneo, de la coronilla hacia el cuello. El machete volvió a hacer hazaña. Tenía tanto filo y el golpe fue tan fuerte que le cortó varios mechones de pelo. Wendy murió rápido. Luego arrastraron su cuerpo hasta una barranca. Había llovido la noche anterior y había charcos. Hundieron su cabeza, apenas pegada al cuerpo por unas hebras de carne en la parte de la nuca, en el fango y la dejaron ahí. Ni siquiera se tomaron el tiempo de enterrarla, ni cubrirla con ramas.

Así la encontraron los campesinos, entre los cuales estaba su tío materno, Héctor, el padre de Lorena, la mujer del Niño. Héctor, el suegro del Niño. Junto con los policías de Inspecciones Oculares, Héctor revisó el cadáver de su sobrina, volteándolo de un lado y del otro, viendo una cabeza mecerse, pendiendo del joven cuerpo de la niña que no entendió el mundo salvaje de los pandilleros. Él fue el único de la familia que tuvo el temple de encarar la barbarie escrita en el cuerpo de su pariente.

El Niño posteó el asesinato de la prima hermana de su mujer.

Héctor levantó el cadáver de su sobrina, que asesinaron, con ayuda de su yerno.

Relaciones familiares al fondo del abismo.

Aun en el infierno de la violencia salvadoreña, una niña de dieciséis años con la cabeza colgando de unos pellejos alcanza para hacer un modesto escándalo dentro de las oficinas policiales y una que otra redacción de periódico. Así que un año después, a mediados de 2009, el cabo Pozo, parte del equipo del inspector Pineda, tomó el caso y descubrió que dentro de la Hollywood Locos había una pieza floja, una pieza que cada vez estaba más cerca de volverse hoja en blanco para sus propios *homeboys*. Fue entonces cuando este policía rudo y rechoncho comenzó una búsqueda incesante de ese pandillero despiadado y escurridizo conocido como el Niño de Hollywood.

El Niño supo que por primera vez él era el objetivo número uno de la policía. Supo que había un inspector de apellido Pineda. Supo también, porque los policías metieron cizaña entre colaboradores y

pandilleros de bajo rango, que lo acusaban a él del asesinato de Wendy. Solo a él. Por una sencilla razón. Los sabuesos del inspector Pineda ya habían empezado a perfilar a los miembros de Hollywood Locos. Doce años después de la creación de la clica Hollywood Locos Salvatrucha, decenas de homicidios tarde, el Estado empezaba a enterarse de quiénes eran esos hombres que desde niños habían sido pandilleros. El perfil del Niño arrojaba algunas luces: era de los principales de la clica, era cercano a Chepe Furia, fumaba mucha marihuana y era novio de una niña llamada Lorena. Hablando con familiares de Wendy, los policías supieron que Lorena y Wendy eran primas. Por deducción pura, sin más prueba que la intuición, apuntaron al Niño como perpetrador del crimen. Algo tenía que haber en ese parentesco que se pareciera a un motivo para matar.

El inspector Pineda tenía otro indicio para creer que el Niño era la parte más angosta de la clica. A principios de ese año, el pandillero se había alejado de la clica. Abandonó a sus *homeboys* por unos meses para integrarse a un grupo también poderoso por estas tierras. Uno que le permitía no perder ese estatus que tanto trabajo le había costado. El Niño de Hollywood, el sicario infalible, se hizo evangélico.

Durante los primeros meses de 2008, el Niño asistió a una de esas iglesias escuálidas que afloran en todos los cantones y caseríos. Durante meses cantó fervorosas canciones pentecostales y escuchó las histriónicas prédicas de hombres humildes a quienes sus estudios apenas les alcanzaban para leer la Biblia. El Niño, el múltiple homicida, se vestía con camisas de botones manga larga, se la metía en pantalones de tela de descoloridos tonos, lustraba unos viejos zapatos de vestir, tomaba una Biblia y se comportaba como pandillero arrepentido varias noches a la semana.

Para un pandillero, incluso para uno con la trayectoria del Niño, la iglesia evangélica representa un espacio de resguardo. Como norma general, las pandillas reconocen la participación en estas iglesias como una de las dos únicas formas de salir de las estructuras. La otra es la muerte.

Sin embargo, la iglesia no era para el Niño algo trascendental, no fue un llamado divino lo que sintió. Fue solo una estrategia. Así como años atrás se escondió en las faldas del Estado, cuando se enlistó en el Ejército, esta vez se cobijó en la palabra de Dios. Sin embargo, fue solo un periodo corto. El Niño, con sorna, contaría años después que para calmarse un rato cuando sentía a la policía demasiado cerca, se hizo «evangiloco».

Dejó de ser oveja y regresó a su naturaleza de lobo a finales de 2008.

Sin embargo, lo que para el Niño había sido una estrategia para alejar a los policías, terminó siendo un indicio más para los investigadores de que el Niño era alguien a quien se le podía convertir en traidor.

La persecución de los policías continuó. El cabo Pozo siguió encabezando la búsqueda del Niño.

No fueron pocas las veces que el Niño huyó entre veredas. En alguna ocasión, solo la obesidad del cabo Pozo impidió que cazara al Niño. A pasos de distancia, el Niño sintió un par de veces la cercanía del cabo y sus colegas, y sacó su mejor casta silvestre para huir brincando cercos de potreros como ciervo en huida.

El Niño estuvo a punto de disparar en algunas ocasiones. No sabía que el cabo Pozo no tenía las mismas intenciones. El inspector Pineda no había soltado a sus policías para que llevaran cadáveres. Los había soltado para que cazaran soplones. Tanto así que ya en una ocasión el cabo Pozo había logrado que aquella patrulla de militares retuviera al Niño, y lo había dejado ir bajo la promesa de que seguirían hablando. No querían matarlo, querían quebrarlo.

Esa misma búsqueda de meses fue la que llevó al cabo Pozo a entrar en aquella casa de una empobrecida colonia de Atiquizaya, donde el Niño se había refugiado. El cabo Pozo, sabedor de que tenía que llevárselo o volver a perderlo durante meses o para siempre, abrió con cuidado aquella puerta metálica. Vio la espalda del sicario de veintisiete años que fumaba su quinta piedra de crack, quitó el seguro de su pistola 9 milímetros, vio los dedos del sicario encajados en una .357 y una .40. Respiró. Contuvo los nervios y, sobre todo, las balas, y dijo sosteniendo su nueve con las dos manos:

–Ey, calmate, ya vi que estás armado.

Cuando terminó la guerra, se conocieron.

Ambos tenían su origen en Estados Unidos y desde entonces ya sus destinos estarían ligados para siempre. Se parecen tanto.

Los evangélicos llegaron antes. Mucho antes. La primera iglesia se llamó Misión Centroamericana, y llegó al occidente salvadoreño a finales del turbulento siglo XIX. No tuvieron mucha acogida, la élite cafetalera era profunda y aristocráticamente católica. Persiguieron a los primeros evangélicos como a herejes. Cuando hacían sus cultos, sus histriónicos y bulliciosos cultos, eran apedreados también por los campesinos ladinos que aprendieron a odiarles. Las primeras misiones no tuvieron mucho éxito. Sus alabanzas y sus visiones apenas fueron aceptadas por los indígenas del occidente, pero aun así en las faldas del volcán de Santa Ana se fundó el primer grupo. Quedarían ahí, discretos, como una secta perseguida, como un gen recesivo en el ADN salvadoreño, esperando su momento.

Su momento llegó a finales de los setenta. Vinieron más, muchos más desde Estados Unidos. Fundaron iglesias, esparcieron sus cultos por todos los rincones. Se metieron en las barriadas y en los caseríos. Como la primera vez, fueron acogidos por los más pobres. Como si estuvieran destinados a ser consuelo de los miserables de esta tierra.

Desde ese momento, cuando cae la noche, que en El Salvador ocurre luego de las seis de la tarde, en los barrios bravos de las ciudades, pueblos y cantones del país más violento de América Latina, al fondo de callejones oscuros, cerca de quebraditas malolientes, en zonas abandonadas por el Estado y por el mundo, e incluso en las hacinadas cárceles, comienzan a escucharse cantos, palmas y panderetas. Los aleluya y los gloria a Dios rompen el silencio en las noches de vigilia, y las profecías, los dones y las extravagantes lenguas divinas se apropian de El Salvador más pobre.

Ay, silabás, silabás, silabastei, silabastei, ando rama silabari, ando bari silabaste.

Cuando la guerra terminó, llegaron los otros.

Venían tatuados y fornidos desde los penales californianos. Los pandilleros se metieron en las barriadas y los caseríos. Fueron también acogidos por los más pobres entre los pobres. Como si estuvieran destinados a ser la cólera de los miserables de esta tierra.

Ahí se conocieron, en medio del cochambre y de la miseria. Se entendieron. Ambos se sabían rechazados. Se dieron cuenta de que eran hermanos. Evangélicos. Pandilleros. Uno noble y el otro malvado, pero hermanos al fin. Los evangélicos eran los únicos en no abominar a los

pandilleros, y los pandilleros eran a los únicos a quienes no abominaban. Desde su encuentro, luego de la gran guerra, empezaron a caminar cerca el uno del otro. Desde esos días de principios de los noventa, ambos se saben dueños de los márgenes, y entre los dos orientan, de formas muy diferentes, la vida de los barrios y cantones de un país en el que el Estado es solo un agresor lejano para los pobres.

Cuando los pandilleros se cansan de servirle a La Bestia, buscan al pastor, y este *les acoge, muchas veces en su propia casa, y los ayuda y protege. La pandilla no los toca. Cientos de hombres marcados del cuerpo y la cara con los tatuajes de La Bestia entonan alabanzas en los miserables templos de ese dios que exige cantos, gritos, sacrificio y transformación. El dominio de La Bestia suele terminar en la entrada del templo. Hasta ahí llega su odio*.

Miguel Ángel se ha quedado sin saldo telefónico en el solar. Por eso este día no puede llamar. Por eso lo que envía es un mensaje de texto. Son las doce del mediodía del 14 de diciembre de 2013. El mensaje telefónico, corrigiendo los múltiples errores de ortografía, dice:

–¿Qué ondas, carnal? Solo informarte que me quedé sin mi ruquito. Me lo ganó La Bestia. El Niño.

Su padre se ahorcó anoche.

A sus sesenta y siete años, Jorge García, en su segundo intento consecutivo, la madrugada de hoy, 14 de diciembre, logró quitarse la vida amarrando su cuello a una viga de la casa del cantón Las Pozas y dejándose caer.

Borracho tras tomar guaro Cuatro Ases, Jorge García llegó a su casa donde dormía su mujer, Rosa Tobar, la madre de Miguel Ángel. Se amarró el extremo de un lazo al cuello y ató el otro extremo a una de las vigas del patio. Golpeó una silla y cayó. Fracasó en la muerte. Jorge García quebró la viga de madera en su primer intento. Humillado y adolorido, Rosa Tobar lo encontró con la soga al cuello debajo de una viga quebrada.

Los insultos resonaron en la oscuridad de aquel fin que es Las Pozas. La callejuela oscura se llenó de maldiciones.

–Viejo hijueputa, inútil, maldito. Viejo cerote, ni matarte podés.

Varios vecinos despertaron con los gritos iracundos de Rosa Tobar.

Héctor, el padre de Lorena, vecino del viejo que intentaba morir, se despertó. Escuchó los insultos y supo lo que pasaba. Supo lo que otra vez ocurría. Era el quinto intento de suicidio de Jorge García en los últimos dos años. Quizá hubo más, pero era la quinta vez que intentaba no amanecer al día siguiente en la casa de Las Pozas. Siempre de noche, siempre borracho, Jorge García se amarraba la soga al cuello y buscaba una rama, una viga, para ya no vivir. Siempre lo insultaba Rosa Tobar. Viejo cerote. Viejo pendejo. Viejo hijueputa. Siempre fracasaba Jorge García. Hasta este día en la madrugada. Hoy, Jorge García triunfó: murió.

Héctor, después de oír cómo crujió el fracaso de Jorge García, pidió a su hijo mayor que se asomara por las latas que hacen de muro entre las casas a ver qué hacía el viejo. Era obvio que, tras maldecirlo, Rosa Tobar había vuelto a encerrarse al cuarto. Se escuchó un portazo y ya no hablaba nadie, pero se escuchaban ruidos de algo que se

arrastraba. El hijo de Héctor vio a los metros, en medio de la penumbra, al viejo repitiendo la rutina. Arrastró la silla. Se ató el cuello. Escogió otra viga. Esta vez, una de hierro, en el marco de cemento que da al patio repleto de láminas y trastos viejos. Ató la punta del lazo. Golpeó la silla.

–Papá, yo creo que ese viejito se mató –dijo el hijo a Héctor. Papá e hijo salieron y aporrearon el portón de la casa de Rosa Tobar. –Doña Rosa, su marido se colgó. Abra, doña Rosa.

–Que se cuelgue ese viejo cerote. Que se mate de una vez –respondió iracunda Rosa Tobar.

Pero Héctor y su hijo fueron insistentes. Rosa Tobar apareció vistiendo una descolorida enagua. Salió desmelenada, minúscula, pellejuda, pálida, con su pelo cano, su cara arrugada, con toda la mala vida encima. Abrió la puerta y volvió a su cuarto.

Héctor y su hijo entraron y encontraron el cadáver de Jorge García colgando.

A Héctor le pareció una piñatita. Aquel pequeño bulto oscilante, descolorido, en la oscuridad, por alguna macabra razón, le pareció una piñatita.

Colgaba Jorge García.

Colgaba el jornalero del café.

Colgaba el miquero del brazo quebrado.

Colgaba el padre que prestaba a su hija.

Colgaba el padre de la hija violada.

Colgaba el padre que bebía mientras a su hija le rompían el coño. Colgaba el borracho de Cuatro Ases.

Colgaba el padre de la hija violada por el capataz.

Colgaba el padre de Miguel Ángel Tobar.

Colgaba, como piñatita, el padre del Niño de Hollywood.

Miguel Ángel contesta el teléfono. Dice que no irá a la vela ni al funeral. Dice que los policías no quieren exponerlo. Irá a dejar unas sillas plásticas que le han prestado de la Alcaldía de El Refugio y volverá al solar, a esperar, a los juicios, al caso del pozo de Turín, a malvivir.

Jorge García estaba condenado. Era un hombre condenado. Su perra vida era la condena. Pero fueron algunas mordidas profundas, incurables, las que dejaron surcos que Jorge García ya no pudo cerrar, que solo lo hacían no querer vivir. A Jorge García, años atrás lo había mordido La Bestia. Anoche, como dijo Miguel Ángel en su mensaje, La Bestia solo pasó a llevarse lo que era suyo desde hacía mucho. Solo llegó a Las Pozas para terminar de devorar lo que ya había mordido.

A su papá, como escribió Miguel Ángel, se lo ganó La Bestia. Su

propia Bestia.

La Bestia masacró en la colonia Horeb

Una familia, como tantas familias salvadoreñas, se cambió de casa para intentar iniciar una vida lejos de los pandilleros a los que temían.

El 25 de febrero de 2012, esa familia llegó a lo que pensaban sería su nueva vida. Huían de Atiquizaya. Huían de la clica Hollywood Locos Salvatrucha. La familia había recorrido veinte kilómetros hacia el departamento de Santa Ana, para alquilar una casa humilde en medio de un lote polvoriento y repleto de maleza. Eran seis personas las que habían llegado ese día para ver la nueva casa y arreglar un trato de alquiler. A pesar de que la colonia estaba en un municipio llamado San Sebastián Salitrillo, dominado por la Mara Salvatrucha 13, a la familia le habían asegurado algunos vecinos de la colonia Horeb que ahí tenía poca presencia la pandilla, y que se vivía en pobreza, pero en relativa calma. La familia no calculó que el problema no estaría en el nuevo lugar, sino que los perseguiría de aquel del que trataban de huir.

Una de las seis mujeres del grupo, la más joven, una veinteañera, había comunicado a su novio en Atiquizaya en días recientes que ya no quería seguir con la relación. Su novio no se tomó a bien la decisión de la muchacha. Todo hubiera podido acabar en una escena pública de despecho, en una borrachera entre llanto y música ranchera, de no ser porque el novio abandonado era David Antonio Morán Rivas, el Lunático de la clica Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya.

Para ese día, los más jóvenes de la clica que conoció el Niño ya habían escalado a base de muerte. Para ese día, el Niño ya era el testigo Yogui en los juzgados desde hacía más de dos años. Había algunos pandilleros de su exclica a los que el Niño ni siquiera conocía. Niños que, como él años atrás, se habían dejado seducir por la pandilla para abandonar sus vidas miserables y sin sentido, y abrazar una vida de muerte revestida por sus reclutadores como una guerra de vital importancia.

Un comando de la Mara Salvatrucha 13 esperó a la familia afuera de la colonia Horeb. Eran dos muchachos de quince años, uno de veinte, uno de treinta y cinco y el novio celoso, el Lunático.

Cuando la familia se retiraba luego de ver la casa, los pandilleros les cerraron el paso y dispararon a matar sin mediar palabra. Los casquillos recogidos después por la policía eran de carabinas 30-30. Quedaron tendidos los cadáveres de tres miembros de la familia. En esa masacre murió María Galán, Jorge Galán y Juana Elena Flores.

Sobrevivieron, con graves heridas de bala, tres miembros de la familia que huía. Una de las sobrevivientes era la exnovia del Lunático.

Una masacre más. Fue, según datos policiales, la quinta masacre de 2012. Ocurrirían ese año veintidós masacres en todo el país, que dejaron setenta y dos cadáveres en diferentes partes. El 2012, dijo la policía al final de ese año, había sido un buen año en términos de masacres. El año anterior, 2011, habían ocurrido cuarenta y una masacres en el minúsculo país, y el número de muertos fue de ciento treinta y siete solo en ese tipo de hechos.

Juana Elena Flores, una de las muertas en la colonia Horeb, era tía del Niño, hermana de su padre. La otra muerta, María Galán, era prima del Niño, hija de Juana Elena Flores. El muerto, Jorge Galán, era el esposo de María.

Dos años después, en febrero de 2014, la fiscalía salvadoreña celebraría en un comunicado de prensa haber logrado sendas condenas contra dos de los atacantes. Melvin Antonio Linares Mencus, el Danger, de veinte años, y William Ernesto Castillo Delgado, el Azul, de treinta y cinco, fueron declarados culpables y condenados cada uno a ciento treinta y ocho años de cárcel por los tres homicidios y los tres intentos de homicidio.

La policía aseguró que al Danger lo atraparon en flagrancia, mientras huía de la escena. La policía nunca incluyó al Lunático ni a los dos muchachos de quince años en su investigación. Lo que quedó de esa familia destrozada a balazos por la Hollywood Locos huyó, se desperdigó por otros departamentos del país. El Niño, desde su reclusión en el solar, hizo sus pesquisas y reconstruyó lo que pasó mejor que la policía. Supo el móvil del crimen, supo quiénes fueron mucho antes de que llegara la condena. Lo dijo a los investigadores de El Refugio, pero el caso no les resultó atractivo. Ya había dos capturados. Eso, en El Salvador, es éxito.

Muerte llama muerte. No en todos lados, pero sí en El Salvador. Muerte hereda muerte. Desde las pequeñas historias familiares hasta la historia reciente del país, El Salvador está construido sobre muertes que trajeron más muertes.

Jorge García, el padre del Niño, nunca superó esa masacre. Desde aquel día, el alcoholismo del exmiquero llegó a sus niveles más profundos. Jorge García buscaba olvido en el alcohol, pero hay olvidos que no pueden contenerse en una botella. Jorge García empezó con sus intentos de suicidio, hasta que la madrugada del 14 de diciembre de 2013 encontró una viga resistente para escapar de su podrido mundo.

Un año y diez meses después de que el Lunático y su tropa loca

asesinaran en la colonia Horeb, la masacre se llevaría a su cuarta víctima, un exmiquero colgado como piñatita a veinte kilómetros de donde las carabinas echaron balas.

Miguel Ángel ya no está harto. Ahora está desesperado. Una escena ocurrida este mes de agosto de 2013 ejemplifica con claridad su nueva situación.

Sin ninguna explicación, la canasta de comida que el Estado le envía dejó de llegar hace tres meses. Nada. Él sigue siendo testigo criteriado, cumple con su parte y va a cuanto procedimiento jurídico le piden. El Estado cumple su parte solo de forma parcial: no acusa a Miguel Ángel por sus múltiples homicidios. Sin embargo, se ha olvidado de alimentar con lo que contiene la miserable canasta al traidor de la MS13 y su familia.

Hace unos días, hambriento y angustiado por qué dar de comer a Lorena y Marbelly, Miguel Ángel se escabulló por los muros del solar y salió. Caminó para alejarse unos doscientos metros del puesto policial, sobre la calle principal de este pueblito llamado El Refugio. Una vez cerca de las tienditas, el exemeese se quitó la camisa en plena zona de dominio dieciocho, y esperó a que llegara un camión de gaseosas o chucherías a repartir, para pedir un dólar al motorista.

En El Salvador, la extorsión pandillera, conocida como renta, está tan extendida que hasta algunas multinacionales y empresas de transporte colectivo han contratado a exmilitares y expolicías para que funcionen como negociadores. No pretenden no pagar a la pandilla. Pretenden negociar una suma razonable. Algunos comercios, que tienen la mala suerte de ubicarse en vértices entre el dominio emeese y dieciocho, deben pagar a ambas pandillas. La extorsión va desde diez dólares al mes, que puede pagar una vendedora ambulante de tomates del centro de San Salvador, hasta cinco mil dólares mensuales, que puede pagar en total una empresa que tenga camiones repartidores, como la Coca Cola Company.

En el marco de una investigación contra la MS-13 ocurrida en 2017 y bautizada como Operación Jaque, la fiscalía intervino la comunicación de líderes encarcelados que pedían a los cuarenta y nueve programas –federaciones de clicas al interior de la pandilla aglutinadas bajo un liderazgo común– de la MS-13 entregar todo el dinero que hicieran en una semana. O sea, reunir todo lo que la pandilla generaba en siete días. Las intervenciones revelaron que la ranfla nacional logró juntar 600.852 dólares. Si se considera que ese es el total de lo que la pandilla recoge cada semana, principalmente

gracias a las extorsiones, puede concluirse que la MS-13 genera unos 31,2 millones de dólares anuales en El Salvador. La suma sorprende, pero si la pandilla hiciera una repartición equitativa de ese dinero entre los cuarenta mil miembros que las autoridades de seguridad salvadoreñas calculan que existen en el país, cada pandillero recibiría sesenta y cuatro dólares cada mes. La MS-13 es una mafia, pero una mafia de pobres. La mayor parte del dinero sirve para pagar abogados, entierros, armas, colaboraciones a viudas de *homeboys* muertos o encarcelados. La economía de este grupo, incluido en la lista negra del Departamento del Tesoro de Estados Unidos a la par de los Zetas mexicanos, la Yakuza japonesa o la Camorra italiana, es una economía de subsistencia.

Pero en este 2013, Miguel Ángel, desesperado, esperaba sin camisa que pasara un camión. Sabía que los tatuajes hechos con poco esmero sobre su cuerpo, el pequeño MS en el dorso de su mano izquierda, el deforme «mi vida loca» en el antebrazo, bastarían para que todo camionero supiera que la petición de dinero era más bien una exigencia.

El camión nunca llegó. Lo que sí llegó fue un *pick up* con fiscales que iban hacia el puesto policial por alguna diligencia. Lo reconocieron y, extrañados, le preguntaron qué hacía en la calle. Miguel Ángel, iracundo, con su mirada de muerte, les respondió:

–Aquí, sin camisa, renteando [extorsionando] un dólar para comer. Los fiscales lo vieron con temor y se fueron. Miguel Ángel desistió de su espera y también regresó al solar.

Hoy, días después de esa escena, Miguel Ángel despotrica contra la fiscalía, contra la Unidad Técnica Ejecutiva del Sector Justicia, contra los policías, contra todo el mundo. Está desesperado. Piensa en largarse del solar, abandonar todo el proceso, convertirse en un prófugo, un forajido.

–No le temo a nadie. Quisiera tener un papayal en algún lugar tranquilo, estar con mi familia, y que el que quiera llegar a joder se toque las almendras, porque ahí va a haber frijoles.

Miguel Ángel y sus metáforas y onomatopeyas para las balas: frijoles, semillas, pepas, bombazos, poke, poke, poke.

Cerca de aquí, el pozo de Turín está completamente inundado. El criminalista Israel Ticas dio por concluida la excavación. Las máquinas regresaron demasiado tarde para terminar antes del invierno el camino hacia la base del pozo, hacia los restos humanos. A pesar de ello, Ticas, literalmente nadando en una piscina de agua lodosa, en un caldo de muerte, logró sacar fémures, cráneos, tarsos pertenecientes a cuatro personas asesinadas, una mujer entre ellas. Las autoridades

llegaron a creer que había más de veinte cadáveres en el pozo. Ticas aseguró al inicio de la excavación, hace más de dos años, que estaba seguro de que había al menos quince cadáveres. Algunas fuentes que participaron en la excavación y pidieron anonimato aseguran que no pueden estar seguros de que no haya más muertos en el pozo. Sacaron lo que pudieron y no siguieron excavando más por riesgo de derrumbe. En algunas ocasiones, Ticas y sus asistentes descendían atados a sogas de diferentes colores para que, en caso de quedar soterrados, los rescatistas pudieran llegar hasta sus cadáveres. Para llegar al de Ticas hubieran tenido que seguir la soga roja.

Aparecieron solo algunos huesos en una excavación que tardó más de dos años por falta de máquinas. Desde octubre de 2012, los seis pandilleros arrestados y acusados de haber asesinado y lanzado cuerpos al pozo están prófugos. Los soltaron porque la ley no permitía retenerlos más sin condena. Estaban obligados a presentarse a firmar al juzgado. No fueron estúpidos. Nunca más aparecieron.

Miguel Ángel aún tiene que declarar en ese caso. Declarará en una sala vacía de acusados. La justicia en el país más homicida de la Tierra es una mala puesta en escena, con actores torpes, vulgares y personajes ausentes.

Miguel Ángel tiene apenas algún bocado que llevarse a la boca, algunas verduras, tortillas, sopas de sobre que guardó. Eventualmente, algún policía le regala algo. Come como un mendigo. Espera juicios absurdos. Tiene una relación tensa con los fiscales, que incluso han amenazado con acusarlo por los homicidios que delató, y está convencido de que algunos policías han intentado caminarlo para asesinarlo. Algo en él está a punto de estallar. Su paciencia se agota. El Estado salvadoreño ha desesperado al expandillero. El Estado salvadoreño ha condenado al exsicario a una vida tan miserable que ni él está dispuesto a tolerar.

Habla recurrentemente de sus planes para irse.

–Pienso en enmorterarme [armarme] y cuidarme. Tener ojos de gato. Aislarme. Porque donde voy a caminar, diecihoyos hay.

La tensión ha llegado a tal punto con la fiscalía que hace unos meses, durante una audiencia, Miguel Ángel, fingiendo haber olvidado todo, se rehusó a reconocer a un miembro de su clica que estaba siendo juzgado por agrupaciones ilícitas.

–Fue para demostrarle a la fiscalía que me vale verga. Dejé libre al bicho de Atiquizaya, para que los fiscales vieran que me vale verga. Se emputaron, pidieron que me juzguen. A mí me vale verga, me voy de aquí, me pelo.

A veces, Miguel Ángel pasa meses sin ver a los fiscales. Fiscales

atarantados por decenas de casos bajo su responsabilidad apenas tienen tiempo para preparar a su testigo. Lo hacen un día antes de la audiencia en el mejor de los casos. Si no, el mismo día. A veces, dice Miguel Ángel, llegan fiscales a los que no conoce, que toman los casos donde él es testigo, aun cuando no los entienden. Miguel Ángel ha tenido que explicar múltiples veces a diferentes fiscales toda la historia desde cero. En algunas ocasiones, esa explicación ha sido dada minutos antes de entrar a la sala de juicio.

Miguel Ángel se acurruca en el solar junto a una llanta de camión semienterrada. Hay cafés de sobre y pan dulce. Empieza una conversación que Miguel Ángel nunca había tenido.

–¿Y cuando todo acabe, Miguel Ángel?

–Lo que he hablado es de que nomás terminar el procedimiento me van a dejar sin medidas [de protección]. Dicen que, del sueldo de ellos, los fiscales, me van a dar un dinero para que me vaya a trabajar a otro lugar y deje algo de dinero a mi chava y la venga a ver cada mes. Ni casa ni canasta, ahí que vea qué me hago –responde.

–¿Sentís que te usaron?

–Si de todo mi caso, el único menos alivianado soy yo. Todos los viejos de allá arriba, de la alta sociedad, han salido alivianados. ¿Cuánto valía la muerte de Rambito? Once mil dólares pagó Chepe para que caminaran a Rambito. Yo soy el que menos ha sacado.

–¿Algo garantiza que cuando el Estado te suelte no seás sicario?

–No me han ofrecido otro camino. Tendría que haber un programa de trabajo. Te vamos a dar chance de que barrás en tal juzgado. Yo no me he borrado las tintas porque no me han ofrecido nada, y al menos esto me protege con respeto si me voy a otro lado. La información que he dado vale. Yo dije que yo fui, que yo disparé, y que los otros hicieron lo que hicieron. Eso vale.

–¿Vos descartás que volvás a las andadas?

–No lo puedo descartar. Si estando aquí me han ofrecido oportunidades.

–¿Sentís que la gente de este país te debe algo?

–Yo arriesgo mi vida. Salí yo de las calles y saqué a otro vergo de sicarios. Por eso hay un vergo de gente que me quiere matar. Policías, pandilleros. Yo no sé quién trabaja para quién aquí. Es una onda que se llama crimen organizado. Yo no quiero estar ya en este riesgo, tengo a mi niña. A la sociedad no le importa que esté en este riesgo, a ellos solo les importa que el testigo ya declaró.

Eleva la voz. Abre las palmas de las manos hacia arriba y mueve los brazos como si esperara que algo cayera del cielo. Busca respuestas. Deja de moverse. Baja los ojos. Cuando levanta la mirada, está llena

de furia, es rabiosa. Sube la cabeza, mira hacia abajo con los ojos bien abiertos. Mira como seguramente miró al Caballo antes de sacarle el corazón, y dice:

–Si ellos se pusieran a pensar y dijeran: «Ey, a este bicho le puede ir mal, tiene a su hija, tiene a su mujer, pongámosle al menos una chambita».

Es difícil no pensar en una frase que pronunció y describe quizá toda la vida de Miguel Ángel y de tantos otros hijos de la guerra en este país de muerte.

–No me han ofrecido otro camino.

Parte III

1. TRAIDOR

1. Que comete traición.
2. Dicho de un animal: De reacciones imprevisibles. Que es más perjudicial de lo que parece.

Diccionario de la lengua española

El Niño no lo sabe aún, pero esta será la última entrevista en el solar. Es la tarde del martes 14 de enero de 2014. El ocaso.

Han pasado dos años de visitas al solar. El Niño solo se ofuscó por alguna anécdota que contó muy vivazmente y que lo llevó a trasladarse a algún homicidio. Nunca estuvo nervioso. Con ese temple del que ha matado una y otra vez, del que han querido asesinar una y otra vez, los nervios no habían sido parte de su gama de actitudes. Estuvo harto en alguna ocasión, cansado, desganado, furioso, pero no nervioso. Nunca.

Hoy está nervioso.

Voltea a ver una y otra vez hacia la puerta que da a la calle. Responde a las preguntas apurado, con frases entrecortadas incapaces de hilvanar una historia. Sostiene la mirada solo por breves segundos y vuelve a la puerta.

Mañana tiene que declarar en contra de los cabos Hernández y Tejada, los supuestos cómplices de Chepe Furia para asesinar a Rambito. Un grupo de policías lo recogerá en el solar y recorrerá con ellos el país de punta a punta para acusar a dos de sus colegas de homicidio agravado y agrupaciones ilícitas. El Niño ya contó que los vio en Atiquizaya a bordo de una patrulla, con Rambito, el día de su muerte. Ya contó que horas más tarde vio a Rambito subir con dos lazos al carro de Chepe Furia. Pero lo contó en la etapa preliminar del juicio. Mañana debe repetirlo en la etapa de sentencia, de donde los policías pueden salir directo a una cárcel a purgar 20 años o más.

El Niño escucha las preguntas sobre lo que ocurrirá mañana, cuando de repente sus ojos se abren y su cuerpo se queda tieso. Un policía del puesto de El Refugio entra al solar con la mano derecha en su arma, que está en su cintura dentro de la funda. Hay todo un grupo nuevo de investigadores. El inspector Pineda fue removido hace meses. Lo enviaron a otro violento departamento del país como jefe de

homicidios.

El policía ve la escena admirado, buscando respuestas con la mirada. Es la primera vez que un oficial interrumpe una de las entrevistas con el Niño. El policía se exaspera, pide documentos, credenciales, voltea a ver con furia al Niño, mientras sigue pidiendo las identificaciones de los visitantes.

El policía exige a los visitantes que se larguen.

Esto obtiene como respuesta: «No, hasta que lo pida el Niño».

El Niño llama de su viejo teléfono celular al jefe del puesto policial, el sustituto del inspector Pineda.

–Sí, solo quieren mi historia de vida, quién soy y de dónde vengo... Sí, yo sé que es delicado hablar de algunos temas... Sí, yo sé que yo solito me echo tierra si cuento... –dice el Niño por el teléfono.

Cuelga. Está pálido. Lorena ha visto la tensa escena y ha enviado a Marbelly a decir dos de las cinco palabras que conoce para llamar la atención del policía que no suelta la cacha de su arma.

–Veñí... Payomita –repite Marbelly tirando del pantalón del agente, intentando que él dirija su atención hacia una imaginaria paloma.

El policía, harto, furioso, sale del solar y amenaza con volver luego de hablar con el jefe.

–Están nerviosos por lo de mañana –dice el Niño cabizbajo.

Un fiscal de Ahuachapán que pidió anonimato reveló días atrás que han detectado presiones contra el Niño de parte de algunos policías, que le han ofrecido dinero por enmudecer en el juicio o la muerte si llega a declarar contra los cabos.

Se le pregunta al Niño si es mejor dejarlo solo. Asiente, humillado, cabizbajo.

Lorena está de pie a la par de la puerta, vigilando el regreso del policía. Abre. Se hace a un lado. Sonríe y deja salir.

En esta sala del Juzgado Especializado de Crimen Organizado de San Miguel, el Niño se llama Yogui.

Es 15 de enero de 2014. Ayer fue la última entrevista en el solar.

Yogui aparece vestido con un traje de policía, sin ningún número identificativo ni insignia. Es azul negro y le queda inmenso, como tres tallas más grande. Lleva un pasamontaña negro de pana que, de solo imaginarlo sobre la cabeza, asfixia. San Miguel es quizá el departamento más caluroso del país. No es raro que sus temperaturas máximas de verano rocen los cuarenta grados centígrados. Yogui camina con los hombros altos y tiesos, erguido, como si tuviera una placa de metal adherida a la espalda.

Son las nueve de la mañana. Los dos fiscales, un hombre y una mujer, están serios. La defensa, dos abogados que también alegaron a favor de Chepe Furia en su juicio, bromean. Susurran y ríen desde su escritorio. Los cabos están en la parte de atrás de la sala, de espaldas al juez, tras un biombo que les permite escuchar, pero no ver lo que pasa en la sala. Están serios. Cierran los ojos por momentos y oran.

El juez, con su rostro arrugado, severo, anguloso, ordena que inicie el desfile de testigos.

La fiscalía llama al estrado al testigo Yogui. Es un decir, en esta salita no hay estrado. Apenas hay sillas de plástico. Yogui entra y se sienta en una.

–Buenos días, Yogui –empieza el fiscal.

–Buenos días, licenciado –contesta Yogui con una voz que bien podría ser la de La Bestia. Como medida de protección, en estas audiencias se deforma la voz de los testigos protegidos. A Yogui le han puesto una voz de ultratumba que apenas permite distinguir sus palabras por el eco cavernoso que tiene.

–¿Sobre qué hecho va a declarar hoy? –pregunta el fiscal a Yogui, despreocupado, como formalismo, hojeando sus notas.

–No sé –responde Yogui.

Silencio en la sala. Los fiscales se voltean a ver. Los defensores lanzan un par de risitas contenidas.

El Niño se arranca la máscara de Yogui. Se quita el pasamontañas negro. Ahí está sentado Miguel Ángel Tobar, el Niño de Hollywood, con sus ojos bien abiertos, que ven fijamente al fiscal, retadores. Es obvio que hoy, como lo ha hecho desde hace casi cuatro años, ha venido a traicionar a alguien, pero todo apunta a que no es a quien se supone debía traicionar. Parece que hoy no serán ni los policías ni la pandilla quienes serán defraudados.

El Niño sigue teniendo la voz de La Bestia, solo que hoy con su cara expuesta. Suda. Le corren gotas por la cara, porque la sala no tiene aire acondicionado.

–No sé –repite aquel vozarrón.

El fiscal que está de pie, tragando saliva y carraspeando, pide al juez que modifique la voz del Niño, pues casi no se entiende lo que dice. Pide también que lo obliguen a ponerse de nuevo el pasamontañas. Parece que gana tiempo para entender lo que está pasando. Quizás el fiscal piensa que si desaparece ese tono de ultratumba, el «no sé» que acaba de pronunciar su testigo se convertirá en otra cosa, en algo que no lo deje ahí parado protagonizando un completo ridículo.

–Quieren que me lo ponga [el pasamontañas] porque a ellos no es a

los que les pica la cara y los sofoca –contesta el Niño, esta vez con voz de ratoncito.

Levanta la frente, mira a los fiscales, y alza las cejas. No habrá sido muy distinta a esta mirada la última que vio el Caballo antes de ser un torso sin corazón.

El fiscal, tímido, retoma la palabra y hace referencia a la primera declaración sobre este asunto que dio el Niño.

–¿No recuerda nada? Pero si usted declaró en 2011…

El Niño lo interrumpe abruptamente.

–Recuerdo que los primeros fiscales me obligaron a decir un montón de cosas. No me consta nada de lo escrito en ese expediente.

Los defensores de los policías ríen ya abiertamente. Los cabos rezan con los ojos cerrados atrás del biombo. Uno de ellos está de rodillas. El fiscal que está de pie suda. Si sigue así, pronto el sudor traspasará no solo la camisa blanca, sino el saco oscuro. La fiscal que está sentada también suda. Ella baja la mirada, no quiere ni ver a su compañero. Él revuelve unos papeles sobre la mesa, como buscando algo. Es una escena absurda. Es obvio que no presta atención, que solo pasa páginas, gotea sudor sobre ellas y aparenta no estar completamente perdido y aterrado en esta sala.

–¿Ha sido objeto de amenazas? –pregunta el fiscal, cuya voz es la más débil del cuarto, a pesar de que le contestará un ratoncito.

–No –dice el Niño.

–¿Ha recibido visitas antes de venir a declarar?

–No.

El fiscal, ya con la voz temblando, dice al Niño que existe un delito llamado falso testimonio, y que él podría ser acusado por ello.

–Bueno –responde el Niño.

El fiscal seguirá haciendo preguntas de ese estilo por cinco minutos más. La fiscal será un cero a la izquierda, sumida en su escritorio en su profunda vergüenza. El Niño, para deleite de los defensores, seguirá contestando al mejor estilo de Lorena: con monosílabos y frases cortas. Minúsculas, como esos fiscales en este cuarto sauna.

El fiscal se da por vencido. El Niño es retirado de la sala al cuartito de espera. El fiscal susurra con su compañera. Se dirige al juez, recomponiéndose su humedecida ropa, y pide tiempo para salir y hacer una llamada. El juez dice que no. El fiscal pide tiempo para hablar con el testigo a solas. El juez, por si no fuera suficiente humillación, lo regaña, le hace ver que ya tuvo años enteros para preparar a su testigo, qué podría cambiar con unos minutos más. El fiscal se sienta. Mueve las piernas, nervioso. Se seca, o más bien se esparce el sudor de la frente con el dorso de la mano derecha.

Revuelve los papeles, como si entre ellos estuviera la clave para algo, para retroceder el tiempo quizá y dedicarle más horas al testigo, para exigir el envío de su raquítica canasta o para evitar, quizá, que lo amenazaran policías del occidente.

–Pido permiso para ir al baño –dice el fiscal al juez. El juez aturra la cara. Se toma la frente en señal de hartazgo. El fiscal espera de pie, como niño regañado. Los abogados defensores ríen a risa suelta. El juez le concede el permiso con desgana. El fiscal sale apresurado, como si en realidad fuera solo su vejiga y no todo su ser lo que sufre en esa sala.

El Niño es un asesino. Es un múltiple asesino. Es también un traidor de su pandilla. Es un marihuanero. Es, sin duda alguna, alguien que puede volver a matar. Es todo eso, sí. Pero sin el Niño de Hollywood, el Estado salvadoreño es nada. O algo peor, es eso: un fiscal fingiendo que necesita orinar.

El fiscal vuelve, y su rostro vacío deja claro que no logró nada, que no obtuvo respuestas.

El juicio continuará durante cuatro horas más. Será una experiencia de la que con dificultad se pueda recuperar un fiscal. Uno a uno, los testigos, policías en su mayoría, irán negando de formas similares a como lo hizo el Niño lo dicho en sus primeras declaraciones. Todos los policías que aseguraron haber visto a los cabos llevarse a Rambito de la subdelegación de Atiquizaya, incluida la agente que aseguró que los cabos se negaron a firmar el acta de novedades, dirán que no recuerdan. Todos, sin excepción, pronunciarán las mismas fórmulas: «no sé», «no recuerdo». Todos lo harán cabizbajos, con la mirada perdida en el suelo, ante un fiscal que parece que se va a derretir por completo hasta convertirse en un charco de sudor en esta sala judicial.

Los defensores se han ganado el dinero más fácil de sus vidas. Apenas preguntan. Ven con profundo gozo lo que ocurre. El juez, llegado un momento en el que el espectáculo bufo se ha prolongado demasiado, recomienda a los fiscales que desistan del caso, que ya no llamen a más testigos. El juez parece incluso un poco conmovido. Su recomendación no es pronunciada con el tono de sus demás intervenciones. Es un tono más cantado, alargando algunas vocales, como colega que aconseja: ya, es suficiente, ya está bien. Uno de los defensores, en un acto de crueldad, pide al juez que por favor permita a los fiscales continuar.

Hay algo de masoquistas en estos fiscales. El juicio sigue. Llaman a la siguiente testigo protegida, la señora de la tienda donde Rambito compró los lazos con los que terminó amarrado. Todos en la sala sabemos que quien camina como fantasma oscuro, con un batón negro

y pasamontañas, es la señora de la tienda de Atiquizaya. Era una testigo secundaria. Su testimonio solo pretendía dar verosimilitud al del Niño. La pobre mujer ha esperado horas vestida como la Santa Muerte para nada. O sí, para deleite de los defensores.

–Esto va a estar bueno, quiero ver qué putas le van a preguntar –dice, con sorna, un defensor al otro.

El show debe continuar. Las preguntas son absurdas. Que si vendió unos lazos, que si se acuerda de quién se los compró, de qué material eran los lazos. La fiscalía salvadoreña, tras casi cuatro años de guiar esta investigación contra los policías, ha sido capaz de demostrar que una señora vendió un día dos lazos a un muchacho que no conocía.

Un caso que parecía amarrado se destartala hasta convertirse en nada. Unos policías pidieron que se capturara a un hombre. Unos testigos vieron a esos policías con ese hombre por las calles. Luego, ese hombre fue visto con pandilleros. Luego, ese hombre fue asesinado. Los policías actuaron de forma irregular y no quisieron dejar constancia de su proceder ni justificaron la detención de ese hombre. Eso era todo. Eso debía demostrar la fiscalía. Chepe Furia, Liro Jocker y el Extraño, la segunda parte de esta obra, ya están condenados por ese homicidio. Ellos fueron los ejecutores. Los policías, la primera parte de la obra, son quienes lo tenían bajo su custodia antes de que lo recogieran los pandilleros. Era una obra sencilla. Y se ha convertido en una lamentable comedia.

A media tarde, el cabo Tejada y el cabo Hernández son declarados inocentes por el asesinato de Rambito.

El Niño recibe una llamada casi a las seis de la tarde del mismo día del juicio, cuando recién ha regresado a su solar en la otra punta del país. ¿Qué pasó en esa sala de San Miguel? ¿Cuándo mintió, esta tarde o en los relatos que contó desde su solar? ¿Vio a los policías con Rambito o todo fue un invento?

–Yo los vi con Rambito y vi a Rambito irse con Chepe y los otros... La onda es que... Yo solo no quería decir lo mismo. Ya tengo demasiadas cruces encima como para ponerme una más –responde el Niño por teléfono.

El Niño lo ha vuelto a hacer. Traicionó a su primera pandilla, cuando tuvo que ofrendar a varios miembros de la Mara Gauchos Locos 13 ante las órdenes de purgar a los débiles dadas por su nuevo líder, Chepe Furia. Traicionó a su siguiente pandilla, la MS-13, cuando asesinó a los asesinos de su hermano. Traicionó de nuevo las letras que lleva tatuadas en el cuerpo cuando aceptó ser testigo protegido y

delatar a sus *homeboys*, y ahora traiciona a la fiscalía, que le perdonó sus asesinatos a cambio de su testimonio.

La traición es el recodo con el que el Niño cambia de rumbo.

Pero el Niño nunca fue el primero en traicionar. Lo hicieron primero los gauchos que quisieron jugar el juego de la MS-13 y luego se arrepintieron y creyeron que La Bestia los perdonaría; lo hicieron después sus *homies* emeeses, que asesinaron a su hermano, el Cheje; lo hizo Chepe Furia varias veces, abandonando al Niño en los peores momentos de la clica, ordenándole asesinar prostitutas y quemar carros, violando el credo que les había enseñado: primero el barrio, segundo el barrio y tercero el barrio, dijo en uno de los primeros mirin, cuando siendo niños los ilusionó. Ante todo, la MS-13, prometió tantas veces al Niño; y fue él, Chepe Furia, quien abandonó el barco una y otra vez cuando amagó la tormenta; lo hizo también la fiscalía, que no solo le prometió olvidar su prontuario delictivo, sino también cuidarlo, protegerlo, darle algo de comer, aunque sea la maldita canasta, e impedir que fuera amenazado por policías.

El Niño es un traidor que paga con traición a otros traidores.

Hoy, el Niño ridiculizó a la Fiscalía General de la República. Las noticias han volado, y ya algunos fiscales del occidente saben del bochorno y comentan que sus compañeros podrían tomar acciones legales contra el Niño. Es hora de que, de nuevo, la traición sea el recodo que cambie su rumbo. Es hora de moverse.

2. FORAJIDO

> 1. Dicho de una persona: delincuente que anda fuera de poblado, huyendo de la justicia.
> 2. Dicho de un hombre: que vive desterrado o extrañado de su patria o casa.
>
> *Diccionario de la lengua española*

El viejo Jorge agoniza en un camastro.

De su pierna, a medida que se llena de podredumbre, mana una mezcla de pus y sangre, que su mujer, vieja como él, limpia. El jugo rosado que escurre por la pantorrilla apesta tanto que la vieja casi no come. Dice que no puede espantar el olor tras las curaciones diarias. Dice que vive permanentemente olfateando aquel tufo. Pronto morirá el viejo Jorge. Es una tarde de marzo de 2014 y hace un calor húmedo que despierta y azuza nubarrones de insectos voladores. Algunos, moscas, mosquitos, insisten en merodear la pierna del viejo Jorge.

Lorena, la mujer del Niño, saca agua de un pozo. Jala la cuerda que debe llevar el agua desde el subsuelo hasta la boca del pozo, a fuerza de tirones. Está embarazada. Está flaca. El Niño pronto será padre por segunda vez. El viejo Jorge y su mujer les dan comida y donde vivir dentro de su propiedad. La palabra propiedad suena a otra cosa, a formalidad, a infraestructura. Esto es una manzana de terreno que el viejo Jorge compró luego de ganarse unos dólares en la lotería nacional. Apenas da para vivir y sembrar unas parcelas de maíz y frijol que cultivan sus dos hijos: Pepe, de diecinueve años, y Jorge, de veinticinco. El resto del terreno da espacio a dos casas viejas construidas con mezcla de lodo y zacate, con techo de plástico y remaches de láminas. El espacio es la locación del abandono. El Salvador, minúsculo como es, puede ser recóndito cuando quiere. Es un llano del tamaño de media cancha de fútbol en el centro de un cañaveral. Antes, esas casitas eran las bodegas para el trabajo de la caña de azúcar, el refugio para los cañeros, que se escondían del implacable sol del mediodía para comer sus frijoles con tortilla. Ahora, es una propiedad abandonada, con cañaverales que nadie recoge ni quema.

Un lunar. Una isla. Un horrible lunar. Una miserable isla.

El Niño se baña a guacaladas frente a una pila que se llena con agua del pozo. Tiene su trabuco cerca y cargado. Se trata de un arma hechiza que se fabrica con dos tubos y un clavo. Se suelda todo con mucha precisión, se carga con un cartucho de escopeta calibre 12 en el medio, y está lista para disparar una sola vez. Para hacerlo, es necesario halar la pieza trasera y luego empujarla con fuerza, para que el golpe percuta el cartucho y las bolitas salgan disparadas en busca de muerte. El Niño no se separa de su arma desde que llegó a este, su nuevo círculo del infierno.

Cerca de esta propiedad están las vías ya obsoletas del tren que sacaba el café en los años de oro del occidente salvadoreño. Ahora está poblado por casas de lodo en donde viven campesinos pobres y pandilleros del Barrio 18, en los linderos de un cantón llamado El Saral. Es un cantón cercano a Las Pozas, pero con una fama mucho más tóxica. Pocos campesinos quieren vivir en El Saral porque muchos dieciocheros viven ahí. Es uno de los bastiones de esa pandilla en los confines de El Salvador. Es territorio comanche para el Niño. Por eso, su trabuco es una extremidad más desde que llegó aquí.

Los dieciocheros suelen pasar a observar al recién llegado desde un cerro. Lo miran de lejos y, por las noches, disparan uno que otro tiro para hacerse notar, para decirle al Niño, en lenguaje de bandidos, que están cerca, que no es bienvenido, ni él ni lo suyos.

Pepe, de diecinueve años, uno de los hijos del viejo Jorge, pasea esta tarde a Marbelly en su bicicleta por un callejón de tierra en medio del cañaveral. Los mosquitos revolotean y pican, insoportables. A Marbelly le encantan esos viajes sobre el tubo de la bicicleta, y cada tarde cuando Pepe regresa de trabajar la milpa le pide que la pasee.

Un dieciochero se esconde tras un árbol de mulato, pistola en mano, listo para emboscar a Pepe y a Marbelly. Dos más lo acompañan, escondidos más allá entre el cañaveral. Son el apoyo. El designado para matar es el del mulato.

Marbelly toma un Frutsi, una bebida de bajísima calidad que venden en una botellita plástica, cargada de colorantes de diversos tonos. El Frutsi de Marbelly es rojo. Va tranquila. Va hacia la emboscada. Ni ella ni Pepe tienen idea de que la muerte se esconde detrás del árbol dios, el árbol que se desuella, el Xipe Totec.

El Niño, que también trabajó la milpa con Pepe, sigue tirando agua sobre su cuerpo, retirando el sudor, despegando el polvo y el calor. Lorena sigue jalando la cuerda de la cubeta. El dieciochero espera. El viejo Jorge se pudre. Marbelly se acerca a la emboscada.

El dieciochero sale.

–Parate ahí –ordena a Pepe, sin valor para matar sin mediar

palabra.

Pepe lanza a Marbelly, con todo y bicicleta, hacia un lado del camino, entre la caña, y corre. El Frutsi rojo se derrama, entero, sobre el pecho de Marbelly, empapa su camisita.

Poke.

Poke.

Poke.

El dieciochero del mulato dispara tres balazos. Los tres estallan a metros de Marbelly, pero no en su dirección. La cubeta cargada de agua cae hasta el fondo del pozo. Lorena corre hacia los tiros, hacia la hija. Un huacal cae. El Niño corre hacia los balazos, hacia la hija, trabuco en mano. El viejo Jorge no se mueve. No puede. Se pudre.

El Niño lleva el trabuco listo. Lorena, a sus dieciocho años, no lleva nada, solo una hija que le crece en el vientre desnutrido. Marbelly da gritos. Tiene la camisa manchada de rojo y está tirada sobre el zacate. El Niño, en su carrera, la voltea a ver. Cree que Marbelly está bañada en sangre. Lorena corre hacia ella. El Niño no para. Corre hacia los dieciocheros.

–¡Ah, no, hijos de puta! –grita alocado. Cree que han baleado a su hija. La Bestia es él.

Dispara la carga de su trabuco. Los dieciocheros corren. El Niño los sigue, apenas en calzoncillos, descalzo, por el campo de caña. No los alcanza. Sigue. Cruza la línea que divide el cañaveral de la zona del Barrio 18. Sigue. Está endiablado. Quiere matar. Ya no lleva más balas, solo mucho odio, un tubo inútil en sus manos. Corre hasta que se cansa.

Se detiene. Vuelve.

Si el Niño creía que el solar era su infierno personal, estaba equivocado. Hay más infiernos. En algunos crece caña de azúcar.

El Niño y su familia llegaron a ese rincón infame del mundo en marzo de 2014, apenas días antes de la escena del Frutsi. La vida en El Refugio era insoportable. La canasta con víveres dejó de llegar desde noviembre de 2013. El Niño tuvo que salir a pedir a la calle, a mostrar el amorfo MS que lleva tatuado en la mano con la esperanza de asustar a alguien lo suficiente como para que le diera un dólar. A veces lo lograba, a veces no. Terminó debiendo sesenta dólares en total: a la señora que vendía atol, al señor que le vendía leña para cocinar, a la tienda de la esquina, a la muchacha de las tortillas. Chepe Furia ya estaba condenado, en el penal de San Francisco Gotera, cuna de masacres carcelarias, sufriendo los vejámenes de

Chory de Fulton Locos, la clica a la que Chepe Furia dio la espalda para fundar, de forma apócrifa, la Hollywood Locos en el occidente salvadoreño.

Sin comida, sin dinero, con Chepe Furia y casi todos los veteranos de la clica Hollywood Locos tras las rejas, ya no tenía sentido estar en El Refugio. Ya ni siquiera estaba el inspector Pineda al mando del puesto. Lo habían trasladado a La Libertad, a la costa en el centro del país, a perseguir pandilleros. El Niño se hartó. Se fue a principios de marzo hacia la casa del viejo Jorge, a quien conoció en alguna de sus correrías por el occidente, a unos kilómetros de ahí, perdida entre milpas y cañaverales. Quién sabe cómo lo conoció, quién sabe por qué ese viejo le tenía el cariño como para recibirlo en una vecindad dieciocho y meterlo en el mismo cuarto que a sus hijos. Ni siquiera Lorena sabe el porqué de esto. El viejo Jorge dijo sí a lo que todo mundo hubiera dicho no, rotundamente no.

Una mañana de marzo de 2014, antes de fugarse del solar, se escabulló y llevó a Lorena a conocer a la extraña familia que los acogería durante esos meses. Le mostró el camino.

Al Niño, los fiscales le habían hecho una oferta que él consideró como una afrenta final. Le propusieron sacarlo a un lugar seguro. Pero, le dijeron, sin Lorena, sin Marbelly y sin la que estaba por nacer.

–Entonces, no. Me vale verga que me maten aquí, pero yo solo no me voy –recuerda Lorena que dijo, molesto, El Niño a los fiscales.

Después de eso, otra mañana de marzo, el Niño dijo a Lorena que se largarían, que era suficiente de esa vida en el solar, que era hora de lanzarse a la calle, y que él tenía un plan. Él saldría primero, temprano, para custodiar el camino. Ella lo seguiría en la tarde.

–Si me vienen a buscar esos hijos de puta, deciles que me fui. Hacete la loca y ponete a llorar. Decí que me fui y te dejé.

El Niño hurtó la bicicleta de un vecino y se largó.

El cabo Pozo, el mismo que consiguió que el Niño años atrás lo acompañara por primera vez a ver al inspector Pineda, apareció ese mediodía en el solar. Preguntó por el Niño. Lorena, hábil como pocas para guardar silencio, dijo solo un par de palabras: «Se fue».

El cabo lo buscó incluso bajo las camas. Pero en el solar no había mucho lugar donde ocultarse. De hecho, no había ninguno, se podía ver bajo las viejas camas sin agacharse. El solar era mínimo. Ese solar era un maldito patio yermo y reseco. Tierra muerta. El Niño aguantó más de cuatro años ahí sin volverse loco. Aguantó para que le perdonaran sus múltiples homicidios. Aguantó porque le prometieron seguridad y una canasta… Una puta canasta.

El cabo Pozo insistía a Lorena.

–¿Y aquel? ¿Y entonces?

Lorena respondió con una frase más larga que la anterior. Una palabra más. Eso fue todo.

–Yo no sé.

Lorena pidió dos dólares al cabo Pozo para irse. Recogió unas pocas cosas, chineó a Marbelly, a pesar de su prominente panza de embarazo, y abordó un microbús hacia la iglesia La Hermosa, justo en el desvío que va hacia El Saral. Se bajó y caminó por una estrecha vereda, como el Niño le había enseñado días atrás, hasta la casita del viejo Jorge. El Niño no estaba en ese momento. En una muestra de gratitud, que mantendría durante toda su estancia en ese abyecto rincón, se había ido a tapiscar maíz junto con los hijos del viejo Jorge.

El testigo protegido del Estado había decidido protegerse solo a sí mismo y a su familia. Confiaba más en su trabuco que en su país.

Pero el cabo Pozo es un sabueso cuando quiere. Horas después de la llegada de Lorena, llegó él. Lo más probable es que la haya seguido. Hablo con el Niño y se fue, muy molesto, prometiendo regresar cuando necesitaran del Niño para cualquier diligencia judicial relacionada con el pozo de Turín.

El viejo Jorge era campesino, el concepto más clásico que existe de campesino. Trabajaba la tierra y vivía de eso, junto a sus dos hijos. Si la tierra daba, comían. Si no daba, hambreaban. Sin embargo, la suerte estuvo de su lado un par de años atrás. Se ganó en la lotería una cantidad modesta, o al menos eso decía él, y con eso compró este terreno perdido en medio del occidente. Decía que Dios le había puesto en la mente jugar la lotería. Pero luego la fortuna lo abandonó, como lo había hecho el resto de su vida. Cayó en un hoyo y se astilló la pierna. Se partió la tibia derecha. Sus hijos lo llevaron al hospital de Chalchuapa y ahí le pusieron escayola. Pero el viejo campesino no soportó la cama ni la comezón. Se arrancó la escayola. La pierna, con pedazos de hueso expuestos gracias a su necedad y a la curación mediocre que le hicieron, comenzó a sangrar y a pudrirse.

El viejo Jorge enfermó muy rápido. Su mujer le limpiaba la sangre y el pus con agua y trapos. Pero la infección era muy fuerte. El viejo atribuía su desgracia a una maldición que, según él, le habían tirado sus vecinos más cercanos, la gente de una casa a varios cientos de metros de la suya. «Es brujería», decía mientras supuraba. El Niño quiso ayudarlo a su manera. Quiso terminar la maldición del viejo Jorge usando sus conjuros. El Niño atrapó un murciélago vivo, lo metió en una bolsa y lo frotó en la pierna mala del viejo Jorge. Luego enterró al animal en un lugar secreto entre la caña.

Hay pocas escenas que pueden ser más oscuras, deprimentes,

incluso macabras, que la del Niño de Hollywood frotando con un murciélago vivo la pierna carcomida del viejo Jorge, en medio de un cañaveral en el occidente de El Salvador.

El Niño solía decir a Lorena que el viejo tenía «el libro infernal, el libro negro». Lorena, ante eso, no decía nada.

La infección, como era de esperar, siguió su curso, y la sangre y el pus bajaban, cada vez más abundantes.

Quién sabe por qué, pero ese viejo quería al Niño. Lorena recuerda que incluso les ofreció construir una casa ahí. «Aquí terreno hay, aquí caben», decía, pretendiendo que el forajido se instalara y no se fuera nunca más. También les ofreció vender parte de la cosecha para que se comprara «un arma buena» y, en compañía de sus hijos, matara a los dieciocheros de El Saral.

Durante la estancia del Niño en aquel infame confín, continuaron las entrevistas. Ya nunca ocurrieron con la tranquilidad habitual del solar de El Refugio. Ahora eran entrevistas a un forajido. El Niño cargaba su trabuco, se amarraba al cinto un pedazo de machete y salía por veredas abandonadas, entre cañaverales y milpas, hacia el punto de encuentro acordado. Eran lugares perdidos, puntos de referencia en medio de una carretera: la gran ceiba, el palo de mulato. Siempre se hacía acompañar de los dos hijos del viejo Jorge. Aunque ellos no llegaban hasta el punto de encuentro, lo escoltaban buena parte del camino.

En una de esas ocasiones, el Niño apareció hecho un atajo de nervios, sudoroso, desde una vereda que pronto se difuminaba en el paisaje. Iba con el trabuco dentro del pantalón, como si se tratara de una pistola, y el machete en mano, con un gorro negro, parecido al que usaba en las audiencias cuando era Yogui. Ojeaba para todos lados. Al ver el carro que lo esperaba, corrió hacia él. Subió a la parte de atrás, se hundió en el asiento y pidió: «Aceleren». Aquella callejuela conduce desde Atiquizaya hasta Las Pozas y San Lorenzo. Las colonias que circundan el punto de reunión eran de control del Barrio 18. Justo enfrente de la vereda había una pequeña champa donde se arreglaban bicicletas. Tres jóvenes veían fijamente el carro parqueado en la nada y llamaban por teléfono. Varias mototaxis empezaron a aparecer y a rondar la zona. Sus conductores bajaban la marcha al pasar al lado del vehículo y giraban el cuello para ver a los tripulantes. Una vez con el Niño arriba, había que atravesar Atiquizaya. El Niño solo repetía: «Aceleren, aceleren, aceleren». No solo había que sortear el corazón del dominio de la clica que lo quería muerto, sino que luego era necesario cruzar los dedos para que no hubiera un retén policial. Portar un trabuco es un delito. Ya en la carretera que conduce hacia

Santa Ana, había que encontrar un pequeño motel, donde las parejas pagan siete dólares por un espacio para coger durante cuatro horas. En aquella ocasión, la entrevista fue en un motel de carretera sin nombre, de mala muerte y paredes pintadas con un deprimente rosa pálido.

–El enemigo me va a buscar un día. Hay feria de por medio por mi cabeza. Ya no soy de la Mara, solo soy alguien que quiere ser diferente. Lo que le puedo decir al mundo entero es esto: quizá haya maldad en las pandillas, quizá haya maldad incluso hasta en los gobiernos… Lo único que puedo decirle al mundo es que en esta tierra nada es de nosotros. Todo fue creado por Dios… Yo quisiera volver a la edad esa y no brincarme a la Mara… Le digo a los morritos, no lo hagan. Es un pacto con la muerte –decía el Niño. Desvariaba por momentos. Hablaba de Dios. Hablaba de La Bestia. Tomaba un sorbo de Coca Cola. Veía la puerta del cuartucho. Hablaba de la muerte mientras un empolvado ventilador giraba traqueteando.

–¿Qué le dirías a todos tus muertos? –se le preguntó en el pestilente recinto.

–No hubiera querido hacer lo que hice con ellos, pero me mandaron a hacerlo. Tenía que cumplirlo. Era el pacto de la Mara. No hubiera querido hacer lo que hice. Si estuvieran presentes… Pedirles perdón por lo que hice, y a sus familias a la vez. Cometí errores diferentes: le pegué a fulano, le pegué a sutano, le pegué a mengano… Y aquí estoy a la expectativa. Hay alguien también detrás de mí que quiere verme mal. La Bestia, por todos lados, lucha por verme caer…

–Has sido uno de los sicarios más malditos de la MS-13. ¿Te da orgullo?

–No tengo nada, ni los zapatos que tengo puestos. No digo soy paloma, no digo soy malo. Digo esto: me chingué la vida cuando me metí a esto.

–Y ahora, ¿qué?

–Cultivar la tierra. Cosechar la comida y esperar a que me ubiquen. Porque yo sé que un día me van a caer. Yo vivo todo el tiempo consciente de que La Bestia anda tras de mí y me quiere ver caer. Se me revela en los sueños, con cuatro bombas de veneno. La Bestia de nosotros es una bestia negra, es un caballo negro al cual se le da potestad, según el Apocalipsis, de quitar la paz sobre la tierra. Es una bestia de color negro que carga una espada aguda… Ahí donde yo estoy, mi niña me pregunta: ¿me ama? ¿Cómo no la voy a amar, si es mi sangre? A mi mujer igual. A veces, ella está junto conmigo y le digo: retirate. Se siente mal y piensa que la estoy echando de menos, pero no es eso. No quiero que cuando a mí me llegue La Bestia a

querer botar, pierda alguien y no pierda yo.

–¿Y si eso pasa? ¿Y si pierde tu hija o tu mujer?

–Volvería a ser lo que fui. Volvería a ser lo que fui. Sería algo como… Quitarle la miel a un panal. Tal vez no tengo el gran vergo de soldados, pero sí sería algo empalomado. Si hay algún tonto de la Mara que se atreva a inventar algo así, únicamente que llegue, y ahí estoy. Yo vivo en la montaña, en los montes. Ahí estoy.

La entrevista terminó tras más de una hora. Miguel Ángel indicó luego dónde dejarlo. Esta vez fue dentro de El Refugio, en una vereda de tierra que se internaba entre la maleza y árboles resecos. Se puso de nuevo el gorro navarone, sacó su machete y su trabuco, y se perdió en el occidente más profundo.

Después de aquella incursión fallida de los dieciocheros, el Niño y los hijos del viejo Jorge se turnaban para vigilar la propiedad y trabajar los cultivos. Mientras dos de ellos abonaban la tierra, otro montaba guardia con el trabuco cargado con una sola carga. Por las noches, hacían turnos de dos horas para dormir; y, cuando uno tenía que salir al caserío más cercano, los otros dos lo esperaban en lugares estratégicos. Vivían como lo hacían los hombres antiguos. Protegiendo la vida y la comida, en medio de la maleza.

Las visitas de los dieciocheros continuaron. Ya no tan temerarias, pero de noche rondaban con lámparas el cañaveral. Alumbraban las casas de lodo en el claro del terreno. El Niño y los hijos del viejo Jorge esperaban que los dieciocheros dieran el primer paso.

A las pocas semanas de que aquel Frutsi enrojeciera el pecho de Marbelly, el Niño decidió moverse.

–O me matan a la niña o nos matan a los tres. Vámonos a la mierda –dijo a Lorena.

Se despidieron de la familia como se despiden los campesinos, con poca efusividad.

Se fueron rumbo a donde todo comenzó. Se fueron rumbo a Las Pozas.

El viejo Jorge, sin dejar nunca de manar jugos humanos, murió a los meses. Se pudrió. Como tantas cosas en la vida del Niño.

3. TREGUA

> 1. Concepto que hace referencia al cese de hostilidades por un tiempo determinado entre dos o más adversarios. La tregua no supone el final de la guerra o del conflicto, sino una suspensión momentánea.
>
> *Diccionario de la lengua española*

La historia del Niño tiene un elemento común: siempre llegó en el peor momento. Siempre en el instante incorrecto. Siempre la suma de sus circunstancias dio el mismo resultado: uno peor.

Para cuando el Niño volvió a Las Pozas a mediados de 2014 huyendo del infierno del cañaveral del viejo Jorge, El Salvador había dado un vuelco radical. El país, para cuando el Niño dejó de estar encerrado en aquel solar, experimentaba el fracaso de algo insólito que dio resultados y a pesar de ello murió. El Niño, a causa de ese extraño periodo que caducaba, salió a un país donde las pandillas habían dejado en segundo lugar su odio, y habían enfilado su muerte contra dos objetivos principales: el Estado salvadoreño y los pandilleros traidores, como el Niño, que habían colaborado con ese Estado.

En marzo de 2014, algo se empezó a romper en El Salvador.

Se resquebrajó un proceso estatal que empezó en marzo de 2012 y que puso al mundo a hablar sobre el país más pequeño y más violento de América Central. Hacía exactamente veinte años que El Salvador no se asociaba con la palabra paz. A ese proceso que moría se le conoció como Tregua.

Lo que en 2014 se desmantelaba en pedazos empezó de forma oficial, aunque este adjetivo en realidad nunca combinó bien con este proceso, el 10 de marzo de 2012. Ese día, de pronto, la locura amainó. La barbarie desaceleró. El sábado 10 de marzo, en todo el territorio de El Salvador, hubo diez asesinatos. Quizá la cifra no alcance para alegrar a nadie. Diez asesinatos en un día, en un país de 6,6 millones de habitantes, son muchos asesinatos. Sin embargo, fue una baja importante. Implicó cuatro asesinatos menos que la media que presentaba el mes: catorce diarios. Al siguiente día, domingo 11 de marzo, día de elecciones de diputados y alcaldes, solamente seis

familias lloraron a sus muertos. En una sociedad acostumbrada a velar cada día de diez cadáveres para arriba, seis constituía algo muy parecido a la paz. La paz salvadoreña es menos guerra, nunca nada de guerra.

Las autoridades dijeron que esto se debía al formidable despliegue policial que se montó por las elecciones. Muy sospechoso. Totalmente inverosímil cuando, al día siguiente, el lunes 12 de marzo, cerró con una cifra absolutamente fuera de lo normal: dos asesinatos en los veintiún mil kilómetros cuadrados de El Salvador. Algo no encajaba, era como si la Ciudad de México amaneciera sin polución de un día para otro, con aire puro, y nadie diera una explicación creíble al respecto.

Las primeras hipótesis de periodistas e investigadores que trabajaban sobre el tema de pandillas apuntaron hacia las cárceles. Algo debía estar sucediendo ahí. Algo que, sí o sí, debía involucrar a los líderes de ambas pandillas. Una tregua, por definición lógica, no puede hacerse de forma unilateral. Todo apuntaba hacia esos huecos pestilentes, calurosos y olvidados, en donde el Estado salvadoreño apiñaba a miles de hombres y mujeres para hacerles pagar sus faltas. Nadie imaginó que en realidad todo esto se había orquestado en la calma de un despacho ministerial con aire acondicionado, y que sus padres fueron dos altos funcionarios del gobierno.

El presidente Mauricio Funes fue el primer presidente de la izquierda. Llegó al poder en 2009, como candidato del partido FMLN, la antigua coalición de guerrillas. Compitió contra Rodrigo Ávila, quien representó al partido Arena, la derecha histórica. Ávila había sido director de la policía en dos periodos anteriores en los que gobernó Arena. Por tanto la campaña de Funes y el FMLN se centró, muy hábilmente, en atacar por el lado más flaco al candidato de derecha: la seguridad pública. ¿Por qué El Salvador debería votar por una persona que no solo no resolvió el problema de las maras cuando fue director de la PNC, sino que incluso lo agravó? ¿Por qué votar por el jefe policial que entregó a El Salvador como el país más homicida del mundo tras 2008?

Funes ganó las elecciones en marzo de 2009 y fue recibido envuelto en un manto mesiánico por muchos.

Funes logró aglutinar los votos y las esperanzas, no solo de los salvadoreños de izquierda, sino de muchísima gente de derecha y de los diferentes centros. Los jóvenes vieron en Funes a un candidato distinto a los viejos dinosaurios de la política. Los mayores vieron a un hombre serio, capaz de aglutinar diferentes intereses. Los empresarios y la oligarquía no lo abominaron de la forma que lo hicieron cuando

los candidatos fueron excomandantes guerrilleros de prominentes barbas. Todo indicaba que el presidente Funes era una figura conciliadora. Antes de ser candidato por el FMLN fue periodista. Un periodista de renombre. Tuvo varios programas donde dirigía entrevistas televisivas muy incisivas a políticos y funcionarios públicos en medio de un panorama gremial complaciente con el poder. De hecho, viajó a Cuba y fue uno de los pocos periodistas latinoamericanos que entrevistó a Fidel Castro en la Habana, en el año 2000. En esa ocasión, entrevistó también a los dos salvadoreños acusados de terrorismo y condenados a muerte en Cuba: el exmilitar Cruz León y Otto Rodríguez Llerena, ambos vinculados al terrorista internacional, Luis Clemente Faustino Posada Carriles, exagente de la CIA y responsable del atentado contra el vuelo 455 de Cubana de Aviación en 1976, donde murieron los setenta y tres tripulantes. En esa ocasión, aún como periodista, Funes logró entablar una buena relación con el dictador Fidel Castro y con la élite política cubana, lo cual le aseguró simpatías en la izquierda histórica salvadoreña, entre los excomandantes que veían a Fidel como el gran patriarca.

En definitiva, Mauricio Funes era una figura que inspiraba confianza en 2009. La inspiraba hacia todos lados. Tal parecía que con su elección se venían cambios importantes en la forma de llevar la cosa pública en El Salvador. Su eslogan: «Esta vez es diferente. Mauricio, presidente».

Funes llegó al poder. Miles de salvadoreños se reunieron en el redondel Masferrer el día que le dieron por vencedor, a esperarlo. El FMLN montó una tarima, y a coro la gente clamaba: «Mauricio, Mauricio, Mauricio».

En una comunidad de excombatientes del FMLN en el oriente de Chalatenango, una región de control guerrillero durante la guerra, se montó una fiesta. Los viejos guerrilleros lloraron de emoción, tomaron aguardiente, y los mutilados por las bombas y los huérfanos celebraron hasta entrada la noche. Diecisiete años después de tanto sacrificio, de tanta lucha en desventaja, de tantas tumbas, por fin lo lograron.

El FMLN gobernaba El Salvador.

En un lugar de San Salvador, una mujer llamó a su hijo de veinte años y, llorando, le dijo: «Lo logramos, lo logramos, por fin el sacrificio de tu papá dio frutos». El muchacho contestó con la voz entrecortada y ambos lloraron de emoción. El padre del muchacho había sido secuestrado por los escuadrones de la muerte en los últimos años de la guerra. Era parte de los comandos urbanos de la guerrilla. Nunca encontraron su cuerpo, y en el aniversario de su muerte, o de

su desaparición, ambos deben contentarse con recordarlo. No hay un lugar donde dejar las flores. Su madre, la mujer que llamó, fue guerrillera también. Salvó la vida de milagro, y en 2009 veía su sueño, y el de su esposo desaparecido, cumplirse. El FMLN, en el poder. Después de tantas balas, después de tres derrotas consecutivas en las urnas, después de tanta sangre, después de tanta soledad, en el poder, por fin.

Hubo cambios. Casi todos los ministerios fueron puestos bajo el mando de excomandantes guerrilleros, hombres y mujeres de la vieja guardia. Se nombraron nuevos jefes en la policía, en su mayoría exguerrilleros que luego de la guerra se involucraron en la institución que prometió renovarse.

Las pandillas y su base poblacional apoyaron la candidatura de Mauricio Funes de una forma velada. En una cervecería, años después, un vocero nacional de la pandilla Barrio 18 contaría que no fue una postura pensada o consensuada. Era normal. Los gobiernos de Arena, la derecha, habían sido muy represivos en los últimos ocho años. El FMLN había tenido una postura muy crítica frente a estas medidas. Hablaban de inversión social, más oportunidades para los jóvenes y menos balas.

–Los guerrilleros habían sido pobres, pelearon por la gente pobre. Nosotros somos pobres también, y también peleamos por cambiar nuestra vida –diría el pandillero. Luego haría una pausa, miraría muy serio a los ojos de sus interlocutores y luego se empinaría una cerveza Golden.

Un país esperaba cambios. Un país clamaba por salvación.

En el Ministerio de Seguridad y Justicia, Funes colocó a Manuel Melgar, un hombre que fue comandante guerrillero en los ochenta. Melgar fue miembro del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos, una de las organizaciones que conformó el FMLN, y al que se le atribuye uno de los golpes más controvertidos del conflicto políticomilitar: el asesinato de cuatro marines estadounidenses destacados en El Salvador, en junio 1985. Thomas Handwork, Patrick Kwiatkowski, Bobby Dickson y Gregory Weber tomaban cerveza en su día de licencia en el restaurante Chilli's de la Zona Rosa, lugar exclusivo por excelencia de San Salvador, en la colonia de clase alta San Benito, cuando los ametrallaron.

Estados Unidos nunca olvidó esa afrenta. Manuel Melgar, aun cuando llegó a ser asesor del presidente, siguió sin tener visa estadounidense.

Los cambios esperados no llegaban. El excomandante guerrillero no produjo cambios significativos en seguridad. Los homicidios se

incrementaron, el control de las pandillas dentro de los barrios continuó sin inmutarse, la crisis dentro de la policía siguió agravándose. La presión de Estados Unidos por la destitución del ministro era cada vez más fuerte. El presidente Funes no tuvo más remedio que pedir el cargo a su ministro en noviembre de 2011.

El presidente Funes acudió entonces a uno de sus hombres de confianza, el general David Munguía Payés, el militar que le había ayudado como enlace con las Fuerzas Armadas durante la campaña. Esa confianza le valió el cargo de ministro de Defensa. Funes le pidió que asumiera las riendas de la seguridad en el país, y lo nombró ministro de Seguridad y Justicia tras la salida de Melgar.

Bajo el brazo de ese militar venía la tregua con las pandillas.

En esos días de poca sangre de marzo de 2012, cinco meses después de la llegada del general Payés, casi nadie, incluyendo la inteligencia estatal, a quienes se les había tratado de ocultar la estrategia de la tregua, entendía qué sucedía. El director de la policía dijo que la baja de asesinatos y la aparente calma de las pandillas se debían, por supuesto, a un incremento en la labor policial. Es decir: patrullajes, arrestos y operativos a gran escala. Más de lo mismo. La fórmula de Arena.

La única medida pacífica que el Estado salvadoreño tenía en relación con las pandillas fue negada por los funcionarios en pro de enarbolar una estrategia violenta que no estaba sucediendo. Los políticos salvadoreños entendían –aún entienden– que su pueblo quiere sangre para combatir la sangre.

Algunos agentes de inteligencia estatal, preocupados por movimientos de reos que estaban sucediendo en el sistema penitenciario, hablaron con periodistas de *El Faro*, un periódico digital salvadoreño. Les contaron cosas, cosas muy graves, movimientos sospechosos de líderes pandilleros. Les pidieron no publicar sus nombres a cambio de información.

El 14 de marzo de 2014, *El Faro* publicó la siguiente madera: «Gobierno negoció con pandillas reducción de homicidios». Los periodistas explicaron que la noche del 8 de marzo fueron trasladados del penal de máxima seguridad en el municipio de Zacatecoluca, conocido como Zacatraz, treinta líderes pandilleros de la Mara Salvatrucha 13 y de las dos facciones del Barrio 18, hacia penales de medidas más relajadas. Zacatraz es el único penal que cumple con el estereotipo de cárcel que vemos en las películas. Dos reos por celda, reos y visitas separados por gruesos cristales, uniformes para los reclusos, comida en bandeja, etc. Nada que ver con el cochambre de otros recintos como Ciudad Barrios, destinado a la MS-13, o

Cojutepeque, al Barrio 18, lugares en donde el Estado básicamente garantizaba que los reos no se salieran. Lo que pasaba adentro a los reos, o a sus visitas, importaba poco. Eran básicamente comunidades carcelarias en donde los reos incluso fabricaban champas para vivir. La comida era servida en un solo recipiente por celda, en donde se apiñaban diez y hasta veinte presos más de los que deberían. Eran calabozos que el Estado no controlaba ni quería controlar. Ahí había drogas y alcohol. Algunos de los líderes pandilleros trasladados, como el Diablito de Hollywood o el Crook de Hollywood, tenían años de no tocar a una mujer. En esos penales había visita íntima. Y, lo más importante, había acceso a celulares. No es que en Zacatraz no lo hubiera, es solo que era mucho más complicado y caro lograr minutos de llamada. En los penales a los que fueron llevados incluso podían hacer conferencias enlazando a reos de otras cárceles y palabreros en la calle. Mover a los líderes a esos penales era facilitarles retomar el control total de las clicas de El Salvador. La Ranfla nacional de la MS-13 estaba entonces constantemente activa y coordinada. Ese era el objetivo del Estado: dotar de poder a esos líderes porque, como luego diría el general Payés, no tiene sentido negociar con alguien sin poder.

Esto es lo que *El Faro* publicó aquel 14 de marzo de 2012 y en otras fechas posteriores.

El gobierno corrió a desmentir a los periodistas. El general Payés convocó a una conferencia de prensa. Era la primera vez que un alto funcionario del gobierno del FMLN daba la cara desde que se redujeron los homicidios. Esta vez la dio para decir, sin inmutarse, sin asomo de sonrojo, que en realidad habían movido a esos pandilleros porque la eficiente inteligencia penitenciaria y los audaces investigadores de la policía habían descubierto un terrible y maléfico plan de las pandillas que consistía en derribar los muros de Zacatraz con misiles tierra-aire, con el objeto de liberar a sus líderes pandilleros. Sería muy extraño, dado que los reos de Zacatraz se encontraban bajo tierra en una especie de bóveda-sótano. El ministro se vio traicionado por su propia estrategia cuando los periodistas preguntaron lo obvio. ¿Por qué, si todo era cierto, trasladó a los líderes pandilleros a recintos con menores medidas de seguridad? ¿No estarían más seguros dentro del penal de máxima seguridad? El ministro no respondió. Evadió.

Los homicidios se mantuvieron bajos. En los barrios, los pandilleros se mantenían a la expectativa. La comunicación cárcel-calle jamás fue tan fluida. Algunos líderes de clicas habían recibido órdenes de los líderes recién llegados a los penales comunes de cancelar todo homicidio.

Ogro, de la clica Big Crazy de un barrio de Soyapango, una de esas tantas clicas criollas creadas en los noventa por el Diablito de Hollywood, tomaba cerveza con su *homeboy* Chuky, de la misma clica, en un bar que colinda con la Universidad de El Salvador, una tarde de junio de 2012. El bar se llama Mi Pequeño Jardín y está en territorio del Barrio 18 de la zona de Zacamil, dominios de la poderosa tribu Tinys Locos Sureños. Pero Ogro y Chuky estaban tranquilos. Sus jefes habían decretado tregua. Les dijeron que no podían matarse, que detuvieran el juego serio, el *potlatch* de agresiones recíprocas. Era como estar de vacaciones para los pandilleros. Aunque nunca hubo orden alguna de detener las extorsiones. Podían amenazar, golpear, violar. La única regla, a lo bíblico, era no matar

Ogro y Chuky fueron a un prostíbulo ese día antes de llegar a la taberna. Ahí se acostaron con prostitutas que estaban bajo control del Barrio 18, en el centro de San Salvador, en los alrededores del parque Libertad. De nuevo, se metían en el terreno de una de las tribus más poderosas y, en este caso, fundadora de la pandilla en el país, la Raza Parque Libertad. Luego de fornicar, Ogro y Chuky compraron un par de gramos de cocaína y se fueron a Mi Pequeño Jardín a beber cerveza.

–Mirá, hay que aprovechar. ¿Cuándo íbamos a poder venir a chupar acá? Si está lleno de chavalas. ¿Cuándo íbamos a poder ir a pisar a las putas que controlan los chavalas? Jamás. A saber cuánto va a durar esto o cuánto van a tardar los juras en lanzárseles a los *homeboys*. Así que hay que aprovechar –dijo Ogro, sacó la bolsita de cocaína del ruedo de su camisa negra. La mostró como un tesoro, como algo pícaro. Es una de las drogas prohibidas dentro de la Mara Salvatrucha 13. Chuky asentía a todo lo que Ogro decía y complementaba con alguna palabra, como un cortesano lambiscón. Ogro levantó su enorme cuerpo y se fue para el baño, seguido por Chuky y su cuerpo rechoncho.

El general Payés, ante la abundancia de información de los periodistas de *El Faro*, finalmente reconoció en septiembre de 2012, desde su despacho de ministro, que la tregua era un plan forjado por él y aceptado por el presidente Funes.

Cada barrio lo hacía público de formas diferentes. En algunos lugares se organizaron reuniones en la escuela, como en el caso del populoso municipio de Ilopango. Ahí, pandilleros de la Mara Salvatrucha 13 y del Barrio 18 se abrazaron en público y pidieron perdón a una comunidad que los miraba estupefacta.

En Ciudad Barrios, el penal de la MS-13 donde estaba La Ranfla, se organizó la presentación de la obra de teatro *Los más solos*, elaborada

e interpretada por El Teatro del Azoro, un grupo conformado por cuatro actrices salvadoreñas y un español. Fue una noche extraña. Los reos salieron al patio a presenciar una obra que habla de hombres desesperados y cautivos. El grupo fue recibido por el mismísimo Diablito de Hollywood, y las actrices fueron conducidas por los recovecos del penal por Carlos Tiberio Valladares, el Snyder, otro peso pesado de la MS-13. Ambos habían sido deportados en los noventa desde Estados Unidos.

Los líderes pandilleros de uno y otro bando daban conferencias de prensa conjuntas desde la cárcel de Mariona, donde eran trasladados para presenciar misas, tener reuniones y luego hablar con los medios.

La tregua, por si todo esto no fuera ya suficientemente extraño, fue conducida por Raúl Mijango. Él fue designado por el general Payés para ejecutar aquella estrategia. El general Payés nunca se reunió con los pandilleros. Su enviado lo hacía cada semana. Mijango fue comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo, otra de las organizaciones guerrilleras que conformaron el FMLN. Fue uno de los más diestros estrategas militares de la guerra de guerrillas. Terminada la guerra, se dedicó a varias organizaciones de tendencia izquierdista y siguió siendo parte del FMLN hasta el año 2000, cuando se separó del partido por conflictos ideológicos. Mantuvo bajo perfil durante varios años hasta que reapareció en 2012, ante la sorpresa de todos, siendo el principal mediador entre la Mara Salvatrucha 13, ambas facciones del Barrio 18 y el Estado salvadoreño.

Un general y un exguerrillero comandaban el intento de paz con las pandillas.

La estrategia del general Payés solicitó los esfuerzos de un sacerdote. El obispo castrense, monseñor Fabio Colindres, fue el encargado de atender a militares y policías. Entró también en escena, como algo parecido a un encargado de comunicaciones del proceso, Paolo Luers, un alemán, internacionalista, que llegó a El Salvador en 1981 para incorporarse a la lucha armada del FMLN. Después de la guerra, Luers abrió un bar bohemio llamado La Ventana, punto de reunión de intelectuales y artistas, y se mantuvo como columnista de medios y opinador en programas de televisión.

Este grupo fue quien medió entre los líderes pandilleros y un Estado que se negaba a reconocer la paternidad de este proceso.

Funes, el presidente mesiánico, negó rotundamente una y otra vez que su gobierno hubiera gestado la tregua. Dijo que apenas contribuían a un intento de pacificación nacido de la Iglesia católica y organizaciones civiles. Siguió diciéndolo a pesar de que el general Payés ya lo había aceptado a *El Faro*.

Los homicidios se mantuvieron bajos, la sociedad salvadoreña especulaba sobre el futuro en medio de una especie de paz muy tensa, una paz armada. Flotaba la idea, quizá la esperanza entre algunos sectores, de que el conflicto social que generaban las pandillas pudiera disolverse. Había motivos para creer eso. Incluso el secretario general de la OEA, el chileno José Miguel Insulza, asistió a una reunión con los líderes pandilleros, así como también el nuncio apostólico en el país, el representante del Papa en El Salvador.

En 2010, El Salvador tuvo una tasa de 64,7 homicidios por cada cien mil habitantes; en 2011, el año previo a la tregua, fue de 70,1; en 2012, cuando inició la tregua, fue de 41,2; en 2013, con la tregua ya consolidada, fue de 39,4, el tercer registro más bajo del siglo. Bajo en El Salvador no significa pacífico. El Salvador, en cánones de Naciones Unidas, aun con tregua, sufría una epidemia de homicidios mayor a la mexicana. En este país no solo matan las pandillas, mata mucha gente. Además, no todos los pandilleros asumieron como regla inviolable el no matar. Matar era su forma de decir cosas desde hacía años. Matar era punto de honor para algunos a quienes la tregua les obligaba a suspender el homicidio de pandilleros contrarios que habían asesinado a parientes o que estaban colaborando con el Estado en busca de condenas de décadas para los que ahora debían perdonar.

El Salvador vivía un tiempo extraño. Decenas de periodistas internacionales llegaban al país y hacían recorridos de la mano de sus guías turísticos, otrora pandilleros que los hubieran matado por poner un pie en su territorio.

Sin embargo, El Salvador demostró otra de sus terribles lecciones: una población criada a palos entiende de palos. Los índices de popularidad de la tregua eran terribles. La gente repudiaba la estrategia que los alejaba de la muerte.

En 2014, cuando el Niño decidió volver a Las Pozas, todo se desmoronaba. Un golpe fundamental para la tregua fue asestado por la Sala de lo Constitucional, que decretó inconstitucional que un militar ocupara un cargo de ministro. A mediados de 2013, el padre de la tregua, el general Payés, volvió al Ejército como su ministro. Se entregó el Ministerio a Mauricio Perdomo, quien hasta entonces era el director del Organismo de Inteligencia Estatal. Este nuevo ministro prohibió la entrada del exguerrillero Raúl Mijango a los penales y cortó la comunicación con los líderes, cortó el acceso de los medios de comunicación a los jefes pandilleros trasladados, agudizó los operativos en las comunidades bajo dominio de pandillas, montó persecución a los mediadores de la tregua. En pocas palabras, él comenzó el ritual de asesinato de la tregua. El gobierno de Funes y el

FMLN, preocupado por las elecciones presidenciales de 2014 se volvía cada vez más tímido para pelear por la estrategia que mejores resultados dio en la historia reciente de El Salvador en términos de asesinatos. El próximo candidato del FMLN para gobernar el país era el vicepresidente de Funes, el excomandante guerrillero, Salvador Sánchez Cerén.

Los beneficios carcelarios fueron menguando. Las visitas se restringieron. Algunos pandilleros de bajo rango cuestionaban a sus líderes por dejarse engañar. El gobierno no entendió que no se puede jugar con bestias sin salir rasguñado.

En marzo de 2014, casi dos años después de iniciada la tregua, Sánchez Cerén ganó la presidencia. El FMLN retuvo la silla. La tregua quedó en el olvido y, en enero de 2015, el presidente recién electo decretó su defunción.

–Nosotros no podemos volver al esquema de entendernos y de negociar con las pandillas, porque eso está al margen de la ley; ellos se han puesto al margen de la ley, ellos se han vuelto violadores de la ley, y por lo tanto nuestra obligación es perseguirlos, castigarlos y que la justicia determine las penas que les corresponden –dijo ante las cámaras en una conferencia de prensa.

En marzo, el presidente ordenó que los treinta líderes de las pandillas trasladados a cárceles de menor seguridad, volvieran a Zaratraz. Es más, hizo que volvieran a peores condiciones de las que fueron sacados al inicio de la tregua. Volvieron al sector seis, construido con donaciones del gobierno estadounidense mientras la tregua vivía. Mientras los gobernantes salvadoreños negociaban con pandilleros, los estadounidenses construían mazmorras. Son celdas individuales, sin ninguna entrada directa de luz. Ahí no se sabe si es día o noche. Un inodoro, una cama de piedra. Punto. Soledad y calor asfixiante. Los pocos minutos de sol que cada reo del sector seis recibe a la semana lo hace dentro de una jaula individual. Los encerraron como bestias salvajes.

El gobierno salvadoreño, frente al repudio popular ante la tregua, priorizó las encuestas antes que los homicidios. Ese marzo fue uno de los meses más violentos del siglo: 500 asesinatos; 2014 cerraría con una tasa de 61,1 homicidios por cada cien mil habitantes; 2015 sería la locura: 103,6 homicidios por cada cien mil habitantes. Más que cualquier país en guerra abierta.

En una frase insólita se puede decir que el gobierno salvadoreño traicionó a las más asesinas pandillas del mundo.

Algunos líderes pandilleros lo habían previsto y habían nombrado a todo un linaje de sucesión en las calles, adelantándose al hecho de que

las condiciones en Zacatraz serían más severas cuando volvieran.

Las pandillas iniciaron su venganza. La guerra Estado versus pandillas inició. Por primera vez, el principal objetivo de la MS-13 no era el Barrio 18 ni viceversa. Entre ellos mantuvieron algunas reglas de respeto a sus territorios y decidieron enfilar contra quienes los habían defraudado.

El 19 de junio de 2014, Jaime Molina cuidaba su huerto en el patio trasero de su casa en el caserío Los Magueyes, en Ahuachapán, en el occidente salvadoreño. Era policía y estaba de licencia. Un grupo de mareros lo rodeó. Lo amenazaron y lo golpearon. Jaime trató de defenderse, pero fue acribillado. Una vez muerto, le dejaron caer el filo de sus machetes. Al final de ese año, las pandillas habían asesinado a treinta y dos agentes en emboscadas parecidas. Asesinaron a otros ochenta y ocho en 2015; a sesenta y seis en 2016. Asesinaron también a decenas de soldados y custodios carcelarios. A algunos, los despedazaron vivos a machetazos y filtraron los videos de esas ejecuciones.

Los policías, poco a poco, respondieron como si fueran mareros. El periodista Roberto Valencia, de *El Faro*, escribió en 2016 un artículo titulado «Casi que Guardia Nacional», comparando a la policía creada tras los Acuerdos de Paz con aquel cuerpo torturador durante la guerra. El periodista vasco-salvadoreño demostró que en solo veinte meses, entre enero de 2015, cuando el presidente Sánchez Cerén decretó muerta la tregua, y agosto de 2016, la policía mató a seiscientos noventa y tres presuntos pandilleros en supuestos enfrentamientos. Seis presuntos pandilleros murieron por cada policía herido en esos «enfrentamientos». Un policía murió por cada cincuenta y tres pandilleros en esos supuestos intercambios de disparos. Años después, en febrero de 2018, la relatora especial de Naciones Unidas para ejecuciones extrajudiciales, Agnes Callamard, visitaría El Salvador y diría en su informe que podía reconocer un patrón de ejecuciones de supuestos pandilleros dentro de la policía. El cuerpo armado creado tras la paz se parecía a cualquiera de los de la guerra.

Para esas fechas, ya pocos en El Salvador rehuían a la palabra guerra para describir lo que pasaba.

Lo que empezó como una tregua en busca de paz se convirtió en una peor guerra que la que se trataba de solucionar. Veinticinco años después de la oleada de deportados pandilleros desde Estados Unidos, cientos de muertos después, dos planes mano dura y un intento de tregua daban un resultado catastrófico. El cúmulo de decisiones estúpidas, erráticas, tomadas aquí y allá, producían el país en paz más

asesino del planeta. Más asesino, incluso, que algunos países en guerra.

Las pandillas buscaban venganza contra gente de uniforme o contra traidores como el Niño.

En 2017, el expresidente Funes huyó a Nicaragua para escapar de un juicio en su contra por enriquecimiento ilícito. En el allanamiento a una de sus viviendas, la fiscalía encontró artículos de un lujo extraño: un cochecito de bebé valorado en varios miles de dólares, similar al que utiliza la realeza británica, armas de colección, autos de lujo, un par de botines de cobre, un busto de sí mismo construido con cobre, habanos de alta calidad con viñetas de su rostro, una gran cantidad de ropa, zapatos Salvatore Ferragamo de más de seis mil dólares, y decenas de artículos que hablaban de una vida muy diferente de la que se esperaba del «presidente de la gente».

Ese mismo año, la fiscalía lo declaró culpable de enriquecimiento ilícito por casi medio millón de dólares que no pudo justificar. A mediados de 2018, él seguía refugiado en Nicaragua, como un forajido, tuiteando mensajes de autojustificación.

La mala racha de mafiosos en el poder y de políticas públicas desatinadas en torno al tema de pandillas no empezó con Mauricio Funes. De hecho, él tuvo en sus manos una política novedosa que dio resultados. Lo suyo fue pura cobardía ante las encuestas.

En abril de 2003, dentro de la colonia Dina, bastión histórico del Barrio 18, se paró durante una noche el entonces presidente de El Salvador, el arenero Francisco Flores. A sus espaldas, un mural conmemorativo en recuerdo de un pandillero asesinado y conocido como Tío Barba, quien había sido un famoso vendedor de droga y considerado uno de los fundadores del Barrio 18 en El Salvador. El presidente Flores no lo sabía. Casi no sabía nada sobre pandillas. Frente a él, las cámaras y el batallón presidencial con su uniforme negro. Estaba ahí para lanzar el primer Plan Mano Dura, una estrategia contra las pandillas, la primera de ese tipo en la historia de El Salvador, que pretendía terminar con el problema. El presidente Flores, vestido de chaqueta marrón y jeans de lona, dijo duras palabras mientras los cuerpos élites de la policía salvadoreña sacaban a empellones a los pandilleros de sus casas y los exhibían como animales en el parque de la colonia. El presidente Flores habló mucho sobre la dureza de las leyes y lo implacable que sería su gobierno con las pandillas.

La estrategia fracasó. Aquellos a los que la policía se llevó salieron

libres a los pocos meses por falta de pruebas. Muchas personas fueron arrestadas por tener tatuajes o pantalones flojos. El Estado pretendía arrestar a una figura que desconocía.

La Mano Dura, si bien fue un desastre en términos de seguridad, fue un éxito en términos de marketing político.

Para la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 también fue un éxito. Igual que con las deportaciones de principios de los noventa, de nuevo una política pública los llevaba a colonizar nuevas tierras. En esa ocasión fue el sistema penitenciario salvadoreño. Los daños del expresidente Flores a la seguridad pública aún se sufren en El Salvador. No obstante, el país tiene sus propias dinámicas y una especie de karma poderoso. Francisco Flores, luego de meses huyendo, se entregó en 2014. Fue acusado de robarse varios millones de las donaciones que el gobierno de Taiwán envió para las víctimas de los terremotos de 2001. Cuando una comisión de la Asamblea Legislativa lo increpó al respecto, el expresidente Flores dijo que había entregado «saquitos» con dinero en las manos de «los destinatarios». Así sin más, dijo que no podía aportar pruebas de eso, ya que ese dinero se entregó en pequeños sacos a personas necesitadas. Murió de un derrame cerebral mientras su juicio seguía en curso en 2016.

La población estaba tan contenta con las novedosas medidas represivas que, luego de Flores, apoyaron al siguiente candidato presidencial de Arena. En 2004, Antonio Saca, un hombre reconocido y estimado en El Salvador por haber sido el narrador deportivo de Canal 4, el canal de los deportes, en el mundial de fútbol de Francia 1998, llegó al poder. Saca era también un millonario empresario radial.

Saca, en un derroche de creatividad, lanzó el plan Súper Mano Dura, haciendo caso omiso a los terribles resultados de su antecesor. Este presidente no fue a una comunidad pandillera. Hizo el anuncio oficial en el pleno centro de San Salvador. El plan Súper Mano Dura era igual que el anterior, solo que «súper». Es decir, se hicieron más allanamientos, más capturas, más operativos, y se metió, siempre por corto tiempo, a más pandilleros a los penales. Este incremento de pandilleros en el sistema penitenciario causó severos problemas entre grupos carcelarios. El más brutal de ellos se dio en agosto de 2004, el año que Saca llegó al poder. Los reos comunes del penal más grande del país, nombrado La Esperanza, pero conocido como Mariona, quisieron asesinar a más de 400 miembros del Barrio 18. El resultado fue una masacre. Los dieciocheros estaban preparados con granadas hechizas. De los 32 muertos solo ocho fueron pandilleros. «Un infierno llamado Mariona», tituló la siguiente semana un periódico local.

El gobierno de Saca ni siquiera le dió importancia a esas muertes ni a las causas que las motivaron. Movieron de ahí a los pandilleros, como habían hecho con la MS-13, a un penal exclusivo para ellos y se terminó. Esto contribuyó enormemente a la construcción de las élites de poder en la pandilla. No es lo mismo compartir un penal con otros reos que tener un centro de operaciones exclusivo.

«A los malacates se les acabó la fiesta», fue el lema de seguridad de Saca durante su periodo presidencial. A la gente le gustó.

Todas esas medidas se lamentarían más tarde. Saca entregó el país a la izquierda, a Funes, como el más homicida de la tierra. Pero El Salvador tiene sus propias dinámicas de venganza. En octubre de 2016 fue justo de una fiesta de donde la fiscalía sacó a Saca. Era la boda de su hijo, en uno de los centros de convenciones más caros y exclusivos de El Salvador, llamado Hacienda de Los Miranda. Lo acusaron de haber robado fondos públicos y haber blanqueado dinero en sus empresas. Policías lo escoltaron de la mesa de honor hasta el carro patrulla, ante las miradas absortas de los elegantes comensales.

Para 2018, Saca permanece en la cárcel infierno que en su momento ignoró: Mariona, o La Esperanza, como se le quiera llamar.

La suma del Niño siempre dio menos, peor. Un Plan Mano Dura más un Plan Súper Mano Dura más una Tregua más una traición a esa Tregua dio como resultado que él fuera un objetivo primordial, un traidor, un amigo del Estado traidor. Un solitario.

4. INFIERNO

> 2. En diversas mitologías y religiones, lugar que habitan los espíritus de los muertos.
> 8. Lugar o situación que causa gran sufrimiento o malestar.
>
> *Diccionario de la lengua española*

El Niño ha regresado a Las Pozas. Es mayo de 2014 y el Niño está de vuelta en este cantón del municipio de San Lorenzo en donde vivió parte de su niñez, donde conoció a la Mara Salvatrucha 13. Hace diecisiete años, hasta acá venía Chepe Furia en su *pick up*, buscando la cantina de Cucaracho, con sus armas y sus historias sobre su pandilla poderosa y enigmática de Los Ángeles.

Aquí se conocieron el Niño y La Bestia.

Ahora, esa Bestia lo busca y lo ha encontrado. La Bestia sabe que el Niño vive en Las Pozas y ha comenzado la cacería del traidor.

Es de tarde en Las Pozas. Letal, de la clica Hollywood Locos, se detiene en el árbol de amate que da la bienvenida al cantón, el mismo donde Chepe Furia repartía chorritos de Cuatro Ases a los niños de nadie años atrás. Letal ha visto al Niño a la orilla de la cancha de fútbol. Letal se baja de su motocicleta y avanza por la callejuela de tierra que termina en el monte. El Niño, que desde que vino vive en modo alerta, ya hace rato lo identificó. Letal lleva puesto el casco de motociclista, pero esos ojos achinados son inconfundibles. Letal fue uno de los cachorros cuando el Niño era de los grandes de la clica. El Niño no corre, sino hasta que ve a su *exhomeboy* sacar la pistola. Letal empieza a disparar, pero el Niño corre por los potreros que están detrás de la cancha. El monte es siempre el refugio del Niño. Letal sigue disparando, pero el Niño hace regates en el suelo, se levanta y vuelve a correr. Fue soldado más de un año, pandillero más de diez, traidor durante casi cinco, sabe cómo esconderse de los tiros, sobre todo si quien los dispara no es tan bueno como él.

El Niño cuenta los disparos –seis, siete, ocho–. Ve un árbol de tronco ancho y corre hacia él –nueve, diez, once, doce, trece–. No pierde la cuenta. El árbol está cerca, catorce, quince. Son raros los cartuchos para pistola que tengan más de esta capacidad. Por eso, el Niño se

voltea y lo reta. Desde atrás del árbol le dice que se acerque. Letal corre hacia su moto y huye a toda velocidad.

Letal no logró cumplir la misión que lo hubiera hecho célebre en la Hollywood Locos.

El Niño regresa a su casa, frente a la cancha, en uno de los cinco callejones polvosos del cantón. Conoce a La Bestia. Sabe que al menos por hoy no regresarán a dispararle más.

El Niño y Lorena, tras poco más de un mes, se fueron de donde el viejo Jorge huyendo de las balas, pero los siguieron hasta Las Pozas. Se alejaban también de la podredumbre, pero está en todas los sitios a los que pueden ir.

En casa, Rosa Tobar, la madre del Niño, se pudre también.

Tres días después de que hace cinco meses se ahorcara Jorge García, el padre del Niño, Rosa Tobar llevó a casa a un hombre. La conquista de Rosa Tobar era un viejo que había sido de la extinta Guardia Nacional, la policía militar que aterrorizó a los salvadoreños desde 1912 hasta 1992. Ese hombre se acostaba también con otra hija de Rosa Tobar, media hermana del Niño, pero esto no impidió que la señora lo dejara entrar en casa y tener sexo con ella. El exguardia estuvo ahí unos días entre diciembre de 2013 y enero de 2014, cogiendo con la viuda del miquero del brazo roto, el que colgó como piñatita de una viga de esa misma casa. Luego, el exguardia se esfumó. A los pocos días, la anciana Rosa Tobar empezó a despedir un olor fétido de la vagina. Luego vinieron las calenturas y emanaciones pútridas. Sus hijos, incluido el Niño, son muy pobres y la tratan con remedios que compran en la tienda de Las Pozas. Rosa Tobar, dice su hijo y sus vecinos, desvaría. A veces, confunde a el Niño con su finado esposo. Le llama por el nombre del muerto, Jorge García, y le riñe. Otros días se empecina en no abrir la puerta de la casa a nadie, así que cuando los vecinos tocan ella abre una ventana y a su manera los espanta.

–La Bestia, hijos de puta, La Bestia –grita Rosa Tobar a los muchachos que tocan el portón para ver el espectáculo. Les grita y les hace la garra salvatrucha con la mano, la mano *cornuta* que los primeros emeeses adoptaron en California.

–No, si a mi ruquita ya se la va a llevar La Bestia –dice el Niño sin asomo de congoja, como narrando un suceso natural e inevitable. Rosa Tobar morirá dos años después. Morirá, según el diagnóstico popular, de lo mismo que murió el viejo Jorge: podredumbre.

Balas y carne corrupta siguen al Niño, como fantasmas tenaces en la última parte de su vida.

En la casa donde se ha refugiado el Niño vive también Sandra, su

hermana, y su familia. Sandra, aquella jovencita a la que violaba el capataz mientras el miquero que colgó como piñatita se emborrachaba con Cuatro Ases. Ella habla poco. Más bien, no habla nada. Al menos no con extraños. Baja la mirada, encorva los hombros hacia adelante y se va a algún lugar solitario de la casa. Sandra está acompañada de un hombre de unos cuarenta y cinco años, conocido como Ñingle. El Niño volvió primero a la casa materna. Ñingle seguía cumpliendo una condena de catorce años en diferentes penales. Salió hace un par de años y volvió a caer preso, ya que un testigo criteriado lo acusó en relación con un pequeño cargamento. Volvió durante un año a prisión y fue absuelto del juicio. Salió hace unas semanas por segunda vez y ha regresado a casa con Sandra y sus hijos. Encontró que la casa ya estaba habitada por su cuñado, un hombre con sentencia de muerte, un colaborador del Estado como el que lo había acusado a él. A Ñingle no le agrada la situación. Al Niño tampoco.

–A mí, quien me entregó la primera vez fue el Niño –dice Ñingle a quien quiera escucharlo–. Yo por él hice catorce años en el tabo.

Si a Ñingle se le pregunta por el Niño, sin ninguna dilación, contará esta versión. Dice que él era traficante de marihuana. Lo dice sin rodeos: «Yo era traficante de marihuana». Había subido ya de nivel y no acarreaba libras desde el otro lado del río, desde la frontera con Guatemala, sino que subía hasta el departamento norteño de Petén, frontera con México. Si al mexicano estado de Sonora se le conoce como la puerta de oro del tráfico de drogas y armas hacia Estados Unidos, el departamento de Petén lo es a su vez entre Guatemala y México. Todos los grandes apellidos de narcotraficantes guatemaltecos han tenido propiedades en Petén, en las riberas del río La Pasión, que conecta con la selvática región de los ríos de Tabasco, México.

Ñingle, a finales del siglo pasado, traía quintales de marihuana apisonada en barriles de plástico. El exreo, que vivió bajo el gobierno de La Raza dentro de las cárceles, asegura que había reunido siete quintales de marihuana y, en compañía del Niño aún adolescente, los enterró en un lugar cercano a la casa de Las Pozas. Enterró también dinero. «Un vergo de feria», describe Ñingle, y armas, al menos una pistola .357 y un fusil M-16. Un día de 1999, cuando el Niño rondaba los quince años y ya era miembro de la Mara Salvatrucha 13, unos policías llegaron a la casa y arrestaron a Ñingle. En el juicio, se sorprendió: lo acusaban solo por un quintal. Nada más. Ñingle asegura que fue el Niño quien lo entregó. Sustenta su aseveración diciendo que el Niño lo confesó en una borrachera.

El Niño, Lorena y Marbelly ocupan la parte más improvisada de la casa, una especie de cochera con un portón hechizo de lámina y palos,

paredes de bloque visto y piso de tierra seca. Lorena está a tres meses de parir a su segunda hija.

La familia no es menos hostil que el cuartón donde duermen. Ñingle mira en el Niño a un intruso y, peor aún, a un traidor que le hizo pagar catorce años en fosas pestilentes. Su hermana Sandra apenas figura. Tiene permanentemente la mirada perdida y dos niños que cuelgan de sus faldas aterrorizados ante cualquier extraño. A Rosa Tobar le cuesta diferenciar la realidad. El dolor en sus entrañas, de donde hace treinta años salió el Niño, ya no le permite vivir tranquila ni enteramente en este mundo.

Uno de estos días, la rabia de Ñingle estalla. Le reclama al Niño sin atreverse a llegar al meollo de su odio. Cuando entró a prisión, dejó a un pequeño recién iniciado en una pandilla que arrancaba. Ahora que ha salido, se encuentra a un múltiple asesino temido en toda la zona. Ñingle dice al Niño que desde que volvió del cañaveral, la casa se llenó de fumadores de marihuana y vagos. Lo insulta. El Niño responde de la única forma que sabe.

–El finado agarró el corvo y le decía: salí, pues, hijueputa, salí. Conmigo no andes con esas mierdas, que yo si te voy a quitar la cabeza. Y Ñingle no salía. Encerrado se quedó en un baño, del miedo que le tenía –dirá años después Lorena, en medio de risas nerviosas.

El Niño, harto del desprecio de su cuñado, empuña un machete cuto y corta a filazos un árbol de almendro que está en el solar de la casa, justo al lado de la letrina donde Ñingle teme encerrado.

–Salí, hijueputa, salí –exige el Niño, que detiene su furia hasta que el pequeño árbol cae entero al piso. Será la última vez que Ñingle reta al Niño. No sea que a la próxima en lugar del tronco lo que golpee el filo sea su cuello.

Mientras tanto, Rosa Tobar convalece en su catre de cuerdas, delirando de fiebre, viendo en el Niño a su esposo muerto.

En este infierno, con el paso de los meses, nace Jennifer Liset, la última hija del Niño. Así se llamará cuando la nombren. Por ahora, su padre le dice burrita. Tiene un color paliducho. Ha nacido de una madre desnutrida. Tiene los ojos de su padre, pero inocentes, puros. Lorena apenas consigue unos trapos usados y un par de gorritos para cubrir a su bebé. Casi no da leche. Sus tetas están secas y la bebé se esfuerza en sacar hasta el último nutriente de ese cuerpo macerado. Cuando ya chupar es inútil, cuando ya ha exprimido a la madre, llora.

El Niño y los suyos están llenos de paños blancos de desnutrición. «Bien pañosito», dirá Héctor, su suegro, a quien no le alcanza con lo que da el pequeño molino manual de maíz y su trabajo en las milpas para sostener a otra familia que no sea la propia.

El Niño no tiene trabajo. Extraña la canasta incompleta y eventual que llegaba a El Refugio. Huyó de lo que pensó era una vida en el fondo del agujero y descubrió otras profundidades. Primero, en el infame cañaveral del viejo Jorge. Ahora, en el único lugar que le queda en el mundo, su hogar. La fiscalía apenas lo visita. Él ya solo es útil para un caso sin interés, su palabra ya solo vale contra unos prófugos que hace años lanzaron cadáveres en el pozo de Turín.

Está solo y necesitado en un país que tras intentar malamente dialogar ha vuelto a su verdadera esencia: guerrear, reprimir, odiar.

No le queda más remedio que hacer uso de su vida pasada, del tatuaje que lleva en la mano que dice MS en letras mal trazadas. Esa mancha que le hizo un pandillero aquel 3 de mayo, día de la Cruz, cuando se hizo hijo de La Bestia.

Cuando el hambre aprieta demasiado las tripas, las de él y las de sus hijas y su mujer, sale con el trabuco y el machete cuto. Arriesga la vida yendo hasta el cruce de caminos que llevan a San Lorenzo y pide dinero a los conductores de mototaxis. No es una extorsión en regla ni un asalto completo. Es ese gris que está entre exigir y pedir limosna. Con eso compra un poco de maíz, frijol, algo de pasta y poco más. Su familia se desnutre cada día con más rapidez.

A veces, cuando ni siquiera puede ordeñar a las mototaxis, sigue a su suegro hacia la milpa. Trabaja con él de gratis esperando la recompensa en maíz, pero sus manos han olvidado, o quizá nunca aprendieron, los secretos de la tierra. El machete tiene usos menos viles que los que el Niño le dio. En tierra de campesinos, él no entiende el campo, sino para convertirlo en cementerio clandestino.

En los descansos, mientras se refugian con Héctor de los rayos inclementes del sol bajo la sombra de un árbol, hablan, pero ya no se entienden. Héctor comenta cosas referentes a las milpas, los frijolares, los abonos y las lluvias. Dice que es malo sembrar frijol en luna tierna, porque se pica, habla de la babosa del frijol y de qué tipo de caracolillo es el mejor para combatirla. Pero el Niño ya no entiende ese lenguaje. La muerte lo ha deformado tanto. Él trata de hablar con su suegro, le cuenta sus visiones, sus profecías, le habla de principios que nunca empezaron y finales que no terminan, de La Bestia. Pero Héctor no entiende. Eso no crece en ningún lado, esas cosas no dan frutos buenos ni alimentan a las familias hambrientas.

Así que sicario y campesino siguen en silencio trabajando la tierra.

–Él no podía. Trataba, pero no podía. Cuando arrancaba los frijoles, apretaba los racimitos debajo del brazo y todos se le iban cayendo. La maleza, bien alta la dejaba. Ni chapear podía. Yo le decía, le enseñaba, pero con cuidado, no fuera ser que se pelara y me diera –

recordará años después Héctor, después de abrir la tierra para meter al Niño durante su entierro.

Héctor le teme desde que volvió a Las Pozas. De hecho, cuando Lorena se fue con él, teniendo 14 años, los policías recomendaron a Héctor que interpusiera una denuncia por violación de menor e incapaz. Pero en esa ocasión, Héctor, el campesino, dijo que no. Que él tenía otros hijos y que si hacía lo que le pedían, el Niño lo mataría. Así, dejó partir a su hija con aquel al que temía.

En este infierno, a diferencia de lo que ocurría en el cañaveral, el Niño no es objetivo de quienes lo ven con extrañeza. No es un intruso que levanta sospechas. Aquí en Las Pozas es él, Miguel Ángel Tobar, el Niño de Hollywood, y quienes lo buscan lo buscan a él sin dudarlo. Decenas de sicarios de la MS-13 quieren consagrarse entregando esa ofrenda a La Bestia. Seguramente fantasearán imaginando el momento en que, tras asesinar al traidor, reciban las llamadas desde los penales y escuchen las voces de sus líderes vitoreando la hazaña.

El último en intentarlo fue Letal. Casi lo caza La Bestia. El Niño se salvó por los regates que aprendió mientras fue soldado, pero La Bestia seguiría detrás, había olido sangre y ya nada la podía parar.

Después de Letal, no han parado de llegar carros que se estacionan frente a la casa del Niño. No hacen nada, no gritan, no disparan, no amenazan. Solo imponen su presencia para dejarle claro a la presa que la caza persiste. Tarde o temprano, van a cazarlo. Casi siempre puede más el Niño, que vive con el sigilo como regla y sale con su trabuco y su machete cuto a plantar cara. Los visitantes se van. Le temen. Esta presa no es cualquier presa. Como él dijo una vez: «Tiene uñas y dientes, y bien afilados, para acabar de joder».

Para el Niño, los que lo asedian no son figuras anónimas. Son Cocheche, Ades, las Pescadas, el Burro, Gin y otro puñado de muchachos y hombres que lo conocieron cuando todavía era uno de los héroes de la clica. El gran asesino de chavalas, el sicario perfecto, el poseedor de corazones ajenos. Hoy lo quieren matar, pero temen acercarse mucho. Están cazando a un animal más bravo que ellos.

Todos los enemigos del Niño saben que está acá. Lo saben también los dieciocheros de El Saral. Lo saben los policías que hasta hace poco estaban acusados de haber entregado a Rambito para que Chepe Furia lo matara. Esos mismos policías que temen ahora mismo que el Niño recapacite y declare finalmente si la apelación de la fiscalía es aceptada y el juicio se reanuda. Lo sabe, por supuesto, la Hollywood Locos Salvatrucha entera. La Bestia.

Por eso, al Niño lo traiciona a veces la paranoia. Está solo contra todos los demás. Todo su mundo contra él, su pedazo de machete y su

trabuco.

A veces, la paranoia es intensa, y el Niño sale a mitad de la noche con su granada en la mano y se esconde en unos árboles de cerezo frente a su casa, a la espera de que lleguen sus matadores, para hacerlos volar. Ha vuelto a dibujar a La Bestia.

Uno de sus vecinos, de los pocos que conviven con él, que le regala de vez en cuando algo de marihuana, dice que alguien debe ayudar al Niño: «Solo habla de matar y de morir, está obsesionado».

En una ocasión, mientras veía un partido de fútbol en la cancha de la colonia, al Niño le pareció ver en los ojos de unos muchachos miradas de pandilleros. Les dio con su machete cuto varios filazos y los persiguió hasta sacarlos de Las Pozas.

Otras veces, cambiaba de camino, mientras regresaba de Guatemala con pequeños encargos de marihuana. Cuando escuchaba a las lechuzas y las tanunas, aves de mal agüero según los campesinos del occidente, tomaba un recodo. Se escondía por horas, enterraba la marihuana. Creía que esas aves oscuras le avisaban sobre sus enemigos. Incluso su entorno le trinaba su muerte.

Los meses pasan. Es junio de 2014 y las cosas, aunque parezca improbable, se complican todavía más. El infierno se vuelve más presente y La Bestia se acerca a metros del Niño.

El Niño vuelve por veredas desde Guatemala con un par de onzas de marihuana. Él la trae para otros y a cambio exige algo para fumar. La Policía Rural lo atrapa con un trabuco y las porciones. Ruega, habla de su condición de testigo protegido, dice nombres de policías: dice inspector Pineda, dice cabo Pozo. Nada. Los rurales se lo llevan a las bartolinas de Ahuachapán.

Las bartolinas salvadoreñas son casi pequeños penales. En algunas, la policía amontona hasta a 300 reos en espacios que deberían ser, cuando mucho, para 50. La ley dice que el mayor tiempo que una persona puede pasar en una bartolina son setenta y dos horas antes de ser trasladado a un penal o puesto en libertad. Sin embargo, esta ley, como muchas otras, es pasada por alto, y hay hombres y mujeres que ya condenados cumplen sus penas dentro de esas jaulas malolientes, donde no hay recreo ni visita.

Esos recintos, igual que en los penales, están divididos entre miembros de MS-13, las dos facciones del Barrio 18 y civiles.

–¿Vos sos civil, vea? ¿Ya no andas en nada? –pregunta un policía al Niño. Él le explica que es testigo criteriado y que no puede estar en una celda con los MS-13 ni con los dieciocho. Entonces, ese policía, que seguro preguntó con sorna, abre la reja de la jaula de los MS-13 y lo mete.

Los pandilleros son jóvenes en su mayoría. No lo reconocen. El Niño abandonó la clica hace casi cinco años. Él les miente. Les dice que hace muchos años había sido de la clica Centrales Locos Salvatrucha, en la capital del país. Les dice que estaba retirado desde el año 2000.

El Niño tiene recursos para las peores circunstancias, porque esas han sido las de toda su vida. Sabe ser un mentiroso nato cuando quiere. Tantos años en la Mara Salvatrucha 13 le enseñaron cómo jugar con la mente de los sicarios.

–Ahorita, desprogramado de la frecuencia, pero siempre pendiente de que las bichas no me quiebren el culo, y si se deja ahumar una, pues la ahumo –mintió de nuevo El niño ante los mareros.

El policía, al ver que su estrategia ha fallado, se acerca a la jaula y dice:

–No'mbre, si este es el Niño, el que estuvo criteriado en el cantón El Refugio, el que tiene torcido al ranflero de los Hollywood –se da la vuelta y se va.

Una jaula. El Niño. La Bestia.

Los pandilleros se le acercan, hostiles, como animales rabiosos. Van descalzos y sin camisa. Pero el Niño tiene un plan B. No lo tiene para otras cosas, pero sí para enfrentar la muerte. Siempre. Mientras el doctor le hacía el chequeo que hacen a todos los arrestados, el Niño le robó una cuchilla que estaba sobre el escritorio, algo parecido a un bisturí.

–Vaya, hijo de la gran puta. Ya no tiene derecho a hablar. Si habla, le vamos a desquebrantar el hocico –amenaza el líder de la celda.

El Niño no calla. Insulta.

Los emeese lo rodean. El Niño saca la minúscula navaja. Grita. Despotrica. Amenaza. La Bestia solo recula ante La Bestia. A los minutos, los jóvenes pandilleros chillan pidiendo auxilio a los bartolineros.

–Filero, filero, filero –gritan asustados.

Los policías llegan antes de que aquello termine en un baño de sangre y lo sacan de la celda. A patadas, lo sientan y amarran a un poste de metal frente a los barrotes de los MS-13. Ellos, ahora sí, amenazan.

–Ajá, hijo de la gran puta, con que vos sos el Niño, el que tiene torcido a Chepe Furia.

El Niño, atado, responde dirigiéndose al líder de la celda, un muchacho que incluso había matado junto a él hace muchos años, pero que fue incapaz de reconocerlo desde el principio.

–Simón, ¿y qué pedo? Vos sos el Silence, bicho hijueputa. ¿Quién no te va conocer? Solo decime dónde, cuándo y con qué.

Los policías no se arriesgan más. Llaman a sus jefes. Un comisionado devuelve la llamada y ordena que lo liberen y lo lleven a Las Pozas. Confirma que es testigo protegido. Le decretan trabajo comunitario, pero la vida no va a alcanzarle para hacerlo.

El Niño vuelve a casa sin la marihuana y sin ningún rasguño más que el dolor de las patadas policiales.

Desde que el Niño llegó a El Refugio como testigo protegido, como traidor de la Mara Salvatrucha 13, en 2009, La Bestia nunca estuvo tan cerca de atraparlo como esta vez. Lo tuvo solo, de frente, y el Niño de Hollywood de nuevo la encaró.

El Niño sale de las bartolinas con más paranoia que nunca. No duerme, no confía en nadie.

Los carros siguen llegando a estacionarse a ese confín que es Las Pozas. El Niño volvió aquí confiando en la reputación de las Pozas como cantón de gente ruda. Pensaba que quizá eso lograría ahuyentar a los Hollywood. En una esquina del cantón viven dos hermanos traficantes de marihuana. Tienen un fusil de asalto M-16, y esto les confiere un estatus como el que tendría el dueño de un Mercedes Benz en una colonia de clase media. Cerca del amate de la entrada vive el Siri, exmiembro de una banda ochentera llamada los 11 Puntos y compuesta por hombres rudos que robaban ganado durante la guerra, a sabiendas de que si les pillaba el Ejército o la guerrilla, el resultado sería el mismo: la muerte. Vive además un exsicario que ahora cuida un yucal y que purgó once años en un penal, un hombre que compra y vende marihuana al por mayor y una caterva de muchachos jóvenes que fuman marihuana y asaltan a quien se deja. Son muchachos de nadie, tal como lo fue el Niño cuando llegó Chepe Furia, esperando que alguien llegue a darles un propósito de vida.

Pero también en las Pozas vive el Pai Pai, las Pescadas, el Emo y Gin, todos ellos colaboradores asolapados de la Mara Salvatrucha 13. El Niño fuma con ellos y trata de leerles la mente. Sabe que quieren caminarlo, tal y como él caminó a tantos hacia su muerte. Los tiene cerca, pero no confía en ellos. Esos muchachos serían recibidos con fanfarrias por cualquiera de las clicas del occidente si asesinan al Niño o lo caminan hacia ellos. Sueñan con un día poder ofrecerlo a La Bestia y recibir su beneplácito.

–Cuando fumo con el Emo, yo lo veo a los ojos; cuando le doy un súper al toque, yo, con la mirada, lo controlo al hijueputa. Que vea que lo estoy controlando –delira El Niño.

El Niño dice estas cosas como convenciéndose a sí mismo de que tiene una estrategia, de que no está desamparado sobre el polvo, de que no está perdido en el infierno sin salida.

Las Pozas es un final. Es, al menos, uno de los finales de El Salvador. Después de acá ya es otro país. Con otra historia, con otros círculos y otras bestias. Para el Niño es un final. No lo sabe aún, pero es su última morada antes de que las balas lo muerdan por primera y última vez. Pero también fue un principio. Acá conoció a Chepe Furia, acá le presentaron a la pandilla que le marcó su vida.

Acá vive, en el infierno sobre la Tierra, mientras La Bestia espera para signar la vida de su hijo.

5. MUERTE

1. Cesación o término de la vida.
4. Destrucción, aniquilamiento, ruina.

Diccionario de la lengua española

Hoy es viernes 21 de noviembre de 2014. El Niño ha pedaleado por veredas de polvo desde temprano. Salió de Las Pozas sin trabuco, pero con machete. Esta mañana se sintió confiado. A bordo de una bicicleta recorrió esas veredas para entrar por la calle conocida como calle al Portillo al municipio de San Lorenzo. Todos por aquí saben que San Lorenzo es tranquilo. Nada que ver con Atiquizaya ni con Ahuachapán ni con Chalchuapa. En todo lo que va de este año, no ha ocurrido ni un solo homicidio en este pueblo.

Un lunar. Un buen lunar.

El Niño lleva una sola misión: nombrar a su segunda hija. Reconocerla y poder decir ante el Estado salvadoreño: yo, Miguel Ángel Tobar, soy el padre de Jennifer Liset Tobar, de tres meses de nacida.

En su bolsa, el Niño, de treinta años, lleva su documento de identidad y el de Lorena, que recién ha cumplido los dieciocho años.

El Niño entra en la alcaldía, a tres cuadras del puesto policial, frente a la pequeña plaza central del pueblo y la Iglesia católica. Ahí, le dicen que debe volver en la tarde, que su partida de nacimiento, necesaria para reconocer a su nueva hija, aún no aparece. Le dicen que por la tarde tendrán ese papel con seguridad y él podrá dejar de llamar burrita a Jennifer Liset.

El Niño no vuelve a casa. Lorena no lo volvería a ver con vida desde esta mañana que se fue.

El Niño desanda el camino y espera en algún punto entre San Lorenzo y Las Pozas.

A eso de las dos de la tarde, el Niño, siempre en su bicicleta, vuelve a pasar por el cantón El Portillo. Es un cantón bastante visitado porque su calle principal corre paralela al río San Lorenzo. Agua fresca que fluye en medio de este hostil calor que permite que crezca el jocote y el loroco. El río es bonito y en San Lorenzo se mata poco. Esa es una combinación indispensable para el turismo en este país. Que algo sea bonito no basta. Hay hermosas montañas que son enormes

cementerios. El río atrae bañistas de los alrededores, y por eso algunas mujeres venden comida o alquilan letrinas para que esos bañistas coman, defequen, orinen. Una de las mujeres que cobra por el uso del baño se llama Esperanza y ronda los treinta años. Esperanza conoce al Niño. Lo conoce desde antes de que el Niño traicionara a la Mara Salvatrucha 13.

Cuenta Cucaracho, el cantinero de Las Pozas, que en una ocasión allá por 2009, el marido de Esperanza tomaba en su cantina en Las Pozas. Tomaba y besaba y tocaba a una niña que se dejaba besar y tocar a cambio de tragos de Cuatro Ases. Todos conocían a esa niña en esa cantina. Con dieciséis años era alcohólica. A veces, con una resaca mortal, llegaba a suplicar a Cucaracho que le obsequiara un cuarto de litro de Cuatro Ases para sobrevivir. Cucaracho, si se le pregunta, orgulloso responde: «Yo se lo daba para que dejara de penar». También cuenta Cucaracho que ahí mismo en su cantina los borrachos de Las Pozas se cogían a Wendy y luego le seguían dando aguardiente. Más aguardiente, más borrachos penetrándola. Así uno y otro día. Hasta que un día, con la sospecha de bandera, Esperanza llegó a buscar a su marido a la cantina. Las puertas, porque era entrada la noche, estaban cerradas. Esperanza insultó, gritó, amenazó, pero nadie le abrió. Adentro, estaba Cucaracho y también el esposo y también Wendy.

Días después, cuenta Cucaracho, Esperanza llegó durante el día y reclamó airosa al cantinero:

–Aquí estaba mi marido con esa putilla, ¿verdad?

–Sí, ¿pero para qué te iba a decir que sí? ¿Para que armaras un desvergue en mi cantina? –respondió Cucaracho, quien recomendó a Esperanza poner en cintura a su marido en la casa donde convivían ellos dos y no en su cantina.

Ya bastantes problemas tenía Cucaracho en su cantina cuando los dieciocho de El Saral llegaban a tomar y luego los emeeses le reclamaban que les avisara cuando eso ocurriera y salían a patrullar con machetes y pistolas en mano.

Esperanza prometió a gritos matar a Wendy, recuerda el cantinero, y se fue.

Wendy, en su inconsciencia adolescente, y en medio de un mundo de hombres para los que la palabra violación es algo cuando menos difuso, también frecuentaba a un simpatizante del Barrio 18 por aquellos días. A las semanas de la gritería en la cantina, Wendy acabó asesinada a machetazos por un comando de la MS-13. Era la prima de Lorena. Y el Niño vigiló aquella carnicería.

El Niño, antes de ser el soplón del inspector Pineda, había intentado

cobrar a Esperanza ese homicidio. Le exigió trescientos dólares en una carta que le envió con un muchacho que antes de entregarla la abrió. La carta era una amenaza: «O pagás o voy por vos», amenazaba el Niño.

Desde que en 2014 el Niño volvió a Las Pozas, Esperanza llamaba a la policía cada vez que lo veía pasar por los baños del río en el cantón El Portillo, a la entrada de San Lorenzo. Se jactaba de ello ante cuanto habitante de San Lorenzo podía.

El Niño, de regreso a la alcaldía, pasa sigiloso por veredas, no por la calle principal. Logra llegar hasta donde Esperanza y le exige amenazante dos dólares para pagar la partida de nacimiento que ya a esta hora, dos de la tarde, debe estar lista. Esperanza se los da. Ella misma relatará después este hecho a varios pobladores.

El Niño entra en la alcaldía. Se acerca al mostrador. Le dicen que espere unos minutos, que ya está todo listo para que nombre a su nueva hija. Se desparrama en una banca, se lleva las manos a la parte de atrás de la cabeza y se relaja. Entra un empleado de la alcaldía a quien conoce y se saludan. Hablan sobre cualquier cosa. El Niño está relajado, diría después ese empleado. El ambiente cambia cuando un muchacho de las afueras de San Lorenzo entra en la alcaldía. El muchacho se bajó de una mototaxi a la entrada de la alcaldía. Dos hombres lo dejaron ahí y se fueron rumbo a El Portillo. El muchacho entra y voltea para todos lados. Ve al Niño. El Niño lo ve. La conversación con el empleado municipal termina. El Niño tensa el cuerpo. Se dispone a levantarse abruptamente. Intercambia, con seriedad, palabras con el recién llegado:

–Ajá, ¿qué ondas, perro? –dice el Niño.

–¿Qué ondas, Niño? –responde el muchacho y sale de la alcaldía.

El empleado municipal se dirige al mostrador y dice a su colega: «Mejor quitate de aquí, creo que va a haber una balacera». El Niño se apura hacia el mostrador. Firma unos papeles y se lleva el acta donde reconoce la vida de Jennifer Liset. Los empleados municipales se retiran de la recepción. El Niño se larga a toda prisa. Retoma el camino por el que vino. Se dirige hacia El Portillo.

El barrendero conocido como Chele Campolón barre la calle que va hacia el río. Ve pasar al Niño. El Niño lo saluda apresurado. «Simón, simón, ya le doy». Se interna en la calle. Se escucha el rugir de una mototaxi. Se escuchan disparos. Una enfermera corre hacia el pueblo desde la calle que lleva al río. Grita desesperada: «Vienen matando, vienen matando». Chele Campolón se apresura hacia los balazos. Le ganó la curiosidad al riesgo. A su lado, una mototaxi con dos hombres pasa a toda prisa. A lo lejos, Chele Campolón distingue una bicicleta

en el suelo. Sigue caminando por la curva y lo ve.

Hay un cadáver boca arriba en la calle al Portillo.

Este día de noviembre, el mes de los muertos, bajo la sombra de un árbol de mango, justo al lado de un brote de mulato, el árbol dios, el árbol que se desuella, el que muere para dar vida, el Xipe Totec, está el cadáver baleado de Miguel Ángel Tobar, el Niño de Hollywood. Tiene los ojos abiertos. La cabeza inclinada hacia atrás.

Si el Niño de Hollywood viviera, vería de frente el brote de mulato.

Parte IV

9 de enero de 2018

Llegamos hasta el cementerio de Atiquizaya a las tres de la tarde. En el cementerio, ahora sí, parece que no cabe un muerto más. Si siguen llegando cadáveres, tendrán que enterrarlos en la ladera del barranco, frente a la otra ladera llena de casitas desde donde nos observan unos muchachos.

La última visita que hicimos a este lugar fue hace más de tres años, el día que enterraron al Niño. Aquel día, los pandilleros de la que fue su clica, la Hollywood Locos Salvatrucha, jodieron su despedida. No permitieron que la gente terminara de llorar ni que los evangélicos lograran cantar todas sus alabanzas ni que sus familiares enterraran bien la rama de la flor nacional. No dejaron que el traidor se fuera en paz.

Desde ese día, nadie visita la panza de tierra bajo la que quedaron los huesos del Niño. Ningún familiar ha venido. En alguna ocasión, la administración del cementerio ofreció a Héctor, el suegro del Niño, una cruz de cemento que alguien había abandonado. El campesino, sabio como es, prefirió no aceptar el regalo. «No sea que por poner una cruz haya que abrir otra tumba», reflexionó.

Antes de venir, pasamos por la alcaldía, nos identificamos como periodistas y dijimos que íbamos al cementerio en busca de esa tumba. La alcaldía creyó conveniente enviar a dos agentes de seguridad municipal a acompañarnos.

Nos recibió el encargado de administrar el cementerio. Es un hombre recio que ronda los cincuenta años. Su antebrazo derecho está deformado por una cicatriz que cubre toda la cara superior del brazo. Era un amorfo alacrán que se hizo tras la guerra para consagrar al que fue su batallón. Se lo hizo en medio de una borrachera, con líquido de batería para carros y una aguja de coser. El alacrán era el símbolo adoptado por el batallón Atlacátl, el más asesino cuerpo del Ejército durante la guerra salvadoreña que, financiado y entrenado por la CIA con dinero de los estadounidenses, cometió masacres como la de El Mozote, la mayor masacre conocida en América Latina en la era moderna: casi mil muertos. Carlos el enterrador no rehúye de su pasado. Lo lleva con orgullo. Aún llama al coronel Domingo

Monterrosa, el líder del batallón de la muerte, «mi coronel Monterrosa». Cuando el teléfono de Carlos el enterrador suena, lo que se escucha es la marcha de Arena, el partido de derecha, que en su letra dice: «El Salvador será la tumba donde los rojos terminarán».

Carlos el enterrador es tío de un miembro de Hollywood Locos Salvatrucha, que está preso, y su hermana es esposa del Extraño, que ahora cumple condena por el asesinato de Rambito. El Extraño se retiró de la pandilla. Es, como dirían sus *homeboys*, un peseteado, y vive en un penal lleno de expandilleros como él. Es un traidor, como el Niño, al que durante años trató de asesinar. El Extraño, dice Carlos el enterrador, muere de «cáncer en el cerebro» en el pestilente penal de Sonsonate, aquí en el occidente.

El Salvador es una cruel parodia de sí mismo. Carlos el enterrador, que mató en la guerra, ahora vive de enterrar a los muertos de otra guerra que pelea su parentela. Otra guerra, otros tatuajes.

El exmilitar del batallón asesino dejó hace veintiún años la cocaína en la que se refugió tras la guerra, y hace veinte el alcohol donde ahogaba sus recuerdos, y ahora es evangélico, y dice que su dios lo rescató. La historia de tantos, el sincretismo de un país en un solo hombre.

El cementerio está rodeado de placazos pandilleros: una garra negra solitaria sobre un muro, un MS con cachos y las siglas de la clica: HLS, un «Ver, oír y callar» sobre otro muro y otras siglas sobre una tumba. Dice Carlos el enterrador que los muertos de zona dieciocho son enterrados en el cementerio de El Refugio, en zona de su pandilla, aunque hayan muerto en Atiquizaya. En El Salvador, hasta los muertos tienen pandilla. Incluso la muerte tiene clica.

–Ese día fue un caso especial. Este muchacho dejó historia aquí –nos dice Carlos el enterrador recordando el entierro del Niño.

–Fue histórico –complementa, metros más allá, uno de los agentes municipales.

–Sí, para mí fue histórico cuando lo mataron. Fue triste porque ni de la bolsa lo sacaron. Solo la cara se le veía cuando lo metieron en la tierra, como cara de chino se le veía. Era una bolsa negra. Yo veía movimientos raros ese día en el cementerio, y pensé: a ver si no hacen una gran balacera aquí y... Bueno, eso.

Eso, más muerte.

–¿Y cuál es la tumba del Niño? –preguntamos a Carlos el enterrador.

–Es esta –dice, y señala un montículo de tierra.

El montículo está coronado por una cruz celeste, rodeada por una corona de flores rojas. Algunas más, de plástico, están clavadas sobre la panza de tierra. Atrás de la cruz crece una pequeña mata de izote,

la flor nacional.

–¿Esta es? –preguntamos de nuevo.

–Sí, esta es. Lo que pasa es que tenemos algunos puestos, pero no como para tirar a la garduña. Del Niño, en tierra, ya no hay nada. Así que no sacamos nada, solo abrimos el hoyo y metimos otro cadáver –responde Carlos el enterrador.

–¿Hay otro cadáver encima del del Niño? –preguntamos.

–Sí –responde Carlos el enterrador, y remueve la corona de flores rojas: «Mercedes de J.», se lee.

Esas flores rojas no son para el Niño. Esa cruz celeste tampoco. Ese izote no es aquel izote que sembraron de prisa sus parientes frente a los mareros. Aquel izote, dice Carlos el enterrador, «se secó, se murió». Esta tumba, de hecho, no es la del Niño. Esta tumba es de otra persona. Aquí lloran otros deudos.

Al Niño de Hollywood, a Miguel Ángel Tobar, a quien fue el Payaso, al testigo protegido del Estado salvadoreño, se lo tragó occidente. Ahora, él es tierra y raíz. Es abono de este pedazo podrido del mundo.

–Era cosa seria, él entregó como a setenta mareros –dice sin saber Carlos el enterrador.

Y no es el único que exagera, no es el único que hace legendaria la vida del asesino, del testigo, del hijo de un miquero, de un hombre parecido a tantos otros hombres en este país. Un barrendero de la alcaldía asegura que cuando lo mataron, la mototaxi de los sicarios se parecía más a una caravana de la muerte, y que una enfermera, al ver la escena, corrió hacia el pueblo de San Lorenzo mientras gritaba: «Vienen matando, vienen matando». Otros pobladores dicen que el Niño caminaba por las veredas del occidente con un pedazo de machete en mano, sin camisa, y que a su paso los habitantes de esos rincones anunciaban preocupados: «Camina el Niño, camina el Niño», y todos cerraban las ventanas y ponían candado a las puertas de sus champas. Otra gente, gente que no vio su muerte, lo describe peleando con sus sicarios, hiriéndolos, asestándoles golpes con el filo del machete que aquel día no alcanzó a empuñar. En la mente de muchos, el Niño sigue matando, sigue peleando, intentando resistirse a la muerte. En sus recuerdos ficticios, el combate entre el Niño y La Bestia continúa. Crece. Sobrevive.

Miguel Ángel Tobar no tendrá paz ni siquiera muerto.

Edición en formato digital: junio de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2688-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es